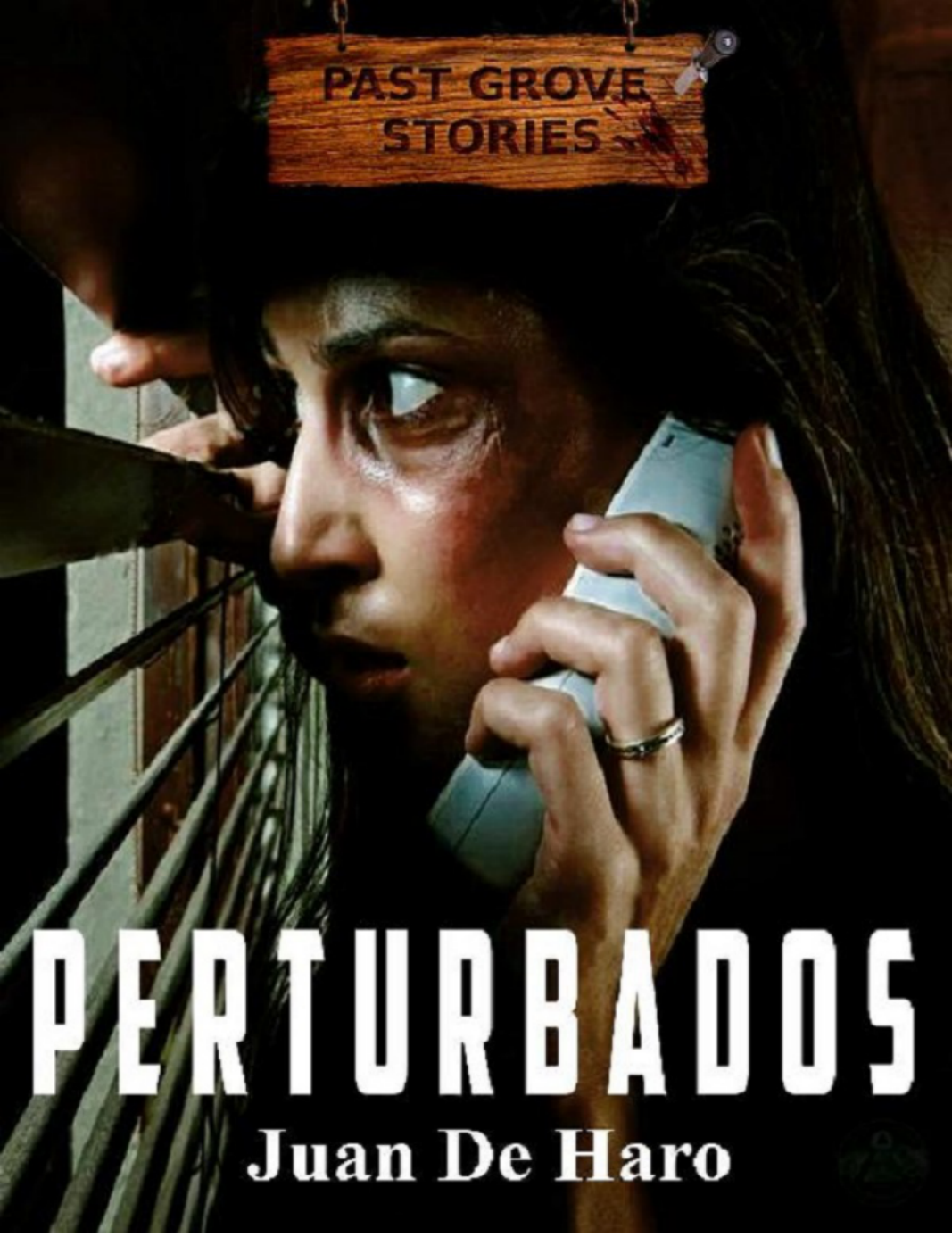
PAST GROVE
STORIES
PERTURBADOS
Juan De Haro

Índice de capítulos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

PERTURBADOS

Juan De Haro

Diseño de portada: Juan de Haro Jiménez

© 2018, Juan De Haro
1º Edición

Impreso en España

ISBN-13: 978-1722277420
ISBN-10: 1722277424

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial, la comunicación pública, la puesta a disposición interactiva, la edición informática, así como cualquier explotación, por cualquier medio de esta obra sin la autorización expresa de los titulares del Copyright.

All rights reserved

Sígueme en Internet

https://www.facebook.com/jockerdios

https://twitter.com/jockercyto

Dedicado a Marian Seguí, de cuya oscuridad se viste esta historia.

La gente está hecha de carne y sangre, y de una fibra milagrosa llamada coraje.

Mignon McLaughlin

Agradecimientos:

En primer lugar a mi madre, por su resistencia. También mi especial agradecimiento a Ana María Cañete y a Flavia Farias por su esfuerzo en limpiar el texto de erratas. Finalmente a mi editora, que es capaz de encontrar los fallos que nadie ve. En todo caso, cualquier error que haya sobrevivido, yo soy el máximo responsable.

Prólogo

Aquí inicia el tercer volumen de la colección *Past Grove Stories*. Doy la bienvenida a los lectores habituales así como a los nuevos y curiosos que deseen conceder una oportunidad a esta obra, cuyo humilde propósito es reunir a los amantes del cine y la literatura de terror de los años ochenta. Un servidor tratará de evocar la gloriosa esencia de dicha década para transportarles a ustedes, mis queridos lectores, a lugares que creían olvidados; trataré de hacerles recordar lo que es el horror, si acaso tal titánico objetivo es posible por medio de la palabra.

Aunque quienes leyeron los dos números anteriores ya lo saben, la educación y el máximo respeto a los nuevos interesados por mi obra me empujan a repetirme. Así pues, les informo que cada libro contiene una historia diferente, pero si desean tener una visión completa de qué es Past Grove y qué oculta, deberían leerlos todos. La colección constará de diez libros aproximadamente, donde serán presentados uno o dos habitantes de Past Grove; también deambularán personajes secundarios que realizarán ciertas cosas, pero que no conocerán hasta llegado el momento.

La historia que tiene lugar entre estas páginas pertenece a Suzie Denker, la repartidora del periódico. Muchos de ustedes la recordarán por sus esporádicas apariciones en los dos primeros libros. El desarrollo de los acontecimientos me señala que es el turno de este personaje, quien ve interrumpidos sus sueños y metas para enfrentarse al horror.

Mis lectores estarán ansiosos por que comience el relato. De modo que les dejo en manos de lo que yo denomino el narrador de Past Grove, alguien que sabe lo que ocurrió y por qué.

Capítulo 1

Una tormenta sacudió Past Grove la mañana de jueves cuando la repartidora de periódicos volaba en su bicicleta. Las primeras gotas se precipitaron con el peso de diminutos sacos, tornándose de pronto como rocas capaces de quebrar cráneos. La muchacha alzó la vista y vio miles de rocas chocando contra la calzada de Jointer Avenue, sintiéndose en medio de un campo de batalla. Inclinó la bicicleta violentamente y tomó el cruce con Wasp Road. Rodaba hacia la próxima casa para lanzar, con la puntería de un *pitcher,* el periódico hasta el porche.

Desde hacía más de un año, era la responsable de que los habitantes dispusieran cada mañana de un ejemplar del periódico, cuyas páginas estaban colmadas por los insólitos acontecimientos que tenían lugar cada vez con mayor frecuencia. Nadie sabía lo que pasaba, y quienes lo intuían, pronto encaminaban sus vidas en otra dirección. Suzie Denker no sólo sospechaba que sucediese algo extraño; tenía la absoluta certeza de que algo enorme y maligno se estaba gestando en el pueblo, pero como el resto de habitantes, debía ocuparse de sus propios asuntos. Sobre todo desde la trágica muerte de su padre y desde que su madre ingería más alcohol del acostumbrado.

La primera plana anunciaba ese día el caso del señor Mason, un tipo que, cuando se le llevaba la contraria, se encolerizaba igual que un huracán. Había denunciado a su esposa por arrojar la alianza de boda al retrete, tirar de la cadena con una sonrisa desafiante e introducirse en el dedo otro anillo de lo más singular. Mason declaró esto con los ojos desorbitados y el corazón hinchándose como un globo hasta el límite del paro cardíaco.

A medida que los periódicos enrollados surcaban el aire, la tormenta se volvía más intensa. Las gotas golpeaban sobre la gorra de béisbol, los tejanos chorreaban por la pernera. Las irregularidades del asfalto se llenaron de agua y, cuando la rueda delantera pisó con fuerza, los charcos se abrieron marcando las zapatillas negras que normalmente usaba. Se adentró por Forest Road, una senda flanqueada por robles cuyas ramas formaban un techado. La intensidad de la lluvia quedó reducida a un leve murmullo. Los pedales rodaban a toda la velocidad que Suzie infundía a las piernas. En cuanto emergió, fue de nuevo embestida por el aguacero, con la sensación de ser más afilado y cortante. Por

entre los troncos de los árboles se adivinaba la casa de madera de la familia McKinley. El señor McKinley contemplaba la lluvia desde la ventana abierta cuando divisó a la muchacha cargar la mano con el ejemplar mojado.

—¡Buenos días, Hawk!

—¡No tires el periód…!

El lanzamiento de ella fue más rápido y las palabras del hombre se apagaron por la lluvia.

—Maldita sea —masculló con desgana.

—¡Lo siento, llevo prisa! —gritó Suzie, con una sonrisa como disculpa.

Lo que irritaba a McKinley no era que la muchacha arrojase el periódico un día de lluvia, sino que cayera sobre los excrementos del perro que dormitaba dentro de la caseta. Suzie se excusaba siempre diciendo que su actitud lo animaría a mantener el jardín en mejores condiciones. Puesto que si el jardín estuviera libre de depósitos malolientes, el periódico tendría más posibilidades de aterrizar en la hierba o posiblemente en el porche. Sin embargo, tanto Hawk McKinley como sus tres hijos la habían visto lanzar la pelota desde el montículo de arena en los partidos, y su notable velocidad y puntería eran bien populares en Past Grove.

La sonrisa de Suzie perduró hasta que vio la mansión Cadman. Se alzaba en medio de un centenar de árboles desnudos. La maraña de ramas retorcidas obstaculizaba deliberadamente el paso hacia la puerta. La edificación conservaba la arrogancia que el arquitecto supo concederle. Todas las ventanas se encontraban cegadas salvo una, por cuyo polvoriento cristal aseguraban los lugareños aún se erguía la presencia del fundador de Past Grove. Las diferentes inclinaciones de los tejados la elevaban a la categoría de demencia absoluta. Las torres de piedra situadas a ambos lados estaban coronadas por tejados puntiagudos semejantes a un castillo medieval. La aldaba de la puerta contemplaba a Suzie con una viveza que había perdurado durante dos siglos; guardaba similitud con una cabeza de cabra y la argolla pendía de los orificios nasales. El enorme porche era sostenido por cuatro columnas aportando cierta identidad con el estilo colonial. La lluvia parecía más densa en torno a la mansión, como si la casualidad o el infortunio tuvieran el objeto de ocultar diversas partes; rasgos que la distanciaban del resto de casas y la emparentaban con la realeza. Secretos que debieran quedar fuera del alcance de miradas inexpertas. El rumor de la lluvia, sumado al silencio que se extendía a cientos de millas, obligaba a detenerse y contemplarla.

Suzie derrapó delante del portón de hierro alojado en dos pilares de piedra. Desde ahí se prolongaban metros de valla dividiendo la

propiedad del resto del mundo, como si éste no tuviera méritos para formar parte de su dominio. La chica contuvo la respiración al tiempo que escrutaba lo poco que la lluvia y la telaraña de ramas le permitían.

—Menos mal que no vive nadie para darle el periódico —murmuró, sintiéndose libre del miedo que la habría atenazado de tener que adentrarse por los terrenos despojados de vida. No advertía la esencia enigmática y divina que muchos aseguraban que manifestaba. Suzie prefería mantenerse distante, demostrando así su eterna desconfianza desde la muerte de su padre.

Todos en el pueblo conocían la leyenda que circundaba aquella mansión, pero pocos conocían la verdad acerca de lo que sucedió. La misma Suzie Denker había oído de boca de su padre la nefasta fama del fundador y los rumores de su libertinaje sexual.

El sudor de las manos se mezcló con la lluvia. Aferró el manillar y comenzó a alejarse de esa zona de Past Grove en dirección a la granja de los Paulson.

La tormenta continuaba arrojando su furia. Las nubes negras pendían del cielo como augurio de que la lluvia pronto alcanzaría cotas diluvianas. Las ruedas de la bicicleta trazaban una profunda línea en el camino embarrado. Las gotas se precipitaban del mentón de la chica hacia el suelo. Los tejanos blancos se habían pegado a su piel con el peso de láminas de metal.

La granja irrumpió de pronto en el paisaje y la mirada de Suzie se entornó. Los hermanos Paulson siempre andaban cerca con sus macabras bromas. En una ocasión se habían agazapado tras los arbustos que discurrían junto al sendero. Aparecieron entre alaridos, blandiendo palos y arrojándole piedras. Afortunadamente la puntería de los hermanos no era como la de ella y pudo esquivarlas. Evitaba el encontronazo, pero sabía que algún día el enfrentamiento sería inevitable. Sobre todo, desde que perdían un partido de béisbol tras otro gracias al poderoso lanzamiento de Suzie. En el último encuentro disputado, Danny y Mark quedaron boquiabiertos al divisar la rectitud del disparo. Se encaminó a la velocidad de un misil, sumando un *strike* que bien podría haber dañado al *catcher*. Al menos éste fue el rumor que Danny extendió por el pueblo con su acostumbrado dramatismo infantil.

A medida que se aproximaba, crecieron los campos de trigo que rodeaban el espantapájaros, cuya mirada siempre hacía recelar a Suzie. Pensaba que asustaba a algo más que a las aves. Cuanto más cerca, más poderosa era la sensación de que los botones como ojos se desprenderían revelando la verdadera mirada, furiosa de permanecer apresado en la estaca clavada en el terreno. Mantuvo la trayectoria de la bici y hundió la mano libre en la mochila que traía

a la espalda. El granero se presentaba tras el velo lluvioso mientras ella atisbaba de soslayo cualquier lugar donde pudieran estar escondidos los hermanos.

Ruth Paulson se hallaba en el porche, con el rostro abatido.

Suzie se internó en la senda que conducía a la propiedad. A lo lejos, se escuchaba el traqueteo del tractor de Neil Paulson.

—¡Eh, Ruth, hola! —saludó, agitando el ejemplar mojado.

—Hola, pequeña —dijo la mujer, apenas esbozando una sonrisa.

Suzie lanzó el periódico, que fue a parar encima de uno de los escalones, con un sonido duro. El saludo de Ruth quedó sofocado por la lluvia; sin embargo, había oído la palabra que más detestaba: pequeña. Su expresión se agravó y apretó los dientes con fuerza.

Al volverse se encontró con los hermanos, uno junto al otro y rodeados por los numerosos gatos que deambulaban normalmente por la granja. Eran la viva imagen de unos campesinos. Ambos vestían pantalones de pana y camisas de franela a cuadros. Tom coronaba su cabeza con un sombrero de paja por el que asomaba un crecido pelo mojado. Roy se mostraba resignado por caerle el aguacero sobre su cabello. Sus mejillas tiznadas se abrían en surcos limpios allí donde los riachuelos de agua podían correr.

—Hola —graznó Tom, sacudiendo el bate de béisbol en la palma de la mano.

—No me asustas, niñato. En el próximo partido te lanzaré tan fuerte que romperás tu bate al golpear la bola.

—¡Ja! —espetó Tom—. Padre hizo este bate. No se romperá por tus lanzamientos de chica barata.

Suzie pintó una sonrisa, que eliminó parte de su desconfianza y añadió determinación.

—¿Ah, sí? Acepto el reto. Ahora, me voy.

En cuanto aceleró y pasó junto a los desvergonzados hijos de los Paulson, Tom escupió una risotada y dijo:

—Pequeña. Suzie pequeña y con tetas pequeñas.

—Muy pequeñas —aprobó Roy, quien entornó los ojos en dos finas ranuras. Deslizó a un lado la espiga de trigo que tenía en la boca.

Tom apoyó el extremo del bate en el suelo. La bicicleta de Suzie derrapó en un arco enorme y los escrutó mientras el agua que se había levantado aterrizaba en forma de barro sobre las caras de los muchachos.

—¡Idiota! —exclamó Tom.

La sonrisa de ella se amplió, y pese a que su rostro se encontraba inundado por la lluvia y el cabello rubio marchito bajo la gorra, la satisfacción iluminó su semblante.

—Comed barro —dijo. Enderezó la bici y pedaleó a toda

velocidad, seguida por una docena de gatos—. ¡Nos veremos en el partido! ¡Perderéis como siempre!

Los gatos desistieron en su empeño por perseguirla y ella continuó repartiendo los periódicos por Past Grove con el aplomo que su padre le había enseñado. La lluvia no le dio tregua. Sin embargo, se mantuvo incansable hasta que un periódico en cada porche o jardín señalaba que Suzie Denker había estado allí.

Capítulo 2

Cuando rodaba por Jointer Avenue, antes de tomar la bifurcación que conducía a su casa, Suzie vio a dos tipos discutiendo acaloradamente junto a la tienda de comestibles. El que lucía sombrero aferró al otro de la pechera y lo atrajo hacia sí. Escupió una serie de palabras malsonantes que la hicieron recelar. Past Grove enfrentaba una vez más a dos vecinos sin que a nadie le importara. Algo insólito la hizo detenerse junto a la señal de *stop*, prestar atención y ser testigo de cómo el sujeto del sombrero agitaba la mano haciendo notar su empeño por obtener la razón; el dedo índice lucía un grueso anillo. Luego empujó al hombre gordo, que cayó a la acera con su vientre meciéndose como una marea de carne.

—No eres más que un traidor y un bastardo —masculló, y al volverse y fijar su mirada en Suzie, ésta supo que era momento de marcharse.

Desapareció calle abajo, con la desagradable impresión de tener un millar de insectos reptando por las paredes del estómago. Sintió una arcada al ver la casa en la distancia. Era el sueño fracasado de su padre, quien en vida estuvo convencido de que una vivienda debía poseer buena cantidad de habitaciones para dar cabida a los invitados. Lejos de aquellos proyectos, la casa presentaba la imagen de la desolación; la maleza comenzaba a invadir el espacio de las flores del jardín que una vez cuidó con ahínco la señora Denker. Las numerosas ventanas no contribuían a la imagen de abundancia que había intentado el padre de Suzie. La valla de la propiedad había perdido dos listones de madera que aún no habían sido sustituidos. La persiana metálica del garaje donde solía guardar la bicicleta estaba encallada por la acumulación de óxido. Y dejaba visibles las estanterías de madera desportillada sobre las que descansaban botes de pintura, brochas con pelos solidificados por la pintura seca, rastrillos apoyados en un rincón oscuro, y cubos de madera.

La casa carecía de porche y la puerta principal se encontraba entornada. Suzie suspiró, detenida delante de la portezuela de la valla. La quietud de las cortinas que daban al comedor le sugería que no había nadie detrás husmeando.

—Estará tirada en el sofá.

El peso de la mochila a la espalda había menguado, pero era lo único; el suéter amarillo se abrazaba a su cuerpo como un animal,

estrangulándola. La gorra sobre la cabeza pesaba más que el casco de un motorista. Cuando pisó el terreno, los pies chapotearon dentro de las zapatillas.

A las dos del mediodía, dio por terminada su jornada laboral. Cubrió la distancia hasta el garaje, apoyó la bicicleta en un saliente. A continuación se plantó delante de la puerta entornada y olisqueó. La humedad y la lluvia habían aliviado la pestilencia que brotaba siempre de la casa. Se quitó la gorra y la escurrió. Empujó la puerta. Intentó captar por segunda vez cualquier aroma a licor barato.

Al entrar al vestíbulo en penumbra se quitó las zapatillas de deporte y los calcetines. Avanzó lentamente por el pasillo; los ruidos de madera la acompañaron hacia el comedor. La oscuridad cubría la mayor parte del mobiliario. Los jirones de claridad que penetraban por entre las cortinas exhibían retazos del ya irrealizable sueño de su padre; tres fotografías inmortalizaban el orgullo de un hombre mientras señalaba la casa. En otras, estrechaba la mano del tipo de la inmobiliaria.

Suzie fijó su atención en el cuerpo que ocupaba el sofá junto a la pared. El olor a licor flotaba por encima como una nube y parecía contener el whisky que se había evaporado de la botella que dormitaba en la mesa.

—Mierda, mamá, otra vez no.

Un leve gemido brotó de la boca de Liz Denker, quien había desaparecido tras la muerte de su marido, siendo sustituida por la penosa alcohólica que yacía en el sofá. La bata rosa se había abierto en exceso exponiendo un pecho.

Suzie pulsó el interruptor repetidas veces hasta reparar en que la compañía había cortado la luz por tercera vez.

—Oh, mamá, ¿qué has hecho con el dinero que te di para la factura de la luz?

Se acercó al sofá y contempló el lamentable estado de la mujer, entonces comprendió en qué había gastado el dinero.

—Dios, estoy cansada de esto. Menuda mierda, mamá.

Liz abrió sus ojos inyectados en sangre y parpadeó hasta dar forma a la figura que tenía delante.

—Tus zapatillas están goteando —logró articular con voz pastosa.

—¿Eh? —Suzie boqueó en busca del aire que su enojo necesitó de pronto—. No creo que sea lo más urgente ahora mismo.

—Y no digas esas palabras horribles en casa. No es ésa la educación que te hemos dado, pequeña.

Los dientes de Suzie rechinaron, pero demostrando que la vida la había madurado y ya no era pequeña, pasó por alto los centenares de calificativos que tenía para aquella mujer

moribunda.

—Vamos, mamá. Te acompañaré a la cama. Tienes que descansar.

En cuanto le puso una mano encima, Liz se incorporó en el sofá sacudiéndose violentamente.

—Estoy bien, puedo yo sola.

La bata se deslizó por el hombro derecho, descubriendo ambos senos. El brillo de los ojos sugería que la cantidad de alcohol ingerida sobrepasaba cualquier dosis recomendada; dos moratones negros e hinchados se extendían debajo. El cabello rubio que Suzie había heredado estaba aplastado y reseco. El color de los labios, una palidez marchita, salvo por la línea roja que cruzaba diagonalmente desde la comisura hasta el mentón. Restos de colorete manchaban una mejilla. Los brazos seguían sobre el sofá como dos prolongaciones de goma y sin articulación.

Al observar la notable extenuación de su madre, Suzie volvió a insistir.

—Vamos, necesitas ayuda.

—¡No! Maldita sea —graznó con la voz quebrada—. No necesito ayuda. Puedo yo sola, te digo.

Entonces, con la boca apretada y los ojos reflejando el poderoso esfuerzo, se hizo hacia delante. La espalda se curvó y los hombros se hundieron. Un gruñido de enojo brotó de la garganta.

Suzie, finalmente, la incorporó, cerró la bata y, tras cogerla por los hombros, la levantó.

—Arriba.

Caminaron hacia el dormitorio. Liz arrojaba frases inconexas acerca de su marido, James Denker, lo cuidadoso que fue con todo y cómo todo se había desmoronado desde su *partida*.

Un tapón de aire nauseabundo escapó por el pasillo en cuanto Suzie abrió la puerta. La colcha se había derramado por un lado de la cama. Los cajones del tocador estaban abiertos; un pintalabios y diversos accesorios de maquillaje reposaban encima. Suzie comprendió que su madre había intentado maquillarse en algún momento en que el alcohol bullía por sus venas con la virulencia de una enfermedad.

—Abre las ventanas, mamá.

—¡No! —escupió la negativa junto a una buena cantidad de saliva.

—No puedes seguir así, mamá.

—¡Quiero que mi marido vuelva! —exclamó, arrojando manotazos al borde de la cama.

Suzie sintió cómo un nudo crecía en su garganta y le robaba el habla. Por un instante, creyó que se derrumbaría, pero se limitó a

recostar a su madre.

—Yo también quiero que vuelva —aseguró al tiempo que recogía la colcha y cubría con ella a su madre.

—Mi James. ¿Dónde está mi James?

El vidrioso brillo en los ojos de Liz se intensificó al punto de llenarse de lágrimas y desbordarse en un torrente de amarga nostalgia.

Antes de cerrar la puerta del dormitorio, vio a su madre aferrar con impotencia el retrato de la mesita. La foto inmortalizaba la mañana de sábado, ocho años antes, cuando fueron al Montgomery Zoo. Suzie atesoraba buenos recuerdos de ese día. Sin embargo, las fotos más memorables las guardaba en su habitación. En una, aparecía con su padre de pie en las gradas del Rickwood Field, viendo un partido de béisbol en Birmingham, Alabama. La madre no era aficionada a dicho deporte, así que se quedaba en casa para evitarse largas horas contemplando, según Liz Denker, a hombres sudados corriendo de una piedra en el suelo a otra. Suzie, en cambio, adoraba las jornadas acompañada de su padre y los perritos calientes salteados de cebolla crujiente; sobre todo cuando Hank Aaron conectaba un poderoso golpe y hacía desaparecer la bola en el cielo.

El resto de las fotos también evocaban momentos grandiosos. Como cuando le regalaron el primer guante en su décimo cumpleaños. Aquel día, Liz sostenía una copa de whisky, aunque por entonces mantenía a raya su deseo por beber en exceso. Suzie era todo expectación, porque su padre le había dicho en varias ocasiones que para su cumpleaños le esperaba algo especial. Los ojos se agrandaron al recibir el paquete. Por la forma, descartó que fuese un bate de béisbol. Y era demasiado grande para contener una pelota. Así pues, se preguntó si sería el guante que siempre le prometía. Empezó a deshacerse de cualquier obstáculo para apoderarse del regalo. Su ansiedad la nubló y sus manos se agarrotaron como las garras de un halcón al rasgar el papel florido. Clavó las uñas en el cartón mientras los invitados arrojaban alguna que otra carcajada.

Ante su mirada de agradecimiento apareció el guante. El guante que había merecido desde que fue capaz de competir en fuerza con los muchachos de su edad. Empezaron a denominarla la «Catapulta Romana», por la parábola que dibujaban sus lanzamientos; en la trayectoria final la bola salía impulsada en línea recta semejante a un disparo.

—¡Oh, papá, gracias!

—De nada, pequeña —dijo él, claro que por entonces la vida le concedía la felicidad que una niña debía tener, y el calificativo de

pequeña no la molestaba, y menos cuando provenía de su padre.

Al enfundarse el guante, una pelota cayó de la caja botando hasta chocar con una pata del sofá. Permaneció inmóvil, aguardando que Suzie la cogiera y la hiciera suya.

—Papá…

—Ahora ya eres toda una *pitcher*. Demuéstrales a todos que una mujer es igual de buena que un hombre jugando al béisbol.

En dos zancadas alcanzó la pelota con la mano enguantada. Coincidiendo con su afición a llevar gorra y el repentino semblante de concentración que adoptó, pareció una verdadera jugadora de las ligas mayores. Nada la detuvo desde que experimentó el confort del aguante. Ni siquiera días después, al encontrarse en la extensión de terreno utilizada para jugar al béisbol. Estaba sobre el montículo de arena con el guante embutido en una mano y la pelota en la otra, lista para hacer el primer *strike*. Un chico sostenía el bate de forma temblorosa, y por su cara asomaba una expresión vacilante, puesto que por esa época la fama de Suzie como *pitcher* se había extendido por el condado como un huracán. Junto a los tocones, donde normalmente se reunía el escaso público infantil, había un grupo de chicos de pelambreras grasientas y pantalones raídos. Carter, quien tenía la camiseta sobre el hombro derecho y por cuya cara corría el sudor, se adelantó y señaló lo absurdo que resultaba ver a una niña jugando al béisbol. Suzie oyó el comentario, lo que contribuyó a que su primer lanzamiento no fuera lo suficientemente fuerte y el bateador se anotase un *home run*. Los muchachos que permanecían en los tocones se rieron curvándose hacia delante con ambas manos en el vientre.

—¡Tendrías que jugar con muñecas, niña! —exclamó Carter entre carcajadas. El resto de chicos aprobaron el comentario y sumaron más risas estridentes.

Nina Holbrook, en compañía de otras chicas que apoyaban la decisión de Suzie por jugar al béisbol, se levantó de otro grupo de tocones a varios metros de distancia.

—¿Por qué no te callas, Carter? Lárgate y deja de fastidiar.

—Cierra el pico, idiota. Tiene gracia ver a una niña lanzando la bola. El béisbol no es para chicas. Os podríais hacer daño.

Otro conjunto de risas estalló entre los muchachos. Suzie se irguió sobre el montículo de arena. Enterró la bola en su mano derecha con una rabia nacida de lo más hondo y la lanzó contra el ojo de Carter, quien gritó al caluroso aire de aquel día y encolerizado corrió hacia Suzie.

—Si te acercas, te lanzaré una piedra a los huevos. Te lo juro. No podrás usar tu pito en la vida, piénsalo —dijo. Para concederle más credibilidad al juramento se agachó y cogió una piedra. Carter

frenó en seco su carrera, al tiempo que Suzie hacía saltar la piedra en la mano de manera amenazante—. No te lo aconsejo, tío.

El partido terminó con la victoria del equipo de Suzie, un ojo morado y el orgullo masculino por los suelos.

En el presente, Suzie cerró la puerta del dormitorio.

—Te echamos de menos, papá —murmuró, dirigiéndose a su cuarto—. En realidad, también echo de menos a mamá.

Miró la puerta situada al final del pasillo, cerrada desde la muerte de su padre…, y así seguiría, salvo contratiempos inesperados.

Avanzó en dirección a su cuarto. Se detuvo de pronto en mitad del pasillo. Su madre lanzó una serie de gemidos espantosos que, incluso dentro del dormitorio, evocaban lamentos de ultratumba.

—Vaya mierda. La vida se ha convertido en una mierda sin ti, papá.

Las estanterías de su habitación estaban repletas de retratos pequeños con sus padres, así como recibiendo pelotas firmadas por sus jugadores favoritos; y exhibiendo su rostro teatralmente severo como haría un *pitcher* a punto de lanzar. Aquella mañana no había tenido tiempo de hacerse la cama y la manta yacía en el suelo. Los armarios seguían abiertos, en el interior pendían perchas ocupadas por vestidos que usaba lo menos posible. Al lado de la ventana, que enmarcaba un escenario tormentoso, había una estantería en la que reposaban multitud de libros, algunos trataban acerca de la evolución del béisbol femenino desde la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los setenta. El bate reservado para partirle la cabeza a Tom Paulson descansaba sobre una estantería destinada exclusivamente a tal propósito. Su recelo era un añadido que Past Grove había sabido infundirle bien.

Un puñado de zapatos, que la madre le había obligado a comprarse, asomaba debajo de la cama. Pero al igual que los vestidos, los usaba en contadas ocasiones.

—Llevaré todas las cosas que ya no me sirvan al garaje.

Se quitó la ropa, la colocó en la cesta de la colada y se dio una ducha caliente. Al finalizar, se enfundó unos tejanos tan desgastados que pronto aparecerían los primeros agujeros y cuya pernera estaba deshilachada. A todo esto añadió un suéter negro.

Al tumbarse sobre la cama percibió el duro contorno del revólver que ocultaba bajo la almohada. Tiempo atrás había tenido dos pistolas dentro de una caja de zapatos. Sin embargo, Paul Carson se las había confiscado con la excusa de que podría hacerse daño. Forcejeó con el ayudante de policía hasta que le dijo que su padre se sentiría defraudado de que su hija guardase armas. Ella aflojó las manos y dejó que se las llevara; la caja recuperó su

función básica y pasó a contener de nuevo un par de zapatos.

—En Past Grove hay que ir armado, Paul —susurró, mientras recordaba cómo después de ver el coche patrulla desaparecer calle arriba, descendía al sótano, abría la puerta del armario usado para las armas familiares y se hacía con una Smith & Wesson 38 para su protección. Su madre alcohólica sería ya de poca ayuda. De hecho, era Suzie quien debía protegerla. Su padre le había enseñado que, incluso siendo una señorita, en un mundo de hombres tendría que defenderse de ellos en más de una ocasión.

Tan pronto como su atención se sumergió en aguas soñolientas, estalló el teléfono. Era semejante a una orquesta sinfónica irrumpiendo en el sueño cuando éste aún se mantenía en la frontera entre la vigilia y la inconsciencia. Suzie sufrió la sacudida de su cuerpo, experimentando la horrible sensación de una caída. Abrió los ojos, asaltada por la alarma. Zambulló una mano bajo la almohada con la intención de coger el arma, pero desistió en cuanto reparó en el teléfono.

Saltó de la cama y levantó el auricular del único aparato de la casa, que dormitaba sobre la mesita. Hacía meses que su amigo Mark había desviado la línea hasta el cuarto para atender las llamadas, ya que su madre siempre se encontraba indispuesta.

—¿Diga?

—¡Ga, ga, ga! —exclamó una entusiasta voz femenina antes de romperse en carcajadas.

—Eh, tía —dijo Suzie, recordando las absurdas bromas que hacía Nina Holbrook a la mínima ocasión.

—¡¡Qué pazaa!! —aulló al teléfono—. ¿Cómo está la mejor lanzadora del condado?

—Bien, supongo.

—¿Supones? Quiero verte aplastar a esos cerdos de los hermanos Paulson, ¿me oyes? —Su voz sonó atropellada y las palabras se unieron unas con otras en un balbuceo nervioso—. Mi primo viene desde Atlanta para verte en el partido. Sí, lo he expresado bien. No viene a ver el partido, sólo le interesas tú. Le he hablado de la Catapulta Romana. Está impaciente por verte aplastar.

—Joder, tía, no dramatices.

—AHHH. ¡Cállate y aplasta! AHHH.

Suzie alejó de un manotazo sus problemas y se sumó al entusiasmo de Nina.

—¡Sí, ganaremos de nuevo y los aplastaremos! —rugió como la mejor actriz.

—¡Sehh! ¡La Catapulta Romana lanza de nuevo! Mi primo se cagará en los pantalones. Ya lo verás.

—Y tú, niñera, ¿has encontrado otro niño para cuidar?

—No, la verdad —dijo Nina, menguando su estado de ánimo—. Desde que secuestraron a Brandon, su madre se hace cargo de él. Ya no se fía. Ni que yo tuviera algo que ver en aquel secuestro. Ya declaré en comisaría.

—Vaya, lo siento.

—Bah, encontraré a otro niño al que cuidar y reuniré el dinero para mi motocicleta. Ya lo verás.

—Estoy segura de que lo harás.

—¡Aplasta!

El estridente grito alcanzó el tímpano de Suzie y la obligó a alejar el auricular.

—Sí, sí. Joder. El sábado te veré en el partido.

—Sí, y recuerda que mi primo también estará allí.

—Dile que si se caga en los pantalones, se mantenga lejos de mí, por favor.

—¡Has hecho un chiste! —chilló Nina—. ¡No me lo puedo creer! La hija de los Denker haciendo un chiste. Esto pinta bien, creo que estás lista para aplastar otra vez a los Paulson.

—Sí.

—Mi madre anda por aquí cerca y no quiere que me enganche contigo al teléfono. Así que te dejo.

—Vale —dijo Suzie.

—¡Aplasta!

Tras el chillido infantil la línea se cortó, dejando a Suzie con la palabra en la boca.

—En fin. Nunca cambiará esta chalada.

Cuando depositó el auricular en la horquilla telefónica y nada más parecía romper el silencio, el aparato volvió a sonar. Suzie descolgó y dijo:

—¿Diga?

—¡Ga, ga, ga…!

—Joder, Nina. ¿Qué mierda te pasa ahora? —protestó de buen humor.

—Se me olvidaba una cosa.

—¿Qué cosa?

—He oído por ahí que Mark y Danny siguen espiándote desde el jardín con sus chismes electrónicos. Así que estate al loro, tía.

—No puedo creerlo. Ya les dije que no lo hicieran.

—¿Y crees que iban a hacerte caso? ¿Desde cuándo un tío hace caso de lo que le decimos?

El teléfono enmudeció de nuevo. Suzie, con el auricular en la mano y apenas siendo consciente de ello, se acercó a la ventana. Past Grove seguía sumergido en las tinieblas. La lluvia repiqueteaba sobre el tejado con dolorosa insistencia. Una bruma fantasmal

flotaba en torno de los árboles, y las nubes negras eran tan bajas que parecían abrazarse a los edificios más altos del casco urbano. Un gato corriendo calle abajo se introdujo en un cubo de basura volcado.

—Todo parece tan normal —susurró—. Una simple tormenta. Un simple pueblo… Pero no lo es.

Las últimas palabras se tiñeron de enojo. Descendió los párpados hasta dos finas ranuras por las que asomó la desconfianza más despiadada. Colocó la mano libre sobre el frío cristal.

—Sé que mataste a mi padre, Past Grove. Te odio, asesino. Yo no te caigo bien, pero el sentimiento es mutuo.

Capítulo 3

El día del partido, Past Grove amaneció despejado y los restos de nubes se alejaban empujados por la brisa fresca. Las hojas de los árboles aleteaban nerviosas. Nina lo habría atribuido al mismo estado de ansiedad que todos sentían por ver lanzar a Suzie Denker. La zona de estacionamiento del campo de béisbol fue llenándose de vehículos procedentes de los condados vecinos que, al escuchar los rumores acerca de la Catapulta Romana, habían decidido acudir. El alcalde habilitó una línea de autobuses para los chicos de las poblaciones de alrededor. Un autobús se vació como el vientre de un animal preñado, expulsando un aluvión de voces que rugían los himnos del equipo. Un grupo de colegialas de la Institución Morris había confeccionado camisetas amarillas cuyo frontal rezaba «Suzie Denker, la Catapulta Romana». Y las exhibían sobre pechos tan enormes que el Pastor McDougall decidió apartar la vista por si su erosionada moralidad sucumbía a los apetitos prohibidos. Collie Williams había decidido prescindir del sostén y dejar que el tejido se posara sobre sus hinchados pezones mientras pintaba una sonrisa lasciva. Los muchachos las vieron avanzar dando saltos hacia la cola de entrada; un grupo de ellos se apresuró a colocarse detrás y, aprovechando el desconcierto reinante, dejar caer una mano casual sobre las formas carnosas. La intentona, no obstante, sólo sirvió para que sus mejillas fueran condecoradas con un moratón rojo.

Las gradas se llenaron lentamente de aficionados. Los hermanos Paulson estaban en el campo con su equipo, los Red Dragons. Roy corría de base a base con la torpeza de un lisiado, intentando desentumecer los músculos. Tom blandía el bate mientras miraba el banquillo de los Alabama Students. Arrojó un esputo de desconcierto al no ver a Suzie entre el equipo rival.

—*Tas rajao*, tetas pequeñas —farfulló. Esbozó una odiosa sonrisa y apuntó con la mirada al *pitcher* de su propio equipo—. Lanza una bola, gilipollas.

La pelota se estrelló en el bate de Paulson y surcó el aire con la misma insolencia que reflejaba su rostro.

El entrenador de los Red Dragons, un tipo cuya calva relucía al sol matutino, se volvió satisfecho por el impacto. Arrugó su frente tostada.

—¡Excelente, Tom! Maldito calor, por qué no hay un ventilador en el banquillo. —Señaló a un jugador sentado en una banqueta,

con la cara salpicada de pecas y ojos temerosos—. Eh, tú, tráeme una cerveza, maldita sea. Estoy asado de calor.

El chico asintió.

—Apresúrate, maldita sea. Me muero de calor.

En la zona de estacionamiento, Mark y Danny alojaron la rueda delantera de sus bicicletas en el espacio metálico. Con la mano a modo de visera, abarcaron hasta donde les alcanzaba la vista en busca de Suzie. Mark experimentó una súbita bola de ansiedad que se encalló en la garganta.

—¡Tío, no está! —masculló Danny.

—Cállate, idiota, estará dentro del campo, calentando.

—¡No! —chilló, y abrió los ojos de forma suplicante—. Dijo que nos saludaría antes de entrar.

—Esperaremos cinco minutos.

—¡Pero el partido está a punto de empezar!

—Cállate —ordenó Mark, con un deseo ardiente de volver a tenerla cerca.

Suzie Denker se apresuraba en preparar el desayuno a su madre, quien permanecía sentada a la mesa. Aquella mañana se había levantado con tensión acumulada en el pecho, y aumentó al verla tirada en el suelo del dormitorio, entre sollozos.

—No puedes seguir así, mamá —le había dicho mientras la ayudaba a levantarse y la conducía a la ducha. Al abrir el grifo de agua fría, los poros de Liz despertaron de pronto presentándose como púas afiladas. El cabello se pegó a la cabeza concediéndole el aspecto de un cadáver. Se quejó por lo helada que estaba el agua, pero las prisas le hicieron a Suzie pasar por alto tales señales. Le secó el cabello, la vistió y la sentó a la mesa donde en ese instante contemplaba el *bacon* quemado, con ojos hinchados y expresión turbada. El temblor de las manos le dificultó atinar con el tenedor, lo que contribuyó a escucharse los rasguños sobre la porcelana del plato.

—Tengo que ir al partido, mamá —declaró con voz apagada. La apenaba que su madre no pudiera asistir y que apenas mostrase interés—. No tardaré.

—Puedo apañármelas bien sola. No te obligo a que seas mi niñera.

—No te preocupes, mamá —Miró el reloj a pilas que pendía de la pared—. Llamaré a la compañía eléctrica para solucionar el malentendido.

—Yo lo haré —gruñó, y cerró los dedos con fuerza en torno al tenedor—. No quiero ser una carga. Sé que piensas que ya no sirvo para nada.

—Oh, mamá, yo no pienso eso.

Le habría gustado alargar esa conversación pendiente, pero siempre se interponía alguna excusa; la de esa mañana era el partido más importante del año, y había prometido saludar a Mark y a Danny.

Subió los escalones aceleradamente. Empujó la puerta de su habitación como si entrara en una cantina del viejo oeste. Se enfundó los pantalones y la camiseta blanca con el logotipo de los Alabama Students, que consistía en la letra A encadenada con la letra S, coronadas por una guirnalda. En la espalda lucía un cuarenta y cuatro en rojo, enorme y rodeado por una costura azul. Lo exhibiría en homenaje al ya retirado Hank Aaron, su jugador favorito, por haber nacido en Mobile, Alabama; demostraría que el estado de Alabama proporcionaba grandes jugadores de béisbol sin importar el color de piel. Sobre todo, de ambos sexos, dato que añadía su padre haciendo referencia a ella.

Se coronó la gorra de la victoria, cogió el guante que le había regalado su padre y aferró el bate con la fuerza de una tenaza.

—Lista —masculló—. Vamos, Paulson. Veamos si has mejorado.

Un grito procedente del comedor le arrebató su estado de concentración. Cuando descendió las escaleras, vio a su madre sentada en el sofá donde normalmente se abastecía de alcohol.

—Ah, maldita sea, no se enciende el televisor.

—No hay electricidad aún, mamá.

—Mmm, lo había olvidado.

Suzie permanecía bajo el marco de la puerta. Desde su posición observaba una figura fatigada cuya espalda torcida sugería una bestia deformada. Los brazos yacían en el sofá y las manos se abrían y cerraban con una poderosa ansiedad.

—Luego llamaré.

—Ya te he dicho que lo haré yo. Vete al partido.

Apretó los labios y se maldijo por no saber hacer mejor las cosas. Pero el partido esperaba, su equipo la esperaba. Los Alabama Students no vencerían el golpe martillo de Tom Paulson sin su ayuda. Tan pronto como regresara a casa podría atender a su madre y comprobar si había cumplido con la obligación de llamar a la compañía eléctrica. Y tiraría todas las botellas de licor a la basura.

Rodó sobre su bici en dirección al campo de béisbol. Incluso en la distancia, se escuchaba el rumor del público. Entonces abrió los ojos todo lo que dieron de sí. El hombre del sombrero y orejas grandes que había visto discutiendo días antes estaba plantado en la acera. La tensión que componía su rostro se suavizó cuando vio a Suzie. Le sonrió y enseguida desvió la mirada hacia la casa del gordo señor Barrett, quien vagaba por el jardín en ese instante.

Al entrar en la zona de estacionamiento, divisó a Mark y a

Danny esperando el turno frente a la entrada. Danny vestía su chaqueta deportiva roja con mangas blancas y vaqueros. Su cabello dorado reflejaba los rayos del sol. Mark portaba unos pantalones raídos y su habitual mochila; Suzie tenía la certeza de que ocultaba algún nuevo trasto electrónico. Aparcó la bici junto a las de sus amigos, tratando de ser una más y deseando pasar desapercibida. Sin embargo, un coro de chicos en torno a un vehículo reparó en su presencia.

—¡Suzie, hola! ¡Dales duro! —saludó uno, y aplicó la llama del encendedor al cigarrillo que tenía en los labios.

—Se intentará.

Se sumó a la cola. Delante aguardaba la directora de la Institución Morris, mientras resoplaba de impaciencia. Suzie recibió la imagen del anillo como si se encontrara en una pesadilla. La piedra que coronaba el metal atrajo su atención al punto de perder la noción del tiempo. Sus ojos siguieron la danza melancólica de una diminuta llama encerrada en el interior. En cuanto la directora la sorprendió mirando, apartó la mano que lucía el anillo y se alejó varios pasos.

Danny se volvió de pronto y su rostro se iluminó al ver a Suzie. Mark enrojeció y sus manos buscaron nerviosamente un lugar donde posarse; después de deslizarse por la correa de la mochila que traía, terminaron hundidas en los bolsillos.

—¡Qué potente estás, tía! —chilló Danny.

Suzie emergió del momentáneo trance.

—Calla, renacuajo —dijo, y miró a Mark, cuyo rostro continuaba encendiéndose en un rojo sanguinolento—. Oh, Mark, ¿cuándo dejarás de impresionarte al verme?

—Nunca —se apresuró a decir Danny—. Eres potente. Y con esa ropa más.

—Gracias. Tú también estás mono con esa chaqueta.

—Cállate —rugió Mark.

—¡Qué! ¡Sólo digo la verdad!

Una voz chillona surgió a espaldas de los chicos.

—¡Eh, Suzie, está a punto de empezar el partido! ¡Todos nos preguntábamos si te había ocurrido algo!

El entrenador de los Alabama Students se abrió paso por entre muchachos que deambulaban por el aparcamiento. Era un tipo de torso diminuto y extremidades largas y veloces. Las cejas asomaban abundantes sobre los ojos. La nariz aguileña irrumpía en su rostro como una malformación. Los labios que la edad había ido menguando se movían de forma teatral para indicarle a la *pitcher* que pospusiera los saludos. Era el momento de ganar. Repitió tantas veces esa palabra, que Suzie se llenó del coraje que la había

abandonado en casa de su madre.

Las gradas no se erguían con majestuosidad como los grandes estadios de las capitales, pero estaban cargadas de aficionados con el mismo ímpetu y deseos de presenciar el gran partido. La multitud, empujada por moderadas dosis de alcohol, elevaba los brazos unos tras otros formando una ola viviente que se mecía como una tempestad en alta mar.

El entrenador empujó a Suzie Denker desde los pasillos hacia el banquillo. El equipo se puso en pie ante su presencia como un pelotón de soldados. Los rostros de preocupación desaparecieron. Ella hizo un gesto de asentimiento que recibieron como la orden de un superior. Suzie salió al campo seguida por su equipo para saludar a los asistentes. Al lado del montículo de lanzamiento estaban los Red Dragons, cuyas expresiones se amansaron por su presencia. Tom Paulson, no obstante, la embistió con una mirada que decía que éste era el partido, que los anteriores no contaban. Ella aceptó.

El público se alzó en un estridente aplauso; muchos sumaron sus propios gritos. Nina Holbrook ocupaba la segunda fila junto a un chico atlético que reflejaba máxima expectación. Nina no escatimaba en esfuerzos por ser la que más saltaba, la que más gritaba y la que señalaba de forma frenética a su primo.

—¡Aplasta!

Casualmente, o por designios del destino, tras el firme mandato, dio comienzo todo. Los equipos regresaron a los banquillos. El entrenador de los Red Dragons entregaba instrucciones a sus jugadores, dando algún que otro trago a la cerveza que había recibido.

—¡Quiero que os empleéis a fondo! ¡No quiero que os dejéis impresionar por las tonterías que se cuentan de esa mocosa de mierda! El béisbol es un deporte para tíos con huevos. Esa maldita «portabragas» no nos robará la victoria esta vez. ¿Estoy delante de tíos con huevos?

El equipo estalló con una poderosa afirmación. Incluso el jugador pecoso logró lanzar un sí satisfactorio.

—¡Vamos, tíos con huevos, comeos a esa putilla!

En el banquillo de los Alabama Students, el entrenador sugería ideas similares sin recurrir a palabras malsonantes. Cuando hubo terminado, miró a Suzie, quien se encontraba sentada junto a sus compañeros.

—¿Quieres añadir algo, Suzie?

Se levantó en silencio y se plantó delante del equipo. La visera de la gorra arrojaba sombras a su expresión serena y contribuía a que su figura guardase similitud con una estatua divina.

—Nunca hemos perdido contra los Red Dragons, pero Tom Paulson es un bateador de primera y siempre tratará de ponernos las cosas difíciles. Pero ganaremos si cada uno de nosotros cumple bien con su trabajo. —Aguardó durante un segundo, y evocó la sonrisa de su padre y sus consejos—. El espíritu del béisbol es la unidad. Éste, y sólo éste, es nuestro secreto. Juntos somos más fuertes y esa fuerza nos dará la victoria.

Finalizó con un profundo silencio. Su corazón botaba dentro del pecho y tenía las manos crispadas.

—¡Es la hora, chicos! —anunció el entrenador.

El primer bateador de los Red Dragons era un muchacho enclenque con las piernas tan finas como alambres. El *pitcher* de los Alabama Students lanzó una mirada de soslayo al banquillo donde Suzie permanecía en pie con los nervios floreciendo por todo su cuerpo. La primera bola fue golpeada por el bate, alcanzando una altura moderada; sin embargo, cayó con facilidad en el guante del jugador de la tercera base, eliminando por lo tanto al bateador.

El entrenador de los Red Dragons lanzó la lata de cerveza al campo.

—¡Maldito crío de mierda! ¡Aprende a batear de una vez! —Moderó su habla al saber que sería amonestado—. Tengo calor. ¡Matt, tráeme otra cerveza, maldita sea!

La mascota de los Alabama Students brincaba ante el público, dando palmas y entonando el himno del equipo. Era un muchacho negro enfundado en un absurdo traje de cocodrilo. Los minutos transcurrían y el marcador pasaba a un total de carreras de 2 a 1 a favor de los Red Dragons. Los nervios se mascaban en el ambiente. El entrenador de los Alabama Students digería sus nervios mirando de soslayo a Suzie. El entrenador del equipo rival lo hacía engullendo una cerveza tras otra mientras se limpiaba el sudor de la cara con un pañuelo.

El bateo realizado por un jugador de los Red Dragons surcó el aire hasta la zona de la segunda base. El jugador allí situado retrocedió con las manos en alto para capturar la bola, que fue a parar al suelo. Cuando la cogió, la lanzó al compañero de la primera base antes de que el corredor la alcanzara. Pero era demasiado tarde. El corredor de los Red Dragons se lanzó en plancha hasta tocar la base con los pies, levantando una nube de polvo.

Cuando llegó el turno de Suzie, la grada se puso en pie en una ovación. Se situó en el montículo. Se ajustó la gorra ocultando su mirada, que examinaba las señas del *catcher*. El primer disparo de Suzie acabó en las manos del receptor con las risas del público; el bateador apenas tuvo tiempo de reaccionar. Las dos bolas siguientes

acabaron también en las manos del *catcher* eliminando al jugador por completar tres *strikes*.

El siguiente bateador era Tom Paulson, cuya expresión de rabia la bosquejaban las sombras que le concedía el casco. Pintó una sonrisa desafiante, que Suzie vio y correspondió con serenidad.

—¡Escupe tu bola, tetitas! —Tom ensanchó su sonrisa.

Suzie, resistiéndose a entrar en su juego, apretó la bola y se preparó para el lanzamiento. Elevó la pierna izquierda hasta quedar recta y unida al pecho, como una postura de ballet. Según iniciaba el descenso, la mano derecha se catapultó hacia delante. La bola salió con la potencia de un cañonazo; la pierna derecha quedó estirada horizontalmente hacia atrás en línea con el cuerpo.

El público se puso en pie, con los ojos desorbitados y sin dar crédito a la velocidad que alcanzaba la bola. Durante un segundo pareció que su circunferencia se ovalaba en un efecto visual fantástico. Un estallido de aplausos quebró el expectante silencio. Los gritos llenaron todos los rincones del campo cuando la bola quedó encallada en la mano del *catcher* y éste apretó los dientes con fuerza. Por encima de aplausos y alaridos tronó el histerismo de Nina Holbrook. Se abrazaba a su primo.

—¡*Strike* uno! —anunciaron.

Tom arrojó un esputo al terreno de juego y blandió el bate cerciorándose de que estaba en buen estado.

—¡Vete a casa, Paulson! —gritó alguien de entre el público. Las risas dieron la aprobación al comentario. Sin embargo, quedaron ahogadas por el aullido de las sirenas de coches patrulla accediendo a la zona de estacionamiento.

Tom se posicionó del modo reglamentario y preparó el bate. Suzie lo contemplaba con calma, aunque en su interior había nacido una enorme satisfacción. Las ligas mayores, pensó, vamos, Paulson, te haré tragar el polvo. Deslizaba suavemente la pelota por su mano, sintió el rugoso tacto y el hilo rojo que la rodeaba.

Tom notó la gota de sudor que corrió por su frente. Observó el nuevo disparo y cómo crecía a la velocidad de un torpedo. Aferró el bate, atizó la bola como lo hacía su padre sobre su trasero. El impacto transmitió una leve vibración a los brazos. Aunque su furia fue suficiente como para empujar la bola, ésta botó en el terreno como una rana moribunda.

Nadie valoró la hazaña, ya que todos prestaban atención al modo en que había irrumpido Paul Carson, el ayudante de policía, en el campo. Avanzaba sin importarle que la mascota de los Alabama Students hubiera detenido sus estúpidos saltos, ni que la mayor parte de los aficionados rumorearan acerca del propósito de su visita. Los rumores se intensificaron cuando Duncan entró

seguido por el alcalde y el sheriff del condado.

Un tipo, cuyo trasero bien merecía ocupar dos asientos, derramó parte de la mostaza de su perrito. Un niño que protestaba a su padre por la falta de espacio en las gradas, dejó de llorar y se limitó a seguir con la mirada a la policía hasta la cabina del comentarista, quien había enmudecido. Roy Paulson se quitó la gorra y usó su mano como visera para tener su propia visión del acontecimiento. Tom Paulson permanecía ajeno a todo, salvo a que nadie acudía a coger la pelota que se había inmovilizado en el terreno de juego. Inició la carrera hacia la primera base. El entrenador de los Red Dragons detuvo el largo trago que había estado dando a la cerveza.

—¿Qué diablos ocurre? —susurró, sorprendido por un agradable estado de ebriedad. Divisó a Tom, que había adquirido una forma nebulosa, correr de una base a otra sin que a nadie le importara.

Suzie esbozó una mueca de inquietud al saber que detrás de la interrupción del partido estaba Past Grove. Entornó los ojos manifestando su eterna desconfianza.

Capítulo 4

El conjunto de nubarrones que avanzaba hacia Past Grove oscilaba lenta y pesadamente, como una manifestación de inexpugnable calamidad. Las ramificaciones eléctricas se enredaban sobre sus formas mullidas e inflamadas por el latido interior. Debajo de aquella abominación, los aficionados se batían en estampida por alcanzar la salida del campo de béisbol. Las puertas de los coches se cerraron con estrépito, difundiendo en el aire las raras connotaciones del suceso. Nadie necesitó preguntarse por qué había finalizado el partido; vivir durante años en Past Grove dotaba a los aldeanos de un instinto fiable. Y que Duncan hubiera accedido a la cabina del comentarista, y éste anunciase a todos que el partido sería aplazado hasta la próxima semana, era suficiente para poner en boca de todos el rumor de asesinato.

Suzie permanecía en la zona de estacionamiento, flanqueada por Danny y Mark, con caras más alargadas que de costumbre. Tom le lanzaba miradas desde el otro lado del automóvil del entrenador de los Red Dragons. Aquel rostro rabioso mantenía en pie el reto de Suzie: debería romper el bate que su padre había tallado. Sin embargo, ella observaba a la directora Ferguson entregarle una nota a Duncan, y cómo él la aceptaba distraídamente y la ocultaba en el bolsillo.

No sería la única nota que se entregaría esa mañana. Un tipo avanzaba por entre los coches que abandonaban el lugar. Corría empujado por la apremiante necesidad de deshacerse de la cuartilla que aleteaba en su mano derecha. El mechón de pelo golpeaba contra su frente. Según se aproximaba a su destino, empezó a tropezarse con la multitud.

—¡Eh, idiota, mira por dónde vas!

—Lo siento —repitió en varias ocasiones.

Suzie se volvió de pronto y tropezó con un rostro fatigado cuya porosa piel hacía pensar en hormigueros.

—Eres Suzie Denker, lo sé. —La voz emergió de su boca de forma irregular, como si alguien le estrangulase las cuerdas vocales —. Esto es para ti —añadió. En cuanto le dio la nota, la mano pareció liberarse de una pesada carga. Esto se reflejó en la absurda sonrisa que se abrió como un corte en medio de su cara—. Ahora puedo marcharme de Past Grove.

Las últimas palabras estremecieron a Suzie, puesto que ella

misma deseaba abandonar el pueblo lo antes posible con su madre. Los ojos de aquel miserable parecían contener más información de la que revelaba, y se preguntó si esa nota decía lo mismo que la aceptada por Duncan.

—Hola, señor —dijo Danny.

Mark le asestó un leve codazo en las costillas para que guardara silencio.

El hombre dirigió su mirada perdida a los chicos y les lanzó un gruñido. Al mirar en todas direcciones y no advertir peligro, se sintió aliviado. Retrocedió varios pasos, hasta chocar con un tipo que se apresuraba en abrir la portezuela del vehículo.

—¡Eh, oiga, tenga más cuidado!

El desconocido giró sobre sus talones y corrió como uno más de los asistentes al partido.

Suzie contemplaba la nota con desconfianza; pero lejos de tirarla, la guardó en el bolsillo.

—¿Qué es? —quiso saber Danny.

—No lo sé.

—¿Conoces a ese tío?

—No lo sé —repitió en un susurro apenas perceptible—. No lo sé.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó Mark.

—No lo sé —dijo—. Tengo que regresar a casa.

Ambos muchachos asintieron al tiempo.

—¿Por qué no lees la nota? —insistió Danny.

—Lo haré en casa —dijo. Se encaminó a la zona de las bicis. Sacó la suya del raíl metálico y se montó. Se colocó la gorra y añadió—: Me largo.

Al poner un pie en el pedal, vio a Nina Holbrook surgir de entre las personas que quedaban. Vestía tejanos blancos y blusa rosa. Su cabello reunido en una cola de caballo sacudía el aire. Pese a su acostumbrada alegría, el semblante estaba surcado por sombras de temor.

—¡Tía! ¿Has oído los rumores? —vociferó.

—No, no sé nada. Pero lo que tengo claro es que Past Grove está detrás de lo sucedido.

Los chicos la habían escuchado en numerosas ocasiones exponer sus ideas acerca de Past Grove, así que no se sorprendieron por la declaración.

—Han encontrado muerto al señor Barrett —anunció Nina, pasando por alto las palabras de Suzie, quien entornó los ojos y apretó los labios.

—Así que era él —dijo para sus adentros. Evocó a los dos tipos que había visto discutiendo—. Seguro que es otro asesinato.

—No, no se sabe todavía —dijo Nina.

—No habrían aplazado el partido de no ser por algo muy grave.

—¡Eh, Suzie, tiene razón! —exclamó Danny.

—Cállate —intervino Mark.

—Supongo que tienes razón —accedió Nina.

—La tengo —dijo Suzie—. Luego te llamo, tía. Hasta luego, chicos.

Ambos se miraron boquiabiertos. Y sacudieron la mano mientras la veían partir por Jointer Avenue. La nota asomaba casualmente del bolsillo de su uniforme de los Alabama Students.

El día se ennegreció de pronto, como si un velo enorme cubriese el pueblo. La mente de Suzie se formulaba decenas de preguntas. No recordaba haber visto al extraño por Past Grove, así pues, ¿por qué la nota era para ella? ¿De qué la conocía? El extremo de la nota aleteaba al viento a la vez que lo hacía la coleta rubia de ella por el hueco de la gorra.

Tomó Fun Street cuando vio circular por Jointer Avenue una ambulancia en dirección al centro médico. Derrapó violentamente y escrutó al grupo de hombres plantado en la esquina como una misteriosa recepción. Reconoció una vez más al tipo del sombrero que había visto discutiendo con Barrett. Estaba acompañado por Adams Junior, el nuevo gerente de la barbería más popular de Past Grove. Un muchacho más odioso que el propio Tom Paulson. Apenas había intercambiado palabras con él, pero no olvidaría una ocasión en que salió para cogerle el periódico. En su encogido rostro todo parecía disponer de poco espacio, los ojos estaban tan juntos que parecían uno sólo. Seguidamente crecía una nariz cuyos orificios eran tan grandes como los de un cerdo. De ahí que muchos le llamaran señor Cerdo a la espalda. Los labios eran una malformación en un rostro ya desafortunado; el inferior se mostraba hinchado, y parecía carecer de labio superior, lo cual disimulaba con un frondoso bigote, única seña de distinción. El resto eran personas que contemplaban la ambulancia con aprobación. Reflejaban una malicia que sobrecogió a Suzie.

—Será mejor que me largue de aquí.

Se internó por Village Road. Al pasar por la Institución Morris vio a la directora Ferguson hablando con una mujer de modales altivos, cuello rígido y ojos tan severos como los de un capataz de esclavos. De hombros rectos, semejantes a una vara de acero, se volvió hacia Suzie, quien experimentó un poderoso estremecimiento en el pecho.

Al llegar a casa, derrapó frente a la portezuela del moribundo jardín. Cayeron las primeras gotas de lluvia. Saltó de la bicicleta y corrió hasta el garaje. El silencio dio rienda suelta a sus

pensamientos, que la arrollaron igual que una apisonadora. Por un instante percibió la falta de aire. En la casa estaría su madre, aunque no se atrevió a afirmar en qué estado la encontraría. El partido y el reto con Tom quedaban pendientes. Al extraño día debía sumar la nota entregada por el desconocido. Se llevó la mano al bolsillo y la cogió. Había creído que la urgencia por conocer el mensaje la obligaría a abrirla y a leerla inmediatamente. Sin embargo, la atenazó un recelo como nunca antes. Las piernas se le aflojaron, el corazón se detuvo y los ojos se agitaron en sus órbitas. Entonces, soportando un peso mayor que la pérdida de su padre, abrió la nota y, cuando reparó en el cuidadoso trazo del texto, su mente enmudeció. Había visto alguna vez esa esmerada forma de escribir.

—No puede ser.

Capítulo 5

El tipo a quien Bruce Morton le había entregado la nota corría despavorido hacia una furgoneta. Bruce hundió las manos en los bolsillos de su americana y aspiró el aire fresco procedente de las montañas del norte. Alzó la mirada hacia las nubes negras que paulatinamente iban cerrando el cielo. Era un hombre de estatura media y hombros anchos que le permitían exhibirse de un modo elegante al vestir traje o cualquier otra prenda del armario. Las gafas le concedían una mirada intelectual, aunque sobre la montura parecían flotar sus cejas pobladas.

—Pobre hombre —susurró al ver cómo la furgoneta desaparecía en la distancia.

Bruce Morton contaba con treinta y nueve años. Ejercía como profesor de Historia en la escuela elemental desde hacía veinte. Desarrollaba su oficio con pasión para que sus alumnos vistieran las ropas del conocimiento. Durante varios cursos le había impartido clases a Suzie Denker, a quien tuvo la oportunidad de conocer y comprobar que las palabras de James Denker eran ciertas: detrás de la desconfianza que la mantenía alerta, había una determinación en constante desarrollo.

—Puedes estar orgulloso de ella, James. —Atisbó en derredor y reparó en que las primeras gotas pronto estallarían en su cabeza, cuyo cabello había crecido demasiado en los últimos meses—. Sobre todo, espero que perdones mi atrevimiento, pero siempre pensé que tu hija es lo suficientemente madura para ayudarnos. Y ahora que tú ya no estás, tiene derecho a saber lo que pasa en el pueblo. En cuanto a tu mujer, no la culpes. Desde tu partida, todos hemos adquirido algunos hábitos inadecuados —dijo, y sacó una deslucida petaca de licor e inclinó la boquilla sobre los labios.

Inició su camino hacia el cementerio oficial de Past Grove, donde las lápidas brotaban de suelo santo como erupciones rocosas en una vieja piel. Mientras se abría paso entre la muerte, sus pensamientos se acallaron de pronto. El follaje se estremecía por la brisa, aportando al silencio del lugar matices inquietantes. Sus botas quebraban las hojas que el otoño había robado a gran parte de los árboles. Cuando las primeras gotas se precipitaron como alfileres cortantes, Bruce experimentó un escalofrío, y creyó que su espina dorsal se partiría. Las ramas desnudas sumaban su quebradizo ruido al rumor de la lluvia. El cabello largo de Bruce se aplastó sobre el

cráneo. La piel del rostro palideció con la humedad y él pareció adoptar el horrible aspecto de un sapo; ojos prominentes detrás de los cristales y una frente despejada.

La tumba de quien una vez fue su fiel compañero en los *Boy Scouts*, irrumpía del terreno sepultado de hojas con la misma dignidad que demostró su propietario en vida. Rezaba James Denker Smith. La piedra pulida sugería que había sido dispuesta poco tiempo atrás. Un ramillete de flores nuevas descansaba encima y las gotas golpeaban los pétalos rosados hundiéndolos en parte.

—Esas flores no soportarán la tormenta.

Dio otro trago a la petaca. El calor corrió por la garganta. La mano que la sostenía estaba dotada de largos y finos dedos que una vez tuvieron la destreza del pianista. Sin embargo, ahora parecían consumidos y nudosos; blancos como huesos y temblorosos como las hojas sobrevivientes al otoño. Se inclinó sobre la tumba.

—Veo que sigues recibiendo la visita de tu hija. —Se inclinó y acarició las flores—. Siempre te envidié por ello. Mi esposa no supo más que darme problemas. Y continúa obsesionada con sus absurdas ideas. Ya sabes cómo pensaba de este pueblo y de su poder.

Miró por encima del hombro. Detrás del rumor de la lluvia había creído oír una serie de golpes pastosos, como si algo avanzara sobre tierra mojada.

—Creo que me han seguido. —Se alzó con el semblante turbado —. Sólo espero que tu hija pueda entender la nota.

Guardó la petaca, no antes de concederle un largo y reconfortante trago. Se dirigió a la zona posterior del cementerio. Cubrió la distancia hasta el muro de piedra destinado a un mausoleo cuyo frontal era sostenido por pintorescas columnas. La zona baja del muro rezumaba horrible moho, similar a una capa bulliciosa de nueva y miserable vida que luchaba por extenderse. Volvía la cabeza de cuando en cuando para cerciorarse de que verdaderamente había escuchado el ruido y no se debía a su excitada imaginación. La lluvia caía con mayor furia. Las gotas parecían haberse hinchado como diminutas bolsas que explotaban en tierra. La americana se había pegado a su piel mojada. La petaca saltaba dentro del bolsillo invitándole a un trago. Se detuvo ante la valla de estacas de madera que delimitaba el territorio de la muerte, si bien hacía tiempo que ésta había traspasado en Past Grove su zona asignada y deambulaba impaciente por devorar a alguien. No sería Bruce, no obstante, uno de los desafortunados. Aspiró el aire frío y llenó sus pulmones de humedad. Se encaramó a la valla como un demente en busca de libertad. Pasó una pierna a horcajadas y miró el cementerio.

—No viene nadie. Qué raro. Deben de estar escondidos.

Hundió la mirada en la lluvia e intentó traspasar aquella cortina de alfileres. Sólo percibió la silueta de árboles, lápidas y un sinfín de arbustos que arruinaban el paraje. Todo inmóvil y desprovisto de vida. Aun así, Bruce decidió no arriesgar y abandonar el cementerio cuanto antes. Saltó a la acera que discurría al otro lado hacia el pueblo. Durante el trayecto a su apartamento, el corazón sacudió con fuerza la caja torácica y únicamente se detuvo cuando Bruce cerró la puerta y se sumergió en la atmósfera apacible del hogar.

Avanzó por el pasillo en dirección al comedor, cuyo espacio había sido destinado a muebles repletos de viejos volúmenes. El sobrecargado mobiliario, con formas pesadas y floridas, anunciaba su gusto por el siglo diecinueve. Sobre la gran mesa central se apilaban libros de historia y revistas de arqueología. Junto a la mesa dormitaba el sillón de lectura. Bruce dejó caer su peso encima e intentó recobrar el aliento. La falta de espacio le obligó a encoger las piernas. El resto de habitaciones también habían terminado por llenarse con cajas repletas de libros. Entonces resopló al evocar a su esposa.

Aquella falta de espacio fue en el pasado motivo de numerosas disputas con Catherine, a quien poco parecía importarle ya, pues se ausentaba cada vez más tiempo de casa. Y ningún hijo existía para reclamar dicho espacio. Asunto que les había enzarzado en más disputas. Durante años le había pedido que le concediera un hijo para completar el círculo familiar, pero su esposa siempre exponía meditadas excusas para salvar la situación. A medida que iba pasando el tiempo, Bruce le había explicado que la edad pronto supondría un problema biológico. Catherine se aferró a ese dato como si de oro se tratara, lo amplió y retorció hasta cotas imposibles, declarando que, aunque deseaba darle un hijo, él estaba en lo cierto: la edad empezaba a ser un impedimento y un embarazo podría acarrear serios problemas. Las conversaciones de la maternidad menguaron y quedaron reducidas a miradas y silencios dañinos.

Las familias Morton y Denker se conocían desde hacía varias generaciones y decidieron que sus hijos —Bruce y James— conservaran los elevados valores de los *Boy Scouts*. Así pues, los enviaron al Campamento Wilkinson para Jóvenes. Allí estrecharían sus lazos de amistad. Sin embargo, esto no tuvo lugar hasta después de disparatadas riñas, celos infantiles y una o dos peleas, donde Morton salió con un ojo morado y James con el mentón marcado por un certero puñetazo. Una noche, mientras todos dormían plácidamente, se inició un fuego al estallar el conmutador en un circuito defectuoso. Se extendió por la cabaña número cuatro, lugar

de residencia de ambos muchachos. Pese a que habían aprendido las consignas de los *Boy Scouts*, nunca tuvieron la oportunidad de ponerlas en práctica. Por lo que esa noche se presentaba como la ocasión perfecta. Morton había sido castigado por ocultar la ropa interior de un chico cuyo rostro era una horrenda salpicadura de pecas rojas y el cabello una maraña de esparto rojo. Fue destinado a la vigilancia y, cuando avistó el fuego, pensó en uno de los lemas de los *Boy Scouts*: «Hacer una buena acción al día». Corrió hacia la cabaña, abrió la puerta de un puntapié y anunció la desgracia con frenéticos alaridos que parecían surgidos de una garganta con reverberación. Los chicos despertaron asaltados por un terrible calor que ahogaba el oxígeno. Morton fue a la cama de James. Entonces recordó que éste había sido castigado a permanecer esa noche en la Segunda Sala, lugar destinado a muchachos con problemas de actitud. Apremió a todos a salir y se encaminó a la Segunda Sala, un habitáculo cuya cerradura había sido obstruida con una goma de chicle. Llamó a James, quien seguía dormido; y con su disfunción auditiva, despertarlo sería difícil. Asaltó la oficina libre de personal y aferró una silla. El fuego avanzaba por el pasillo. Numerosos listones de madera se desprendían de techo y paredes. Morton se plantó ante la puerta de la Segunda Sala. Al otro lado se escucharon los golpes de puños desesperados. ¡Estoy aquí, James!, exclamó. Cuando supo que había oído la orden de echarse atrás, golpeó la puerta con la silla hasta arrojarla abajo. Aunque James se encontraba aturdido, sus ojos reflejaron una gratitud que perduró hasta el día de su muerte.

—Fue mi buena acción de aquel día, James. Brindo por eso —dijo el profesor Morton, y bebió de la petaca. Entonces evocó la ley de los *Boy Scouts* y añadió—: El scout es digno de confianza, leal, servicial, amable, cortés, bondadoso, obediente, alegre, ahorrativo, valiente, limpio y reverente.

Esbozó una ebria sonrisa al reflexionar acerca de si poseía tan excelentes cualidades. Pensó en lo absurdo de la muerte de James Denker. Habría estado dispuesto a salvarle la vida por segunda vez de haber estado presente cuando cambiaba la maldita bombilla. Aunque al principio lo atribuyó a una tragedia, con el tiempo empezó a creer que bien podría haber sido un acto deliberado de lo que su esposa llamaba el poder de Past Grove.

James miró el enorme reloj de pie, y reparó en que eran pasadas las tres de la tarde.

—Otra vez me toca comer solo.

Se levantó del sillón y se dirigió a la cocina. Abriendo y cerrando armarios, se preguntó por enésima vez por qué su esposa pasaba tanto tiempo con los vecinos; personas con las que habían

compartido buenos momentos en barbacoas y en otras actividades. Y, de repente, de la noche a la mañana, empezaron a comportarse de un modo secreto y absurdamente conspirador. Cathy, quien siempre fue dada a los delirios de grandeza, quedó cautivada cuando, durante una barbacoa, un vecino expuso extravagantes teorías acerca de Past Grove. Ella mostró un interés desproporcionado, pasando en pocos días a ser arrollador y obsesivo. Desde entonces empezó a desatender la casa cuando siempre había sido una mujer meticulosa en la limpieza. A Bruce no le importaba dedicar parte de su tiempo a mantenerla limpia. Sin embargo, sentía que Cathy también había abandonado su matrimonio.

Así fue como Bruce Morton se vio inmiscuido en una serie de acontecimientos que cambiaron su modo de entender Past Grove para siempre. La idea de que Past Grove era una localidad situada al norte de Alabama, uno de los estados sureños cuyos atardeceres se teñían de un intenso fuego, fue sustituida por la decrépita imagen de una prisión de almas abatidas y con anhelos eternamente insatisfechos. Por desgracia su esposa pasó a formar parte de aquellas almas custodiadas por el poder del pueblo.

El inicio de su investigación pasó por la biblioteca del condado. Allí reunió multitud de volúmenes que narraban la perturbadora historia de Past Grove. Cuando nació como una nueva colonia en los estados sureños, todos pensaron que pronto miles de personas llegadas de los opulentos estados industriales del norte la ocuparían, pasando a convertirse en referente de progreso. Algunos constructores que emigraron desde Boston, entre ellos Henry Russell, se asentaron en la colonia, nacida en 1791, con una visión excesivamente ambiciosa para Past Grove, que por aquella época no era más que un lamentable amasijo de madera y tejados, por cuyos resquicios se filtraba el agua, obligando a los ocupantes a abandonar las viviendas durante las tormentas. Para entonces, el asentamiento ya presentaba problemas para los colonos, pero lejos de darse por vencidos en su empeño por alzar la nueva colonia, encontraron el modo de salir adelante. Henry Russell dispuso toda la tecnología de la época para modernizar las propiedades, ofrecer servicios primarios, edificar las primeras escuelas e industrializar la tala de árboles. Con ello no lograron sustituir las plantaciones de algodón y tabaco, que abarcaban buena parte de la economía de Past Grove. Con la llegada del siglo diecinueve, se abrió la mina de carbón, que inició varios problemas que ahuyentaron a los posibles inversores y limitó el crecimiento económico.

La primera tragedia de la que se tiene constancia acaeció durante una noche en 1814. El duro invierno se cobró la vida de

John Adams, un leñador que hundía el hacha en la corteza del enorme roble con el que se debatía. El árbol cayó hacia atrás empujado por un repentino viento, y Adams quedó aplastado. Las leyendas de El Bosque del Miedo nacieron por esa época. Muchos aseguraban que un viento surgido de las entrañas de la tierra soplaba durante las noches de invierno. Leñadores y fábricas madereras se trasladaron al norte de la localidad. Sin embargo, que los extraños acontecimientos se detuvieran por un tiempo disipó el temor de los lugareños.

Past Grove exhibió con orgullo tres escuelas. Pero dicho orgullo quedó manchado cuando una profesora armada con un tridente hundió las púas en la tripa de cada estudiante a su cargo. Los gritos de centenares de niños que corrían por los pasillos llenaron la escuela. La profesora se declaró culpable en el juicio y pasó a ser la primera víctima de la pena capital. La horca se estimó como la forma más apropiada para interrumpir la vida de quien había acabado con dieciocho niños. Los padres, no conformes con la justicia, decidieron asaltar la escuela con antorchas y bidones de gasolina. La noche del 13 de mayo de 1825 el cielo de Past Grove se cubrió de un fuego que anunciaba la justicia del pueblo. Así fue cómo desapareció una de las escuelas y cómo decenas de familias emigraron a localidades prósperas, donde el índice de sucesos extraños apenas era un perro silenciado a tiros y alguna que otra disputa matrimonial.

Durante la extracción de carbón en la mina de Past Grove, murieron seis trabajadores en el derrumbamiento de una de las galerías mal apuntalada. Un superviviente, sin embargo, atribuyó el accidente a la manifestación del espectro de un negro, cuya estridente risa hizo que las vigas se desprendieran produciendo así el desastre. El tipo aseguró escuchar la risa del maldito negro cuando corría para salvar su vida. El suceso desató una ola de racismo que se cobró cincuenta muertes de hombres, así como de mujeres y niños, añadiendo como excusa que los niños negros crecerían y reirían igual. Pero fue un suceso no documentado lo que finalmente provocó el cierre de la mina, pasando a denominarse la Mina Abandonada. La reacción por parte de la comunidad negra no se hizo esperar y se agruparon en una partida que asaltó la tienda de armas del señor Kellin. Tras romper las vidrieras se apoderaron de la munición que luego pasaría a alojarse en las víctimas, cuyos cuerpos pronto sembraron las calles; ojos moribundos contemplaron el cielo en una última plegaria; los vientres se derramaron sobre la calzada a causa de las balas de gran calibre; los gritos sacudieron a una población que pretendía ser próspera, pero únicamente fue la violencia y el afán de destrucción lo que floreció sin que nadie lo

comprendiera.

La suma de asesinatos, fenómenos paranormales y la marcha de decenas de familias respetadas, hizo que el ferrocarril desviara su curso pasando por alto Past Grove, con la inevitable situación de que muchos jornaleros de condados vecinos decidieran buscar trabajo en otro lugar. La industria se detuvo y la población decreció de 4.375 habitantes a 1.257 según el último censo realizado en 1937.

No obstante, lo que sorprendió a Bruce no fueron esas leyendas, sino que algunas personas empezaran a comportarse de forma insólita. Manifestando signos severos de demencia. Y de algún modo que desconocía, su amigo James Denker había descubierto algo similar en sus propias investigaciones.

Una noche, después de años de distanciamiento, James contactó con él mediante una carta anónima que echó por debajo de la puerta, pensando si la mujer de Bruce sería un problema. Afortunadamente fue él quien cogió la carta y no Cathy, que por esa época ya pasaba menos tiempo en casa. La carta lo citaba en el bar de Karl Gunter. Ambos se reencontraron con un largo abrazo. A continuación pasaron a hablar de cosas triviales hasta que por fin la conversación se encaminó por senderos escabrosos.

James, debido a su trabajo como carpintero, tenía pendiente el acabado de un mueble para la respetada señora Nevis. Frances Nevis era una mujer de gustos extravagantes, por lo que la repentina petición no lo alarmó. Sin embargo, en cuanto empezó a recibir numerosas llamadas con excesiva urgencia, se preguntó qué importancia podría tener un mueble para la reunión prevista a medianoche. Trabajó toda la jornada. Debía tenerlo listo antes de las nueve, hora límite impuesta por la señora Nevis, cuya voz se había agravado tras cada llamada. Transportó el mueble en el furgón hasta la propiedad de Frances. Eran ocho columnas de madera dispuestas de forma circular sobre una placa metálica. La estructura soportaba una circunferencia de madera en cuyo contorno James había realizado agujeros e insertado varas de acero. James tuvo la impresión de que era una enorme jaula. Sacó el armatoste, lo condujo a una habitación vacía y lo colocó en el mismo centro. Los primeros invitados esperaban a que él finalizara el trabajo. Las expresiones de impaciencia no tardaron en manifestarse, parecían nuevas pieles carnosas añadidas a sus rostros anteriormente mansos. El resultado fue espantoso. James creyó por un segundo advertir el verdadero aspecto de bestias mal formadas. A la hora de la paga, recibió cien dólares más de lo acordado. La señora Nevis asintió satisfecha mientras a su espalda se reunían los invitados, cuyos rostros exhibían una impaciencia difícil de

determinar. James vio cómo un tipo asomaba una lengua ávida y relamía su labio inferior. Los ojos danzaban en sus órbitas. James aceptó el dinero y se marchó.

Bruce sumó los datos que le había ofrecido James a los que ya tenía e inició un largo suspiro de comprensión. No obstante, estaba lejos de tener una visión completa de la realidad de Past Grove. Verdaderamente lejos, tan lejos que de haber atisbado una diminuta parte habría rechazado inmiscuirse en el asunto.

Capítulo 6

Los ojos de Suzie Denker releyeron la nota repetidas veces, hasta conseguir que las palabras escritas por un demente cobraran verosimilitud.

En primer lugar, quiero pedirte disculpas por el modo de presentarme. Sé que dejaste la escuela para trabajar repartiendo el periódico. Y todo por ayudar a tu madre. Me quito el sombrero. Desafortunadamente esta nota no es debido a elogios.

No sé hasta dónde comprendes la magnitud de lo que ocurre en Past Grove. Sin embargo, tengo la certeza de que, pese a tu lucidez, te hallas lejos de una respuesta completa. Y así lo deseo, puesto que conocer todos los detalles sería una carga demasiado dura para una adolescente. Digo todo esto aun sabiendo que tu padre me hablaba una y otra vez tus cualidades: tu determinación, tu fuerza interior y tu profunda honestidad para con los demás.

Me veo en la obligación de citarme contigo en la vieja escuela quemada para aportar el resto de información que, por seguridad, eludo en la nota. Espero que no hayas olvidado mis lecciones de historia y recuerdes dónde se halla la escuela en cuestión.

Tu padre me explicaba tus sospechas acerca del pueblo. Pues has tenido razón todo este tiempo. Past Grove respira por nuestros pulmones.

Afectuosamente, Bruce Morton.

Dejó la nota en la mesita, sin parpadear y sin apenas oír su corazón, cuyos latidos parecían haberse detenido. El reverso de la nota la citaba esa misma noche, en la escuela que ardió hacía años. ¿Por qué habría decidido aquel lugar tan siniestro? Sobre todo, se preguntó si la nota procedía en realidad de su antiguo profesor de Historia. ¿Cómo saberlo? Miró el teléfono y caviló durante minutos.

—Puedo pedirle a Mark que me consiga el número del profesor, y luego llamarlo a él para confirmar si ha escrito la nota.

Rechazó la idea. Creía oportuno mantener el asunto en secreto y no involucrar a nadie. Al menos hasta cerciorarse de que no existía peligro.

Rodó sobre la silla de su escritorio y arrimó la cara al cristal de la ventana. Todo el paisaje se encontraba vestido de gris y una horrenda bruma deslizaba sus tentáculos por entre las ramas de pinos y abetos; las casas se desdibujaban tras la lluvia igual que una pintura al óleo. Un listón de la valla del jardín golpeaba contra el soporte metálico. Pensó en repararlo en cuanto la lluvia diera tregua. Buscó signos de que la tormenta fuese a amainar. Desistió al comprobar que el cielo se asemejaba a un muro ceniciento, sin orificios por donde penetrar los benefactores rayos del sol. Por lo visto, Past Grove rechazaba el confortable calor, la luminosidad, y se contentaba con el detestable rumor de la lluvia.

—No me gusta la lluvia. No me gusta este clima, y tampoco me

gusta este pueblo.

Con la vista apuntó a la estantería, y a la hucha que contenía el dinero sobrante del pago de recibos, de la compra de ropa, y de comida para ella y su madre. Aunque recibían una modesta paga por el seguro de defunción del padre, en ocasiones era necesario recurrir al dinero de los periódicos. Sobre todo cuando Liz Denker gastaba la mayor parte en botellas que ocultaba una y otra vez para que Suzie no las vaciara en el fregadero. Afortunadamente, la hucha se iba llenando con billetes de uno y de cinco dólares y monedas de veinticinco centavos, que pronto usaría para abandonar el pueblo. De hecho, de un momento a otro, debería adquirir una nueva hucha.

Entonces el ruido del teléfono colmó la habitación. Al descolgar escuchó el estridente chillido de Nina Holbrook y alejó el auricular de la oreja.

—¡AAAHHHH! ¡No me has llamado, tía!

—Iba a hacerlo ahora mismo —se excusó mientras contemplaba la nota.

Sobre el tejado repiqueteaba la lluvia de forma obsesiva y Suzie reparó en lo ruidosa que era, semejante a miles de personas corriendo. La voz de Nina quedó reducida a un zumbido eléctrico hasta que lanzó otro grito.

—¡No me estás escuchando!

Suzie Denker parpadeó repetidas veces y salió del ensimismamiento en el que estaba desde que había recibido la nota.

—Sí lo hago.

—¿Entonces vas a venir?

—¿Eh? Sí, sí.

—Bien. Va a ser una pasada, tía.

—Sí —repuso Suzie sin saber lo que había aceptado.

—Mi primo se quedó de piedra cuando te vio lanzar.

—¿Sí?

—Pues claro. ¡Eres la Catapulta Romana!

Las viejas tuberías del agua caliente se estremecieron de pronto, y supuso que su madre estaba duchándose.

—Estás muy ausente, tía —replicó Nina—. Esta noche estará mi primo también, así que ponte tu mejor ropa.

Volvió en sí con un brusco latido de corazón, que sintió como un manotazo.

—¿Esta noche? —inquirió con los ojos fijos en la nota.

—Sí. Joder, tía. Te lo estoy diciendo todo el rato. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí.

—No me respondas con los dos *síes* que siempre usas para dar largas, como si yo fuera una tonta más de tus amigas. Te conozco, alguna mierda ronda tu cabeza.

Desde el baño llegaban maldiciones seguidas de algún que otro quejido de dolor.

—Tengo que atender a mi madre, luego te llamo —dijo Suzie.

—Está bien, pero no faltes. A las ocho donde siempre.

Dejó caer el auricular contra la horquilla telefónica y corrió escaleras abajo. Encontró a su madre tumbada sobre la esterilla rosa del baño. Se masajeaba la cadera al tanto que seguía lanzando maldiciones cada vez más creativas. El cabello lacio le cubría buena parte del rostro, dejando ver sólo un ojo entornado y repleto de venas rojas. Los muslos habían perdido masa muscular y se exhibían como dos huesos. Las clavículas resaltaban de manera espantosa. Los pechos que una vez le concedieron una imagen envidiable parecían haberse deshinchado.

—¡Mamá! ¿Qué ha pasado?

—Me he caído, ¿no lo ves? —espetó.

—Eso ya lo veo. Pero, ¿qué te pasa que estás tan delgada? —Suzie se inclinó a su lado y trató de levantarla, pero la madre se zafó con penosos golpes erráticos.

—Deja, deja, puedo yo sola. No soy una inválida.

—Tranquila, mamá. No me importa ayudarte.

La sentó encima de la tapa del retrete y cerró el grifo del agua caliente. Las tuberías se quejaron con un lamento metálico que alcanzó toda la casa.

—Mierda de tuberías —masculló Liz.

—Eso es lo de menos ahora.

—¿Y qué es ese ruido que no cesa desde hace horas?

—Está lloviendo, mamá. —La contempló allí sentada como una mujer famélica que estaba siendo apresada por las garras del alcohol.

—¿Ese ruido torturador es la lluvia? ¿Y por qué no cesa de una vez? Debería haber hojas de reclamaciones donde poder quejarme.

La muchacha evocó los tiempos en que Liz Denker se complacía mostrándose ante los hombres como un premio ya ganado por su esposo y al que ningún otro aspirante tenía acceso. Se sentía como una serpiente embaucadora cuando la contemplaban con anhelos imposibles. Lucía su belleza de forma natural y elegante, sin avergonzarse de poseer un cuerpo de curvas generosas, pestañas tan largas como lo permite la arrogancia y ojos azabache capaces de devolver la vista a un ciego. Acostumbraba a acudir a tiendas de moda en Jasper y regresar con bolsas llenas de nuevos vestidos, trajes y chaquetas. Su padre nunca había juzgado esa actitud,

puesto que conocía la fuerte personalidad de Liz y cómo delimitaba a los hombres su zona de aproximación; sólo estaba permitido admirar, jamás tocar.

No obstante, aquella imagen de soberbia femenina había desaparecido y la mujer que se encontraba delante de Suzie estaba lejos de exhibirse ante nadie.

—No puedes seguir así, mamá.

—Estoy bien —susurró—. Y he pagado el recibo, como habrás comprobado.

—Sí, sí.

Aquel mismo día, Suzie inició una exhaustiva búsqueda de las botellas que Liz solía esconder. En las ocasiones anteriores las había encontrado debajo de la cama de matrimonio, o dentro del armario entre la ropa que ya no usaba; pero con el tiempo la inventiva de su madre fue adquiriendo cotas de premio Nobel, y había empezado a ocultarlas en el suelo del comedor, bajo una tabla de madera a la que le había extraído los clavos. Suzie se había visto obligada a volver a casa a hurtadillas, dejando a medias el reparto del periódico, para poder espiarla y así averiguar cuál era el nuevo escondite.

Sin embargo, ese sábado tenía pensado un plan más ambicioso. Liz dormitaba en el sofá cuando Suzie asomó su rostro furtivo por la ranura de la puerta. El vaso de licor que había en la mesa contenía un somnífero sacado del botiquín de primeros auxilios. El leve ronquido le sugirió que dormiría durante horas; las necesarias para averiguar dónde estaban las botellas esta vez.

Inició la tarea por la cocina. Removió vasos, cacerolas; abrió armarios y cajones. A continuación miró tras la puerta, lugar de descanso de utensilios de limpieza. No dándose por satisfecha, sacó los cajones para mirar en los huecos interiores. Por lo visto, un grupo de cucarachas había hallado su zona de confort, adecuada en humedad y de escasa luz. Suzie lanzó un respingo y retrocedió un paso, con el corazón bombeando una buena carga de sangre y las sienes martilleando con fuerza.

—Qué asco.

Tropezó con la silla situada junto a la pared. Cuando el ruido se extendió por la cocina, contuvo la respiración y oyó a su madre gemir de agotamiento. Luego regresó el silencio.

Pasó al comedor antes de que los efectos del somnífero se redujeran. Miró en el pesado mueble que ocupaba una importante porción de espacio. Cajones, armarios. Se aseguró de que los clavos añadidos a la tabla del suelo estuvieran en su debido lugar. Se acercó al sofá. Los ronquidos de su madre parecían allí profundos y reverberantes. Los globos oculares se movían bajo los párpados.

Suzie deseó que el sueño que estaba teniendo le ayudara a reencontrarse consigo misma y volviese a ser la mujer que fue. Seguidamente se agachó para inspeccionar debajo.

Abrió la puerta del desván y accionó el interruptor. Se iluminaron viejas revistas del mantenimiento del hogar, un bote de pintura sobre cuya tapa descansaba una brocha; pero ninguna botella de licor. Luego entró en el baño, pequeño, parcialmente sucio y con un espejo que reflejó a una Suzie Denker preocupada y de tez blanca; el cabello rubio pendía en una deslucida melena. El torso era firme, pero sin las elevaciones propias de los quince años. Rememoró las insultantes palabras de Tom Paulson acerca de sus senos inexistentes.

—Gilipollas.

Las carencias que Tom menospreciaba se veían salvadas por preciosas facciones y unos abundantes y carnosos labios. Las mejillas quedaban teñidas de un rubor natural que le concedía al rostro una agradable inocencia.

Apartó la cortina de la ducha. Nada. Abrió los cajones del pequeño armarito y rebuscó cayendo de pronto en la cuenta de que su madre podría estar usando otro recipiente de menor tamaño para el alcohol. Llevando la situación al límite, palpó los azulejos en busca de cualquier señal de manipulación.

—¿Dónde estarán?

Sin darse por vencida, asaltó el dormitorio de su madre. La lluvia continuaba chocando contra el cristal de la ventana. Después de mirar de manera concienzuda en cajones y armarios, debajo de la cama y no encontrar nada, una impaciencia empezó a roerle el pecho como si de uñas de animal se tratara. Llevó su mano al mentón y reflexionó acerca de dónde más podría mirar.

Finalmente entró en su cuarto y se asomó a la ventana. La hierba crecida, meciéndose al antojo del viento, le sugirió que ésta necesitaba una segada. Y se preguntó si su madre habría escondido las botellas en el jardín. Apretó los dientes revelando su enojo al verse obligada a posponer su búsqueda hasta que finalizase la tormenta.

Al volverse, su mirada fue a posarse sobre la nota. Aspiró lentamente, intentando mantener la calma. La cogió, como si de ese modo pudiera hallar una idea que le evitase llamar a Mark y hacer uso de sus habilidades en el *phreaking,* para averiguar el número de teléfono del profesor sin que éste lo supiera, entonces llamarlo y preguntarle si había escrito la nota. El reloj despertador de la mesita le anunció que eran las cuatro de la tarde. Tenía ocho horas antes de quedar con Bruce Morton para idear un plan que se adaptara a su recelo; y cuatro horas para acudir a la cita con Nina. Estrujó la

nota, intuyendo que se avecinaba una enorme responsabilidad a la que tenía miedo enfrentarse.

—Tengo que ir —susurró.

Al cabo de varias horas, Suzie se plantó delante del sofá donde Liz dormitaba. La mujer lanzaba algún que otro carraspeo, abría los ojos sin saber dónde estaba y volvía a dormirse. El pecho se llenaba penosamente de aire. Murmuró algo entre dientes. Suzie pensó en despertarla, pero un segundo después reparó en que apenas notaría su ausencia. Supuso que acudiría al escondite que ella no había conseguido encontrar y extraería una botella para beber hasta olvidar quién fue una vez y al maravilloso hombre que había tenido a su lado.

—¿Qué nos ha pasado, mamá?

El reloj del comedor señaló la hora. Eran las siete y cincuenta de una tarde nefasta. Una tarde que cambiaría su vida para siempre.

Había realizado todos los preparativos. Vestía tejanos y camiseta negra para la cita con Nina y el resto de muchachos. El cabello rubio lucía limpio después de la ducha y caía sobre la mochila que ocultaba la Smith & Wesson 38. Dos citas diferentes requerían a dos Suzies diferentes. Una exhibiría una sonrisa amable mientras la otra esperaba la medianoche para asistir al encuentro con el profesor Morton.

—Es la hora.

Aquella frase marcó el inicio de todos los insólitos acontecimientos que tendrían lugar. Siendo consciente de esto, abrió la puerta y salió. Past Grove la recibió con el lento goteo sobre el techo de la casa, el canto de los pájaros y un cielo taciturno que se abría en un claro estrellado cuyo centro estaba ocupado por la luna. Llenó los pulmones de aire y, pese a que éste era fresco y renovado, Suzie percibió una leve pestilencia.

Capítulo 7

Avanzó sobre su bicicleta hacia el viejo molino, lugar de reunión de los muchachos y el lugar de la cita con Nina Holbrook y su primo. Sin embargo, escondería primero la mochila en los límites del Bosque del Miedo; aunque no conocía al primo, estaba segura de que no era alguien de quien desconfiar. Evidentemente era la segunda cita la que la había obligado a ir armada. Dirigirse a la zona del pueblo donde fue quemada la antigua escuela no era lo más agradable. Dejó Bridge Road y se adentró por el puente de Old Road a la velocidad del rayo. El arma saltaba dentro de la mochila y el cabello volaba al viento. Las desgastadas tablas de madera repicaron bajo las ruedas. Delante se alzaba la popular casa del bosque. El molino quedaba a la izquierda, a media milla. Aun así, se escuchaban risas ahogadas por el rumor del río. Rodó a toda velocidad hacia Wood Trail, una senda que dividía el Bosque del Miedo; ella, no obstante, no se adentraría más allá de lo necesario. Cualquier abeto le resultaría de utilidad para ocultar la mochila. Jamás se había adentrado en dicho bosque y jamás lo haría.

Derrapó con destreza, el barro roció los árboles que flanqueaban el sendero. Se quitó la mochila y la depositó con cuidado tras un grupo de ramas frondosas. A continuación montó en la bici, pero antes de partir volvió la cabeza porque creyó oír ruidos pastosos en el barro. Eran como pasos pesados, lentos y avanzaban en su dirección.

—Será algún animalillo del bosque.

Con aquella excusa hundió el terror que había intentado emerger desde los corredores de su mente.

El molino había sobrevivido al paso del tiempo, a las tormentas y al abandono. La enorme rueda introducida en el río permanecía inmóvil y de sus aspas caían gotas de agua; por las paredes se derramaban más gotas, hasta caer sobre la maleza que los años habían añadido alrededor. El cilíndrico techado presentaba diversos agujeros. Las dos ventanas contenían una negrura devastadora. El resplandor de la luna lamía los primeros metros de la construcción, encendiéndola de un blancor fantasmal.

A medida que Suzie se aproximaba, la envolvió el murmullo de voces procedente del círculo de muchachos en torno a la hoguera. Apoyó la bicicleta en un tronco junto al resto; la de Nina era rosa y con flecos blancos en ambos puños. También estaban las de Ed,

Michael, Lisa, Daniel y Kelly.

Lisa y Michael se habían puesto en pie y se distanciaban abrazados hacia el árbol más cercano. Michael, alto y de ojos verdes, tenía encandilada a la mayoría de muchachas del pueblo. Sin embargo, sin que Suzie comprendiera por qué, había seleccionado a Lisa, cuyo coeficiente intelectual era similar al de una mosca; no obstante, con dos gigantescos puntos a favor que empujaban el suéter gris por debajo de su barbilla. Sus piernas eran finas y sin forma, semejantes a dos bastones de madera. Michael se conformaba con la abundante parte superior de ella. La cara era la de una mocosa repleta de odiosas pecas. Daniel, un tipo que pasaría desapercibido entre miles de personas, le entregó el cigarrillo de marihuana a Kelly, quien lucía una camisa de franela y un cabello cobrizo que parecía no haber probado el agua en décadas. Aceptó el cigarrillo, aspiró con la fuerza de la adicción y sus mejillas se hundieron aportándole el aspecto más repulsivo de Past Grove. Ed conservaba la costumbre de hurgarse la nariz en busca de obsequios; era un muchacho desgarbado y de ojos saltones. En su cabello podían hallarse normalmente adornos que se le habían caído de los dedos.

—Hola, chicos —saludó Suzie.

Todos se volvieron con expresiones de bienvenida.

—Casi no te vemos con esa ropa negra —bromeó Michael, y luego sumó sus labios a los de Lisa.

Suzie experimentó una arcada que la forzó a mirar a Nina, cuya boca anunciaba que era la hora de sus gritos aspirantes a rockera. Entonces vio al primo. Era un chico de apariencia discreta y modales silenciosos que vestía un chándal rojo.

—¡Bienvenida! —Nina rompió el círculo. Corrió hacia Suzie y se echó encima—. ¡Has venido! ¡Pensé que no lo harías porque estabas más rara que la directora Ferguson!

Ambas rieron en un abrazo largo y afectuosamente opresivo. Suzie tuvo la sensación de estar siendo aferrada por las tenazas de una máquina hidráulica.

—¿Crees que me perdería la reunión en el viejo molino? Claro que no.

—¡¡¡AAAHHH!!! —El chillido apartó por un momento a Suzie de la realidad, sepultándola bajo la ruidosa felicidad de Nina, quien tenía el semblante iluminado, los labios divididos en una sonrisa y los ojos brillantes como perlas. Pese a las evidencias de alegría, no pudo evitar propinar a la noche otro grito—. ¡AAAHH! Tía, eres la mejor del mundo, ¿lo sabías?

—Sí, sí —dijo, y de puntillas, se asomó por encima del hombro de Nina para mirar a su primo. Él la evaluaba con interés. Pero

cuando los ojos del muchacho se detuvieron en el pecho, Suzie experimentó un calor en el cuello que avanzó hacia las mejillas con devastadora velocidad. La cara le ardió y se preguntó si acaso buscaba relieves en su camiseta.

Nina le hizo señas para que se acercase.

—Este es mi primo Lester. Ella es…

—La Catapulta Romana —interrumpió—. Menudo lanzamiento tienes.

—Gracias. No le daría tanta importancia.

—Dejad vuestro rollo para más tarde —masculló Michael—. Acercaos al fuego, hace fresco.

—¿Y qué haces tú apartado, entonces? —inquirió Nina.

—Yo tengo a quien me proporcione calor —repuso.

El grupo se amontonó entre risas alrededor de la hoguera.

—Buen partido —dijo Ed, y aplastó un dedo coronado por un moco en sus pantalones.

—¡Qué asco! —exclamó Lisa.

—Sí, tío —dijo Nina—, al menos usa guantes.

Todos rieron abiertamente. Suzie les concedía alguna que otra sonrisa nerviosa.

—Siento que hayan aplazado el partido —declaró Michael—. Este cerdo tiene razón, estuviste genial.

—Como siempre —añadió Nina; luego su rostro se ensombreció.

—¿Alguien sabe por qué lo aplazaron? —preguntó Lisa, y antes de obtener la respuesta, buscó los labios de Michael.

—Está claro, fue por el cuerpo que encontraron —dijo Nina—. Han matado al señor Barrett.

Todas las miradas apuntaron hacia Nina, mientras ella contemplaba a Ed detener el dedo que escarbaba en su nariz.

—¿Qué?

—Nada, nada, puedes continuar con tu búsqueda —le dijo.

—Si encuentras algo avisa —rio Daniel, y aceptó el cigarrillo de marihuana que le devolvía Kelly, cuyo rostro soñoliento estaba tallado con una absurda sonrisa.

Suzie sufrió el sobresalto del corazón. Miraba a Nina con la certeza de que sumaría alguna frase más a su declaración.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Michael. Lisa le inspeccionaba la entrepierna y asentía satisfecha.

—Cuando salí del campo de béisbol escuché casualmente hablar a Duncan y a la directora Ferguson.

—Bah, no me interesa —dijo Daniel. Aspiró de forma placentera el cigarrillo.

Suzie deseó abofetearlo para que dejara de ser un completo imbécil. Estaba segura de que así lograría al menos despertarlo de

su constante entumecimiento mental.

Nina continuó con su exposición. Los latidos de Suzie golpeaban con más fuerza a medida que hablaba. Cada palabra le evocaba el día que vio al señor Barrett discutir con el otro tipo del anillo. Entonces Suzie se preguntó si habría matado aquel hombre a Barrett y, de ser así, por qué.

—No tengo ni idea de por qué muere tanta gente en el pueblo —finalizó Nina.

—Yo sí —anunció Daniel—. Es un pueblo de mierda.

Los ojos de Suzie llenaron su cara y la boca quedó abierta en un gesto de sorpresa. Daniel era de las personas que jamás aportaban un comentario sensato, y cuando finalmente ocurría, era momento de hacer una anotación en el calendario. «Sábado, 22 de noviembre, 1980. Daniel está en lo cierto». Suzie intentaba relajarse con chistes que avivaran su estado de ánimo. Puesto que, desde hacía unos minutos, no dejaba de escuchar agitarse los arbustos del otro lado del Team River. Se volvió de pronto, esperando sorprender a cualquier animalillo del bosque, pero allí sólo se apreciaba la vegetación iluminada por la luna.

—¿Qué te pasa, tía? Llevas días rara —dijo Nina.

—Estoy bien. He creído escuchar algo al otro lado del río.

—Serán Mark y Danny que te siguen a todos lados. Están enamorados de ti.

Suzie entornó los ojos.

—Qué bobada.

—Reconócelo. Sobre todo, ese enclenque de Mark.

—Bueno, no sé —dijo, arrojando miradas fugaces a Lester, quien sonreía de manera amigable—. Me da igual. Tengo otras cosas en la cabeza. Tengo que salir de este pueblo de mierda como dice él. —Miró a Daniel cuando éste hizo un gesto de asentimiento y le mostró el cigarrillo de marihuana casi consumido.

Suzie se puso en pie y comunicó que debía marcharse antes de lo previsto. Kelly le arrebató el cigarrillo a Daniel y aspiró. Michael sonreía a Lisa mientras ella le masajeaba la entrepierna. Ed se sacudía la gran cantidad de mocos adheridos al pantalón. Nina y su primo se levantaron también.

—¿Qué te pasa?

—Te llamaré para explicártelo. Pero no tardaré mucho en irme.

Michael miró su reloj de muñeca.

—Sólo son las diez. ¿A qué viene tanta prisa?

—Las diez —murmuró. Aunque conocía la ubicación de la vieja escuela, no sabía cuánto tiempo requería para llegar. Principalmente porque tenía previsto presentarse antes de medianoche—. Me largo.

—¿¿YA?? —exclamaron todos al unísono.

—Sí, sí. Lo siento. La próxima vez estaré más tiempo.

Se despidió con un rápido gesto de mano. Nina, no sintiéndose satisfecha, se lanzó a los brazos y, con el mentón apoyado en el hombro de Suzie, le dijo:

—Sabes que puedes contar conmigo. ¿Estás así por la nota que te dio aquel tío raro? ¿Pasa algo malo?

—Te llamaré —le aseguró Suzie—. Encantada, Lester.

—Me alegro de haberte saludado.

Los muchachos se reagruparon en torno a la hoguera cuyo fuego empezaba a morir. Las figuras de ellos se desdibujaron en la oscuridad.

Suzie giró en redondo. Saltó sobre la bicicleta. Pedaleó hasta la senda que dividía el Bosque del Miedo, cogió la mochila que había dejado entre las ramas y se dirigió a Old Road. Cruzó el puente de madera y viró en Bridge Road hacia el norte, donde una vez se irguió la vieja escuela. Pensó en evitar el pueblo y conducir por los senderos que había junto a la iglesia baptista. Al tiempo que dejaba atrás el perímetro del Bosque del Miedo, dedujo que era buena idea esquivar Past Grove.

La luna la contemplaba avanzar rápidamente. A un lado quedaba la granja de los Paulson, y a lo lejos divisó, por encima de los campos de trigo, el espantapájaros. Suzie tragó saliva y pedaleó con más fuerza. Las ruedas se hundían en el barro restando velocidad. Las casas se perdían en la distancia. El pecho se liberó de una presión endurecida durante horas; pero la calma resultante perduró sólo hasta ver la escuela.

Apenas permanecía en pie nada del aterrador pasado. Los tiznados muros de piedra se resistían a morir, pero la madera había desaparecido por completo. Los armatostes de hierro oxidado que eran los columpios y toboganes dormitaban enterrados por malas hierbas. La arena donde las antiguas generaciones de niños jugaban se había convertido en el hábitat de roedores infames que la escrutaban con ojos rojos. La lluvia reciente había creado charcos horribles sobre cuya superficie croaban ranas de hinchadas barrigas y bocas apestosas. El hedor alcanzó a Suzie cuando frenó en seco, aunque de buena gana habría continuado su viaje más al norte, hacia el límite del estado de Alabama.

Pisó con precaución, ya que el suelo se volvía inestable a medida que se aproximaba a las ruinas. Pese a la tormenta, flotaba una antigua pestilencia a hollín que impedía respirar con normalidad. Extrañas enredaderas se aferraban al muro igual que alambres y parecían estrangularlo. Numerosas hendiduras mostraban el interior de la escuela. La luna lamía un lado del muro. Halló, no obstante,

una porción de oscuridad en la esquina sur donde dejar la bicicleta. Había pensado internarse en el bosquecillo situado delante. Un camino pantanoso discurría junto a los primeros árboles y se preguntó si el profesor vendría por allí. Sacó la Smith & Wesson 38 e inició la marcha hacia los primeros árboles respirando forzadamente. Se detuvo en cuanto alcanzó un pino declinado a la derecha, al punto de chocar con otro de mayor tamaño. Los evitó y penetró por un espacio abierto, flanqueado por hileras de pinos. Se agazapó entre los arbustos. El sendero por el que sospechaba ella que aparecería el profesor Morton cruzaba entremedio del bosque y la escuela.

Los sonidos que colmaban la noche le arrancaban escalofríos a Suzie. Se estremecían las ramas de los árboles y la maleza en torno a la escuela. El croar de las ranas concedía al lugar la horrenda sensación de encontrarse en una ciénaga. La luna bañaba todo con pálida luz, que lejos de ofrecer una visibilidad gratificante, revelaba una desolación pantanosa y círculos rojos que la buscaban incluso en el bosquecillo. El sonido de veloces pasos sugería que se aproximaban hacia Suzie, con el deseo de contemplar un novedoso bocado de carne.

Otro ruido vacilante se abrió paso. Un foco luminoso se unió a la luz lunar, descubriendo las rocas incrustadas en el camino, los desniveles donde se reunía el agua de la lluvia y una elevación de piedra enmohecida. Los pasos se tornaron más sonoros, completando la gran diversidad de sonidos nocturnos. Entonces, una sombra se alargó sobre la senda.

Suzie, inconscientemente, posó su mano derecha en el tronco del árbol que tenía al lado. La piel de ella se cubrió de sudor frío, los ojos se abrieron cuando tuvo delante al causante de la sombra. Era un tipo en americana, que avanzaba hacia la escuela de espaldas a la luna, por lo que Suzie no fue capaz de darle forma al rostro.

Los ojillos rojos se desviaron hacia la figura e iniciaron una frenética carrera. Suzie sintió la necesidad de avisarle, pero su recelo la retuvo hasta cerciorarse de que era alguien en quien confiar. Sintió la palma de la mano que sostenía el arma humedecida por un helor como escarcha. El horrible bullicio enloquecido cruzó el sendero y sorprendió al tipo, que se giró en redondo, sacó un revólver y vació el cargador atestando el terreno de diminutos cuerpos agonizantes.

Unos chillidos como procedentes de ultratumba llenaron la noche. Suzie se llevó ambas manos a las orejas y sintió el frío metal del revólver sobre una de éstas.

—Ni las ratas son normales en Past Grove.

La figura se volvió en dirección a Suzie, quien se vio inundada

por el haz de luz de la linterna.

—¿Suzie? ¿Suzie Denker?

Aunque la voz se mantenía en un moderado tono discreto, reconoció al que fue su profesor cuando asistía a la escuela. Suzie emergió de entre los árboles empuñando la Smith & Wesson 38.

—Veo que has venido armada.

—Past Grove me obligó a ir armada cuando asesinó a mi padre —declaró ella.

—Lo comprendo mejor de lo que crees.

Suzie se detuvo en el límite del camino cuando vio los cuerpos de los roedores retorciéndose.

—No te preocupes. Puedes confiar en mí —le dijo Bruce, y le tendió una mano.

Ella entornó los ojos, aferró con mayor fuerza la empuñadura del revólver.

—Recuerdo que en clase eras muy desconfiada.

Suzie pisó la tierra mojada del sendero y aferró su mano.

—Ahora lo soy más.

Bruce atrajo hacia sí a Suzie y le concedió una sonrisa.

—Me gusta esa actitud, y veo que te has escondido.

—Claro —dijo, alojando el arma en bolsillo trasero de los tejanos—. No sabía a quién me encontraría. Cualquiera puede falsificar una firma.

—Muy cierto.

Bruce vestía pantalones de pana, botas marrones de caña alta y la americana sobre una camiseta gris. En la mano sostenía el revólver. Suzie había advertido un aroma a licor cada vez que él pronunciaba alguna palabra.

—¿Te ha sido difícil encontrar el lugar de reunión?

Suzie negó con la cabeza.

—¿Quién era el hombre que me dio la nota?

—Oh, nadie en particular, sólo un tipo que me aceptó unos dólares por entregarte la nota. Pensé que el anonimato era buena idea.

—Ah. —Suzie no quedó del todo satisfecha. Aun así, no replicó.

—Deberíamos salir de aquí enseguida —dijo—. En mi casa estaremos tranquilos, y podré explicarte lo que no dice la nota.

—¿Por qué me has avisado? Quiero decir que, ¿por qué me necesitas?

—Tu padre y yo estuvimos un tiempo distanciados debido a nuestros matrimonios y asuntos personales, pero siempre fuimos buenos amigos.

—Pues nunca me habló de ti en ese sentido —repuso Suzie—. No me hablaba de ti en ningún sentido.

—Es probable. Cuando volvimos a reencontrarnos fue debido a un asunto peligroso y quería evitarte que te inmiscuyeras.

Los párpados de Suzie descendieron.

—Hummm… ¿Qué descubrió mi padre que fuese tan peligroso para Past Grove?

—Lo mismo que yo.

Suzie miró en derredor al escuchar de nuevo el sonido pastoso, lento y cada vez más próximo. Se abría paso por entre la maleza pantanosa.

—¿Qué es eso?

—Será mejor irse de aquí —sugirió Bruce.

Suzie le señaló el sitio donde había ocultado la bicicleta.

—He venido en mi bici. Voy a por ella.

—Apresúrate.

Suzie evitó un conjunto de charcos en cuya superficie se reflejaba la palidez lunar. Los saltó con resolución y se adentró en una horrenda diversidad de vegetación, que la noche le confería el aspecto de criaturas repletas de diminutos brazos dispuestos a aferrarla por los tobillos. Más ojillos rojos la contemplaban desde los rincones de la escuela, detrás de las piedras y desde la hierba que crecía junto a un charco tan grande que guardaba similitud con un lago.

Cogió la bicicleta y la condujo a su lado hasta alcanzar al profesor.

—Nos vamos. Este lugar no es muy reconfortante.

—No lo es —aprobó ella.

Los raros pasos sonaban a una distancia segura; sin embargo, para Suzie estaban excesivamente cerca… Y cada vez parecían estarlo más. Las hojas muertas del suelo se quebraban con espantosos chasquidos cuyos ecos la alcanzaban y la envolvían. Sacó la Smith & Wesson 38 y encañonó a la oscuridad que no eliminaba la luna. Los pasos se amortiguaron sobre la hierba sumando el rumor de ésta a los sonidos nocturnos. El croar de las ranas se intensificó recreando una atmósfera siniestra.

—Algo se acerca. Lo he escuchado en el Bosque del Miedo.

—Andando, es hora de irse de una maldita vez —urgió Bruce.

Avanzaron por el sendero encendido de resplandor blanquecino. Suzie pedaleaba junto al profesor. De cuando en cuando ella arrojaba fugaces miradas hacia la procedencia de los pasos, que en ese momento se confundían con el resto de ruidos. Adivinó una serie de formas de mediano tamaño que se habían detenido donde comenzaba la zona iluminada.

Siguieron hacia el este. El aire recuperó su densidad natural y Suzie dejó de jadear.

—Adelante, tengo mi coche allí mismo. —Bruce señaló un rincón de oscuridad cercado por árboles tan altos que no se apreciaba el final cuando la luna se ocultó detrás de las nubes. Ambos desaparecieron en la negrura durante segundos. Seguidamente, el hombre extrajo las llaves de la americana y abrió la portezuela del conductor.

La muchacha ocultó la bicicleta en el espacio restante entre el automóvil y unos arbustos. El Lincoln despertó. Suzie mantuvo pegada la cara al cristal durante el trayecto, con la sensación de que volvería a escuchar los insólitos pasos en otro momento; y la certeza de que conocería pronto al causante no dejaba de crecer en su interior como un fuego abrasador. Bruce Morton no dijo nada hasta que estacionó frente al edificio de apartamentos que se erguía al lado de la oficina de correos.

—¿Has avisado a tu madre de que llegarías tarde?

—Sí, sí —se apresuró a mentir. La actitud de su madre, aunque no era lo que deseaba, tenía sus ventajas. Y la amplitud de horarios era una.

Ascendieron hasta el segundo piso. Suzie conocía al profesor desde los ocho años, pero jamás había tenido la oportunidad de entrar en su apartamento. Experimentaba una rara mezcolanza de ansiedad y forzada aceptación. La cándida atmósfera enseguida la envolvió.

—Por cierto, te vi en el partido —dijo Bruce, encaminándose al baño—. Sigues mejorando. Eres increíble.

—Gracias —musitó ella.

—Una pena que lo aplazaran, los aficionados estaban disfrutando mucho.

Suzie contemplaba el mobiliario antiguo del comedor cuando experimentó la falta de oxígeno debido al comentario del profesor.

—Sí —murmuró. Miró a Bruce al entrar en el comedor y adivinó que guardaba gran cantidad de información que deseaba compartir con ella—. Han encontrado al señor…

—Exacto —dijo—. Por lo visto, el partido se suspendió porque encontraron el cadáver del señor Barrett.

Mientras Bruce desaparecía de nuevo por el pasillo, Suzie empezó a hojear un par de volúmenes que descansaban sobre la mesa. Al pasar las páginas, un sonido quebradizo quedaba suspendido en el aire. Su respiración se tornó áspera según leía fragmentos de los inverosímiles relatos de Past Grove.

—Qué horrible.

—¿Quieres tomar algo? —La voz del profesor llegaba desde la cocina, y la luz bañaba el pasillo—. ¿Qué tomáis ahora los chicos de tu edad?

—Un refresco de cola.

—¿Sólo eso?

Suzie asintió ensimismada, creyendo que él la vería realizar el gesto.

—He traído el refresco —dijo el profesor—. Los suele tomar mi mujer. —Entonces reparó en los libros que leía. Se aproximó para entregarle el refresco. Luego dio un trago de su petaca y agregó—: Veo que has visto los libros que llevo estudiando desde hace meses.

—Recuerdo algunas de estas viejas historias. Siempre creí que eran cuentos de viejas para asustar a los niños. Pero desde que murió mi padre, ya no lo creo.

Suzie cerró el libro con un repentino gesto de impaciencia y lo apuntó con sus ojos recelosos.

—Sentémonos y te explicaré —le dijo Bruce.

Ella tomó asiento y esperó con los brazos cruzados en el pecho. La lata de refresco quedó sobre la mesa. El profesor le relató todo acerca de cuando su padre y él iniciaron la buena amistad en el campamento de *Boy Scouts*. Y cómo le salvó la vida en el incendio de la cabaña. Según la voz del hombre llenaba la estancia, Suzie empezó a sentir una fuerte nostalgia que ahondó en el vacío del pecho. Las lágrimas silenciosas vacilaron al borde de los ojos, pero las contuvo con la madurez de un marine; no estaba allí para avivar el dolor, lo único que deseaba era sacar algo en claro. Bruce le expuso las averiguaciones de su padre cuando acudió a entregar el extraño mueble a una clienta. Suzie resoplaba de impotencia y aferró la Smith & Wesson 38.

El profesor lanzaba algún que otro trago y, cuando siguió hablando, la estancia comenzó a oler a licor.

—¿Has disparado alguna vez? —le preguntó de pronto.

—No —contestó—. Mi padre era un firme defensor de las armas, y me animaba a tener una, pero jamás me enseñó a disparar. Supongo que no le dio tiempo; Past Grove lo asesinó antes de que pudiera enseñarme.

—Entiendo —dijo, y bebió otra vez.

—No sabía que bebieras.

—Lo hacía con moderación, aunque reconozco que me excedo desde hace tiempo. Quizá porque encubre mi temor.

Suzie arqueó las cejas y se preguntó si su madre habría sacado ya la botella del escondite para entregarse a la bebida y seguir traicionándose a sí misma.

—No deberías beber —declaró—. No es bueno.

—Estoy de acuerdo —reconoció Bruce, observando la petaca como un objeto peligroso—. Pero me excuso diciendo que Past Grove es peor, así que no parece que importe demasiado un poco de

licor.

—Mi madre bebe mucho y eso la ha cambiado.

—Sí. He oído los rumores en el pueblo.

Suzie miró hacia su regazo y lanzó un suspiro de resignación. Al reparar en el gesto de la muchacha, Bruce dijo:

—Lo siento de veras. Era una mujer encantadora. Recuerdo…, recuerdo que sabía escoger la ropa apropiada.

—Supongo que sí. —Dejó el arma en la mesa y cogió la lata. Al levantar la anilla sonó una explosión de gas y el líquido se derramó sobre los tejanos negros—. Me cago en la leche.

Bruce sonrió.

—No te preocupes. Enseguida te doy un trapo y te secas. —Desapareció por entre la tenue luz del pasillo; su sombra se alargó por la pared como una oscuridad siniestra.

Suzie recordó que su madre era quien siempre accedía a limpiarlo todo con urgencia. Entonces el sosiego del apartamento le hizo preguntarse dónde estaba la mujer del profesor.

—¿Dónde está tu mujer?

Suzie esperó la respuesta durante segundos.

El profesor apareció de pronto, traía un trapo amarillo y un semblante ensombrecido.

—Cathy no está en casa.

—Ah.

—Ése es otro tema pendiente para explicarte. Mi esposa no nos ayudará. ¿De acuerdo?

—Vale —dijo, con ojos enormes y encendidos por la duda.

El profesor mantuvo la vista fija sobre un cuadro del comedor donde aparecía él acompañado por una mujer de tez blanca y cuidada, y con un ramillete de flores agarrado con ambas manos. Lucía con acierto un elegante vestido largo. Suzie se vio asaltada por la imagen de un anillo parecido a los que ya había visto en manos de la directora Ferguson y el tipo que discutió con el señor Barrett.

—Es uno de los últimos retratos en que aparecemos juntos. Luego, Cathy… Bueno, luego ella decidió conceder tiempo a otras cosas.

—¡He visto esos anillos!

—¿A qué anillos te refieres?

Suzie se levantó de la silla, se acercó al cuadro y señaló el dedo de la mujer inmortalizada. Entonces reparó en que no era el mismo y que sólo se debía a su imaginación. Una pequeña piedra negra estaba incrustada en el cilíndrico metal plateado. Pero no refulgía de verde como la del anillo de la directora Ferguson, cuya piedra era también de mayor tamaño.

—No es el mismo que tiene la directora. Éste es más sencillo.

Bruce cogió el retrato de encima del mueble y lo estudió de cerca.

—Es el anillo que suele llevar últimamente. No recuerdo de dónde… —Enmudeció de pronto, y su pecho empezó a hincharse y a vaciarse con agitación—. Lleva ese anillo desde que…

—Es un anillo feo —agregó ella.

Bruce se dejó caer en el sillón de lectura.

—Ahora que lo pienso, Cathy comenzó a llevar ese anillo poco tiempo después de estrechar relaciones con ciertas personas.

Los ojos de Suzie se inmovilizaron en las cuencas y enarcó las cejas.

—¿Qué personas?

—En el pueblo existe un grupo de fanáticos que está convencido de que Past Grove posee personalidad propia.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, viéndose asaltada por un temor dañino.

—Lo averiguó tu padre cuando le entregó el mueble del que te he hablado a su clienta. Por lo visto, ella formaba parte de ese grupo. No los conozco, pero mi esposa sí. Va con ellos.

—Joder. Sabía que yo tenía razón.

—Correcto. Te lo mencioné en la nota. Has tenido razón todo este tiempo.

Se hizo un silencio que ocupó todos los rincones del apartamento. Suzie experimentó una ansiedad en el pecho que se intensificó hasta faltarle el aire. Caminó de un lado a otro del comedor. Pese a que no conocía la disposición de los muebles, no chocó contra ninguno. Cavilaba acerca de las consecuencias de lo que Bruce le había contado. Siempre había visto Past Grove como algo extraño y capaz de producir efectos, pero ahora que se encontraba frente a la verdad, se preguntaba cómo debía de reaccionar. ¿Estaba el profesor en lo cierto, o había perdido la cabeza a causa del exceso de alcohol?

—¿Qué pasa con ese grupo de personas? —le preguntó cuando se detuvo delante del sillón en que Bruce daba un trago a la petaca mientras contemplaba el cuadro.

—¿Eh? No tengo ni la menor idea. Tu padre salió corriendo de aquella casa y poco más pudo añadir. Y Cathy es reservada al respecto. A decir verdad, yo sólo dispongo de teoría; nunca he visto al grupo. Como profesor de Historia, me he limitado a la investigación. La acción no es mi fuerte. Adquirí el revólver en el local de Jeff Holland porque me sentía amenazado.

Suzie lo examinó atentamente. Las facciones de las comisuras se habían profundizado desde la última vez que lo vio en la escuela.

Las bolsas bajo los ojos parecían llenas de líquido; la mirada, aunque mantenía un brillo esperanzador, había perdido intensidad.

—Pareces una buena chica.

—¿Eh?

—Digo que pareces una buena chica. Tu padre me contaba cosas de ti. —Inclinó la boquilla de la petaca en los labios.

El reloj de pie del comedor clamó atención al anunciar las tres de la madrugada con un estruendoso tañido metálico.

—Joder, es muy tarde.

—Y Cathy sin regresar —masculló malhumorado—. No comprendo qué ve en esa estúpida gente, que pasa tanto tiempo fuera de casa. Ha descuidado el hogar y nuestro matrimonio.

—Lo siento.

—No te preocupes, es normal que una relación sufra de contratiempos —dijo— Y tú, ¿tienes algún muchacho que vaya detrás de ti?

—Ah, no, no. Nada de novios. Tengo pensado irme muy pronto con mi madre, en cuanto reúna un poco de dinero más.

—Oh —dijo, y se levantó del sillón torpemente—, veo que lo tienes todo planeado.

—Sí, sí. Desde que murió mi padre, mi madre y yo no tenemos nada aquí. Es mejor irse y empezar en otro sitio.

—Quizá estés en lo cierto.

Suzie entornó la mirada.

—¿Por qué me has dicho todo esto de Past Grove? —le preguntó. Cogió el arma de la mesa y la introdujo en el bolsillo trasero de los tejanos.

—Pues, verás… Yo siempre tuve la idea de que nos ayudaras, pero tu padre se oponía a ello. Obvio, por otro lado, puesto que ningún padre que se precie de ello involucra a su hija en algo tan peligroso. Ahora que ya no está con nosotros, supongo que no tiene nada de malo en contártelo todo y que decidas por ti misma.

—¿Quieres que yo te ayude?

—Sí, ésa es la idea.

—¿A qué?

—Es una buena pregunta —murmuró sin tener lista una respuesta—. Si te soy sincero no tengo una respuesta clara para ti. Eres la hija de mi mejor amigo, el hombre más honesto que he conocido, y quizá mi visión romántica del asunto ha creído oportuno que supieses lo que ocurre. Tu padre me contaba tus sospechas.

—Pero, ¿qué quieres que haga yo? —Suzie le dio la espalda—. Sólo sé jugar al béisbol. No soy buena en nada más, o eso creo.

—Por ahora te sugiero que aprendas a disparar —dijo al ver la

empuñadura de la Smith & Wesson 38 asomando del bolsillo trasero de la muchacha.

—Algo venía a por nosotros en la escuela del incendio. ¿Qué era?

—No lo sé con certeza.

Capítulo 8

Ambos guardaron silencio sin nada más que añadir. Suzie se preguntaba si se vería en la obligación de dispararle a alguien, mientras que el profesor Morton dejaba el cuadro sobre el mueble y bebía de la petaca. Luego anotó su número de teléfono y se lo entregó.

—Por si necesitas llamarme. No dudes en hacerlo si surge algún problema, ¿de acuerdo?

—Bueno —dijo ella, y lo metió en un bolsillo de los tejanos.

De pronto se escuchó el chasquido de la cerradura, un segundo después, la puerta se abrió y sonaron pasos. Suzie abrió los ojos dolorosamente. Desenfundó y dirigió el cañón a la puerta del comedor. El profesor le señaló silencio con un dedo en los labios. Pero ella siguió apuntando con el revólver, con su corazón haciéndose añicos dentro del pecho.

—¿Eres tú, Cathy? —preguntó el profesor.

—Sí.

Entonces, sin que Suzie apenas reparase en ello, Bruce la cogió de las muñecas y la condujo hacia la puerta. Se detuvo, conteniendo la respiración, asomó la cabeza y vio la figura de su mujer rodeada por la oscuridad del pasillo. Estaba de espaldas a él y se disponía a entrar en la cocina, momento que Bruce aprovechó para sacar a Suzie del comedor. La arrastró a la habitación de invitados. Después de abrir la puerta, empujó a la muchacha adentro.

—¡Quédate ahí!

Los ojos de Suzie lo miraron bien abiertos y resignados. Bruce cerró la puerta.

—¿Has dicho algo? —inquirió Cathy.

—¿Cómo te ha ido? —se apresuró él. Con aquella veloz pregunta llenaría la casa de una posible conversación y, en caso de que Suzie hiciera algún ruido involuntario, éste no se oiría.

—¿En serio te importa? —repuso su mujer, quien salió de repente de la cocina—. ¿Qué pasa?, ¿qué haces ahí plantado en medio del pasillo?

—Nada, me disponía a acostarme.

—¿En la habitación de invitados?

Bruce sintió una sacudida en el pecho.

—Sí, y ¿por qué no? Después de todo, casi no dormimos juntos, y si lo hacemos, no percibo más que tu rechazo.

Bruce la vio accionar el interruptor, y la tenue luz del pasillo se derramó sobre ambos. Las facciones de Cathy quedaron al descubierto allí donde la iluminación lo permitía. Pese a su natural palidez, la luz le concedió un tostado momentáneo. Era una mujer de labios finos y rectos, aunque cuando los resaltaba con carmín, parecían más sensuales. Su nariz aguileña sobresalía en medio de la cara, tan afilada como la hoja de un cuchillo. El cabello caía sobre los hombros en una horrible permanente similar a centenares de gusanos bulliciosos. El vestido negro se fusionaba con las sombras que quedaban en el pasillo, concediéndole el aspecto de una visión sobrenatural.

—Estoy cansada y prefiero dormir a discutir contigo de cosas que no entenderías.

Bruce suspiró de alivio.

—Sí, adelante. Buenas noches.

Cathy desapareció en la cocina tras apagar la luz. En la oscuridad del apartamento, el profesor cerró los ojos sintiéndose liberado de la presión que pugnaba en su pecho por convertirse en algo más grande y notorio. Dirigió la vista a la puerta de invitados. La abrió. La ventana se encontraba cerrada y las volutas de luz lunar irrumpían en el cuarto por las ranuras de la persiana, revelando la figura de Suzie. Había salido de debajo de la cama sosteniendo el arma, que temblaba en sus frágiles manos, pero Bruce tenía la certeza de que habría sido capaz de apretar el gatillo.

—Tranquila, soy yo —dijo, en un hilillo de voz—. Voy a atraer a mi mujer a la habitación de matrimonio, así te daré tiempo para que salgas y te marches.

Suzie asintió.

El profesor cerró una vez más la puerta y avanzó por el pasillo. Mantuvo a raya su estado de ebriedad, que trataba de nublarle la vista. Se apoyó sobre un retrato colgado de la pared, provocando que el marco lanzara un leve quejido al ladearse. Ruido que Cathy percibió.

—¿Todavía estás ahí? Creía haber escuchado que te acostarías. Hoy estás de lo más raro.

Bruce ahogó su enojo personal y, cuando hubo controlado la tensión de la voz, dijo:

—He pensado que podríamos dormir juntos.

Aunque no vio la cara de su mujer, puesto que él todavía se encontraba en el pasillo, sí imaginó su rostro con una insolente sonrisa.

—¿Es ésta tu forma de volver a intentar dejarme embarazada? Resulta patético. ¿Y qué es eso que huelo? Veo que sigues bebiendo

a solas. Lamentable.

Bruce cerró los dientes con fuerza hasta que rechinaron. Contuvo su respiración acelerada por el nerviosismo. No era el momento de una nueva discusión, tenía a la muchacha en el cuarto y ella debía regresar a casa. Hurgó en su mente nebulosa y halló una idea que podría dar resultado.

—No se trata de nada de eso. Ya sé que has cerrado todas las puertas a tener un hijo. Pero he encontrado algo y me gustaría mostrártelo. Sé que será de tu interés —dijo. Esperaba que la artimaña lograse estimular su curiosidad, del mismo modo que lo habían logrado esos malditos fanáticos con los que iba.

—¿No puedes contarme con palabras a qué te refieres? Las palabras siempre se te dieron bien.

—Esta vez es mejor que lo veas. No te lo diría si no estuviera completamente seguro de que te gustará.

Cathy salió de la cocina. Tenía los brazos cruzados y clavó una mirada de enorme impaciencia a Bruce.

—Está bien. Veamos eso que dices.

Cruzaron el pasillo hasta el dormitorio. Bruce dejó que su esposa se le adelantara.

—Hoy estás más raro que de costumbre —dijo la mujer al girar el pomo y empujar la puerta—. Bien, ¿dónde está eso tan interesante?

Bruce miró por encima del hombro y oyó abrirse la puerta de invitados. Suzie estaba en marcha.

—Lo tengo por aquí. Observa esto —le dijo a su esposa empujándola adentro de la habitación.

—No estoy para juegos, Bruce, ¿qué demonios te pasa hoy?

El profesor la guio junto al tocador, donde descansaba una fotografía de ambos antes de que todo se precipitase hacia una dañina indiferencia.

—¿Lo ves?

—No —replicó ella. Seguía con los brazos cruzados. Deslizó su mirada por el tocador sin ver nada que despertara su interés—. ¿Se puede saber de qué hablas?

Bruce, sin darse por vencido, le señaló el portafotos con una expresión amable y expectante.

—¿La foto? —inquirió ella—. ¿Qué le pasa a la foto?

—¿No te acuerdas? Fue en nuestro primer aniversario.

—Oh, sí —dijo. Su voz se había desvanecido delatando su falta de interés.

—Fue una época bonita, ¿no crees?

—Sí, claro. Lo *fue*.

Bruce advirtió el énfasis y entendió.

—Podemos recuperar todo aquello y volver a ser los de antes.

—No creo que me interese tu oferta. Discúlpame, quiero acostarme. Son casi las cuatro de la madrugada.

—Lo comprendo —dijo, reteniendo todas las cuestiones que deseó plantearle. Las empujó dentro de su mente, donde se convirtieron en una masa ulcerosa y palpitante. Al verla abandonar el dormitorio, recordó que Suzie aún podría encontrarse en casa. Se dirigió hacia ella, la aferró por el hombro, la volvió hasta tenerla cara a cara y dejó que la úlcera mental estallara en forma de interrogantes lanzados en más de una ocasión, pero sin ser nunca resueltos—. ¿Puedo saber qué haces con esos estúpidos? Soy tu marido y tengo derecho a saber con quién andas.

Las agotadas facciones de Cathy se revitalizaron. Los ojos se abrieron, la fina línea de carmín se extendió en una mueca desagradable.

—Estoy muy cansada y no me apetece repetirte lo mismo otra vez. Ya lo hemos hablado. —Sacudió el hombro para zafarse de la mano—. Y no vuelvas a tocarme ni a hablarme cuando estés bebido, insolente. No volveremos a ser la pareja de antes jamás. No entiendes nada. Es triste que un hombre de estudios no tenga el suficiente intelecto para entender lo que está a punto de ocurrir en este pueblo.

Toda la atención de Bruce se reunió en el rostro de su mujer, y apenas recordó a su pequeña invitada. La mujer separó los labios en una sonrisa detestable y lanzó una risita visiblemente humillante.

—Eres poca cosa. Mírate, miserable alcohólico. ¿Cómo te atreves siquiera a pensar que soy tu esposa? No quiero ni verte. —Al finalizar giró en redondo y avanzó por el pasillo.

La necesidad de Bruce por comprender lo que pasaba se esfumó. Un segundo antes de que ella entrara en la cocina, le vio el extraño anillo en el dedo. El anillo que había mencionado Suzie. Experimentó el irrefrenable deseo de preguntarle quién se lo había dado, pero las últimas palabras de su mujer le arrebataron la fortaleza que no le había quitado la bebida.

Capítulo 9

Suzie se detuvo en uno de los rellanos de las escaleras en cuanto los oyó discutir. Permaneció varios minutos en medio de la oscuridad y, tan pronto como se acallaron las voces, siguió descendiendo. Salió a la noche. Las nubes blanqueadas por el resplandor lunar la acompañaron a por la bicicleta. Luego pedaleó por las calles del norte de Past Grove. La nueva información que le había revelado el profesor Morton dormitaba en su cabeza, con indicios de perderse entre restos de pensamientos agonizantes. Desde la muerte de su padre había sospechado qué era Past Grove, por tanto, aquella información no significaba nada; la decisión de abandonar el pueblo continuaba inquebrantable. Past Grove podía despertar. Para cuando lo hiciera, ella estaría a muchas millas de distancia.

Al llegar a casa acarreó con la bici hasta el garaje y la apoyó en la pared junto a la estantería de los botes de pintura. Avanzó por el jardín, mirando en todas partes y preguntándose si la botella de licor se encontraría enterrada bajo la hierba. Aferró el tirador de la puerta, miró por encima del hombro para asegurarse de que nada extraño la había seguido. Suspiró, despojándose de las sombras del miedo y entró en casa. Sin el uso de las luces, echó un vistazo en el comedor. Cuando reparó en que su madre no estaba en el sillón, subió las escaleras. Pensó en abrir la puerta del dormitorio, pero los habituales ronquidos de su madre la dejaron satisfecha.

Al volverse se topó de nuevo con la puerta al final del pasillo.

Las puertas cerradas son guardianas de secretos. Y la urgente necesidad de descubrirlos es como una semilla de obsesión cuyo crecimiento puede enfermar a un individuo de mente frágil.

Suzie Denker sabía que al otro lado estaba el despacho donde su padre pasó parte de su existencia averiguando qué era Past Grove. Desafortunadamente jamás lo logró, perdiendo la vida un día de tormenta, cuando por el infortunio del destino, la bombilla estalló mientras él estudiaba viejos recortes de periódico. Descendió al sótano, cogió una bombilla de repuesto y colocó una escalera debajo de la lámpara. Aunque se había cerciorado de que el suministro eléctrico estuviese desconectado, sufrió una descarga mortal. Liz Denker y su hija se encontraban fuera de casa: la mujer en el trabajo y la muchacha en la escuela. Suzie fue quien halló el

cadáver. Tras comprobar que los interruptores de casa no funcionaban, se dirigió al despacho para preguntarle a su padre por el motivo. Lo vio tendido en el suelo, inmóvil y sin saludarla. Suzie propinó un grito estremecedor. Entró con el arrebato de una fiera y abrió la ventana. La tormenta había amainado y la claridad de la tarde lamió el rostro de James Denker. Una salpicadura de sangre seca residía en el ojo izquierdo como señal inequívoca de la presencia de la muerte. Entonces un grito más horrendo brotó de los pulmones de Suzie. Asestó un manotazo a la escalera, que cayó sobre la mesa, desparramando los recortes de periódico. Seguidamente se inclinó junto al cadáver. Lo sacudió en busca de cualquier rastro de vida. Sin embargo, lo único que recibió fue la muerte reflejada en los ojos y el sobresalto por la mano fría que le acarició las pantorrillas. Continuó gritando hasta que las lágrimas se sumaron al dolor y acudieron los vecinos. Cuando irrumpieron en la casa, Suzie estaba con las manos en la cabeza y la garganta seguía lanzando alaridos. El señor Perkins la sacó del despacho mientras Duncan y Paul acordonaban el lugar. Únicamente acudieron porque la muchacha vociferaba incongruencias acerca de que Past Grove había matado a su padre. Pero al comprenderse el trágico accidente, el caso quedó olvidado y pasó a hinchar la carpeta de defunciones naturales. Durante el funeral, Suzie miraba de soslayo cualquier arbusto que se estremeciera o cualquier roble tras cuyo tronco pudiese ocultarse alguien. Experimentaba una inquietud que la llevó a pensar que era observada, pese a que no había nadie por los alrededores que no formase parte de los asistentes. Entonces alzó la vista al cielo, como si quien la contemplara lo hiciese desde lo alto.

En el presente, tenía de nuevo la impresión de ser observada. Se limitó, no obstante, a mantener la vista fija en la puerta, pues sabía que quien vigilaba el pueblo no era visible a ojos físicos. Se encaminó a la puerta, cogió el pomo. Experimentó de pronto la necesidad de abrirla y revolver entre los documentos que había estado estudiando su padre. El deseo rivalizó con su eterno recelo, que le sugería reunir cuanto antes el dinero y abandonar Past Grove.

Finalmente entró en su cuarto, dejó la nota con el número de teléfono en el cajón del escritorio y se tumbó en la cama. Al otro lado de la ventana, nubes mullidas ocultaban parcialmente la luna. Clavó la vista en el techo, donde estaba plasmada sobre papel la imagen de Ray Washburn, jugador de los Cincinnati Reds en los años sesenta. Con el confiado semblante del jugador, se durmió entre el griterío del sueño que fue tomando forma.

Las gradas tronaban el himno de los Atlanta Braves. Una Suzie Denker de veinte años aguardaba sobre el montículo con la pelota

en la mano derecha. El implacable sol extendía sobre el campo un velo difuso que emborronaba la figura del bateador rival en la distancia. Los aficionados estallaron en una algarabía cuando la pelota salió disparada de la mano de Suzie. A medida que la bola surcaba el aire, ella exhibía una sonrisa de enorme satisfacción al haber demostrado a todos que una mujer puede lanzar tan fuerte como un hombre. Durante una fracción de segundo, la pelota dio muestras de ralentizarse del extraño modo en que ocurren las cosas en los sueños. El jugador hizo un movimiento ascendente y consiguió golpear la bola, pero el bate se partió. El estadio enmudeció y sólo se escuchaba el gimoteo de un Tom Paulson adulto. Suzie había cumplido con el reto, al menos en sueños, que fueron llenándose de imágenes confusas que apenas recordaría a la mañana siguiente.

Past Grove lucía un sol envidiable el domingo. Tras las lluvias de los días anteriores, las nubes se desplazaron más al norte. El cielo era una prolongación de suave azul cuyo centro estaba ocupado por un sol radiante, tan intenso que los habitantes evitaron mirarlo fijamente. Los vecinos de los Denker se afanaban en preparar una barbacoa y bromeaban acerca de que las hamburguesas se asarían sin necesidad del fuego. Mientras esto sucedía, Suzie abrió los ojos, asaltada por un ruido procedente del comedor. Su visión estaba borrosa y todo en derredor parecía cubierto por una neblina ocular. Con todo, tenía la certeza de que algo se había desplomado en el comedor. De pronto la sacudió la imagen de su madre sosteniendo una botella de licor.

Suzie se llevó ambos puños a los ojos y restregó con fuerza hasta sentir la picazón. Se incorporó en la cama, se levantó y entonces reparó en que había dormido con la ropa. Bajó las escaleras sosteniéndose en la barandilla. Al entrar en el comedor, lo que vio terminó por despertarla. Fue como recibir una repentina ducha de agua fría. Todas sus funciones se dispararon. Los ojos brincaron en las cuencas.

Liz Denker yacía sobre el suelo, los dedos de su mano rodeaban el cuello de una botella de vodka. Lucía uno de los vestidos de su época seductora, salvo que el resultado no lo era. Los tirantes dejaban al descubierto unas clavículas tan marcadas como un palo de madera. Las mejillas del rostro formaban una concavidad horrible y resaltaban la calavera. Los párpados cubrían unos globos oculares horriblemente pequeños dentro del espacio de las órbitas. Los pies estaban calzados con zapatos rojos; uno de los tacones se había partido y dormitaba junto a la mesa.

Pero nada de todo eso impresionó a Suzie, ya conocía las borracheras de su madre. Lo que hizo que el corazón golpease su

pecho con fuerza y le latiesen las sienes, fue la hucha hecha añicos al lado del sofá. Varias monedas se encontraban esparcidas por la moqueta. El resto del dinero, de todo el dinero que había reunido en meses de trabajo, había desaparecido. Sólo de pensarlo, se avivaba en Suzie un detestable rechazo hacia su madre.

—Mi dinero —espetó con la voz rota—. Todo mi dinero. El dinero para salir de Past Grove.

Después de estas palabras, cerró los puños con tanta fuerza, que los nudillos palidecieron y los brazos temblaron. La madurez a la que había sido forzada desde la muerte de su padre quedó sepultada por un poderoso odio, una impotencia tan grande que la llevó a gritar. Mientras el silencio se resquebrajaba, evocó el sueño de la pasada noche. Cuando comprendió que su madre había recurrido a sus ahorros para satisfacer su alcoholismo, una niebla negra cubrió las imágenes de sus sueños, tornándolos meros retazos de difícil alcance.

El grito hizo que Liz moviera los brazos, abriese un ojo enrojecido y propinara gemidos de dolor.

—Te odio, mamá —masculló.

La expresión de confusión de la mujer se acentuó.

—¿Eh? ¿Qué ha pasado? —Liz empujó la botella de vodka con la mano y ésta fue a chocar contra una pata de la mesa—. Maldita sea, me duele todo el cuerpo.

Suzie se sintió lejos de su madre, como si ella ni siquiera hubiese reparado en su presencia y sólo concediera importancia a su lamentable estado.

—Te odio —repitió.

Los huesos de Liz crujieron cuando se incorporó.

—He dormido toda la noche —dijo, al ver a su hija plantada en la puerta.

La muchacha era la viva imagen del odio. Continuaba con las manos en puños, pero ahora era todo su cuerpo el que se estremecía con fuertes sacudidas, debido a la enorme voluntad que estaba reuniendo para no golpear a su madre.

—¿Cómo has podido, mamá?

—¿Eh?

—¡Te odio!

Liz arqueó las cejas. Desplazó sus ojos por el suelo y vio los fragmentos de la hucha.

—Yo… Sé que debes estar decepcionada.

—¿Decepcionada? —dijo; luego frunció el ceño—. No tienes ni idea. No comprendes. Sabías que ese dinero era para salir de Past Grove. Para salir de este pueblo de mierda al menos con algo de dinero y volver a empezar.

—Sí… Yo… Lo siento.

—Una disculpa no es suficiente. Eso no arregla nada. Es fácil pedir perdón cuando el daño ya está hecho. Oh, mamá, estoy segura de que ni siquiera te importa.

—Me duele la cabeza.

—A mí me duele mucho más. Ni te imaginas. Te odio.

—Anoche estuve mirando fotos de tu padre y recordando cómo era todo cuando él estaba.

—Es horrible, hablas como si mi presencia no te importase. Yo aún estoy aquí y me estoy esforzando por trabajar y ganar un poco de dinero. Podríamos haber ido a Atlanta, y… y, tal vez, podría haber sido admitida en un equipo juvenil.

—Sí, sí, el maldito béisbol. Lo sé, hija.

Suzie cerró los ojos con fuerza, prefería la visión de las tinieblas a ver a su madre con la espalda apoyada y su semblante de indiferencia.

—El béisbol no es maldito. Tú eres la maldita. Una mujer maldita que ha olvidado que aún tiene una hija y que ella se esfuerza mucho. ¡TE ODIO!

—No te consiento que…

—¡Cállate! —Suzie le dio la espalda—. ¡Te importo una mierda! Tú sólo sientes amor por la bebida.

Liz trató de alzarse, ayudándose con la mano sobre el sofá, pero resbaló y cayó al suelo.

Suzie ascendió las escaleras, todavía con los puños bien cerrados. Corrió a su cuarto y dio un portazo. Al apoyar la espalda en la puerta se dejó caer lentamente hasta que su trasero chocó contra el suelo. Aflojó las manos al tiempo que las lágrimas se precipitaban por las mejillas.

—Ahora tendré que comprar otra hucha y llenarla otra vez —resopló—. Y esconderla en un sitio seguro para que no la coja nunca más.

Pensó en hacer un nuevo intento por encontrar el escondite actual que su madre usaba para las botellas, y en averiguar si las compraba en la tienda de comestibles del señor Berryman. Podría preguntarle y, en caso de que fuera él quien le proporcionara las botellas, forzarle a que dejase de hacerlo. Necesitaban disponer urgentemente de dinero para los gastos básicos.

Minutos después, pero sin que la rabia le diera tregua, se encontraba sentada en la silla delante del escritorio. Miraba su colección de cromos de béisbol y una vocecilla le sugería que podría venderlos y reunir una buena suma de dólares. Le dolía deshacerse de muchos de los cromos, puesto que habían sido regalos de su padre, como el de Ken Boyer, jugador de los Dodgers. O el de Tito

Francona, de los Atlanta Braves. Tal vez, deshacerse de algunos no estaba tan mal, pensó. Sin embargo, lo que jamás haría sería vender su colección de Reinas del Béisbol. Su particular homenaje a las mujeres que lograron alcanzar las ligas profesionales. Rostros como los de Sophie Kurys, Dorothy Wiltse Collins, Joanne Weaver, Dorothy Mcguire, Connie Wisniewski y Helen Nicol la contemplaban desde los cromos, aportándole la esperanza y la paciencia necesaria.

Suzie suspiró y cerró el álbum de cromos cuando una piedrecita se estrelló contra el cristal de la ventana. Se desplazó sobre la silla y echó una ojeada. En el jardín había reunido un grupo de muchachos harapientos encabezado por Tom Paulson. Tenía la camisa de franela sucia y abierta, exhibiendo de forma desafiante un pecho enclenque y tostado por el sol. Varios borrones de mugre le cruzaban la cara. Sin embargo, era el más afortunado de los chicos que le acompañaban. El resto lucía pantalones arremangados por el insólito calor, camisetas ennegrecidas por el frecuente uso y cabellos que no conocían el agua. Uno de ellos, un chico de cejas pobladas y con una cicatriz adornando su mejilla izquierda, mascaba tabaco con escasa destreza; tosió varias veces y lanzó un repugnante esputo a las malas hierbas. Las axilas estaban marcadas por la sudoración. Sacó del bolsillo el mango de una navaja de cuyo extremo saltó un filo reluciente.

—¡Eh, tetitas pequeñas! Tenemos pendiente nuestro reto personal —graznó Tom. Apoyaba el bate sobre el hombro como un soldado lo haría con una carabina—. Esta tarde en el campo.

En aquel momento, Suzie habría brincado por la ventana para golpearle la cabeza con el bate. Tal vez, de ese modo disipara su odio. Pero se limitó a aceptar el reto mientras los campesinos la examinaban con deseos obscenos. Uno de ellos, un mocoso insolente que cubría sus manos con un raído guante de *pitcher,* pintó una sonrisa revelando la falta de un diente que le proporcionaba un aspecto cómico. Una cinta roja rodeaba su cabello, como si tratara de sumar algo de veracidad a su imagen de chico malo.

—A las cuatro en el campo. Te vas a enterar —amenazó Tom.

El grupo rio entre dientes y siguieron a Tom cuando giró sobre sus talones para abandonar el jardín.

—Payaso —susurró Suzie, al tiempo que recordaba haber visto a algunos de esos chicos, y que tal vez vivían en otros pueblos del condado—. Soy mejor que todos vosotros juntos.

No sabía por qué había aceptado acudir al encuentro, pero los desprecios de Tom debían quedar solventados cuanto antes. Miró su bate de béisbol en la estantería y decidió que lo llevaría consigo. Entonces dirigió la vista a la mochila con que había ido a la cita del

profesor Morton. La abrió y sacó el revólver. Lo amartilló y apuntó a la pared. Si alguno de esos muchachos se atrevía a tocarla estaba dispuesta a defenderse. Recordó las palabras del profesor. Debía aprender a disparar, puesto que en Past Grove había un peligro mayor que Tom Paulson.

El ruido de una llamada telefónica la sacó de su ensimismamiento. Dejó el arma sobre la cama y contestó.

—¿Diga?

Nadie reveló su presencia hasta pasados unos segundos. Luego una voz adulta carraspeó como preparatoria inicial a la conversación.

—Diga —insistió—. ¿Quién es?

—No importa quién soy. —La voz masculina era grave, provista de un leve ronquido que la volvía amenazante, y logró despertar un escalofrío en Suzie—. Lo importante es que no te recomiendo tu nueva compañía. La del profesor Morton. Aléjate de él o tendrás problemas.

Tras esto, la línea enmudeció antes de que Suzie pudiese replicar. Se quedó mirando el auricular, sin saber cómo sentirse, si era una ingenua por dar demasiada importancia a la llamada. O, por el contrario, si el profesor la había engañado y debía seguir el consejo. Su padre jamás le habló de su amistad con Bruce Morton. Colgó el auricular y resopló.

Abajo se escucharon ruidos de cacerolas que provenían de la cocina. Suzie bajó la escalera pensando si su madre estaba buscando una botella oculta en los armarios. Aunque había revisado concienzudamente la cocina, siempre cabía la posibilidad de haber dejado pasar algún escondite. Al llegar, asomó la cara por el hueco de la jamba y la puerta entreabierta. Liz se afanaba en mover varias cacerolas para sacar una sartén que colocó sobre el fuego. A continuación depositó tres tiras de *bacon*. Pronto comenzaron a crepitar y a llenar la estancia con un aroma grasiento.

—Humm —murmuró Suzie.

Decepcionada y abandonando momentáneamente las conspiraciones hogareñas, pensó en quién habría realizado la llamada. Tras aplicar agua tibia a su cara y cepillarse el cabello salió al jardín. Miró en derredor. A un lado se encontraba el grupo de arbustos tras los cuales habían estado ocultándose Mark y Danny para espiarla. Entonces reparó en que hacía varias semanas que no los había visto rondando por la propiedad. Arrugó el entrecejo y se aproximó al fresno que adornaba el jardín. Creyó ver la tierra removida, pero de inmediato observó que sólo se debía a la fuerte lluvia, o tal vez, a algún perro que hubiese estado excavando.

El sol se vertió sobre su rostro con toda la intensidad. Entonces

recordó que la Smith & Wesson 38 se encontraba sobre la cama y cargada. Al entrar en la casa, vio a su madre deambular por el baño de manera penosa. Subió hasta su habitación y después de guardar el arma en la mochila, le asestó un puntapié y la envió bajo la cama.

Sonó por segunda vez el teléfono. La mente de Suzie enmudeció, una punzada de ansiedad se precipitó por su cuerpo con la misma fuerza que un torrente de agua. Arrimó la mano al aparato y esperó al siguiente timbrazo, deseando que éste no se produjera. Sin embargo, en el sólido silencio del cuarto, resonó con creciente urgencia.

Al descolgar se preparó para otra amenaza.

—¿Suzie? ¿Eres tú? —La voz del profesor parecía estar bajo una fuerte tensión.

—Sí.

—He tenido que esperar a que Cathy se fuese para poder llamarte. Quería saber si llegaste bien a casa y si has pensado en mi propuesta.

—Sí, estoy bien.

—Me alegra oír eso —se apresuró a decir en un leve susurro—. ¿Has pensado en lo que te comenté?

—Sí, sí —dijo, y miró alrededor en busca de cualquier objeto que le aportase alguna excusa para eludir la conversación. No quería verse envuelta en los problemas de Past Grove. Lo que ansiaba con todas sus fuerzas era marcharse cuanto antes. Sobre todo desde que las llamadas telefónicas se habían sumado a los problemas.

—¿Suzie?

—Sí, sí… Me has pillado algo ocupada. Iba a… iba a ayudar a mi madre a limpiar la casa.

—Siempre tan atenta con tu madre.

—Sí, me gusta echarle una mano.

—Está bien, volveré a llamarte y lo hablaremos con tranquilidad.

—Vale.

Mientras Bruce Morton se despedía de forma cordial, Suzie ya había alejado el auricular de la oreja e hizo caso omiso. Después de colgar, dio un tirón del cable telefónico.

—Se acabaron las llamadas por un tiempo —murmuró.

Se enfundó unos tejanos blancos y una camiseta del mismo color. La ropa con que había dormido fue a parar a la cesta de la colada. Seguidamente coronó su cabello con la gorra y salió al jardín. Aprovecharía el buen clima para continuar buscando el sitio que usaba su madre para ocultar las botellas. Tenía la corazonada

de que el escondite se encontraba en el jardín.

Al cabo de varias horas, cuando ríos de sudor corrían por su cara y experimentaba un profundo desánimo, desistió en su empeño. Había puesto patas arriba el garaje, removido las flores y excavado en torno a los árboles del jardín, con el único resultado de encontrarse más nerviosa de lo previsto. Las uñas se habían ennegrecido, de arrodillarse tenía los pantalones tachonados de tierra. El cabello asomaba bajo la gorra en mechones sudorosos. Se sentó con la espalda apoyada en el muro posterior de la casa. Junto a ella estaba la puerta trasera de la cocina. Se oía a Liz aún abriendo y cerrando cajones. Mientras se preguntaba qué diablos le ocurría a su madre, se quitó la gorra y reunió su pelo de nuevo en una coleta.

A un lado del herboso recinto, se levantaba una tabla rectangular desde el suelo. Una multitud de señales cóncavas en el centro sugería que había recibido el impacto de un objeto circular durante años. Fue el padre de Suzie quien había dispuesto la tabla de madera para que ella practicase su lanzamiento. Varias pelotas en mal estado yacían alrededor. Al otro lado del jardín, a unos diecinueve metros, había tierra amontonada, simulando el montículo del *pitcher*. Desde esa distancia había practicado su Catapulta Romana, y puesto que en las ligas juveniles, la distancia entre el bateador y el *pitcher* era inferior, había logrado una potencia extra. La idea de usar los casi diecinueve metros de las ligas mayores había sido de su padre. La tabla fue colocada hacía cuatro años, cuando uno de los lanzamientos fue a estrellarse contra la ventana del señor Thielman, con la mala fortuna de ir a parar a la olla del guiso acompañada de cristales. Tras una acalorada discusión entre James Denker y el señor Thielman, se acordó de colocar la tabla. A las pocas semanas todo el vecindario reparó en el craso error, ya que los lanzamientos de la pequeña Suzie eran cada vez más poderosos y el choque de la bola con la madera producía el mismo efecto que una maza contra la roca.

El rememorar aquella época le hizo levantarse, aferrar una pelota polvorienta y, desde el montículo, realizar un lanzamiento. La bola cortó el caluroso aire e impactó en la madera, quebrando el silencio como el disparo de un mortero. Lanzó varias pelotas. Una de ellas, en un estado lamentable por el constante uso, estalló contra la tabla. Suzie se echó a la hierba entre carcajadas. Se llevó las manos al vientre, dejándose invadir por lo saludable de las risas; y sintió que una parte del nerviosismo había desaparecido.

Capítulo 10

La tarde se precipitó sobre Past Grove con terribles consecuencias. El sol se desplazó del este al oeste en una parábola silenciosa. Aun así, el calor no menguó. Y todos en el campo de tierra destinado a distracciones deportivas se limpiaban el sudor con pañuelos tan resecos como el esparto. Tom estaba flanqueado por miembros de su pandilla, con expresiones hoscas e impacientes. El muchacho arrojaba golpes al aire para desentumecer los músculos. Suzie había llamado a Nina y al resto de amigas, reunidas al otro lado del terreno, y abuchearon a Tom Paulson cuando se detuvo en la zona de bateo. Empuñó el bate con firmeza, se apartó la gorra para ver a Suzie, quien vestía unos pantalones de deporte arremangados hasta las rodillas y una camiseta naranja. Estaba preparada desde hacía minutos, aunque con la mente repleta de sucesos que no hacían más que alterar su nerviosismo.

—¡Vamos, lanza! —ordenó Tom—. No hay carreras. No hay partido. Sólo tus lanzamientos y mi bate. Veamos si sirves para algo, chica sin tetas.

Nina Holbrook dio un paso adelante, destacando del grupo de muchachas.

—¡No hace falta insultar, niñato de mierda! —dirigió la mirada hacia Suzie—. Aplasta a ese paleto de una vez.

Suzie hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Junto a los tocones donde se encontraba reunida la pandilla de Tom, había cantidad de bicicletas tumbadas en la tierra. Uno de los muchachos extrajo del bolsillo una navaja y la agitó en el aire con destreza. Otro, con un cabello aceitoso y negro, se masajeaba distraídamente la entrepierna mientras contemplaba el trasero de Suzie. Un tercer chico, cuyo rostro lo ocupaba una mancha de nacimiento y dos enormes orejas que asomaban por entre el abundante cabello, daba algún que otro bocado a una manzana; cada mordisco resonaba en el expectante silencio.

El grupo de chicas estaba compuesto por Nina y dos adolescentes de aspecto reservado. Una de ellas usaba una diadema en el pelo mientras la otra cubría la mayor parte de su cara con el largo cabello negro. Ambas iban con tejanos ajustados y camisa de franela.

Suzie entornó los ojos y contempló fijamente a Tom, que en la distancia parecía una figura inestable y el bate un bastón de

anciano. Pero ella sabía reconocer a un buen bateador, y el hermano pequeño de los Paulson lo era. Sin embargo, se dijo a sí misma que ella era mejor. Aquella tarde lo demostraría. Cerró con fuerza su mano derecha en torno a la pelota. Y por un segundo la figura de Tom se aplanó guardando similitud con la tabla que su padre había colocado en el jardín. Llevó atrás la mano y el brazo, al tiempo que giraba la cintura y elevaba la rodilla izquierda.

Tom apretó los labios con rabia, aguardando el disparo.

Suzie realizó el lanzamiento. Los asistentes abrieron bien los ojos y vieron emerger una bola ovalada en dirección a la zona de *strike*. El silencio se tornó tan pesado como una nube de polvo. La pelota parecía cortar el aire semejante a una lanza afilada. Pese a todo, Tom logró golpearla; manos y brazos recibieron el violento impacto a través del bate. Los dientes le chirriaron. La bola surcó el aire tímidamente mientras Tom suspiraba, puesto que por un momento había creído no ser capaz de batear. Enseguida exhibió un estúpido semblante de orgullo.

Los miembros de la pandilla se pusieron en pie, tan sorprendidos como quien observa a un paralítico caminar.

—¡Bien, tío! —masculló el muchacho de la navaja.

La pelota, sin embargo, apenas había recorrido unos metros en el aire y caído en la improvisada base tres, que de haber un jugador, la habría capturado sin dificultades. Lo que eliminó la satisfacción del rostro de Tom.

—Tienes la fuerza de un niño —se aventuró a decir Nina, con una risita aguda.

—Estamos calentando. El reto continúa.

—Yo en tu lugar, lo dejaría ahora mismo —le sugirió Nina—, nadie puede ganarle a Suzie.

—¡No! Cállate, imbécil.

—¡Eh! Sin faltar —replicó Nina.

—Vamos, tetas, lanza otra pelota de mierda —dijo, visiblemente enojado.

Mostrándose serena, Suzie preparó un nuevo disparo, fuerte, recto y con una trayectoria bien definida. Tom golpeó el aire con fuerza. Sin embargo, la bola siguió su recorrido hasta estrellarse contra el tronco de un pino que hacía de *catcher*.

—¡Mierda! —graznó Tom.

—¡Ánimo, tío! —le dijo el muchacho cuya entrepierna lucía un diminuto abultamiento.

—¡Calla, gilipollas! —le amonestó Tom—. Lanza otra, puta de mierda.

Desde el grupo de chicas se escuchaban risitas cada vez más animosas.

—¡Mujeres al poder! —aulló Nina—. ¡Aaaaplaaasta!

—¿De qué mierda hablas, cerda? —El muchacho de la navaja avanzó varios pasos con el filo por delante.

—¡Quédate en tu sitio! —ordenó Tom y, cuando señaló a Suzie con el extremo del bate, añadió—: Esto es entre ella y yo.

—Sí —dijo Suzie—. Pero podrías dejar de insultarme.

—No me da la gana, joder. Lanza.

—Tom, en un partido normal, estarías a punto de ser eliminado —observó Suzie.

Nina se dirigió hacia el tronco, cogió la pelota y la lanzó hasta el guante de Suzie.

—¡Adelante, la Catapulta Romana!

Suzie le concedió una confiada sonrisa de victoria y preparó un tercer tiro que fue a impactar exactamente en el mismo lugar del tronco.

—Qué tía, tiene una puntería increíble —farfulló el chico de la navaja.

—Seeh, y no está nada mal —aprobó el muchacho de la entrepierna hinchada.

—¡Callaos! —exclamó Tom.

Suzie realizó un nuevo lanzamiento.

—¡*Strike* tres! ¡Eliminado! —Nina saltó de la gran roca donde estaba sentada.

—¡No estoy eliminado! Esto es un combate sin reglas. Sigamos jugando.

Suzie reía mientras atrapaba la bola entregada por el muchacho que había estado manoseándose.

—Joder, tía, eres muy buena —le dijo, e hizo un teatral gesto de reverencia—. Mi dama, cuando gustes.

—¿Quieres callarte? —inquirió Tom.

—No te pongas así. Estás muy nervioso últimamente. ¿Qué pasa?, ¿tu padre aún te pega por mearte en la cama?

Unas risas tímidas saltaron entre los muchachos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué has querido decir con eso? —Tom se había vuelto en dirección a la pandilla.

Nina miró, enmudecida, a las dos adolescentes que la acompañaban. Una de ellas se ajustó la diadema; la otra arrancaba distraídamente hierbajos del suelo.

—Tranquilo, Tom, era una estúpida broma. Terminemos con esto y larguémonos. Hace calor. Podemos ir al campo de mi cuñado y arrojarnos agua con la manguera.

El pecho de Tom bajaba y subía por la cólera.

—Sigamos —dijo, y entonces vio que Suzie también sonreía—. ¿De qué te ríes tú? No le veo la gracia.

—Adelante —dijo ella—. ¿Preparado?

—Pues claro, siempre lo estoy.

Suzie no contestó. Prefirió pasar por alto los problemas personales que tuviera en casa aquel crío. Tom consiguió batear el quinto lanzamiento, pero el errático tiro fue a parar al guante de Suzie con un ruido seco.

—Ja… ¿Quieres seguir? —La cara de Suzie se llenó con una sonrisa—. Tal vez se te dé mejor otro día.

—No necesito otro día —masculló—. Lanza. Ahora estoy entrando en calor.

El muchacho que había acudido al encuentro con una manzana robada de las plantaciones del señor Handley la arrojó al suelo cuando otro lanzamiento de Suzie chocaba de nuevo contra el tronco.

—¡Qué bárbaro!

—Debe de ser el bate —señaló Tom—. Cuando consigo golpear la bola no reacciona con fuerza.

—¡Eso es porque los lanzamientos de Suzie son imparables! —chilló Nina.

El reto continuó al tiempo que el sol se iba desplazando más hacia el oeste. Las sombras se alargaron. Cuando Tom lograba conectar una de las bolas, exhibía un semblante orgulloso, pese a que no tenía la suficiente fuerza como para recorrer una gran distancia.

—Estás haciendo trampa —la acusó, y arrojó la gorra al suelo.

—No necesito hacer trampa para ganarte, soy mejor que tú. Reconócelo y acabemos con esto. Tengo otras cosas en la cabeza.

—¿Colocarte calcetines debajo de la camiseta? —se burló Tom. Buscó la aprobación de la pandilla, pero todos andaban distraídos en un animado diálogo. El muchacho de cabello graso y cuyo abultamiento había perdido intensidad, miraba a un grupo de aves que surcaba el cielo. Otro, se encendía un cigarrillo con torpeza.

Debido al comentario, Suzie experimentó algo similar a un golpe invisible en su cabeza, como si dentro, accionaran un interruptor que no había delatado su existencia hasta entonces.

—Vamos, lanza unas bolas más —ordenó Tom.

—No me da la gana —replicó ella.

—¿Por qué?

—Porque no. Estoy cansada de tus tonterías de niñato de doce años. Mi padre me enseñó a lanzar, a colocar el brazo, a posicionar las piernas y los hombros. Mi padre fue un genio del béisbol. No puedes ganarme, Tom. Estoy orgullosa de mi padre.

Tom apretó los dientes con fuerza y sus facciones se ensombrecieron.

—¿Y de tu madre? Porque he escuchado rumores feos en el pueblo.

Suzie sintió cómo el interruptor era presionado con más violencia.

—¿Por qué me dices eso?

—Nada, nada. Da igual. Vamos, lanza una bola de las tuyas —dijo Tom, sacudiendo el aire con el bate.

—No me da la gana. Estoy cansada, te he dicho.

—Lanza una bola, puta sin tetas.

—Eh, Tom, ya vale de decir tonterías —intervino Nina, despojándose de las manos de las dos chicas que intentaron retenerla—. Siempre te metes con ella.

—Porque no tiene tetas para sus quince años, parece un macho.

—Pues seguro que tu pito de doce años todavía es bien pequeño —aseguró Nina con las manos en jarras y la cabeza ladeada—. Así que cállate.

—Lo dejamos —añadió Suzie—. Has perdido el reto.

—¿Que he perdido? —dijo acalorado. Se desabrochó la camisa y se golpeó el pecho como un orangután—. No has roto el bate que me fabricó padre.

—¿Cómo voy a romper un bate con un lanzamiento? No seas tonto, Tom —dijo, avanzando hacia la mochila, junto a la piedra en la que había estado sentada Nina.

—El reto era ése —farfulló de forma infantil.

—Me da igual. ¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Suzie.

—Que tu madre es una borracha. Eso pasa. Seguro que de ella no estás tan orgullosa. La ven comprando las botellas en la tienda de «Bribón», el señor Berryman.

Suzie, camino de las rocas donde permanecían Nina y las demás, se detuvo. Miró a Nina, quien negaba con la cabeza; la conocía muy bien y entendía sus sentimientos al respecto.

—Y tú… seguro que eres un enano meón —espetó Suzie.

—¿De qué hablas? Los chicos no te querrán nunca. Eres pequeña, una pequeña niña sin tetas. —Tom se desplazaba de un pie a otro de manera burlona y realizando muecas—. Suzie, la pequeña con tetas más pequeñas. Pasen al circo y vean, damas y caballeros…, la mujer sin tetas…, vean a la mujer macho. Lo nunca visto.

—Que mis lanzamientos no puedan partir tu bate —dijo ella, con la voz contenida—, no quiere decir que no pueda partir mi bate en tu cabeza sin cerebro.

Nina dio un paso al frente con el propósito de coger a Suzie por las muñecas y alejarla de lo que temía que iba a acontecer, cuando de pronto Tom lanzó un odioso alarido y corrió hacia Suzie, que

todavía estaba de espaldas.

—¡Eh! —advirtió Nina.

Suzie giró sobre sus talones y vio a Tom avanzar con el bate por encima de la cabeza, listo para descargarlo sobre ella.

—Joder —farfulló. Lo evitó haciéndose a un lado un segundo antes de que el extremo del bate golpeara la tierra levantando polvo.

El chico de la navaja dio un codazo al que había robado la manzana, y expresaron su deseo de aproximarse, pero el muchacho de pelo grasiento los detuvo.

—Dejadlos.

Suzie se distanció varios pasos, aunque Tom estaba decidido a emprender un nuevo ataque. Alzó el bate con la intención de estrellarlo contra sus costillas. Suzie contempló la rabia desproporcionada que exhibía su cara.

—Estás loco —dijo. Al tratar de retroceder, el talón del calzado deportivo chocó contra una pequeña roca insertada en la tierra. Perdió el equilibrio y se precipitó al suelo, lo que la ayudó a no ser alcanzada por el bate, que rompió el aire horizontalmente. Suzie se golpeó la cabeza, pero se sintió agradecida por no haber probado la madera de Tom.

Nina Holbrook se encaramó como un mono sobre la espalda del agresor y le propinó manotazos en la cabeza.

—¡Déjala en paz! ¡AAAHH!

—¡Eh! —exclamó Tom, arrojando el bate al suelo. Se zarandeó de forma violenta y se zafó de Nina, que fue a estrellarse contra el suelo. Le asestó patadas en el vientre hasta que ella empezó a escupir esputos de sangre.

Suzie, habiéndose incorporado sobre los brazos, dirigió la mirada a la mochila que contenía la Smith & Wesson 38. Se levantó, dio un empujón a Tom para que dejara de patear a Nina y corrió hacia la mochila. Al lado vio su bate, y fue lo que aferró después de guardarse el arma en la cintura, bajo la camiseta.

—¿Qué hacéis ahí paradas? Ayudar a Nina —amonestó a las chicas, quienes prefirieron unirse en un abrazo y dejar que el miedo inundase sus caras.

Nina sollozaba, e intentó levantarse al ver a Tom decidido a castigarla con otro aluvión de patadas.

La pandilla acudió en tropel al centro del conflicto, ocupado por una Nina malherida y un Tom que no reparó en que Suzie Denker regresaba con el bate.

—¡Eh, tú, meón! —masculló.

Tom se volvió con el rostro salpicado de sudor y arena cuando el bate de Suzie iniciaba su recorrido e impactaba en el hombro. La

garganta lanzó un alarido infantil y cargado de dolor.

—¡A por la lanzadora! —rugió el muchacho del cabello grasiento, y corrió seguido de la pandilla.

Tom se aferró el hombro lastimado con la mano. Suzie apoyó su pierna derecha en el vientre del chico y le empujó para dejar espacio a la piña de granujas.

Las dos muchachas empezaron a gritar al ver a uno de los chicos avanzar con la navaja.

—¡Matadla! —ordenó Tom con la voz quebrada.

Suzie resollaba de furia; la muerte de su padre, el alcoholismo de su madre y que ésta hubiese gastado los ahorros, sumado a los insultos de Tom, era la fuerza que sostenía el bate. Y con aquella fuerza derribó a un chico tras otro. La navaja cayó al suelo cuando el muchacho notó la muñeca rota e hinchada. El tipo del cabello grasiento se dobló al recibir la madera sobre el estómago. El bate pasó velozmente a la pierna del ladrón de manzanas, que se arrojó al suelo sosteniéndose el muslo con ambas manos.

Nina contemplaba con incredulidad cómo Suzie repartía su dosis personal de rabia entre los granujas.

Tom se lanzó al suelo para hacerse con la navaja, y a continuación saltó a por Nina, sorprendiéndola por detrás.

—¡Alto, puta, o la marco para siempre! —dijo, y deslizó el filo por la mejilla de la muchacha.

—Suzie —gimoteó Nina.

Las chicas asustadizas se fusionaron más en su abrazo, hasta parecer una sola persona.

La pandilla trató de ponerse en pie; el ladrón de manzanas, que había recibido el golpe en la pierna, se preguntaba por qué había acudido al estúpido reto, mientras se apoyaba en el hombro del chico de cabello graso. El dueño de la navaja seguía con la mirada fija en su muñeca rota y reprimía el dolor.

—Tira el bate o le corto esta bonita cara —amenazó Tom.

Mientras Suzie jadeaba, se preguntó cómo podía detener aquella locura. Entonces creyó escuchar el mismo caminar pastoso de la escuela incendiada. Se volvió. Enarcó las cejas, sus ojos se oscurecieron en un recelo máximo y fijó su atención en la hilera de árboles que se alzaba al otro lado del terreno.

—Detengamos esto —sugirió, al mirar a Tom y tirar el bate.

—Bien hecho —dijo. Recobró su impertinencia, pero sin dejar de sentir el doloroso palpitar en el hombro—. Ahora no. Soltaré a Nina cuando vengas y te dejes cortar. Voy a cortarte la mano con la que lanzas. Será interesante ver cómo los Red Dragons ganan la liguilla del pueblo.

—¿Eh? —Suzie estaba perpleja por aquella idea tan descabellada

—. No.

—Tu mano de lanzar o su cara —expuso Tom.

—Terminemos esto. Ya es suficiente.

—Lo será cuando yo diga. Tu mano… ¡Ahora!

—Suzie te ganaría hasta con la mano cortada —articuló Nina—. Es la mejor, y le espera un gran futuro en las ligas profesionales. Deberías estar orgulloso de que este pueblo haya dado una chica como ella. Una buena amiga. ¡No le hagas caso, tía! Mi cara se curará, pero tú necesitas la mano para ganar la final del domingo. ¡Eres la mejor, Suzie! ¡Te quiero! ¡AAAHHH!

—¡Calla! —ordenó; luego hundió el filo en la carne y la herida abierta vertió sangre—. Toma, por idiota.

Suzie contuvo la respiración, miró el bate inmóvil en el suelo. Apretó los molares y, dejándose llevar por la ira, sacó el revólver de la cintura y encañonó a Tom.

—Pídele perdón…, o te vuelo las pelotas, te lo prometo. Míralo por el lado bueno, así ya no te mearás en la cama.

Tom enmudeció. El resto de muchachos retrocedió dos pasos. Delataron un temor incierto, sin saber si debían tratar de detenerla o salir corriendo y abandonar a Tom a su suerte.

—Vas armada, joder.

—Sí. Mujeres al poder, payaso —declaró Suzie.

Los ojos de Nina brillaron de satisfacción y se llenaron de lágrimas.

—Se acabó todo, suéltala o disparo.

—Tom, hazle caso —le sugirió el chico de la muñeca rota—. Esta tía es de un género nuevo.

—Sí, la mujer guerrera… La amiga guerrera —añadió. Miró a Nina e hizo un gesto de asentimiento.

—Tiene huevos la cabrona —reconoció el muchacho de la pierna herida—. Será mejor dejarlo por hoy, Tom.

—Otro día me encargaré de ti —amenazó éste.

Soltó a Nina, quien se apresuró a ponerse junto a Suzie.

—Nos largamos. Por ahora has ganado, pero volveré cuando menos lo esperes.

—No te vas —dijo con firmeza Suzie.

—¿Eh?

—Primero le pides perdón a mi amiga o te disparo en tu pito. —Suzie amartilló la Smith & Wesson 38—. Esto va en serio.

La incredulidad se reflejó en los ojos de los presentes. Incluso las dos chicas junto a la roca aflojaron el abrazo para contemplar atentamente el histórico acontecimiento.

—No lo haré —dijo Tom.

—No pasa nada, tía —le dijo Nina y recogió el bate del suelo—.

Todo ha terminado.

—¡Pídele perdón! —exigió Suzie.

—Me niego.

—Pídele perdón y vámonos ya, Tom —protestaron los chicos de la pandilla.

—No quiero humillarme.

Suzie apretó los labios, cerró los ojos y desvió el cañón hacia el cielo. Entonces, preguntándose qué pasaría, apretó el gatillo. Cuando el estruendo se disipó, reparó en que incluso ella se había asustado. Aun así, decidió continuar hasta el final.

Con un trote frenético en su corazón descendió el arma de nuevo hacia Tom y dijo:

—Como ves, está cargada.

Los allí reunidos mantenían los ojos bien abiertos.

—Perdón —dijo Tom con un leve hillilo de voz.

—No se oye —protestó Suzie.

—Ya vale —intervino el ladrón de manzanas—. Nos vamos. Pero aparta el arma.

—Está bien —dijo, pero no apartó el arma. Encañonó al grupo de chicos hasta que montaron en las bicicletas y se encogieron en la distancia.

Sólo entonces, Suzie se vació de aire. Todo su miedo fue expulsado por su boca en enérgicos suspiros.

—¡Estás loca! ¡AAAHHH! —chilló Nina.

—Sí, ha sido increíble.

Nina se le tiró al cuello y la abrazó.

—Creo que me has salvado la vida. Estás loca.

—Sí.

—Estás loca.

—Sí, sí.

—No empieces con tu manía de dar la razón a todo el mundo —la amonestó Nina.

—No lo hago. Estoy muy loca.

Nina la estrechó con más fuerza y ambas rieron abiertamente.

Las dos muchachas se sumaron a ellas en el centro del terreno, un terreno destinado a juegos y a distracciones deportivas, aunque en aquella ocasión había sido el lugar de un crudo enfrentamiento. Mientras Suzie hallaba la calma, no dejó de mirar de soslayo la hilera de árboles. Había creído ver diminutas figuras protegidas por la oscuridad que comenzaba a cubrir Past Grove.

Capítulo 11

El horizonte se inundó de fuego bien temprano aquel lunes 24 de noviembre. Fue recordado en Past Grove como el Día de la Gran Tribulación. El señor Handley había levantado a tiros de escopeta a sus dos hijos holgazanes. Ambos muchachos saltaron de la cama como si se encontrasen en un cuartel militar. Horas más tarde trabajaban en el campo de manzanos cuando el padre caminaba junto a la valla oeste, mirando de reojo el camino que discurría al otro lado. Reparó en que algunos árboles de esa zona de la plantación carecían de manzanas y culpó de ello al amigo de Tom, el ladronzuelo que pasaba en ese momento cojeando por la senda. Atribuyó la cojera a una posible caída al saltar la valla de su propiedad. Lo había sorprendido en más de una ocasión, y Handley siempre disparaba al aire para asustarlo, pero probablemente requería de una amenaza mayor. Si volvía a verlo por sus tierras, pondría el asunto en manos del sheriff. Entonces advirtió el insólito color tostado que exhibía el amanecer. Aunque había sido testigo de multitud de amaneceres, aquel horizonte ardiente captó su atención. Un conjunto de nubes absorbían el tono sangriento y se encendían como algodones chamuscados. La brisa empujaba las nubes hacia la localidad augurando calor extremo.

Handley no fue el único a quien no le gustó el amanecer. Dennis Redwing, el cartero del pueblo, era aficionado a levantarse dos horas antes de acudir a la oficina de correos. Decía que de este modo prolongaba la jornada y que ya habría tiempo de dormir en el lecho de muerte. Al asomarse por la ventana de su vivienda, vio el arco del sol detrás de las nubes. Recibió en el rostro varios fogonazos de aire caliente que le obligaron a cerrar la ventana.

Para el profesor Morton, la jornada disponía de sus propios problemas. A las siete de la mañana, lo único que le interesaba era averiguar por qué su esposa contemplaba el anillo con tanta obsesión. Se encontraba junto a la puerta del baño cuando Cathy cruzó el pasillo con una urgencia desconcertante. La única ocupación de su mujer desde hacía meses eran sus extrañas reuniones. Por tanto, ¿a qué se debía su estado de excitación? Bruce se deslizaba el peine por el cabello de manera inconsciente mientras sus otros sentidos permanecían atentos a los ruidos de Cathy.

Una película sudorosa cubría su cara, pese a que acababa de salir de la ducha. Acusó al calor, y al notar el vapor que parecían

rezumar las axilas, pensó en ducharse de nuevo.

—Menudo calor que hace para estar en noviembre.

Abandonó el peine en el lavabo y salió al pasillo olvidando cerrar el grifo.

—¿Cathy? ¿Querida?

Vestía calzoncillos y una camiseta blanca decorada por manchas de sudor. El amanecer irrumpía en el pasillo por las ventanas abiertas, lamía parte del suelo, el bajo de las paredes y los cuadros. Bruce avanzó hacia la cocina, donde había preparado un apresurado desayuno y silbaba una tetera.

—¿Cathy?

Se volvió en dirección al dormitorio, desde allí emergía una voz apagada.

La luz diurna ascendía por sus pantorrillas, depositando parte del calor que pronto sacudiría Past Grove. Bruce dio un paso, desconcertado, y se adentró en las sombras que aún quedaban en el pasillo. Caminó hacia el dormitorio.

Entonces oyó la voz de su esposa. Estaba seguro de que era ella, aunque utilizase una voz dócil y benevolente. Hacía tiempo que no usaba ese tono con él y se preguntó con quién demonios hablaba. Aferró el pomo de la puerta con la decisión de abrirla y asaltar el cuarto, pero rechazó la idea al distinguir las palabras.

—Esta noche estaré ahí como siempre, Ralph.

¿Ralph?

Hizo un urgente repaso mental de todos los Ralph que conocía en el pueblo. Su mente todavía adormecida sólo pudo concederle un listado de tres personas. Ralph Virgel, el carnicero, un tipo cortés y casado con una mujer de enormes proporciones. Rechazó al primer candidato debido a la última conversación que mantuvo con él: «Estoy felizmente casado y vamos a tener un hijo». Descendió mentalmente al próximo. Ralph Cross, un joven de trece años tan enclenque que casi seguro que debía de rellenar la ropa con almohadas antes de ponérsela. Rechazó al candidato por cuestiones de edad. Entonces, su corazón sufrió, por un segundo, un paro cardíaco cuando recordó a Ralph Lauber, un hombre apuesto que acostumbraba a saludar a todas las mujeres de entre veinte y cuarenta y cinco años mientras conducía un Sedán amarillo de los cincuenta.

Lauber era el candidato perfecto: soltero, bien parecido, pese a sus ojos saltones, y una frente que se extendía hasta la mitad de la cabeza. Sin embargo, Bruce recordaba cómo las mujeres de Past Grove, murmuraban por qué un hombre como Ralph no había elegido esposa. Sobre todo, recordaba cómo le sonreían cuando las saludaba con un acto de reverencia y se quitaba el sombrero que

solía usar.

¿Pertenecería Ralph Lauber al grupúsculo frecuentado por Cathy? No lo creía posible. El típico cortejador de mujeres no podía formar parte de algo tan disparatado. Evocó una conversación dos semanas atrás, al término de las clases en la escuela elemental. Bruce se había detenido junto al semáforo y vio el Sedán estacionado. Ambos se miraron antes de que Lauber iniciara una charla pasajera del clima, del olor de la nueva loción de afeitado y de cómo terminaría la liga local de béisbol. Pero que fuese un desvergonzado adulador lo convertía en el candidato estrella.

Apartó sus pensamientos cuando Cathy siguió hablando.

—Estaré lista. Sé que es muy importante. Estoy con vosotros en cuerpo y alma.

La ansiedad de Bruce se intensificó de pronto, como un dolor cuyo alivio estuviera tras la puerta. La mano derecha le temblaba violentamente.

—Maldita sea —masculló.

Abrió la puerta, entró en el dormitorio y, cuando vio a su mujer depositar el auricular en la horquilla del teléfono, se detuvo asaltado por decenas de interrogantes que, de no ser atendidos de inmediato, sería capaz de aferrarla por los hombros y sacudirla hasta que confesara.

—¿Sí? —Cathy se volvió, sorprendida—. Pensé que estarías de camino a la escuela.

Bruce forzó a los ojos a mantenerse abiertos, pese a la falta de descanso. Tenía las manos crispadas, sus pulmones se vaciaban y llenaban con espantosa angustia.

—¿Con quién demonios hablabas?

La atención de Cathy regresó al tocador y aplicó una generosa capa de maquillaje.

—No me gusta el tono en que me hablas.

—Tal vez debería usar el tono con que te hablaba Ralph Lauber —dijo en un arrebato.

Cathy detuvo el pintalabios que deslizaba con maestría.

—¿Eh? —Su rostro reflejaba sarcasmo—. ¿Ahora te dedicas también a espiarme? Tus cualidades parecen estar degenerando en algo rastrero.

—Conozco a Ralph. El embaucador de mujeres. —Por su instante, en aquel estado de máxima excitación, Bruce se preguntó si se encontraba ante un absurdo enredo y todo se debía a un simple adulterio. El grupo, las reuniones, todo un fraudulento complot para mantener relaciones ilícitas con un bastardo.

—Lauber no acude a las reuniones.

—¿Estás segura? Sé que algo extraño pasa en el pueblo, y que

hay quienes se reúnen con ideas disparatadas y sin fundamento. Pero me pregunto si esas reuniones no son una excusa para verte con alguien a escondidas.

Cathy terminó de maquillarse. Cerró el estuche de pinturas, lo guardó dentro del cajón del tocador. Al volverse lanzó una mirada despectiva a Bruce.

—Voy a las reuniones porque me siento integrada en algo inmenso. En algo nuevo, que mentes como la tuya ni siquiera podrían vislumbrar. Somos el futuro.

Bruce se mordió los labios. En los ojos de su esposa no anidaban deseos lascivos, sino una obsesión más enrevesada y enfermiza. Quizá su mujer había dejado atrás los intereses sexuales, sustituyéndolos por experiencias insólitas.

Desvió la atención a la mano de su esposa, en concreto al anillo, que se le antojaba cada vez más raro. La diminuta piedra negra parecía más grande que semanas atrás, y se preguntó si era el mismo anillo o lo habría cambiado.

—Apártate, ahora mismo no me apetece estar delante de tu presencia —graznó, y lo hizo a un lado con la intención de abandonar el dormitorio.

Bruce reparó en el distinguido vestido negro que usaba habitualmente, con los hombros desnudos y largo hasta descansar sobre los zapatos de tacón. Los rizos de su cabello golpeaban con oscura sensualidad la espalda al descubierto.

—Deberías pasar más tiempo en casa —sugirió—. Está todo muy descuidado.

Cathy se detuvo bajo el marco de la puerta, carraspeó repetidas veces hasta liberar a su voz de una tensión notable y repuso:

—Estoy ocupada con algo más importante.

—¿Más importante que nuestra casa e incluso que nuestro matrimonio?

—Nuestro matrimonio no tiene importancia para mí. Lo siento, pero la mujer con la que te casaste ya no existe.

Aquellas palabras golpearon el pecho del hombre con angustiosa ansiedad mientras ella avanzaba por el pasillo.

—¿No desayunas?

—Has hecho que pierda el apetito —dijo Cathy, asiendo el tirador de la puerta principal.

Bruce, sin darse por vencido, pese a la impotencia y el desánimo, salió del dormitorio.

—¡Espera, Cathy!

—¿Qué quieres ahora?

—Por Dios. Quiero recuperarte. Necesito recuperar a la mujer con la que me casé. Aún no he perdido la esperanza de tener una

familia.

Se escuchó la pesada respiración de Cathy, que se limitó a replicar con su silencio; pasados unos segundos, abrió la puerta y se marchó.

—Maldita sea —masculló.

Permaneció en medio del pasillo, con las cuestiones sin resolver y un pesar en el pecho que le estrangulaba. Entró en la cocina, bebió el café y salió otra vez al pasillo. Cuando fue al comedor para preparar la maleta que siempre llevaba a la escuela, vio el retrato en que aparecía junto a su esposa. Lo cogió y lo examinó con desgana. Estaba en lo cierto; la piedra negra del anillo que lucía Cathy era más grande.

—Debo de estar delirando.

Tras un suspiro de dolorosa resignación, dejó el retrato sobre el mueble y salió al calor abrasador de aquella mañana. En cuanto echó un vistazo y no divisó el coche, supo que tendría que ir caminando a la escuela. Otra de las costumbres recién adquiridas de Cathy era apropiarse del Lincoln sin avisarle.

La escuela elemental y la escuela secundaria eran dos bloques bajos revestidos de ladrillo caravista y divididos por un pasillo exterior. Ambos reunidos en el mismo recinto sin vallar. Una senda flanqueada de césped derivaba hacia los respectivos centros. Desde las ventanas se recortaban las caras de los alumnos que ya habían entrado en clase. La campana que anunciaba las nueve de la mañana había sonado hacía cinco minutos.

Bruce se limpió el sudor de la frente con un pañuelo, al tiempo que el maletín golpeaba el muslo derecho. Vio a un alumno rezagado salir del pasillo exterior y lanzar un consumido cigarrillo al suelo. Era Reed Murray, un chico que había crecido entre peleas y amonestaciones por parte de la policía. Lucía una camisa negra con el cuello alzado y un semblante resuelto. Bruce pasó por alto la falta y entró en la escuela; su cuota de problemas había alcanzado el límite y no deseaba dar cabida a pequeñas faltas escolares.

Desafortunadamente, hacía tiempo que el pasillo estaba siendo destinado al encuentro de fumadores prematuros, así como a los primeros negocios clandestinos. Bruce sabía que entre los estudiantes había quienes se enorgullecían de sus habilidades delictivas, ya que los exámenes desaparecían de los cajones de la sala de profesores para ser fotocopiados y distribuidos por un módico precio. En cualquier caso, permanecía atento a que tales actos no se desempeñaran en su clase. Morton tenía a su cargo una veintena de alumnos interesados en la historia norteamericana y hasta la fecha parecían rechazar el aprobado fácil. El pasillo también era un lugar de encuentro para adolescentes cuyas

primeras manifestaciones sexuales quedaban satisfechas en pocos minutos, entre gemidos apagados y sofocante calor corporal.

Bruce tenía constancia de que décadas antes hubo un grupo de profesores dirigidos por el pastor McDougall, que custodiaba el comportamiento de los alumnos con excesiva autoridad. Aquella iniciativa degeneró en un desenfreno de castigos innecesarios y denuncias por parte de las nuevas generaciones no baptistas. Morton guardaba informes que denunciaban las vejaciones a las que estuvo dispuesto el Comité de Profesores para asegurarse de que los muchachos tuvieran un comportamiento digno de las obsesiones del pastor. El informe que había leído con mayor aversión narraba los hechos de la profesora Amanda Ferguson —madre de la actual directora Ferguson, de la Institución Morris—, quien llegó a coser los labios vaginales de cuatro alumnas, impidiendo que mantuvieran relaciones sexuales antes del matrimonio. Aquello derivó en una serie de protestas que la condenaron a cadena perpetua. Sin embargo, antes de ingresar en prisión, introdujo a su hija, nacida de una relación ilícita con un profesor del comité, en una cesta y la abandonó en los campos de trigo de los Paulson.

Los actos de Amanda llenaban informes enteros de cómo encerraba a las alumnas en las calderas del sótano hasta que sus alaridos se volvían oraciones de penitencia y Amanda se sentía satisfecha. Varias fotos exhibían la piel quemada de las chicas. También las obligaba a permanecer durante horas de pie, con los brazos extendidos a los lados y sosteniendo una piedra en cada mano. Las alumnas terminaban por desfallecer de cansancio, lo que contribuía a nuevos castigos por no soportar las exigencias del Señor.

Uno de los últimos informes, fechado el 4 de enero de 1961, relataba que durante un examen había sorprendido a un estudiante copiando del ejercicio del compañero. El chico fue conducido a una sala y, tras ser interrogado, la abandonó con la decisión de no volver a copiar jamás; Amanda se aseguró de esto extirpándole ambos ojos con una cuchara. Guardó los globos oculares en un recipiente con alcohol, y por lo visto, los contemplaba con sumo placer. Según reveló la policía cuando fue detenida, envidiaba el azul de los ojos.

El resto del Comité de Profesores se limitaba a golpear a los alumnos que cometían faltas, a sustraerles los cigarrillos que en ocasiones fumaban y en separarlos inmediatamente cuando observaban conductas lascivas. Dos adolescentes que habían sido sorprendidos en los aseos besándose acabaron en la popular sala de interrogatorios y fueron abofeteados en los labios hasta que éstos se hincharon y sangraron.

Bruce Morton pasaba en ese instante frente a dicha sala, habilitada ahora como una nueva aula, donde él impartía las lecciones de historia. La puerta estaba abierta y de dentro emergía el rumor de los alumnos, que se preguntaban a qué se debía su retraso.

Fue saludado por los estudiantes. Y aunque algunos se esforzaban por reprimir una risita, la mayoría mostraba su respeto al apreciado profesor. Danny se encontraba sentado en la parte derecha de la clase. Lucía su brillante cabello rubio y, pese al desconcertante calor, no se había deshecho de su chaqueta roja.

—¿No tienes calor? —le preguntó Morton mientras abría su cartera sobre la mesa. Extrajo el libro de la historia de la guerra civil norteamericana y solicitó a todos realizar lo mismo.

En pocos minutos, y sin que Danny diera una respuesta, Bruce Morton se adentró en el avance del general Lee y sus tropas hacia Virginia. A medida que transcurría la clase, expuso las causas de la derrota del ejército confederado por parte de los soldados de la Unión. Pese a que era un firme defensor de la objetividad histórica, en determinadas ocasiones vacilaba en sus convicciones. Sobre todo cuando se encontraba bajo la bandera confederada que pendía de la pared junto a la de Estados Unidos, por encima de la pizarra donde garabatos en tiza explicaban el desplazamiento del general Grant, al servicio de la Unión, desde oeste.

Los alumnos escucharon con suma atención, los más cuidadosos tomaron notas en los cuadernos. Danny, sin embargo, contemplaba asombrado la belleza que comenzaba a manifestar Dorothy Thurber, una niña de once años cuyo rostro dulzón y atento al apasionado profesor conmovía al muchacho. La amenaza del calor lo forzó a deshacerse de la chaqueta y colocarla en el respaldo de la silla. Mientras la clase de historia de la Guerra de Secesión llegaba a su fin, Danny advirtió que la admiración de la niña hacia el profesor le provocaba enormes celos.

Un alumno miraba abstraído por la ventana; otro cerraba los ojos, con la barbilla sobre la mano y el codo en la mesa.

A la hora del patio, Bruce sacó la antigua ficha de Suzie Denker y realizó una llamada telefónica desde el despacho. Insistió hasta que el tono se introdujo en sus oídos.

—Debe de estar repartiendo el periódico.

El reloj circular fijado a la pared señalaba las diez y media. Dejaría pasar el tiempo tomando el segundo café de la mañana. Las agujas del reloj rodaron de forma lenta y monótona, al punto de debilitar su paciencia y poder ser sustituida por otro sentimiento menos civilizado. De hecho, ya percibía una rabia disfrazada de impaciencia.

Siempre había sido un hombre tranquilo, pero ver su matrimonio desmoronarse por algo intangible y que no podía estrangular con las manos lo enfurecía. Vertió más café en la taza, mientras cavilaba en cómo detener lo que le estaba arrebatando a su esposa.

En varias ocasiones centelleó el anillo de Cathy en su mente, similar a un letrero de neón. James Denker nunca le habló de anillo alguno, pero que lo hubiese hecho su hija, fue suficiente para que la idea de arrancárselo a su mujer del dedo cobrase prioridad. Y ser descubierto no le suponía un inconveniente; estaba incluso dispuesto a enfrentarse con ella. Pues jamás perdería a la mujer con la que se había casado. Reafirmó el último pensamiento sacando la petaca del maletín y vertiendo licor en el café. Al beber, notó que su decisión por recuperarla se fortalecía.

Capítulo 12

Suzie pasó la mañana distribuyendo los periódicos. Aunque siempre había realizado el trabajo para ayudar a su madre, la entusiasmaba poder destinar parte de la paga a abandonar Past Grove. Sin embargo, esa mañana, la afligía el tener que empezar de nuevo.

La primera plana hacía referencia al aplazamiento del partido de béisbol por la muerte de Barrett, cuyo traslado al centro médico se efectuó con urgencia. Aun así, llegó muerto y fue enviado a la sala de autopsias.

Suzie leyó la noticia, desconsolada, al ver que seguían produciéndose casos extraños a los que nadie prestaba demasiada atención. Se culpaba por no haber aceptado ayudar al profesor. Pero su mayor aspiración era iniciar una nueva vida en alguna gran ciudad, donde los cazatalentos y los entrenadores tenían los ojos puestos en futuros jugadores. Y dado que ninguno mostraba interés por un pueblo rural, era necesario marcharse cuanto antes.

No quería verse inmiscuida en los problemas de un pueblo muerto, pensó, mientras pedaleaba a gran velocidad por Jointer Avenue, en dirección a la tienda de comestibles. El encuentro del domingo no sólo había servido para dejarle las cosas claras a Tom Paulson, sino también para averiguar de dónde se abastecía su madre. Era hora de hablar con Berryman.

Derrapó violentamente junto a la tienda. Apoyó la bici en su pie metálico y entró de un modo resuelto. Detrás de la caja registradora estaba como de costumbre Carol Husman. Amonestaba a un chico por haberle puesto las manos sobre los enormes bustos.

—¿Te ha quedado claro, mocoso? —masculló al tiempo que le pellizcaba la mejilla.

La figura de Berryman se recortaba tras el cristal que separaba la oficina de la tienda. Por su expresión sonriente, Suzie pensó que debía de estar disfrutando de la escena. El muchacho abandonó la tienda con la mano en el moratón producido por el pellizco.

Carol se volvió con expresión risueña.

—Hola, Suzie.

—Eh, hola —dijo, y desvió su atención hacia el señor Berryman, quien parecía complacido con la repentina visita de la *pitcher* más popular del condado.

Ella realizó un gesto con la mano pidiendo permiso para entrar

en la oficina. Bribón asintió con una sonrisa de alegre comerciante. Cuando abrió la puerta, no quitó la vista del prieto trasero enfundado en los tejanos.

—Vaya, vaya. ¿Cómo tú por aquí? Normalmente viene tu madre para…

Enmudeció en cuanto Suzie se giró sobre sus talones y le asestó una mirada feroz. En la mesa había un generoso surtido de las revistas que solía hojear Berryman.

—Mi hijo… —se apresuró a decir—. He sorprendido a mi hijo otra vez con las malditas revistas para adultos. —Las amontonó todas con una mano y las arrojó dentro de un cajón donde asomaba el número de octubre, en cuya portada aparecía una mujer de curvas vertiginosas y carnes allí donde los apetitos carnales despertaban febrilmente—. Tú debes de tener su edad. Has crecido mucho, pequeña. Me acuerdo de cuando eras una niña que no levantaba un palmo del suelo, ni tenías ese trase…

—Eh, tío. Déjalo ya, ¿vale? No estoy aquí para hablar de tu hijo, ni de mi cuerpo. Quiero que dejes de venderle alcohol a mi madre.

Berryman enarcó las cejas y los ojos saltaron en sus cuencas, tan sorprendidos que, por un segundo, Suzie pensó que el tipo guardaba parecido con un payaso de circo, a excepción de la poca gracia que le producía. Berryman se acondicionó el pelo y dio muestras de necesitar sentarse. Aun así, permaneció en pie con su figura rolliza. Entonces Suzie avistó la hinchazón de su entrepierna, y aunque era territorio inexplorado para ella, sintió repugnancia y deseos de largarse inmediatamente.

—Bueno, tengo que atender un negocio, pequeña.

—No soy pequeña, tío. Soy lo suficientemente grande como para plantarme delante y darte una torta si vuelves a venderle una sola botella de alcohol a mi madre.

—Oh, vaya, vaya. No pensé que fuera tan grave el asunto —dijo con visible desdén.

—Lo digo en serio, nunca más. ¿Vale?

—Bien, veré qué puedo hacer por complacerte —agregó con tono jocoso.

—No quiero que me complazcas de ninguna manera.

El señor Berryman enseñó la parte superior de las manos como señal de paciencia, y Suzie vio que uno de sus dedos lucía un anillo coronado por una diminuta piedra negra.

—Joder —farfulló, retrocediendo un paso.

—En otro tiempo, el implacable pastor McDougall te hubiese amonestado por tu comentario de mal gusto.

Berryman dio un paso adelante. En el rostro se reflejaba el ardiente deseo por manosear las torneadas piernas de la muchacha.

—Creo que podremos entendernos tú y yo.

Los ojos de Suzie crecieron en sus órbitas mientras lo observaba aproximándose. Le hubiera gustado tener la Smith & Wesson 38 y volarle la cabeza. Habría apretado el gatillo hasta convertir el gesto en algo propio y habitual.

—Tal vez, pueda enseñarte algunas cosas, ya sabes… con respeto. —Avanzaba con ojos ardorosos, como si aquel miserable hubiera perdido el juicio; extendía las manos con afanosa urgencia por tocarla y percibir su plenitud—. Sí, creo que podríamos entendernos tú y yo. Oh, sí, cuánto me gustaría entenderme contigo. Y, por supuesto, dejaría de venderle licor a tu madre.

La mano del anillo se posó sobre el hombro de Suzie, quien experimentaba la poderosa necesidad de golpear el maldito bulto que presionaba el pantalón. Apretó los molares y convirtió su mano de lanzar en un puño rocoso, pero entonces la puerta de la oficina se abrió.

—Ha llegado el pedido de los cereales —anunció Carol Husman. Vio la cara de la muchacha aterrada y a Bribón tan cerca de ella que no cabía otro pensamiento en su cabeza—. ¿Qué pasa aquí?

—Oh, nada —dijo Berryman, intentando recuperar los modales —. Estábamos charlando de negocios, ¿verdad que sí?

El hombre mostró su mejor sonrisa, y entonces el puño de Suzie se estrelló en el mentón de éste.

—¡Hijo de puta!

Le empujó a un lado y abandonó la oficina corriendo. Atravesaba el pasillo de latas de conserva cuando el hombre que había visto discutiendo con Barrett días antes entraba por la puerta batiente. La velocidad a la que galopaba el corazón de Suzie se tornó asfixiante y percibió la falta de aire. El pasillo se acortó de pronto, creando la impresión de encontrarse a sólo unos centímetros de ese tipejo. Entonces su recelo se convirtió en terror.

El hombre avanzaba muy lentamente por las estanterías, como si no hallase lo que buscaba. Sobre su rostro se vertía la sombra que proyectaba su sombrero; el cabello asomaba por debajo en mechones grasientos. Vestía pantalones de pana marrones y una camisa blanca descolorida.

Al intentar detenerse, Suzie patinó unos metros agitando los brazos. Se encontraba tan cerca de él, que percibió su loción de afeitado, era tan intensa que mitigaba el resto de olores de la tienda. Sus pulmones se hincharon con aquella pestilencia masculina.

El tipo se volvió y la vio allí plantada, con las piernas abiertas en posición de duelo, salvo que no iba armada. Las manos le temblaban y experimentó una súbita flojera en las rodillas, mientras

que la cara era un molde de cemento petrificado.

—Me encanta este tipo de casualidades. ¿A ti no?

Suzie notó que sus ojos se empequeñecían en las órbitas, pero esa sensación no la alejó del hombre, de hecho lo tenía a sólo veinte centímetros.

—¿Cómo estás, hija? ¿No dices nada?

Suzie no dijo nada, su garganta estaba obstaculizada por una piedra y su lengua parecía haber desaparecido.

—Te he vuelto a llamar —le dijo; luego cogió una lata de atún, leyó la etiqueta y la dejó en el estante con aire de derrota al no encontrar su marca habitual.

La enorme piedra del anillo atrajo su atención como si se tratara de un imán.

—Tienen tamaños diferentes —susurró ella.

El hombre le dirigió una mirada de alarma.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Y como te dije por teléfono, es mejor que no ayudes a ese estúpido profesor. Tenemos nuestros informadores, y te vieron en la escuela del incendio con él.

Suzie recibió la noticia como una bofetada fría.

—¡Ayudaré a quien yo quiera! —gritó. Se desplazó a la derecha y, en una sucesión de zancadas, alcanzó el final del pasillo. Sin volverse, cruzó la puerta abierta, por la que entraba una mujer. Suzie chocó con ella, pidió disculpas y corrió hacia la bicicleta.

Dado que no podía dejar los periódicos sin repartir, forzó a su mente a silenciar cualquier pensamiento que la atemorizara. Se desvió hacia el sur de Past Grove. Los senderos de esa zona estaban en malas condiciones. Avanzó sorteando las irregularidades del terreno. Dos enormes perros se encaramaron a la valla metálica del recinto del señor Myers. Suzie lanzó el periódico por encima del vallado. Como solía ocurrir, los animales se disputaron el ejemplar. Seguidamente viró a la izquierda por una vía sin señalizar y flanqueada de maleza. Un gato perezoso cruzó la senda cuando ella rodaba a gran velocidad. Lo esquivó y arrojó el periódico a la propiedad de los Cox; quedó encallado entre las ramas de uno de los abedules que ocultaban la casa, en cuyo interior se escuchaba el llanto de un niño y los gritos de una mujer. La mochila saltaba sobre la espalda ayudada por el poco peso. Se adentró bajo el techo tapizado de verdosos tilos, por cuyos resquicios se despedazaba la luz solar en diminutos fragmentos que golpearon a Suzie en los ojos. Emergió en el cruce de la ruta 69. Allí se alzaba una estación de servicio Texaco. Pedaleó hacia la granja donde la familia Owens poseía una de las más grandes distribuidoras de leche de la región. Tras depositar el periódico en un buzón metálico siempre abierto,

regresó a los caminos exteriores de Past Grove.

El fuerte calor le dejó la camiseta empapada de sudor, la gorra tiesa y un agotamiento por encima de lo normal. Sin embargo, había llegado a su casa ilesa y dispuesta a descansar. Guardó la bici en el garaje, exhaló todo el aire de los pulmones y tuvo la impresión de que éste todavía conservaba parte del olor de la loción de afeitado. Se encaminó a la puerta. La abrió con la sensación de que los problemas del hogar aguardaban para abalanzarse sobre ella. Con todo, la casa se mantenía silenciosa y sólo el murmullo del televisor delataba la existencia de vida. Suzie suspiró con desgana y cruzó el pasillo evitando saludar a su madre cuando pasó junto a la puerta del comedor.

Entró en el baño, se desvistió y, de un puntapié, empujó la ropa al rincón. Se plantó delante del espejo, desnuda y en silencio. Deslizó su vista por cada curva, cada superficie de piel tostada. La firme cintura se abría dando cabida a unas caderas redondeadas. Los muslos y las pantorrillas estaban cincelados en la dureza del granito debido al deporte y la bicicleta. Sin embargo, sobre el torso nacían dos escasas protuberancias coronadas por pezones. Evocó a Nina Holbrook corriendo mientras sus bustos se mecían generosamente. Entonces Suzie dio un brinco.

—No se mueven. No me extraña que se ría de mí ese imbécil de Tom Paulson.

Los muchachos parecían interesarse sólo por sus lanzamientos. Para colmo, quien había mostrado interés por ella no era más que un viejo repugnante con intenciones de manosearla. Suzie advirtió entonces cómo se abría paso la tristeza, que apartó con resignación.

—La vida sigue, ¿no? Además, soy joven todavía. Nada de chicos. Lo importante ahora es hacer realidad mi sueño de ser jugadora de béisbol profesional.

Con aquella idea ahogando su pena, se introdujo bajo el agua tibia. Con una sonrisa amigable rememoró que Mark, el muchacho de los circuitos electrónicos, siempre la espiaba desde el jardín acompañado de Danny. Alargó la comisura de los labios y experimentó el alivio del agua en su piel.

Al salir de la ducha, el espejo le devolvió una imagen diferente. Las gotas de agua corrían por una piel suave, joven y tersa. La boca quedaba cerrada por tiernos labios rojos y el cabello rubio enmarcaba su bonito rostro.

Suzie sonrió a su reflejo.

—Soy bonita aunque tenga los pechos muy pequeños.

Horas después, plantada en el jardín y con el revólver entre las manos, no había logrado despojarse de la horrible sensación de haber sido deseada por un viejo aficionado a las revistas para

adultos. Cuando lo imaginó tocándola, liberó un torbellino de odio encerrado.

—La próxima vez lo pagará —murmuró, y apretó el gatillo de la Smith & Wesson 38.

Tras meditarlo detenidamente era el momento de seguir el consejo del profesor Morton. Aprendería a disparar.

El primer disparo resonó en sus tímpanos y le provocó un temblor en los brazos que no pudo controlar. El retroceso le había hecho dar un paso atrás. La lata de judías continuaba imbatible junto a más botes vacíos sobre el tablón dispuesto horizontalmente en dos tocones. A medida que vaciaba el cargador, desde una distancia de treinta metros, sin acertar en el blanco, decidió ser menos ambiciosa y acercarse más al objetivo. Las balas silbaron a escasos centímetros de las latas. Comprendió que la puntería con un arma era algo de lo que ella no disponía, y acortó hasta los cuatro metros. Entonces fueron abatidas una tras otra. Descendió al sótano donde guardaba la munición. Llenó los bolsillos con balas y se situó a seis metros de la nueva hilera de latas, todas ellas ya agujereadas durante la sesión anterior.

De ese modo transcurrió la tarde, y el arco moribundo del sol se hundió detrás del muro de árboles del Bosque del Miedo. Un naranja melancólico tiñó el cielo. Suzie cargó de nuevo la Smith & Wesson 38 y se preguntó por qué las piedras de los anillos eran de diferentes tamaños. Las sombras se alargaron sobre el jardín. Suzie disparaba desde los diez metros. Las latas lucían numerosos agujeros y, después de los estruendosos disparos, caían a la hierba. Fue amonestada por los vecinos, pero los pasó por alto, pues no eran ellos quienes estaban siendo espiados, ni los que habían sufrido el intento de manoseo por parte del señor Berryman. Sin embargo, sabía que todo eso quedaba atrás, y que nadie volvería a reírse de sus pechos ni a intentar tocarla sin su consentimiento. Según saltaban las latas, su determinación iba fortaleciéndose.

Con todo, la noche vaticinó malos augurios cuando una figura pequeña se sumó a la que ya contemplaba a Suzie desde el interior del garaje. Ambas rumiaron un idioma ininteligible, provisto de roncos susurros que se desvanecían al alcanzar la escasa iluminación de la luna menguante.

Los disparos continuaron hasta que la madre abrió la puerta y salió vestida con el camisón.

—¿Puedo saber qué estás haciendo toda la tarde? —dijo, e imitando a un mal tirador agregó—: Pum… Pum… Pum… Ya basta, maldita sea. Es tarde.

—Tengo que aprender a disparar —declaró Suzie—. Past Grove está cada vez más extraño.

—Ya sales con tus raras filosofías… Este es un pueblo olvidado donde sólo hay viejos paletos.

La frase hizo que el dedo de Suzie se detuviera y no expulsara la última bala del cargador. Pensó en la horrible ironía, precisamente eran dos viejos paletos los que la habían acosado ese día.

—Mañana tendrás más tiempo para agujerear latas. Te quiero acostada en cinco minutos. —Entró en casa y cerró la puerta. La voz de Liz se escuchó al otro lado—. Maldita sea, necesito un trago.

Suzie dejó caer los hombros y sostuvo el arma con una sola mano. Se encontraba abatida y lo único que le transmitía fuerzas era la rabia que experimentaba. Disparó la última bala al aire, expandiéndose un estampido ensordecedor. Unos perros protestaron. Luego caminó hasta la puerta principal. Antes de entrar, se detuvo para atisbar en derredor. Había creído escuchar mecerse las zarzas situadas a la derecha del jardín. Al no ver nada inusual, entró en la casa.

Minutos después se hallaba sentada sobre la cama y con el teléfono en la mano. Había vuelto a conectar el cable en la roseta de la pared para llamar a Nina. Dejó pasar los tonos y finalmente una voz contestó.

—Soy Nina Holbrook, ¿a quién le interesa llamar a la casa de mis padres?

—Soy yo, Suzie.

—Eh, tía. Eres la última en llamar, la llamada que más feliz me hace.

—¿Cómo estás?

—Destrozada. El médico dice que tengo costillas de robot, y que gracias a esto saldré adelante.

Suzie esbozó una sonrisa.

—Es una buena noticia.

—Si grito me duele, así que no puedo ser yo misma. Te presento a una Nina tranquila y que habla con susurros. Consejo del doctor, lo siento, pero la gran Nina está dolida.

—Ya tendrás tiempo de gritar.

—Pues claro. Oye, les diste un buen escarmiento a esos críos malnacidos —declaró Nina—. Tu nueva faceta violenta me gusta. Seguro que ya no se reirán más de tus… quiero decir de ti.

—No lo tengo tan claro —dijo, dubitativa—. Tom y su pandilla son un poco desagradables.

—Bah. El único loco es Tom, no sé por qué la tiene tomada contigo.

—No importa. —Se levantó y miró por la ventana. Los perros del vecindario aún no habían dejado de ladrar—. Me alegro mucho de que estés bien y que todo haya sido un encontronazo de domingo.

—Eh.

—Dime.

—Gracias por salvarme, Suzie loca.

Ella extendió la comisura de sus labios, y aunque sabía que Nina no la veía sonreír, mantuvo esa expresión durante largos segundos.

—De nada. Las hermanas se ayudan.

—Eso está bien —aprobó Nina—. Me gusta mi hermana violenta y loca. Joder, ¿y desde cuándo vas armada? Menudo susto nos diste a todos.

—No me fío de…

—Sí, a la Suzie desconfiada ya la conozco, gracias.

—En serio. Están pasando cosas raras. —Suzie vio mecerse los arbustos del jardín.

—Ya sabes cómo es este pueblo de mierda —dijo Nina.

—Creo que hay algo en el jardín.

—¿Eh?

—Que creo que hay alguien en el jardín.

—Seguramente son tus dos admiradores.

Suzie abrió la ventana y se asomó.

—Mark y Danny nunca suelen hacer el tonto tan tarde.

—Tírales un cubo de agua fría —dijo Nina, con aire autoritario.

Suzie rio y se apartó de la ventana. Tomó asiento en la cama.

—Voy a acostarme. Hoy he tenido un mal día. Mañana te contaré una cosa.

—Vale. Mañana pasaré el día al lado del teléfono.

—¿Por qué? —preguntó Suzie.

—¿Que por qué? Hace semanas que no te dignas a llamarme. Casi me siento privilegiada con esta llamada y la de mañana.

Las risas de Suzie colmaron la línea.

—¡AH! Noticia —exclamó Nina, forzando la voz.

—¿Qué pasa?

—A mi primo le gustas. Me lo ha confesado.

—¿En serio?

—Bueno, no me lo ha confesado, miento. Se lo he sacado con mis argucias de mujer.

—Ah.

—Dice que eres mona.

—¿Mona?

—Sí. Pero le he dicho que no te sueles subir a los árboles.

—Ah —dijo Suzie con voz apagada—, mira qué bien.

—El domingo por la mañana regresó a Atlanta, pero dice que volverá para el Día de Acción de Gracias. Se me pasó decírtelo el domingo en el campo, porque estabas muy violenta.

—No pasa nada. —Suzie bostezó al teléfono—. Bien, es bueno

saberlo, supongo.

—Está bien, está bien. A dormir —repuso Nina con buen humor.

—Mañana hablamos.

—Más te vale, Suzie loca.

Después de una larga despedida, repleta de bromas y risas, apagó la luz del cuarto y accionó la lamparilla de noche. Miró el teléfono con recelo y dio un tirón al cable. Era la mejor forma de no recibir llamadas a altas horas de la madrugada. Sobre todo del tipo del sombrero que la había sorprendido en la tienda.

Ocultó el arma cargada bajo la almohada y se deslizó entre las sábanas. Un aire fresco que penetró por la ventana obligó a Suzie cubrirse hasta la barbilla.

—Menudo clima, pasamos de la lluvia al calor, y ahora al fresco.

Con aquella frase flotando en la habitación, apagó la lamparilla de noche. Las tinieblas se posaron allí donde el resplandor de la luna no alcanzaba. Los muebles se tornaron visiones soñolientas, los objetos más pequeños abandonados sobre el suelo cobraron las formas de diminutos mundos inanimados. El guante y la pelota de béisbol guardaban parecido con montañas inexpugnables, y los cordones de las zapatillas se extendían hacia la ropa sucia como serpientes.

Sin embargo, en la mente de la muchacha esa realidad fue sustituida por sueños funestos, donde un Berryman de rostro cadavérico y boca entreabierta corría en pos de Suzie. Ella había abandonado la bicicleta con una rueda pinchada. Al adentrarse por una senda tapizada de hojarasca, miró por encima del hombro. Berryman lucía un traje blanco y la perseguía sosteniendo una caja abierta, en cuyo interior brillaba una horrenda alianza con una piedra negra. Le recitaba versos candentes, a los que Suzie mostró su rechazo acelerando la carrera. Al final de la senda se escuchó un alarido, tan profundo que Berryman quedó relegado a un segundo plano. Era el grito de una mujer. En el cielo, los nubarrones se convirtieron en viejos trapos sangrantes y se precipitó sobre la muchacha una lluvia roja. Con todo, fue hacia el lugar del que provenía el grito.

Un nuevo alarido quebró la pesadilla, transportando a Suzie a la realidad de su cuarto. Abrió los ojos. Miró el reloj de la mesita y advirtió que sólo había dormitado durante diez minutos. La luna colgaba en la oscuridad exterior. Con la mano eliminó la capa de frío sudor que se había pegado a su cara. Detrás del silencio y de la aparente calma, oyó a su madre gritar desde el dormitorio.

—Mamá.

Sacó la Smith & Wesson 38 de debajo de la almohada y brincó de la cama como un bombero en maniobras. Al abrir la puerta se topó con otro grito. Si los primeros gritos estaban dotados de matices de pánico, el último brotó del dormitorio como una sincera petición de auxilio.

—Mamá, ¿qué te pasa?

El desconocimiento le provocaba una poderosa asfixia, y el único modo de recuperarse era averiguar lo que sucedía. Le llegaron más aullidos anunciando dolor. Corrió con el miedo zambulléndose en su cuerpo. Empujó la puerta violentamente y, cuando logró su ansiada respuesta, sus ojos se congelaron y se preguntó si en verdad había despertado de la pesadilla.

Jirones de oscuridad cubrían parte del dormitorio. La madre permanecía en medio de la cama y taponaba la herida de su brazo, pero la sangre se vertía sobre la colcha irremediablemente. En un rincón, una grotesca figura saltaba en un charco de sombras. Parecía complacida de lo que la segunda bestia, que caminaba por la cama, había hecho con el brazo de Liz Denker.

Todo era confuso y la poca visibilidad no bosquejaba las formas de las criaturas. Suzie apreció, no obstante, el escaso tamaño de éstas, a lo sumo treinta centímetros de altura. Lo incuestionable, por sus feroces gruñidos, era la fascinación que sentían por la sangre. La segunda figura brincó de la cama a la repisa de la ventana, gesto que imitó la otra. Ambas quedaron parcialmente al descubierto por el fulgor de la luna. De encontrarse en cualquier otra situación, la chica habría pensado que se trataba de dos gatos callejeros. Sin embargo, lo que las diferenciaba, eran las piernas sobre las que se apoyaban. Apenas salpicadas de pelo y con músculos bien desarrollados. Los brazos eran dos prolongaciones fibrosas finalizadas en dedos cuyas uñas eran tan largas como cuchillos. La boca de la bestia que había mordido a su madre estaba manchada de sangre, como si de exceso de maquillaje se tratara.

Suzie seguía inmóvil. Las piernas eran gomas endebles, y poco tiempo más la mantendrían en pie. Aunque aferraba la Smith & Wesson 38 con determinación, dicho sentimiento se diluía a medida que la imagen de las criaturas se grababa en sus retinas.

Liz sollozaba mientras sentía correr la sangre por el brazo.

Suzie detestaba verla en ese estado. Tan frágil, cuando siempre había demostrado estabilidad. Y pese a que había gastado los ahorros en algo lamentable, le era imposible odiarla siempre. Forzó a su valor a emerger de los recovecos más lejanos para accionar el interruptor de la luz y toparse con los causantes del daño.

Cuando la iluminación se derramó sobre la cama y el resto de muebles, las criaturas saltaron a la noche seguidas de sus grotescos

alaridos.

Suzie se precipitó hacia la ventana y asomó el cañón del arma. Escrutó la noche concienzudamente. Aunque no veía nada, sí escuchaba el quejido de las ramas. Jamás había observado la noche con tanta atención, ni percibido sus singulares matices. Las casas estaban encendidas por el fulgurante blancor de la luna; los pinos y abetos que Suzie podía alcanzar a ver eran como esbozos fantasmales mecidos por el viento. La imagen habría sido digna de una postal de no ser por las dos figuras que se deslizaban con agilidad hacia la esquina con Village Road.

Suzie apuntó con el arma, pero advirtió que avanzaban a gran velocidad y su puntería no era lo suficientemente buena. Decidió cerrar la ventana y atender a su madre, quien seguía gimoteando en la cama como una niña desconsolada.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué eran esas cosas? —farfulló. Mechones mugrientos enmarcaban su pálido rostro—. Me ha mordido.

Suzie se aproximó a su madre y vio que la sangre seguía corriendo por el antebrazo mientras se presionaba la herida.

—Bajemos al baño para lavarte.

Liz anunciaba su desgracia cuando Suzie la ayudó a incorporarse y la condujo a las escaleras. En el baño, abrió el grifo y colocó el brazo de su madre bajo el agua, que se volvió roja. Al cabo de unos segundos, ambas mujeres se estremecieron al ser testigos del mordisco, cuya forma circular sugería el tipo de mandíbula que poseían las criaturas.

—Dios mío. Dios mío.

—Llamaremos al doctor, mamá.

—Dios mío, ¿has visto eso?

—Tranquila, mamá.

—¿Cómo quieres que me tranquilice, maldita sea?

El mordisco había arrancado la carne y el hueso era visible ahora que el agua había limpiado la herida; el contorno estaba triturado como por cuchillas y los desgarros aleteaban de manera nerviosa golpeados por el agua.

—Me duele —gimoteó la mujer.

—Ya me lo imagino, mamá. Voy a llamar al doctor.

—¿Que te lo imaginas? No lo creo, te aseguro que no te haces una maldita idea.

Suzie, en el comedor, abrió el cajón que contenía la libreta con los teléfonos más importantes y ascendió las escaleras hasta su cuarto. Llamaría al doctor Price y él encontraría la solución. Insertó el cable una vez más en la roseta. Mientras marcaba, experimentó una mezcolanza de impotencia y rabia ascender por la garganta. Entonces gritó. Gritó a Past Grove por su atrevimiento a atacar a su

madre.

Y continuaba chillando cuando Colin Price contestó al aparato.

—¿Diga?, ¿quién es?

Capítulo 13

La jornada de aquel lunes le había traído a Bruce más inconvenientes de los que deseaba. Después de realizar tres llamadas a casa de Suzie y no recibir respuesta, rehusó seguir intentándolo. El trayecto a casa estuvo marcado por una leve inquietud; no comprendía por qué nadie atendía las llamadas. Sólo esperaba que la familia Denker no hubiera sufrido ningún contratiempo.

Quiso anunciar su llegada, pero al advertir el pesado silencio, se limitó a ducharse y a prepararse una cena rápida. Mientras daba algún que otro bocado al sándwich, releía sus notas de la fundación de Past Grove. A un lado dormitaba una librera destinada exclusivamente a las anotaciones del fundador de la colonia. Acompañó la cena y la lectura con tragos de la petaca. De este modo, mitigó su impaciencia por hablar con Suzie Denker y saber si le ayudaría. Cualquiera que fuese su respuesta, tenía pensado tomar la iniciativa de arrebatarle el anillo a su esposa.

Entonces se escuchó abrirse la puerta e inundarse el vestíbulo con el ajetreo que traía Cathy consigo. Bruce se apresuró a guardar la petaca en un cajón cualquiera del comedor y salir al pasillo. La mujer se encontraba de espaldas y sostenía en la mano una bolsa de tela negra y largas asas. Con la mirada siguió a Cathy hasta la cocina. Ella ni siquiera había reparado en su presencia. ¿Quién en su sano juicio era capaz de permanecer tanto tiempo inmiscuido en un asunto? Salió de la cocina sin la bolsa y Bruce sintió la necesidad de echar un vistazo. Su corazón dio una sacudida en cuanto su esposa entró en el baño y el rumor del agua llenó la casa.

Bruce se deslizó de forma furtiva por el pasillo. Vio la bolsa sobre la mesa de la cocina. Antes de cogerla y mirar dentro, se cercioró de que Cathy no lo sorprendería por la espalda. Levantó la bolsa, la agitó y enseguida observó que estaba vacía.

—Una simple bolsa vacía.

Al abrirla un olor emergió de pronto, sugiriendo que no mucho tiempo antes sí hubo algo. A juzgar por el olor pensó que se trataba de algún tipo de hierba. Expuso el interior de la bolsa a la luz de la cocina y vio pequeñas virutas verdes que aprobaban su teoría. El disparate era hallar una respuesta a por qué su mujer había guardado hierbas o plantas en la bolsa cuando siempre había detestado la jardinería.

Desvió sus ojos hacia la puerta. El murmullo del agua había desaparecido.

—Maldición.

Dejó la bolsa como la había encontrado. Salió al pasillo y Cathy lo miró desde la puerta del baño. Tenía una toalla sobre su cabello a modo de turbante y otra cubriéndole la mayor parte de su delgada figura.

—Hola, ¿cómo ha ido el día? —Fue la primera frase que su mente le concedió, el resto de reflexiones y posibles ideas enmudecieron ante la severa presencia de su esposa.

—Fantástico. Pero… ¿a qué se deben tus aires de conspiración?

Bruce forzó a su boca a que sonriera, aun a riesgo de delatar su temor.

—No sé de qué hablas. He entrado a la cocina a tomar un vaso de agua.

—¿Agua? ¿No querrás decir licor?

—He cenado y… —Advirtió que ningún dedo de Cathy lucía el anillo. Pensó si se lo solía quitar para ducharse. En cualquier caso, era la ocasión que había estado esperando.

—¿Y qué? —inquirió ella.

—Voy a acostarme pronto. Ha sido un día duro.

—Bien. Yo voy a salir.

El paso resuelto con que había comenzado a caminar en dirección al dormitorio, vaciló y se detuvo en medio del pasillo.

—Pues muy bien —repuso Bruce.

Cathy no respondió, pero no le importó. Era la ocasión perfecta para averiguar de una vez por todas adónde iba por la noche.

Ella pasó por su lado y entró en el dormitorio, cerrando la puerta con estrépito. Era el momento de entrar en el baño y comprobar si el anillo estaba allí. Sintió una ansiedad tan fuerte como los mordiscos de una alimaña, lo que le forzó a resollar mientras avanzaba por el pasillo.

El anillo dormitaba sobre un saliente de porcelana de la pared. Cuando se dispuso a cogerlo, su mente le hizo titubear con una sacudida repleta de numerosos interrogantes. Si era tan importante el anillo, ¿por qué lo había dejado ahí como un objeto sin valor? ¿Estaría Suzie Denker en un error y sólo era un anillo común? Su mano se mantuvo a una distancia de tres centímetros. Aun así, captó la leve vibración que emitía. Algo casi imperceptible, pero lo bastante insólito como para reparar en ello.

—¿Qué diablos…?

Arrimó su vista a la piedra negra y confirmó definitivamente que era más grande que la de la foto. Y encerraba una diminuta llama verde palpitante. Al acercar la mano advirtió que las vibraciones

aumentaban. Acercó y alejó el dedo índice hasta verificar que la piedra reaccionaba a su presencia, como si la rechazara.

—Qué extraño fenómeno, sin duda es un anillo de lo más singular.

Contuvo la respiración, preparó su mano abierta como una trampa para roedores y cogió el anillo de un zarpazo. Entonces experimentó toda la intensidad de la lengua de fuego verde. Su mano comenzó a temblar por la fuerza de la vibración. Aquel pequeño objeto se convirtió en la fuente de un poder incomprensible y que no deseaba estar prisionero en la mano de Bruce. Las vibraciones se tornaron sacudidas dañinas que se extendieron por el brazo. Finalmente abrió la mano y el anillo cayó al lavabo con un ruido metálico.

—Por Dios, ¿qué ha pasado?

Aunque Bruce no conocía la respuesta, comprendió que el anillo no deseaba permanecer en su mano y que poseía una fuente de magnetismo como defensa.

—No es posible. ¿Sentirá Cathy lo mismo?

Inmiscuido en sus conclusiones, había olvidado que su mujer todavía se encontraba en el dormitorio y regresaría en cualquier momento para recuperar su pequeño obsequio. ¿Sería un regalo de Ralph? Evocó los celos experimentados el otro día y entendió que eran innecesarios e infantiles. Pues tenía la certeza de que su mujer estaba envuelta en algo peligroso.

Se escuchó girar el pomo de la puerta y tratar de empujarla.

—¿Bruce? ¿Estás en el baño?

—Sí, querida. —Procuró que su voz sonara cotidiana. Afortunadamente había echado el pestillo—. Enseguida salgo.

Cathy no contestó.

El profesor Morton miró el anillo, sabiendo que debía enfrentarse de nuevo a la extraña vibración si quería cogerlo y depositarlo en la repisa de porcelana. Con gesto de repulsa, como si tuviera que hundir la mano en un nido de avispas, cogió el anillo con el índice y el pulgar. Luego lo soltó sobre la repisa.

—Bruce, ¿se puede saber qué haces en el baño? ¿Por qué entras si sabes que no he terminado?

—Enseguida salgo, ha sido urgente. Supongo que lo comprendes.

—No, no lo comprendo.

Bruce accionó el tirador de la cadena del retrete simulando haber orinado.

—He terminado.

—Bien —masculló ella.

A continuación, Bruce subió y bajó la tapa del retrete,

produciendo ruido deliberado. Frente a la puerta y con la mano en el pomo, miró por encima del hombro. El anillo seguía en su debido lugar. Asemejaba un objeto pequeño e inofensivo. Por un segundo creyó que todo había sido fruto del nerviosismo de los últimos días. Pero en cuanto abrió la puerta y tuvo delante la presencia de Cathy, cuyo rostro evidenciaba que quería recuperar el anillo, las dudas se despejaron. Vestía pantalones negros ceñidos y una blusa roja que realzaba violentamente el carmín que untaba los finos labios, apretados en una mueca de enojo. El cabello rizado se depositaba sobre los rectos hombros.

—Aparta —graznó.

Bruce se vio empujado a un lado por una impertinencia que jamás había advertido en su esposa. Pero no tuvo más remedio que pasarla por alto si pretendía continuar con el plan; no había podido arrebatarle el anillo, pero la oportunidad de seguirla resultaba atrayente aunque improvisada. Nunca hubiese pensado que se vería obligado a hacerlo, pero el asunto del anillo añadía un alto grado de preocupación. Sobre todo desde que había sido testigo del extraño fenómeno magnético.

Aguardó en el comedor, simulando disfrutar de la lectura de un libro cualquiera, a que Cathy estuviera lista. Suceso que tuvo lugar en los siguientes veinte minutos. Por la ventana, la claridad se desvaneció y Bruce encendió una lamparilla de pie junto a la pared cuando escuchó la puerta principal abrirse.

—Es la hora —murmuró, y dejó el libro sobre la mesa.

Se alzó del sillón con la fuerza de un resorte. Se asomó al pasillo y, tras un muro de negrura, vio la puerta cerrada. Al otro lado, se oía el taconeo apresurado descendiendo las escaleras. Sin poder adivinar si Cathy cogería el automóvil o iría andando, se aproximó a la ventana con cuidado de no ser visto.

La calle se había desdibujado parcialmente, los edificios y los comercios se mostraban como formas incompletas y sombrías. Bruce alcanzó a ver el Lincoln estacionado en la esquina, junto a un tipo rodeado por el humo de un cigarrillo. Cathy apareció por el postigo y avanzó con autoridad al encuentro. Todo aquello resultaba cada vez más confuso y desesperante.

Bruce corrió por el pasillo con el nombre de Ralph alojado en su mente como un tumor. Después de salir del apartamento y descender las escaleras con el pecho ocupado por un corazón a punto de estallar, oyó el teléfono del comedor. Se detuvo en el rellano de las escaleras, miró hacia arriba con el firme impulso de entrar de nuevo y atender la llamada, ya que podría ser Suzie Denker. Pero el aparato enmudeció. Bruce, en un estado de turbación, siguió bajando las escaleras y salió a la calle. Se sintió

estúpido a la vez que partícipe de un diabólico juego cuyos interrogantes empezaban a ser insoportables.

Las prisas no le habían permitido hacerse con una linterna y tal vez con un arma de fuego. Y no haber planeado con antelación la idea de seguirla, pronto dio muestras de fracaso.

El Lincoln despertó con un leve ronroneo y desapareció calle abajo.

Bruce corrió hasta la esquina en un poderoso arrebato. Sin embargo, el vehículo se había perdido en la distancia.

—Maldita sea. ¿Adónde irán?

Entró en el apartamento y se dejó caer sobre el sillón de lectura, con la petaca de licor en la mano. Sólo entonces recordó la habitual clienta de James Denker de cuando en vida le realizaba extravagantes trabajos de carpintería. ¿Se dirigirían a la casa de la señora Nevis? Con un nuevo sentimiento de optimismo, bebió de la petaca. Aunque la idea de seguir a su mujer se había ido al garete, se sentía esperanzado porque sabía que Frances Nevis vivía en Bowel Street, a las afueras de Past Grove, y podría husmear por los alrededores en otro momento.

Cuando su visión se nubló y los muebles se hallaron a una distancia irreal, el estridente telefonazo asaltó el silencio del comedor.

—Bruce Morton al habla —dijo con voz ebria.

—Te ayudaré.

Capítulo 14

Colin Price había realizado todos los preparativos para que una ambulancia del centro médico acudiera lo antes posible a casa de la familia Denker. Suzie, desde la ventana del comedor, la había visto detenerse minutos antes, mientras su madre permanecía sentada en el sofá. Cuando entró el doctor Price seguido por dos auxiliares, Liz tenía las manos cruzadas en el regazo, su aspecto era el retrato de una mujer atormentada por un dolor insoportable. De inmediato, los auxiliares la condujeron en una silla de ruedas a la trasera de la ambulancia. Allí le administraron los primeros calmantes y un somnífero para que durmiera durante el trayecto.

Colin, aunque había escuchado al teléfono las partes más creíbles del relato de Suzie, le pidió que le explicase de nuevo aquello de que un perro le había mordido a su madre. Suzie tuvo que improvisar una historia más digerible por un hombre de ciencias, puesto que revelarle que su casa fue asaltada por dos criaturas le habría hecho vacilar a la hora de mandar la ambulancia. En el mejor de los casos, le habría colgado con una amable risotada.

—Hace un rato, mi madre estaba en el jardín y un perro le mordió en el antebrazo.

Aquella frase perdió consistencia cuando el doctor, acompañando a la chica y a su madre tumbada sobre una camilla, observó la herida palpitante bajo el vendaje, dispuesto tras una urgente transfusión.

—Hum…, ¿estás segura de eso que dices? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Sí, sí, creo que ha sido el perro de… —Suzie hizo una búsqueda mental de todos los vecinos que tenían perro. Halló al señor Bell, cuya afición a recoger cachorros abandonados no le resultaría de ayuda, ya que ninguno de los pequeños animales podría arrancar el pedazo de carne como sugería la herida—. No me acuerdo del nombre de la familia que tiene el perro.

—Humm…, ¿estás segura?

—Tal vez fue un perro callejero —se apresuró a añadir.

La ambulancia aminoró la marcha delante del acceso posterior al centro médico. Una rampa descendía hasta una enorme puerta que se elevaba a medida que el vehículo maniobraba para incorporarse a la vía de entrada. Cubrió la distancia hasta las

instalaciones de urgencias y los dos auxiliares se apearon con la velocidad que el protocolo exigía. La camilla sobre la que yacía Liz fue conducida desde el corredor a una sala donde una enfermera preparaba otra camilla más estable, la cual empujaron hacia la sala de operaciones.

Una hora después, el doctor Colin Price contemplaba a la muchacha mientras se encendía un puro en el tranquilo despacho. Suzie eludió en más de una ocasión los ojos del doctor, puesto que éstos eran famosos por ser capaces de sonsacar a un paciente cualquier información.

—¿No tienes nada que añadir a tu relato, hija? —le preguntó. Colin Price era un hombre bajo, robusto, de tez tan ancha que casi cuadraba con los hombros. Su serio semblante le proporcionaba un aire autoritario, aunque Suzie sabía que no hurgaría más de lo debido si advertía que ella ocultaba una noble verdad. Vestía bata médica, y de manera paciente, lanzó varias caladas de humo a la expectante atmósfera.

Suzie miró el portarretrato que enmarcaba el joven rostro del doctor, cuyo abundante pelo y un bigote frondoso distaba de la imagen actual. La reluciente calva casi reflejaba la tenue luz del despacho y las bolsas bajo los ojos estaban más hinchadas. A continuación, la vista de la muchacha pasó a botes con lapiceros, a pequeñas figuras sin forma que pretendían ser arte, y al resto de fotografías familiares. Cualquier objeto bastaba mientras Suzie Denker encontraba un argumento de calidad suficiente para no ser tomada por loca.

Colin seguía exhalando el humo gris; luego acomodó su espalda en el sillón de cuero. Todo lo realizaba de un modo paciente, aunque su rostro revelaba determinación a la hora de perseguir sus objetivos.

—¿Y bien?

—Perdone, es tarde y estoy algo cansada. El susto ha sido muy grande.

—Lo comprendo, no me cabe la menor duda, hija.

Suzie hizo un respetuoso gesto de asentimiento, pensando que el pobre doctor jamás podría imaginarse nada de lo verdaderamente ocurrido esa noche.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó, con una brillante idea para pasar a la acción y eludir el revelar más datos del suceso.

El doctor arrugó el entrecejo, aclaró su voz y dijo:

—Se recuperará.

Pese a que el mensaje era positivo, Suzie reparó en que la voz evidenciaba la necesidad de guardar silencio, lo que despertó en ella su acostumbrado recelo. Y el rictus del hombre no colaboraba a

despejar dudas.

—¿Está seguro?

—Por supuesto, hija. Sólo es un mordisco, ¿cierto?

Suzie experimentó el deseo de levantarse de la silla y correr por los pasillos a la habitación donde se encontraba su madre.

—La transfusión ha mantenido a raya la pérdida de sangre, y con la administración de la vacuna antirrábica, la recuperación corre de cuenta de la naturaleza.

Suzie advirtió que Colin moderaba la información, como si antes de arriesgarse a decir nada, la pasara por un intrincado filtro mental. Se preguntó por qué los médicos nunca exponían todos los hechos para tranquilizar a los familiares. ¿Acaso no comprendían que con su actitud no hacían más que provocar desconfianza y dudas?

—¿Puedo verla?

—Ahora no. Es mejor que duerma el resto de la noche. Mañana podrás verla. No te preocupes.

La chica reprimió una risita. Pensó que era fácil repetir la milagrosa frase «No te preocupes». Sin duda, los médicos nunca parecían preocupados. Esto o que eran conocedores de una implacable forma de ocultarlo.

—Gracias por todo —agregó ella, sintiéndose satisfecha de otra de las frases comodín en cualquier conversación que se precie—. Iré a casa a dormir un rato.

—Una excelente idea, hija —dijo, y se levantó del sillón.

Suzie percibió que el semblante del doctor se suavizaba, como si en todo momento hubiese estado bajo tensión. El recelo de ella rompió en un aluvión de preguntas, y le examinó los dedos cuando le tendió la mano. No supo discernir si lo que sintió entonces era alivio o decepción al comprobar que no lucían extraños anillos, sólo una alianza. Al estrechársela, él le mostró una sonrisa que le hizo pensar que acallaba el verdadero estado de su madre. ¿Qué datos había preferido no contarle?

Abandonó el despacho con el pecho estrangulado.

Antes de caminar por Jointer Avenue, miró por encima del hombro hacia el centro médico. Un simple edificio cuyas ventanas tenían las luces apagadas, salvo tres en la primera planta. En una de éstas se recortaba la figura de Colin Price.

Mientras avanzaba por la calle, se repitió una infinidad de veces que mañana a primera hora acudiría a ver a su madre.

Al abrir la puerta principal de la casa, el silencio y las tinieblas se derramaron sobre las pantorrillas de Suzie. Esto la hizo vacilar. El jardín y la calle parecían tranquilos y nada raro sucedía. Pero había aprendido a desconfiar de dichas ocasiones. Si en algo se

diferenciaba Past Grove del resto de localidades, era precisamente en que las apariencias eran meros disfraces para sorprender a los confiados. Y más que nunca, la muchacha se sentía en grave peligro, al haber sido testigo de las criaturas que atacaron a su madre.

Desde la entrada, alargó la mano en la oscuridad y accionó el interruptor. La luz dibujó el vestíbulo, los retratos que pendían de las paredes y el cubo que contenía dos paraguas.

—Así está mejor.

Cerró la puerta tras de sí. Si las dos criaturas regresaban para atacarla, no se lo pondría fácil, pensó. Se deslizó de manera furtiva por la casa encendiendo las luces. Finalmente se dirigió a su cuarto y levantó la almohada. La Smith & Wesson 38 continuaba allí. La había vuelto a esconder después de llamar al doctor.

Deambuló por la casa con el arma por delante. Abrió puertas y armarios; miró debajo de camas, mesas y sillas. En una ocasión se volvió al oír ruidos exteriores, debido a gatos abandonados o roedores. Entró en la despensa, abarrotada de latas de conserva y envases de mantequilla. Hizo a un lado unas latas de judías porque un leve rasguño no dejaba de incomodarla, y se topó con una cucaracha desplazándose por la pared. El insecto terminó bajo la suela de sus zapatillas deportivas, estallando con un crujido viscoso. Salió al jardín con el arma asida con ambas manos y apoyada en el pecho, como había visto infinidad de veces en las películas. No sabía si era el modo correcto, ni qué ventajas aportaba, pero se sintió como un agente del FBI cuando irrumpió en el garaje. La bombilla pendida de un cable lo iluminó mientras Suzie extendía el cañón del arma al frente y lo desplazaba velozmente a los rincones, estanterías repletas de botes de pintura y a su bicicleta. Suspiró de alivio al comprobar que la casa estaba vacía.

—Bien.

Permanecía de espaldas a la entrada del garaje cuando estalló el chirrido metálico de la persiana al caer. Sobre los rieles se desplazaron las varillas oxidadas que habían encallado el proceso de apertura durante meses. Suzie se giró esperando encontrarse con un derrumbamiento, pero sólo era la persiana que se había desprendido de los soportes para cerrarse definitivamente. Sostenía la Smith & Wesson 38 con ambas manos y los brazos extendidos.

Entonces sufrió la parálisis de sus miembros. Escuchaba el caminar pastoso al otro lado de la persiana, así como gruñidos horribles que sugerían las risas de alguna bestia. A continuación se sumó una vocecilla quebradiza que parecía comunicarse con algún vocablo indescifrable.

Suzie sacudió las piernas para que recuperasen la movilidad. El

arma se le antojó más pesada de pronto.

Se formó un silencio espeso, únicamente roto por el irregular chapoteo, cada vez más distante. No se atrevió a garantizar que fuese bueno que se alejara. De hecho, el silencio resultante le provocó un terror desmedido, pues no sabía si preparaban una trampa o se daban por satisfechos con el susto.

La muchacha permaneció con las piernas separadas y las rodillas ligeramente flexionadas en actitud alerta. Un ruido procedente de la cocina la hizo girarse sobre los talones y apuntar a la puerta que accedía a la despensa. Suzie percibió su agitada respiración. Se encaminó a la puerta con los ojos desorbitados. Aunque intentaba mantenerse firme con la protección que le concedía el revólver, los interrogantes que nadaban dentro de su cabeza erosionaban las garantías de un disparo. Ni siquiera tenía la certeza de que las balas pudieran acabar con las criaturas. Y lo que más la sobrecogía era su poca capacidad para acertar contra objetos en movimiento.

Asió el tirador y empujó la puerta con precaución de no añadir más ruidos desafortunados. Cubrió la distancia de la despensa y se detuvo delante de otra puerta, que daba a la cocina. Con la mano en el pomo, se preguntó cuántas de aquellas bestias ocupaban la cocina. El ruido de armarios que se abrían y cerraban competía con el de cacerolas arrojadas al suelo. Escuchó un murmullo áspero y una risa cavernosa.

—Joder —dijo. Ajustó el arma en la mano, giró el pomo y asestó un puntapié.

La escena la hizo vacilar un breve instante. Se mantuvo erguida pese a la fuerte arcada que a punto estuvo de doblarla hacia delante.

Las dos criaturas se volvieron hacia Suzie, quien contemplaba sus repugnantes cuerpos. La iluminación era lo bastante intensa como para concederle una visión detallada de lo distante que quedaban sus formas de cuanto había visto. Aunque ambas eran similares, cada una parecía aportar su propia inmundicia.

Había una criatura sobre la repisa de mármol, junto a los fogones. Las extremidades y el cuerpo evidenciaban una musculatura desarrollada debajo de piel escamosa. Sobre un cuello corto y robusto se asentaba la cabeza, cuya boca se abrió y expuso dos líneas de dientes superiores e inferiores. Una lengua gris aleteaba en medio de la cavidad, semejante a una anguila manifestando vida propia. Un par de ojos mal alojados en las diminutas cuencas llenaban el horrendo rostro. Detrás de orejas puntiagudas nacía abundante pelo blanco; pero el resto del cráneo lucía despejado. Con las manos, de dedos largos y fuertes, blandía la cacerola con la que había estado golpeando alegremente el borde de

la repisa.

La otra criatura, aunque similar, disponía de sus horribles particularidades; parpadeaba de forma apresurada e infantil por la presencia de la muchacha. Tenía un pie en la mesa y otro dentro del cajón de los cubiertos. Sostenía un cuchillo con el que sacudía el aire, simulando hundirlo en una víctima inexistente. Mientras ejecutaba el movimiento, extendía la comisura de la boca carente de labios, apenas una hendidura por la que asomaba la misma lengua gris y cuyo extremo rezumaba baba maloliente. El goteo constante había encharcado la mesa. Los relieves musculares del vientre y del pecho se hinchaban por el frenético resollar.

Suzie seguía junto a la puerta, con el arma decantándose por la criatura del cuchillo, ya que había avanzado varios pasos hasta colocarse en el borde de la mesa. Se sintió examinada por dos ojos venosos y coléricos. La lengua lamía el filo del cuchillo cuando Suzie detonó el primer disparo. El estruendo colmó la cocina, y por un breve espacio de tiempo, experimentó la distancia con la realidad. Después de la ofuscación, se oyó un chillido gutural, como miles de voces sobrepuestas.

El vientre de la criatura manó lodo amarillo, sumándose a la baba que adornaba la mesa. La otra bestia aulló salvajemente y, de un salto, se encaramó a un armario. A continuación le descargó un esputo que fue a chocar contra la jamba de la puerta, puesto que Suzie lo esquivó. Vio la viscosidad deslizarse por la madera hacia el suelo. Su expresión se tornó en repugnancia y apuntó al armario, pero la criatura ya había saltado sobre la nevera, abierto la portezuela y le arrojaba piezas de fruta.

—¡Eh!

Tras recibir el impacto de una pera y una manzana, apretó el gatillo. El monstruo se precipitó al interior de la nevera, sobre los huevos, que estallaron bajo sus pies.

Los chillidos de la bestia de la mesa se apagaron cuando la herida dejó de verter sangre, y de pronto, después de escupir la bala, empezó a cerrarse reuniendo carne y piel donde era necesario, como si el proceso de cicatrización se acelerara. En pocos segundos, la herida desapareció.

Suzie, que no podía creer lo que veía, se limitó a abrir fuego. Apareció un agujero tras otro, convirtiendo el vientre de la criatura en una fuente sangrante.

Los alaridos se volvieron espantosos y casi parecieron dañar los tímpanos de la chica.

—¡Muere!

Siguió disparando. Sin embargo, al escuchar el percutor chocar contra el vacío, avistó en su mente el desastre. No había previsto

tener que disparar tantas veces, por lo que no había traído munición. Poseída por un intenso terror, dirigió su vista al cajón de los cubiertos. Pensó en hacerse con un cuchillo, pero la escasa distancia a la que tendría que actuar la hizo recelar. No deseaba aproximarse a los monstruos bajo ninguna circunstancia.

La criatura se puso en pie dentro del frigorífico, con un absurdo gesto de repugnancia a los huevos que había pisado, lo que contribuyó a que Suzie dispusiera de tiempo para correr por entre el espacio de la repisa de mármol y la mesa en la que se encontraba la segunda bestia. Cuando pasó junto a ésta, le asestó un golpe con la empuñadura del arma. La criatura fue empujada contra la pared, embadurnando los azulejos con la pasta amarilla que usaba como sangre.

Suzie esquivó cacerolas y platos rotos que sembraban el suelo. Llegó a la puerta de la cocina, y antes de cerrarla, vio a la criatura de la nevera impulsarse con sus músculos y saltar por el aire, aferrarse al dintel y desplazarse ágilmente hasta el tirador. Tras el forcejeo entre ambos, la mano derecha del monstruo fue aplastada entre la jamba y la puerta.

La respiración de la muchacha alcanzó cotas sofocantes. Aun así, escuchar el doloroso quejido al otro lado, la reconfortó. Corrió a su habitación y cogió el bate de béisbol.

Descendió las escaleras, con el cabello golpeando sobre su espalda, los ojos desorbitados y la firme voluntad de enfrentarse a las criaturas. Avanzaba por el pasillo cuando empezaron a escucharse graznidos procedentes de la cocina. Las cabezas de ambas bestias asomaban de manera cautelosa por la puerta entreabierta y escudriñaban el pasillo.

Suzie preparó un golpe ascendente, que fue a impactar en el mentón de una de ellas y la hizo volar por el aire hasta estamparse en la pared del pasillo. La criatura cayó sentada en el suelo, entonces sacudió la cabeza bajo un fuerte aturdimiento.

El otro monstruo empujó la puerta y apareció blandiendo el cuchillo. De un brinco, sorprendió a Suzie, quien preparaba un nuevo ataque, y la cortó en la mano izquierda. El bate vaciló, descuido que aprovechó la bestia para cortarle por segunda vez. La sangre corría por la mano, al tiempo que Suzie se maldecía y lo veía alejarse entre risotadas y arrojar el cuchillo al suelo, como si no lo necesitase por el momento.

La criatura que había sido abatida, recuperaba el aliento y embestía a Suzie con una mirada odiosa. Las dos filas de dientes rechinaron como placas de hierro. Lanzó un gruñido salvaje similar a un grito de guerra, y aunque manifestaba cierto aire infantil, Suzie no lo menospreció y aferró el bate preparándose para el

enfrentamiento. La sangre de la mano había creado un charco rojo en el suelo.

La bestia corrió pesadamente por el pasillo. Los músculos de las piernas se tensaban a cada paso, las manos subían y bajaban como si fuese un atleta. Cuando adquirió una velocidad sorprendente, se echó contra Suzie, quien dibujó una parábola con el bate, finalizando en la cabeza del monstruo. La muchacha percibió que algo dentro del cráneo se fracturaba. Supo que estaba en lo cierto cuando un alarido brotó de la garganta. Antes de que pudiera recuperar la posición de golpeo del bate, la otra criatura aterrizó sobre su espalda y empezó a atizarle en la cabeza. Vitoreaba con chirridos roncos, desgarradores, que reflejaban la bestialidad más elemental.

—¡No! ¡No! —exclamó, y soltó el bate. Suzie temió ser mordida. Se zarandeó, se agitó con violencia y sumó sus gritos a la algarabía.

El monstruo del cráneo fracturado se estrelló en el suelo, sus alaridos fueron sustituidos por sollozos semejantes a los de un perro malherido. La grieta que había provocado el bate se abrió y se derramó la masa encefálica.

Suzie seguía luchando por no ser mordida. Braceaba, chillaba y arrojaba golpes erráticos a la espalda de la bestia, cuya espina dorsal se perfilaba de forma espantosa.

—¡Fuera! ¡Sal de mi espalda! —Las paredes del pasillo quedaban señaladas por la sangre que expulsaba su mano izquierda.

La bestia había rodeado la cintura de la chica con las piernas, mientras que con las manos no dejaba de aporrearle la cabeza; su lengua gris se retorcía de placer.

Suzie sintió repulsión por tener en la espalda aquella criatura. Se veía atrapada por sus piernas y tuvo la impresión de que eran las tenazas de un cangrejo. A medida que Suzie se desplazaba de un lado a otro, se precipitaba de la lengua una baba densa y hedionda.

Entonces se dirigió de espaldas hacia la pared y estampó el cuerpo que la aferraba contra ésta, con la sensación de estar aplastando una mochila escolar. La criatura descargó un bramido en el aire, que comenzaba a verse colmado del hedor que emitía la otra criatura muerta.

Suzie repitió el movimiento hacia la pared opuesta, de espaldas y poseída por una rabia incontrolable. El golpe sonó quebradizo, lo que le produjo enorme satisfacción y pintó una sonrisa. La bestia expulsó un grito cavernoso, esa vez procedente de sus entrañas y con indicios de verdadero dolor. Sin embargo, siguió atizando la cabeza de la muchacha. Luego pasó a tirarle del cabello.

Suzie se preparó para un tercer encontronazo en la pared. La criatura se desplazó con manos y piernas hacia su pecho, con la

inevitable consecuencia de que ella se estrellara absurdamente contra la pared y esbozase una mueca de suplicio.

De la garganta del monstruo brotó una risotada tosca y agotada por su propio sufrimiento. Sobre su cabeza negra se deslizaban ríos de sangre amarilla hacia la cavidad ocular derecha, cuyo ojo había estallado y se derramaba por el rostro como una pasta sanguinolenta. Con todo, Suzie apreció que, dentro de la boca, los dientes todavía aspiraban a morder su carne. La criatura la contempló con un solo ojo, y la chica experimentó que su repugnancia hacia aquella cosa no hacía más que aumentar y tornarse en un infecto terror.

En cuanto Suzie vio que la boca se hacía más grande, mostrando la doble fila de dientes firmes como clavos, convirtió su mano en un puño rocoso y lo estampó contra el mentón de la bestia, que salió despedida por el aire hasta el suelo. Rodó varios metros como un muñeco articulado. Tras incorporarse y eliminar parte del aturdimiento con sacudidas de cabeza, se puso en pie, al principio con torpeza, pero luego los músculos de las piernas la sostuvieron. Erguida en medio del pasillo y amparada por la distancia, que atenuaba el detalle de su piel escamosa, parecía un juguete increíblemente real. No obstante, los gruñidos ponían de manifiesto que la miserable criatura era capaz de avanzar por el pasillo pese a su reciente cojera, arruinando la fantasía de cualquier niño. Sobre todo cuando lanzó una sucesión de arañazos al aire y recogió el cuchillo del suelo.

Suzie reparó en el bate, que yacía al lado de la pared. De una zancada se aproximó lo suficiente para cogerlo. Frunció el ceño y entornó los ojos a medida que la criatura caminaba hacia ella.

—Vamos, Past Grove, te espero —dijo, mientras se acomodaba el bate en las manos. Reflexionó acerca de lo bueno que habría sido disponer de la pelota de béisbol, puesto que era mejor *pitcher* que bateadora.

Los gruñidos de la bestia crecieron, como si aceptase el reto. Los pasos producían un sonido blando y suave; las piernas se movieron con agilidad hasta concederle una velocidad endiablada. Suzie se preguntó por qué no sonaban como las pisadas pastosas y enormes que había escuchado en la zona del colegio incendiado. El filo del cuchillo destellaba según la criatura pasaba debajo de cada una de las tres luces situadas en el techo. Los gruñidos cavernosos aumentaron en violencia y dureza. Suzie permanecía a la espera con los pies separados, los mechones sobre la frente y un horrible pálpito en la cabeza.

—¡Vamos! —exclamó, reforzando su valor. Aun así, el terror más frío recorría su cuerpo como un huracán. El sudor revestía su

cara, los dientes rechinaban.

La criatura continuó corriendo hasta esquivar el primer intento de ser golpeada, y se desplazó sobre la pared como si la planta de los pies le proporcionase el agarre de un insecto. Desde una posición vertical, se impulsó hacia la chica apoyándose en la pared, con el filo del cuchillo por delante.

Suzie, todavía intentando levantar el bate para un nuevo ataque, vio crecer el filo delante de ella, enseguida sintió abrirse un doloroso corte en la mejilla y brotar un caudal de sangre. Llevó una mano instintivamente a la herida y perdió el equilibrio con que sostenía el bate, cuyo extremo fue a chocar en el suelo.

La criatura se encaramó sobre los hombros de la chica y, soltando el cuchillo, cerró las manos en torno a su cuello.

—¡Ah! Suéltame —logró articular.

La respuesta fue un griterío unido a un visible placer reflejado en su único ojo útil.

Suzie aún tenía el bate asido con la mano derecha, pero lo soltó para coger los brazos de la bestia. Peleó por aflojar las manos que la estrangulaban. La presión en su cuello, no obstante, no dejó de acumularse, despertando un dolor que creía imposible. Suzie hundió los dedos en la piel escamosa. Pronto el fluido amarillo se derramó por los dedos y goteó al suelo, formando charcos apestosos.

La criatura retorció la boca y abandonó el placer que había estado manifestando. Disminuyó la presión sobre el cuello. Saltó al suelo. A una velocidad increíble, recuperó el cuchillo del suelo y corrió hacia el comedor.

Suzie se apoyó en la pared mientras tosía y resollaba. En la comisura de su boca se había reunido gran cantidad de sangre, que ella eliminó de un lengüetazo. Recogió el bate y fue en pos de la bestia. La coleta le golpeaba la espalda de manera perezosa. Multitud de mechones habían escapado de la goma y sobresalían por un cabello alborotado. Al entrar en el comedor percibió la sutil pestilencia. Escuchó los pasos ascendiendo las escaleras. Se encaminó hasta allí y la vio en el rellano, rumiando en su jerga nauseabunda. Suzie subió los escalones de dos en dos. La bestia reparó en su presencia e inició el ascenso del tramo final. En cuanto creyó que la tenía a la distancia adecuada, Suzie lanzó un poderoso golpe, que sonó mullido en la moqueta de las escaleras; la criatura había saltado y se deslizaba sentada sobre la barandilla con visible satisfacción infantil.

—Joder —masculló—. Se está riendo.

Las risas eran una confusión de gruñidos agudos; sin embargo, iban acompañados de una notable burla. Al alcanzar el final de la

barandilla y aterrizar en el suelo, la bestia le sacó una lengua ruidosa.

Suzie experimentó una mezcla de rabia y desconcierto. Saltó al rellano y siguió descendiendo las escaleras.

—Te alcanzaré.

La ágil criatura evitó el ataque del bate y le arrojó el cuchillo, que fue a clavarse en la pared, a dos centímetros de Suzie. Luego las musculosas piernas la impulsaron corriendo hacia la cocina.

Suzie vio que las heridas que le había ocasionado para desembarazarse del ahogamiento estaban cerrándose, como había ocurrido anteriormente, y reflexionó cuando pasaba por el pasillo si sólo las mataba un fuerte golpe en la cabeza. Asió el bate y se encaminó a la cocina, donde ruidos metálicos le sugerían que el pequeño monstruo trataba de encontrar algo con qué defenderse. Pero ella estaba dispuesta a asestarle el golpe de gracia. Empujó la puerta con el pie.

La criatura hurgaba en el armario de los platos. Tenía la cabeza metida dentro cuando Suzie entró. Se volvió con un plato, que le lanzó como un disco volante.

—¡Joder! —Evitó el primero, pero el siguiente se deslizó por el aire con la precisión suficiente para golpearle en la cabeza—. Se acabaron los juegos, pequeña mierda musculosa.

Después de una risotada reverberante, le mostró una pila de platos que descansaba sobre la palma de su mano. Empezó a lanzárselos uno tras otro mientras ella los reducía a añicos con el bate. Cada plato iba acompañado de un feliz silbido por parte de la criatura, que parecía simular el motor a reacción de una nave. Con todo, Suzie fue aproximándose a medida que la pila de platos menguaba. Cada plato que se estrellaba contra la pared o con el extremo del bate, era un tanto que se anotaba, fortaleciendo su determinación.

Cuando la bestia advirtió que se había quedado sin platos, exhibió un semblante de enojo que evocó a Suzie la cara arrugada de un perro Shar Pei, pero sin la agradable delicadeza de los pliegues. Aquel rostro demoníaco abrió la boca de forma amenazadora y la lengua lamió la parte inferior de lo que era la nariz, dos diminutos orificios sobre una elevación carnosa como una mediocre imitación de un hocico.

Suzie sentía dolor en la tráquea y en la cabeza, así como un frenético palpitar en la mejilla, que a esas alturas era una mancha púrpura extendiéndose hasta la barbilla. Varios platos habían chocado contra su frente, añadiendo nuevos cortes cuya sangre cubría el ojo derecho y desdibujaba a la criatura. Sin embargo, sabía que el esbozo sanguinolento que ascendía al armario superior

era el monstruo que había mordido a su madre. Embistió con el bate su marcada columna, la bestia resbaló por el impacto, pero enseguida se recuperó para desplazarse a un lado. Suzie asestó un segundo golpe en la espalda.

—¡Muere!

Aunque la cocina se llenó de rugidos de dolor, la criatura no dio muestras de desfallecer. Suzie pensó en la cabeza rota del espécimen del pasillo, cuando la bestia abrió otro armario y le lanzó un vaso que se hizo añicos en su frente y más riachuelos rojos surcaron por su cara.

Sin darse por vencida, siguió arrojando golpes sobre la bestia cuyas manos se encontraban ocupadas con más vasos para lanzar. Un poderoso bateo hizo un *home run* y envió el cuerpo al otro lado de la cocina, donde chocó contra la pared deslizándose sobre la superficie como una pegatina aplastada.

La criatura, tumbada en el suelo, entreabrió los ojos penosamente y lanzó un esputo amarillento. Suzie corrió hacia el cuerpecillo como si se tratase de la tercera base en la final de béisbol y envió el extremo del bate contra el cráneo. La masa encefálica se vertió igual que un huevo roto.

Suzie experimentó una arcada, no sólo por contemplar el horror que había invadido la casa, sino por un mechón de pelo que entró en su boca. Su corazón trotaba como un animal enfurecido, los ojos palpitaban por una tensión que casi podía mascarse. El pecho se llenaba y vaciaba del aire enrarecido y atestado de una pestilencia que predominaba sobre el oxígeno que Suzie ansiaba.

Cuando su mente dio muestras de recuperar el buen funcionamiento, pensó en limpiar todo aquel desastre. Entonces reparó, por el charco rojo del suelo, en que su mejilla no dejaba de sangrar.

—Maldita locura —dijo, llevándose una mano a los diferentes cortes de la cara—. ¿De dónde habrán salido estos bichos?

No supo responderse, pero cerró los ojos hallando dentro de sí un valor desconocido y del que se sentía orgullosa.

—Te he vencido, Past Grove.

Hizo repetidos gestos de asentimiento, hasta pintar una sonrisa triunfal mientras sus ojos se inundaban de lágrimas. Hacía tiempo que no lloraba, la última vez fue delante de la tumba de su padre. Sin embargo, en ese instante lloró. Era de las pocas veces que Past Grove permitía liberar buenos sentimientos.

Poco después, se encontraba delante del teléfono. Realizó una llamada a casa del profesor Morton.

—Te ayudaré.

Capítulo 15

Dos cuestiones habían forzado al profesor Morton a pasar la mayor parte de la noche en vela. La repentina llamada de Suzie Denker, y no sólo porque se había ofrecido a ayudarle; lo inquietante fue la firmeza de su voz pese a que estaba llorando. No tenía ni la menor idea de qué había sucedido para que lo llamase en tales circunstancias, pero lo resolvería en el próximo encuentro con ella. El segundo asunto, más personal y urgente, se debía a que su mujer había pasado fuera toda la noche. No le enfurecía que hubiese dormido en casa de un hombre, pues estaba convencido de que su esposa hacía tiempo que no manifestaba apetito sexual. No comprendía dicho motivo, pero estaba seguro de ello. Si bien nunca se mostró excesivamente ardorosa, sí había disfrutado con ella de una placentera rutina carnal. Sin embargo, todo había terminado cuando Bruce le reveló su interés por tener un hijo.

Deslizó su brazo izquierdo bajo la colcha hacia el lugar que habría ocupado Cathy, y no halló más que el frío de la carencia de un cuerpo. El frío que poco a poco había corrompido su matrimonio. Con la mano derecha, cogió el reloj de la mesita de noche. Eran las seis de la mañana y sus párpados parecían pegados a los ojos. Suspiró resignado, dejó el reloj despertador y se incorporó en la cama. Sentado sobre el borde, apoyó la barbilla en las manos abiertas y reflexionó acerca de la mejor forma de recuperar a su esposa.

—Será mejor que me dé una ducha y acuda a la escuela. Mis otras obligaciones me esperan.

Después de la ducha, que alivió momentáneamente su cansancio, y de vestirse, preparó tostadas con *bacon*. Mientras las tomaba, escuchó cómo una llave era introducida en la cerradura de la puerta principal. Por el modo de entrar en casa, Bruce adivinó que Cathy traía prisa; la casa se colmó de esa irritante sensación.

—Buenos días, querida. —Reprimió la amargura que expresaba aquella palabra: querida. Sin duda no era la mejor forma de denominar la situación.

Cathy no contestó ni siquiera cuando entró en la cocina. Se limitó a mirar en todas direcciones con expresión furtiva. En las últimas semanas, Bruce fue testigo de cómo el comportamiento de ella era cada vez más singular. Como si las personas risueñas terminaran marcando su rostro con tales emociones, de dicho modo,

su esposa parecía estar tallando un rostro sombrío y despiadado. Sus ojos eran fríos como el témpano y sus labios siempre se mostraban tensos. La piel se exhibía especialmente pálida, salvo por las ojeras negras.

Entonces apuntó con su mirada a Bruce.

—Tienes mal aspecto. ¿Más bebida? Menudo necio estás hecho.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Bruce dejó de masticar y enarcó las cejas. Guardó silencio, puesto que no deseó ser inoportuno. Su misión consistía en seguirla y arrebatarle el anillo. Y sobre dicha misión no recaía el peso de palabras dañinas; su matrimonio necesitaba cuidado y comprensión.

Cuando Cathy salió de la cocina con la sensación de no haber hallado lo que parecía buscar, Bruce apartó la tostada, dio un trago al café y salió al pasillo.

—Maldita sea. —Cansado de la penumbra que forraba el pasillo accionó el interruptor.

La iluminación se derramó sobre la mujer, quien rumiaba una jerga confusa y absurda. Mantenía la boca arrimada contra la piedra negra. De pronto se volvió hacia él y dijo:

—Me marcho otra vez.

—¿Otra vez?

—Sí, ¿te estás quedando sordo también?

—Entonces, ¿por qué has venido? —inquirió Bruce, derrotado.

—Eso mismo me gustaría saber —musitó.

Cathy caminó por el pasillo a paso rápido, y tan pronto como pasó junto a Bruce, éste la aferró por la muñeca.

—Dame el maldito anillo —masculló.

Cathy le dirigió una mirada de turbación, como si estuviese sucediendo algo impensable, algo que nadie se habría atrevido a hacer. Los ojos se abrieron y le concedieron una forma caricaturesca.

—¿Qué haces, bastardo?

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo —dijo, y con la mano libre cogió el anillo, tiró hacia fuera, pero éste no cedió—. ¿Qué diablos…?

Las vibraciones volvieron a despertar, tan poderosas que Bruce apartó la mano con la impresión de haber recibido una sacudida eléctrica. Cathy aprovechó el instante de ofuscación por parte de su marido para desembarazarse de la mano que la agarraba.

—¡Suelta, estúpido borracho! —La voz sonó profunda y aquejada por un resuello espantoso.

Bruce tenía los ojos fijos en la llama verde que se zarandeaba de forma burlona dentro de la piedra.

—No puede ser —susurró. Miró a su mujer. Creía haber visto

una súbita malformación recorrer la mejilla izquierda. Antes de preguntarse qué sucedía, el hecho tuvo lugar por segunda vez. Algo se deslizaba bajo la piel de Cathy y le provocaba un horrible abultamiento, como si un gusano se abriera paso. Bruce sufrió un colapso en cuanto la hinchazón asomó por la comisura del ojo izquierdo. Consistía en un extremo negro y afilado que parecía husmear el mundo exterior—. Dios mío, Cathy, ¿qué diablos te está pasando?

La mujer desplazó la mano abierta hasta colisionar contra la mejilla de Bruce, quien se llevó la suya al punto de dolor.

—No vuelvas a hacer algo así, sucio borracho. Te mataré, lo juro.

Mientras el profesor escuchaba aquellas palabras, pronunciadas con la frialdad de un desequilibrado, vio el fino gusano regresar al interior del rostro de Cathy y deslizarse hacia el cuello, donde desapareció.

—Qué horror, Cathy, estás enferma. —Hizo un nuevo intento por cogerla, esta vez de forma delicada, pero recibió otro sonoro bofetón—. Será mejor llamar al doctor.

—Aquí el único enfermo que hay eres tú —le dijo con severidad —. Me marcho.

Bruce permaneció en el pasillo mientras su esposa avanzaba hacia la puerta principal. Cerró con un portazo que tenía un aire desafiante.

—Esto me sobrepasa —murmuró—. ¿A quién puedo acudir?

Enfiló el pasillo y descendió las escaleras. Lo recibió el sol de la mañana. Se llevó la mano a la frente a modo de visera. Cathy avanzaba con tal desdén, que hizo apartarse a varios vecinos, continuó caminando con el cuello estirado, como si contemplara a todos por debajo de ella.

Bruce pensaba que no podía perder la oportunidad de seguirla cuando la vio cruzar de acera y desaparecer por la esquina.

—No se ha llevado el coche. Es mi oportunidad.

Los habitantes de Past Grove abandonaban la cama bien temprano, puesto que las labores debían ser atendidas. Bruce Morton se deslizó por entre dichos habitantes a paso lento, concediéndole tiempo a Cathy para distanciarse y tomar Ragged Street, cuyos estrechos edificios precedían a las casas unifamiliares ubicadas a las afueras del pueblo. Mientras caminaba esquivando a los peatones y saludando a los que observaban con desconcierto que la escuela se encontraba en la otra dirección, vio a su mujer hacer caso omiso al saludo de Margaret, una anciana que empujaba su carrito.

Bruce chocó contra un muchacho de mirada soñolienta, cabello

rubio como paja y tejanos agujereados.

—Eh, cuidado —articuló con voz pastosa, que sugería que la lengua aún seguía adormecida y que el chico acababa de abandonar la cama.

Bruce se volvió para pedirle disculpas; luego realizó un gesto para cruzar la calle, entonces el ruidoso claxon de una camioneta lo obligó a detenerse.

—¡Eh, profesor Morton! Esta no es su ruta. ¿Acaso ya le han echado del colegio? —dijo el señor Handley, asomando la cabeza por la ventanilla y riendo abiertamente. Sus dos hijos lo acompañaban en la trasera de la camioneta con rostros abatidos—. Que tenga un buen día.

Por fortuna, Cathy parecía demasiado ensimismada. Y Bruce suspiró de alivio al verla detenerse, atisbar a ambos lados de la calle que se disponía a cruzar y, a continuación, cubrir la distancia hasta la otra acera para reunirse con un tipo de aspecto enigmático. Se esforzaba por anunciar que era alguien con la agresividad necesaria para los negocios. Vestía americana sobre una camisa de solapas anchas, desabrochada hasta medio pecho por cuyo hueco asomaba una pelambrera negra. Lucía un sofisticado bigote y patillas frondosas. Sin embargo, una corbata rosa con un nudo torcido arruinaba su forzada imagen de magnate de las finanzas y le confería la de un matón de Las Vegas. Todo se precipitó hacia lo humorístico cuando Bruce advirtió la mancha en las axilas y la piel perlada de sudor. Verdaderos indicios de su nerviosismo y de la apreciable falta de agallas. Entonces pensó que la nueva y severa actitud de Cathy sería demasiado para el pobre individuo.

Después de un saludo carente de entusiasmo, siguieron hacia el final de la calle, que desembocaba en Bowel Street. Bruce aspiró con fuerza el aire fresco de la mañana y los siguió desde una distancia prudente. Deambuló con las manos hundidas en los bolsillos, mientras contemplaba cualquier cosa que le hiciese parecer un hombre distraído dando un paseo.

Bowel Street era una sucesión de vallas altas de madera, interrumpidas de cuando en cuando por callejones criaderos de gatos abandonados. La acera estaba ocupada por una hilera de tilos que tapizaban la calzada de sombras. Bruce recordó que Frances Nevis vivía en aquella zona. Se detuvo en el inicio de la calle. Dejó que la pareja incompatible del magnate de las finanzas y la nueva y violenta imagen de su mujer llegaran a casa de la señora Nevis, situada al final. La pareja se empequeñeció en la distancia como esbozos en el horizonte. Pararon delante de una puerta de madera y al cabo de unos segundos, hizo acto de presencia una mujer que les invitó a entrar.

—Así que aquí es donde sueles venir. A la propiedad de la señora Nevis. ¿Por qué?

No advirtió que hablaba consigo mismo hasta que fue sorprendido por el cartero, quien le observó con cautela.

—Buenos días, Dennis.

—Hola —saludó—. ¿Dando un paseo?

—Sí. Hace un día muy agradable.

—Hace menos calor, aunque yo no me confiaría —dijo el cartero con aire ausente, al tiempo que depositaba dos sobres en el buzón.

Bruce aprovechó la indiferencia del cartero para avanzar silbando distraídamente. Su estado de alerta se encontraba en su apogeo. Había tomado buena nota de qué propiedad era la de Frances Nevis. Según se aproximaba, su corazón empezó a palpitar con fuerza. Ideó un plan de urgencia en caso de que apareciera de pronto su mujer seguida del bobalicón empresario. Se preguntó si sería Ralph. Negó con la cabeza al recordar el modo en que su mujer le habló al teléfono; por lo visto, debía de ser un tipo lo suficientemente carismático como para ganarse el respeto de la nueva Cathy.

Se detuvo junto al último callejón y desvió la vista hacia el final, encerrado por tinieblas pese a la soleada mañana. Continuó adelante, cruzó la acera y se situó ante la valla cuya altura le habría impedido mirar dentro, de no ser por una hendidura entre dos listones de madera mal unidos. Echó una ojeada. Había una piscina hinchable, un columpio atado a la rama del fresno que decoraba el jardín y una motocicleta oxidada sin ruedas. Cuando se arrimó más a la hendidura para tener mejor visión, fue sorprendido por un gato que saltaba de la rama de un árbol. Bruce se volvió con los globos oculares inflamados de terror, al pensar que era un invitado que acudía a casa de Frances. Esto le hizo reflexionar que de ser sorprendido, dificultaría las cosas para un plan posterior más elaborado. Lo mejor era partir rumbo a la escuela y simular que aquella jornada bien podría ser una más de tantas.

Con dicha ironía bullendo en su mente, retrocedió sobre sus pasos sin ser consciente de que el cartero le observaba mientras introducía una carta en otro buzón.

No obstante, la jornada no mejoró en absoluto. El verse obligado a regresar a casa para coger el maletín, le hizo llegar tarde a la escuela, con la inevitable consecuencia de enfrentarse a una reprimenda por parte del director. Bruce se sintió como un torpe adolescente que estuviera siendo culpado de algo sumamente grave. Cuando el director se quitó la chaqueta del traje para colocarla sobre el respaldo del sillón, dejó al descubierto un elegante chaleco. Era un hombre que experimentaba la satisfacción de haber

alcanzado los cincuenta y ocho años, con una calva rodeada de escaso pelo y una nariz de boxeador. Multitud de arrugas surcaban la frente convirtiéndola en algo similar a la piel de una pasa. La barba ocultaba dos cicatrices, condecoraciones de la guerra de Corea. Consideraba que la guerra y el ejército eran instrumentos del Señor para aportar disciplina y honor, lo que le condujo a ser años atrás la mano derecha del Pastor McDougall.

—Ha llegado a mis oídos que tiene usted problemas con su esposa. En caso de ser cierto, le recomiendo una charla larga y tendida sobre el funcionamiento de una esposa en un hogar que se precie de serlo.

Bruce reflexionó sobre la palabra funcionamiento, y reprimió la risita que a punto estuvo de asomar por su boca. El director parecía hablar de una esposa como un objeto del que un hombre era dueño. Sin embargo, Bruce jamás pensó que el matrimonio fuese un contrato laboral que limitaba las funciones de una mujer a la cocina o a mantener una postura subyugada y sin juicio alguno. Opinaba que era una unión entre dos personas que acordaban viajar por el sendero de la vida.

—No debe permitir que se le subleve —agregó—. Un hombre debe aferrar a la mujer y limitarle su espacio de acción. ¿Acaso no recuerda lo que pasó con Eva en el jardín del Edén? Las mujeres tienen la semilla de la rebelión en su interior. Y es obligación del hombre enseñarles disciplina. ¿Entiende?

No entendía ni una sola palabra. Aun así, asintió para que finalizase la reunión cuanto antes. Mientras el director hablaba, exhibía unas manos rollizas y carentes de anillos extraños, lo que relajó a Bruce en la medida de lo posible.

—En cuanto a usted… Le sugiero aplicarse la misma disciplina. No vuelva a llegar tarde, ¿de acuerdo? Debemos mantener el orden en la escuela de Past Grove. Bastante agitadas estás las cosas ya.

—Lo siento. No volverá a ocurrir —expresó Bruce de forma convincente. Sobre todo, pensó, para no tener que asistir a las pequeñas conferencias pastorales.

—Excelente. Puede usted marcharse.

Cuando Bruce asió el tirador de la puerta, el director le interrumpió de nuevo.

—Y recuérdelo, señor Morton. Hágale ver a su esposa que el hombre lleva la delantera en un hogar baptista.

Iba a confesarle que su hogar no era baptista, aunque rehusó hacerlo para no prolongar la conversación. Cerró la puerta y avanzó por el espacioso pasillo, seguido por los ecos de su taconeo. El modo en que Bruce tenía pensado recuperar a su esposa no tendría la aprobación del director, ya que las armas a utilizar serían el

acercamiento respetuoso y la delicadeza. Ansiaba de veras recuperar a su mujer y no limitarla de ningún modo. Sólo abrazarla y expresarle cuánto la había echado de menos en su ausencia; si bien es cierto que compartían el apartamento, era lo único que compartían. La mujer con la que se había casado estaba desapareciendo un poco cada día.

Con el corazón fatigado, entró en clase y continuó con la exposición de la guerra civil norteamericana.

Capítulo 16

La mañana de martes era tan buena, que de no ser por el cansancio acumulado de la noche anterior, Suzie habría repartido el periódico como era característico en ella. Pero la preocupación por su madre y las dos criaturas muertas pugnaban por fastidiar la soleada mañana. Los lugareños llevaron al límite la expresión de «El veranillo de San Martín» y lo convirtieron en «El veranillo de Past Grove», pues era impropio del mes de noviembre mostrarse tan caluroso.

Suzie llevaba consigo algo más que periódicos aquella mañana. La empuñadura del revólver asomaba por el bolsillo trasero de los tejanos blancos. Los acontecimientos de la pasada noche le habían dejado bien claro que Past Grove era un lugar donde ir armada se hacía esencial. Y por mucho que se empeñase Paul Carson, el ayudante de policía, su padre habría aprobado que ella llevase armas. Con esa satisfacción, se encaminó a la zona este del pueblo.

Las calles dieron paso a sendas descuidadas cuyos letreros yacían la mayoría tirados en el suelo, como si en aquella zona restasen importancia a los nombres y desearan permanecer en el anonimato. Suzie pensó que en Past Grove parecía buena idea ser anónimo. Avanzó por la senda uno, nombre dado por ella para tener una distribución mental de por dónde iba. La maleza que flanqueaba el sendero dificultaría la conducción de vehículos grandes, pero la bicicleta se abrió paso con facilidad, pese a que los tallos de las zarzas se incrustaban en las ruedas quebrándose con un sonido seco. Las hojas de los árboles irrumpían en el espacio del camino, obligando a Suzie a dirigir la bici con prudencia. La primera casa se erguía detrás de numerosos robles. Una deslucida construcción de madera, sin valla que la delimitara y con la puerta abierta sin temor a que entraran. Un mástil ondeaba una deslucida bandera confederada. El señor Lancaster era conocido por ser el mayor coleccionista de armas de todo el condado y no mostrar reparos a la hora de volarle la tapa de los sesos a cualquiera que fuese lo suficiente estúpido para entrar sin permiso; la fama se extendía sobre todo en la comunidad negra, cuyos miembros tenían prohibido acercarse a sus tierras bajo amenaza de muerte. Solía declarar que no era racista, sencillamente se limitaba a ser ordenado y a mantener cada color en su debido lugar; y sus tierras eran sólo para el color blanco. Después de esta firme exposición,

siempre depositaba una Colt sobre la barra de Karl Gunter, por si algún oyente estaba dispuesto a rebatirle. Allí mismo, Lancaster había dado permiso a la repartidora de periódicos para poder llevarle el ejemplar cada mañana.

Cuando Suzie se disponía a lanzar el periódico, un palo de escoba fue introducido en la rueda trasera, precipitando su cuerpo hacia delante. No cayó al suelo porque frenó en seco. Las risas que emergían de entre la maleza y de detrás de los árboles le sugirió lo que pasaba.

—Mirad, sus tetas pequeñas han chocado contra el manillar —masculló Tom Paulson, con el bate en la mano. A su lado había un niño repelente que lucía un chaleco de cuero de vacuno. A Suzie no le sorprendió que el mocoso sólo vistiera el chaleco y su entrepierna se exhibiera tan diminuta como una almendra sobre dos nueces. Los pies iban calzados con unas sucias botas desatadas.

En cualquier otro momento, habría reído abiertamente, pero el niño sostenía una enorme roca en su mano y parecía dispuesto a arrojarla contra ella.

—No tiene tetas, sólo son dos pezones —aclaró amablemente el niño, al tiempo que mostraba los dientes en una gran sonrisa.

El resto de la pandilla apareció por el flanco opuesto del camino. Todos expresaban su descontento por la humillación sufrida el domingo; y por cómo blandían las navajas, palos y cuchillos, estaban deseosos por cobrarse la revancha.

—¿Qué queréis? —preguntó Suzie, con la única intención de ganar tiempo.

—Queremos darte un regalo, igual que tú hiciste con nosotros —dijo Tom—. Queremos ser agradecidos contigo.

—Ya veo… Estoy trabajando, pero en otro momento será un placer atenderos. —Suzie dejó caer el periódico destinado al señor Lancaster y llevó la mano a la Smith & Wesson 38.

—No, zorra, hoy es el día de los regalos —amenazó el chico del cabello aceitoso y aficionado a manosearse la entrepierna—. Y yo quiero el mío.

Suzie percibió nerviosismo en la voz del muchacho y no deseó averiguar a qué regalo se refería. Antes de que pudiera mostrarles el arma, se vio obligada a esquivar la roca que le lanzó el niño desnudo; luego fue demasiado tarde porque la empujó el ladrón de manzanas. La mochila de periódicos cayó al suelo y el contenido se derramó.

—Todavía cojeo —le dijo éste.

—Te jodes —replicó Suzie desde el suelo, mientras se limpiaba la cara de arena—. Es lo que tiene el meterse conmigo.

—Tú te joderás más. Vamos a dejarte un regalo entre todos.

El muchacho de la navaja pisó el periódico y se inclinó junto a Suzie y la retuvo contra el suelo.

—Quieta ahí. Tienes cortes en la cara. Estás hecha toda una peleona, chica. ¿Qué te ha pasado? Me gustan las peleonas.

—Demasiado peleona para ti, tío, no me durarías ni un segundo —repuso ella. Notaba el duro bulto del arma en el bolsillo trasero.

Uno de los chicos, todavía plantado entre la maleza, sacudió una cuerda gruesa y parte de ésta fue a parar a la tierra con un sonido pesado.

—Atemos a la *pitcher*.

Los ojos de Suzie se abrieron aterrorizados. Intentó ponerse en pie antes de que más manos la apresaran. El niño desnudo se hizo con otra piedra. Entonces sintió el urgente deseo de salir corriendo, ir a por su madre y abandonar el pueblo.

—Soltadme.

Las manos del navajero se deslizaron sobre sus muslos.

—Estás en forma. Muy en forma.

Suzie le lanzó un puñetazo contra el mentón.

—No me toques, cerdo.

Él le colocó el filo de la navaja en la garganta y apareció una línea roja.

—No te muevas, idiota, a lo mejor hasta te gusta.

—Atadla a ese tronco —ordenó Tom, señalando un enorme roble.

La alzaron entre dos muchachos por la cintura y las axilas. La arrastraron hacia el árbol mientras ella golpeaba el suelo con los talones de las zapatillas y retorcía su cuerpo.

—¡No! ¡Soltadme, asquerosos! ¡Os mataré!

—Oh, sí, me gustan las peleonas —dijo mientras le mostraba el filo de la navaja, y de pronto una patada le sorprendió en su estómago, tan fuerte que le hizo doblarse por la mitad—. Maldita zorra, te lo haré pagar.

El puño de Tom impactó sobre la mejilla dañada durante el encontronazo con las criaturas la pasada noche, y la herida volvió a verter sangre.

—Deja de golpearles, tetas pequeñas. Ahora nos toca a nosotros hacerte daño. —Tom señaló el árbol—. Colocadle la mano de lanzar en el tronco.

—¡No! ¡Dejadme! —Suzie vio las intenciones de Tom en cuanto preparó el bate de béisbol y pintaba una maliciosa sonrisa. Hizo acopio de todas sus fuerzas para soltarse. Chilló, pataleó y abrió arañazos en los rostros y brazos de los dos sujetos que la arrastraban para finalmente incorporarla delante del tronco. Por suerte, nadie había reparado en el arma que continuaba en el

bolsillo. Se encontraba de pie con la espalda forzada a permanecer apoyada en el tronco cuando el chico de la cuerda empezó a acercarse, mostrándole la cuerda y exhibiendo una risita siniestra.

El ladrón de manzanas la sostenía de una mano mientras un tipo enclenque la aferraba de la otra. Suzie tenía la cintura libre para poder defenderse con las piernas, que fue lo que hizo en el momento que tuvo a la distancia exacta al chico de la cuerda. Hizo palanca con la espalda y el tronco, levantó ambas piernas y le estrelló la suela de las zapatillas en la cara.

—¿No podéis con ella o qué? —graznó el muchacho de la navaja —. Me estoy cansando de esto.

—¿No te gustaban peleonas? —farfulló Suzie.

El chico se adentró entre la maleza y se acercó desde la parte posterior del tronco para forzarla con la navaja a que permaneciera quieta mientras la ataban. Suzie, habiéndolo adivinado, se impulsó sobre el brazo del ladrón de manzanas, que arrojó al viento un alarido atronador cuando los dientes de Suzie se hundieron en la carne de forma despiadada y arrancaban un pedazo.

—¡¡AAHH!! ¡¡JODER!! ¡¡JODER!! ¡¡ES UNA PUTA CANÍBAL!!

La soltó instintivamente. Suzie, tras escupir el pedazo de carne sanguinolenta, con la mano libre asestó un puñetazo al chico enclenque, quien apenas había sabido reaccionar, y su nariz retrocedió en su cara con un ruido quebradizo. Más gritos se sumaron a los que ya resonaban en el aire.

—¡Cogedla! —masculló Tom, acercándose con el bate preparado.

Una piedra de considerable tamaño se estrelló contra el vientre de Suzie. Reprimió el dolor que se abrió paso como un relámpago. El niño del chaleco rio abiertamente por su puntería.

El de la navaja apareció por detrás del roble, pero ya era tarde; Suzie había sacado el arma del bolsillo trasero.

—¡Quietos! —ordenó, alejándose del árbol.

—Tranquilos, no se atreverá a dispararnos. Además, a lo mejor es un farol y esta vez no está cargada —dijo Tom.

—¿Quieres ser el primero en recibir una bala? —le amenazó, y desplazó el cañón por cada una de las caras asustadas—. Alejaos o disparo. No bromeo.

—Miente —aseguró Tom—. Vayamos todos a la vez a por ella.

El niño desnudo se acercó con una nueva piedra en la mano.

—¡Tú, quieto! —exclamó apuntándole. El dolor en el vientre se acrecentó con cada palabra pronunciada—. Tira la piedra al suelo.

Terminó por soltarla. Mientras Suzie había mantenido la atención en el niño, el grupo fue rodeándola lentamente; salvo el chico de las manzanas, que presionaba su antebrazo para tratar de

detener la hemorragia.

—¿Estás bien? —le preguntó Tom.

—No. Estoy sangrando mucho.

—Maldita zorra sin tetas. —Tom blandió el bate—. Te voy a partir la mano.

—Ni lo intentes —graznó ella.

Entonces alguien la cogió por la espalda, y notó un corte en el antebrazo.

—¡Así aprenderás! —rugió el chico de la navaja cuyo filo goteó sangre.

Suzie sufrió un descuido por la palpitante herida; en la tierra, en torno a ella aumentaron las manchas de sangre. Tom aprovechó la distracción para saltarle encima, pero la muchacha abrió fuego y él fue a parar al suelo.

—¡¡AH!! ¡¡AH!! ¡¡AH!! —Tom Paulson presionó el agujero abierto en su pantorrilla. Los chillidos eran como detonaciones cargadas del tormento más insoportable. Todos quedaron petrificados. Suzie sostenía el arma mientras el cañón humeaba. El muchacho del antebrazo mordido sintió menguar por un segundo su dolor al ver cómo la pantorrilla de Tom se inundaba de sangre. La cara del chico de la navaja se había llenado de sus ojos como platos.

La pandilla se reunió en torno a Tom, salvo el niño desnudo, que dio un paso tras otro para distanciarse.

—Te llevaremos al médico —dijo el chico del cabello aceitoso.

Suzie no descendió el arma, fue su recelo lo que la llevó a seguir encañonando a los chicos que habían estado a punto de arruinar su vida. Se alejó de la algarabía. Cuando nadie miraba, reunió los periódicos desparramados por el suelo y los metió en la mochila. Se la colocó a la espalda. Luego levantó la bicicleta, montó y pedaleó con todas sus fuerzas. El miedo que aún rezumaba por todos los poros hizo que el corazón se precipitara hacia la garganta, forzándola a jadear. Para cuando comenzó a manifestar cansancio extremo, se encontraba fuera de las tierras de Lancaster. Su ropa estaba empapada de sudor y la cola de caballo se había deshecho derivando en mechones tiesos que sacudían su cara.

La imagen de la sangre saliendo a borbotones de la pierna de Tom la ofuscó. Jamás creyó que fuese capaz de dispararle. Lo más aterrador era que no había apuntado ni meditado el tiro. Sencillamente, su excitado sistema nervioso obedeció a un instinto primario de supervivencia. No quería saber qué habría sucedido si el arma hubiera encañonado más arriba. Pese a que forzó a su cabeza a silenciar los pensamientos, uno penetró por una fugaz hendidura: Tom estaría muerto.

En las comisuras de sus ojos, se reunieron lágrimas que no cayeron hasta que una brisa la molestó.

—Iban a hacerme daño —se dijo a sí misma.

No necesitó repetirse demasiadas veces aquella excusa, sabía que esa pandilla de malnacidos iba a hacerle mucho daño. Un daño irreparable, pensó. Y más lágrimas volaron al viento.

Capítulo 17

Bruce Morton abandonaba la escuela al término de las clases. Descendió las escaleras dando un discreto trago de la petaca. La mañana no había resultado lo que esperaba, por lo tanto, no le importó que dos alumnos abrazados le observaran sorprendidos. Su vida se precipitaba hacia un derrotero que la ingenua pareja de enamorados no comprendería jamás. Esbozó una sonrisa y llegó al pie de las escaleras.

Entonces reparó en la presencia de Suzie Denker, quien se frotaba ambos ojos con los puños. Le inquietó el aspecto deslucido de la muchacha aun cuando siempre había pensado que la naturaleza fue generosa concediéndole su fabuloso atractivo.

La chica esperaba en la acera, junto a la bicicleta. Era de las pocas veces que la veía sin su gorra de béisbol y la coleta asomando por el orificio de tela. Los pantalones blancos exhibían manchas de arena mezcladas con un púrpura que atribuyó a los cortes de la cara. Pese a que se apreciaba que había intentado ordenarse el cabello, éste seguía sucio y humedecido por el sudor. Pero lo que alarmó al profesor fue la mirada de aturdimiento con que lo contemplaba. La correa de la mochila de los periódicos cruzaba por delante de la camiseta.

—Por Dios, ¿qué habrá pasado? —murmuró, y aceleró el paso.

—Tenemos un grave problema en Past Grove.

—Hummm… —Bruce la miró de arriba abajo con la creciente impresión de que sin duda aquella muchacha era encantadora. Pensó en concederle una sonrisa amistosa, pero al advertir el dolor en su semblante, lo pasó por alto y bebió de la petaca—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Para ayudarte. He preferido venir en persona, porque Mark me enseñó que te pueden escuchar ilegalmente en los teléfonos.

Bruce detuvo el vertido de la petaca, la apartó y limpió su comisura con el dorso de la mano. La miró con mayor atención y entonces se percató de que había llorado. Sus ojos se encontraban apagados y horribles ojeras negras anulaban parte de su belleza.

—Interesante. ¿Y ese cambio tan drástico? —dijo, mientras se preguntaba en qué diablos andaba metido Mark con sus circuitos electrónicos.

—Anoche tuve problemas en casa.

—Entiendo.

—No entiendes nada, tío. Dos monstruos pequeños han mordido a mi madre y está ingresada en el centro médico. El doctor no me…

Bruce, invadido por el miedo de ser tomado por loco, la forzó a callarse en presencia de los alumnos que abandonaban la escuela en manadas y de diversos peatones que habían desviado la mirada hacia ellos.

—Está bien. Lo hablaremos en mi casa. Tienes permiso para ducharte.

—¿Eh? Ah, sí. Me gustaría, gracias —dijo con un manso tono de gratitud—. Ayer limpié un poco mi casa, pero aún falta ordenar algunas cosas.

—Lo comprendo.

—¿De dónde habrán salido los monstruos?

—No tengo la menor idea, pero siempre he tenido la impresión de ser observado. Tal vez, tenga relación con esos… —Morton, sin saber qué palabra emplear, recurrió a la usada por la chica—. Esos monstruos, como tú los llamas.

—¿No me crees?

—Por supuesto que sí. A estas alturas ya me lo creo todo —declaró, evocando el extraño gusano que emergió por la comisura del ojo de su esposa—. Vamos a casa. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Suzie hizo un fatigado gesto de asentimiento.

—He matado a los dos monstruos. Y los he enterrado en el jardín —susurró ella con cierta indiferencia.

—¿Tú sola?

—Claro.

Bruce guardó silencio, empatizando con tanto coraje. Suspiró resignado por no ostentar el título de padre. Entonces observó que el bulto que sobresalía del bolsillo trasero de sus pantalones no era un paquete de cigarrillos, sino un revólver.

—¿Has practicado?

—¿Eh? —Suzie era la viva expresión de la incertidumbre.

—Con el arma que llevas en el bolsillo…, pregunto si has practicado.

—Sí, he seguido tu consejo de aprender a disparar.

—Excelente.

Caminaron por Jointer Avenue con la sensación de ser seguidos. Cuando pensaron que probablemente se debía a su imaginación, apareció ante ellos el tipo que Suzie había visto días antes discutir con el fallecido señor Barrett. Exhibía una detestable sonrisa sombreada por el ala del sombrero. Su habitual camisa estaba desabotonada, y cuando empezó a hablar hizo ademanes con ambas

manos.

—Veo que has decidido ayudarle.

Ambos fueron testigos del anillo que traía el hombre.

—¿Se puede saber quién es usted? —preguntó el profesor.

—Nadie importante. Un simple lugareño.

Suzie se llevó una mano a la empuñadura del arma, pero sin sacarla. Entornó los ojos mientras escrutaba con recelo al tipo.

—Ayudo a quien quiero.

La respuesta no pareció contentarlo, y en su semblante desapareció cualquier rastro de sarcasmo.

—No me gusta tu actitud, hija —dijo, mientras se quitaba el sombrero y lo manoseaba. Quedó al descubierto una limpia coronilla rodeada de cabello grasiento—. Sigo recomendándote que te alejes de él.

—Tomo mis propias decisiones.

Después de esto, el tipo se colocó el sombrero y dio inicio a un tranquilo paseo en dirección a la barbería de Adams Junior.

—Menudo estúpido —apuntó Bruce—. ¿Has tenido problemas con él?

—Todavía no —respondió, como si esperase un conflicto en algún momento. Continuó acariciando el arma dentro del bolsillo durante todo el trayecto.

Al entrar en el apartamento, respetaron el silencio que los recibió. Ninguno parecía querer apresurarse a revelar los nuevos contratiempos sufridos. Bruce prefirió disfrutar de la compañía de la muchacha mientras preparaba café y la veía bebiendo el refresco de cola que le había entregado. El sosiego de la cocina sumado a su silencio contribuía a pensar que todo estaba bien en Past Grove. Morton deseó que fuese real, que pronto regresara su esposa luciendo una feliz sonrisa y todos dieran buena cuenta de una copiosa comida en familia. Sin embargo, los pequeños sorbos que daba Suzie a la lata manifestaban que algo la inquietaba.

El profesor vertió café en una taza y se sentó a la mesa de la cocina, frente a la chica.

—Qué tranquilo está todo.

—Sí —afirmó Suzie—. La tranquilidad es el antifaz de Past Grove para hacernos creer que todo está bien.

—Casi hubiera preferido que no dijeras eso.

—¿Por qué? Es la verdad, y la verdad hay que tenerla siempre presente.

—Supongo que tienes razón —dijo Bruce, y dio un sorbo al café.

—No puedo pensar en tranquilidad si tengo a mi madre ingresada por la mordedura de un monstruo.

Morton perdió interés en la calma que le aportaba el café.

—¿Cómo es posible? ¿Monstruos? ¿Estás segura de eso? —Deseó añadir más interrogantes, pero rehusó hacerlo, no quería ser motivo de más angustias. Era evidente que la muchacha lo estaba pasando realmente mal.

—Estoy segura. —El profesor vio su decaimiento, y no se impresionó cuando ella depositó la Smith & Wesson 38 en la mesa —. Les disparé, pero sólo conseguí matarlos con un fuerte golpe en la cabeza.

Bruce asintió apartando la taza de café.

—Quizá, antes de contármelo todo, quieras ducharte y… bueno, recuperar algo de fuerzas. ¿Tienes hambre? Puedo prepararte cualquier cosa. Desde que Cathy no cocina, me las apaño bastante bien.

—¿Ducharme? —Suzie meditó la idea, la desmenuzó en porciones tan diminutas que pudiesen ser procesadas por su extenuada mente. Realizó gestos que revelaron su desconfianza a ducharse en casa de un desconocido.

El profesor, que lo había advertido, intentó serenarla.

—No he visto monstruos aquí. Y mientras te duchas, prepararé algo para comer. ¿Te parece bien?

La muchacha accedió finalmente. Bruce la vio avanzar por el pasillo con paso vacilante, palpando la pared en busca del interruptor. Él entró otra vez en la cocina. Tras abrir y cerrar el frigorífico y armarios, le gritó a Suzie:

—¿Qué te gustaría comer?

La voz de ella le llegó atenuada por el rumor del agua.

—Me da igual.

La respuesta le ayudó a pasar por alto cualquier menú exigente y a decantarse por un trabajo fácil y rápido. Pensó que unos huevos revueltos con patatas fritas podría ser un buen plato mientras ella le explicaba lo que había sucedido.

Al cabo de media hora, la mesa de la cocina estaba ocupada por platos humeantes, cubiertos y una nueva lata de cola.

—Listo —murmuró, colocando junto a su plato la petaca de licor.

Escuchó abrirse la puerta del baño y pasos descalzos que avanzaban por el pasillo. La muchacha se presentó con la misma ropa que había traído. Las heridas del rostro estaban limpias y exponían la profundidad de los cortes. Era el aspecto de alguien dañado, pero que intentaba mantenerse firme.

—Seguro que Cathy no pondrá objeción a que uses algo de su ropa. —En cuanto Morton advirtió lo que había dicho, reprimió una risita sarcástica. Era posible que la vieja Cathy no tuviera

inconvenientes en prestarle ropa, pero la nueva e impredecible Cathy era capaz de abofetearla por pensar que le había robado su vestuario al completo.

—Da igual. Luego me cambiaré de ropa en mi casa.

—Está bien, adelante —le dijo, señalando su lugar en la mesa—. Espero que tengas hambre.

—Un poco —dijo ella. Su cabello mojado enmarcaba un rostro ojeroso y abatido, aunque ni todas las tribulaciones parecían capaces de anular sus bonitos rasgos. Por el modo de comer, dejó claro que en ocasiones las necesidades eran más fuertes que la timidez o la educación. Los cubiertos se deslizaron resueltamente sobre el plato hasta que todo desapareció. A continuación bebió del refresco.

—Puedes comer más, si quieres —dijo Bruce—. No tengas reparos.

—Lo siento, he comido poco estos días.

—No te disculpes. Sé que estáis pasando por problemas económicos tu madre y tú.

Suzie pintó una sonrisa cohibida. Desvió la vista a cualquier punto donde no enfrentarse con la mirada paternal de Bruce, quien percibió la incomodidad de ella y se levantó. Se aproximó a la repisa y meció la cafetera.

—Tomaré un poco más de café —dijo—. ¿Tú quieres otro refresco?

—No.

Suzie retiró el arma de la mesa y la introdujo entre la correa y los pantalones. En el comedor, le relató lo ocurrido. Cómo su madre fue mordida; cómo llamó luego al doctor y tuvo que enfrentarse ella sola con dos criaturas. Cuando Suzie guardó silencio, Morton bebió de su petaca de manera compulsiva. Estaba sentado con las piernas cruzadas y un semblante reflexivo, mientras ella caminaba de un lado para otro con la mano sobre la Smith & Wesson 38, como si encontrase amparo. A veces la soltaba, sumándola a la mano libre para indicar el tamaño de las criaturas y sus caras repulsivas.

—Supongo que a eso se deben los cortes de tu cara.

—Sí, sí —afirmó, evitándole el enfrentamiento con la pandilla de Tom.

Al llegar el turno de Morton, éste suspiró, dejó la petaca en la mesita junto al sillón de lectura y contó su insólita experiencia al tocar el anillo, y cómo había seguido a su mujer hasta la propiedad de la señora Nevis. Mencionó el feo huésped que había asomado por la comisura del ojo, y Bruce vio cómo Suzie bosquejaba un rostro de repugnancia. Se sintió extrañamente reconfortado al confesar todo aquello a alguien, aunque sólo fuera a una adolescente de quince

años. El hecho de que le escuchara con tanta atención bastó para confirmarle que había heredado todas las dignas cualidades de su padre. Por otro lado, la causante de que la muchacha luciera unos bonitos labios rojos y unas delicadas facciones había sido Liz Denker.

—¿Y qué pasa con ese tipo que te ha abordado por la calle de esa forma tan inapropiada? —quiso saber.

Suzie le explicó que lo había visto discutir con el señor Barrett antes de que lo encontraran muerto. Tras segundos de silencio, añadió que lo oyó decir algo referente a la traición. También le reveló que la había llamado por teléfono para persuadirla de que no le ayudara.

—Como sospechaba, nos vigilan a ambos —dijo Bruce, preocupado—. Es evidente que ese tipo forma parte de los dementes que se reúnen en casa de Frances.

—Tiene un anillo.

—Por lo visto, las piedras negras de los anillos crecen o son cambiadas por otras —dijo el profesor Morton.

Los ojos de Suzie se abrieron, sorprendidos.

—¡Es verdad, joder! —exclamó, y al ser consciente de lo que había dicho, añadió—: Perdón.

Bruce rio y dio un trago a la petaca.

—No te disculpes. El problema que tenemos entre manos es más grave que el lenguaje soez.

Suzie continuó desplazándose de un lado a otro hasta que el profesor lo notó y le preguntó por qué no se sentaba.

—No quiero mancharte nada. Por mi ropa sucia, ya sabes.

—¿Por qué no te cambiaste en casa, después de acabar con las dos criaturas?

—¿Eh? —Suzie lo miró con los ojos en blanco; toda su voluntad parecía reunida en su mente, intentando encontrar una excusa útil y así evitar contarle el encontronazo con la pandilla de Tom—. ¿Tenía prisa?

—¿A qué te refieres?

—Sí, sí, tenía que ir a trabajar… y, tenía prisa. Hoy he tenido mucho trabajo, ¿sabes?

—Hummm. Está bien. Sé que haces un excelente trabajo repartiendo el periódico.

—Sí, sí, gracias.

El profesor Morton moderó la voz y le concedió algo de ternura.

—Puedes confiar en mí. Recuerda que fui gran amigo de tu padre. Casi te veo como a una hija. ¿De acuerdo? Además, ahora formamos un equipo.

Suzie reveló su asombro con las cejas levantadas.

—¿Un equipo?

—Sí, como un equipo de béisbol. Así lo entenderás mejor.

—Lo he entendido —señaló ella.

—Estupendo.

Suzie aguardó a que Bruce continuara, puesto que por su ansiosa expresión parecía dispuesto a decir algo más.

—Tengo pensado quitarle el anillo a mi esposa y también quiero seguirla a la casa de Frances Nevis. Cuando he ido esta mañana había demasiada luz y no quería ser visto merodeando.

—¿Quieres ir a la casa de la que salió corriendo mi padre?

—Exacto —dijo Bruce—. Debemos desenmascarar a esos tipejos y recuperar a mi esposa.

—Ah —susurró Suzie de manera poco convincente—. Yo… tengo pensado recuperar a mi madre y salir de Past Grove. Estoy dispuesta a hacerlo incluso sin dinero. Me arriesgaré. —La última frase brotó de la boca, pero por el firme modo en que estaba pronunciada, Morton sabía que había salido de su corazón.

—Haremos un trato que me parece justo. Sacaremos a Cathy de esa casa de locos y luego te ayudaré con una pequeña suma de dinero para que puedas empezar de nuevo. ¿Te parece bien?

Suzie respondió con un brillo de ojos que reflejaba una enorme esperanza.

—Bien. Pero parece peligroso —replicó Suzie.

—Oh, tenemos presente a la Suzie recelosa, ¿cierto?

—Sí. Siempre. Estar alerta es importante en este pueblo.

—Y tienes toda la razón —dijo Bruce, levantándose del sillón—, será peligroso y, tal vez, sea un grupo numeroso, pero idearemos un plan. Y tendremos al factor sorpresa de nuestra parte. ¿Eres buena con el arma?

Suzie llevó la mano a la empuñadura.

—No lo sé. Pero asusta a la gente y eso es bueno para mí.

—Sí, eso es cierto.

—Te ayudaré para que me des el dinero, pero a ti no te servirá de nada —declaró Suzie—. Yo me iré de Past Grove con tu dinero y mi madre para empezar en otro lugar. Pero tú… ¿qué harás?, ¿quedarte? He visto varios de esos anillos en Past Grove. La directora Ferguson lleva uno enorme. Si recuperas a tu mujer y te quedas en el pueblo, no servirá de nada. Este pueblo está condenado. No podremos con todos ellos. Somos un equipo muy pequeño. En el béisbol somos muchos jugadores. Un jugador se apoya en el otro y, todos unidos, ganan el partido. Para tu plan sólo somos un profesor que bebe mucho y una chica llena de heridas.

Bruce enmudeció ante la incuestionable sinceridad de la muchacha. Sus palabras dejaban entrever la innata actitud de una

líder. El béisbol le había enseñado valiosas cualidades, pensó.

—Encontraremos ayuda. —dijo. Se aproximó a ella y la abrazó como a la hija que no le había dado su mujer—. Tus heridas cicatrizarán. Te lo prometo.

—Las heridas te recuerdan que algo malo pasó, y te hacen tener más cuidado la próxima vez.

—Cierto, muy cierto, pequeña.

—Y también ayudan a hacernos grandes y a no ser pequeñas nunca más.

Capítulo 18

Acordaron postergar hasta la medianoche el plan de seguir a Cathy, puesto que Suzie tenía pensado visitar a su madre en el centro médico. De este modo terminó la segunda reunión, con un abrazo de su ex profesor de Historia y un nudo en la garganta por haberse ofrecido a darle dinero para iniciar una nueva vida junto a su madre. Definitivamente podría realizar su sueño. Jugar en las grandes ligas de béisbol como muchas otras mujeres lo hicieron y lo seguían haciendo por todo el mundo.

Aquella poderosa esperanza hizo que todo el miedo que le provocaba ir a casa de Frances Nevis se perdiera entre los restos de sus pensamientos nocivos. No conocía a la mujer, pero cuando repartía el periódico por esa zona, escuchaba en ocasiones que era una solterona ambiciosa aficionada a las reuniones nocturnas donde lo más destacable eran los alaridos procedentes de la casa. Que hubiese sido cliente de su padre la enfurecía hasta cotas inenarrables. Sólo esperaba que aquella gente no estuviese relacionada con su muerte. Muerte que Suzie siempre había atribuido a un asesinato, porque Past Grove se deshacía de las personas que le molestaban.

Enfurecida y parcialmente renovada por la ducha y la comida, pedaleó hacia el centro médico. Pasaban las cinco de la tarde cuando derrapó violentamente junto a la vía de acceso. Apoyó la bicicleta en uno de los árboles decorativos de la entrada. Caminó aspirando el rancio olor de aquella tarde, cuyo cielo lucía una estela de nubes blancas que comenzaba a enrojecer por el oeste.

Los rostros ansiosos de los doctores que corrían de un lugar a otro la alarmaron. Dos enfermeras dejaron de atender a una mujer cuando un médico las llamó. Detrás del largo mostrador, la recepcionista atendió una multitud de llamadas y a cada una de ellas, su expresión se ensombrecía un poco más.

Hubo un instante en que Suzie pensó que aquello no era un centro médico, sino una empresa en donde el personal había sido sorprendido realizando actividades ilegales. Se aproximó al mostrador y reclamó la atención de la mujer, que colgaba el teléfono. La piel de su cara tenía una cubierta de sudor que brillaba bajo los focos del techo.

—¿Puedo hacer algo por ti, Suzie?

Suzie era bien conocida en el condado por ser la *pitcher* de los

periódicos.

—Mi madre está ingresada y quiero verla. El doctor Price me dijo que podría verla cuando descansara un poco.

El semblante de la mujer se paralizó después de hacer varias confirmaciones en la pantalla de la computadora. Parpadeó repetidas veces, como si hubiese algo incorrecto en la información.

—Liz Denker.

—Es mi madre.

—Lo siento, no puedes verla en estos momentos, pequeña —dijo de pronto.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Suzie resopló como un tren de mercancías, y se estiró sobre el mostrador para alcanzar a ver la pantalla.

—Va a ser atendida. Varios doctores, entre ellos Price, la conducen ahora mismo a la sala de operaciones.

—¿Qué le pasa? —La muchacha a la que todos consideraban pequeña se irguió como una cobra y expuso una mirada desafiante.

—No es grave, no te preocupes. Es una situación de rutina.

—Mi madre no es una situación de rutina. ¿Entiendes?

—Oh, por supuesto —se excusó—. Siento haberme explicado mal.

—Muy mal —sancionó Suzie, y miró por encima del hombro a los pasillos, que parecían ocupados con más urgencia de la esperada —. Quiero hablar con el doctor.

—Como te he dicho, ahora mismo está con tu madre. Es mejor no interrumpir.

—¿No puedes decirme algo más de lo que le pasa? En esa pantalla pondrá algo, ¿no?

La mujer comenzó a sentirse cada vez más nerviosa y lanzaba miradas fugaces al monitor como si el mensaje que relucía en letras verdes fuera terrible.

—Ha sufrido un paro cardíaco, pero uno momentáneo. Enseguida han acudido los médicos y en este momento está siendo atendida. Está en buenas manos, el doctor Price es un excelente profesional.

Suzie evocó las manos de Colin Price y halló algo de calma al recordarlas libres de anillos raros. Pese a todo, la impaciencia y un asfixiante recelo por todo lo que sucedía en el pueblo la invadió, nublando su vista por un segundo. De repente la mujer se tornó difusa y su rostro se derritió en una máscara brumosa.

—¡No me parece suficiente para mi madre! —estalló—. Si Price no puede hablar conmigo, quiero hablar con alguien ahora mismo.

Entonces volvió su mirada hacia dos enfermeras que cruzaban el pasillo de urgencias.

—¡La estamos perdiendo! ¡Deprisa! —dijo la mujer que avanzaba más rezagada.

Suzie embistió a la recepcionista de forma furiosa.

—¿Qué está pasando ahora? ¡Quiero hablar con un doctor! —Dio la espalda a la mesa y, antes de que pudiera salir corriendo en pos de las enfermeras, la recepcionista la aferró por la muñeca.

—¡Espera! —exclamó, y reparó en que la muchacha traía un arma alojada entre el pantalón y la correa—. ¡Dios mío!

Apareció un médico enfundado en una bata que se colocaba al cuello un estetoscopio.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —inquirió a la mujer.

—Esta jovencita quiere ver a su madre. Y lleva un arma.

—Por Dios, cálmese, señora Waitman. ¿Eres Suzie? ¿En qué puedo ayudarte?

Suzie se zafó de la tenaza de la mujer y se aproximó al hombre como la última esperanza para sus nervios en ebullición. De no ser por el doctor, quien la cogió suavemente por los hombros para infundirle tranquilidad, habría asaltado la sala de operaciones y disparado a cualquiera.

—Quiero ver a mi madre. Parece que está peor y no me fío, quiero verla ahora mismo.

—Veremos qué podemos hacer, ¿te parece bien? —le dijo—. ¿Y se puede saber por qué llevas un revólver?

—¿Para qué va a ser, tío? —replicó—. Para defenderme.

—¿De quién, maldita sea?

—De cualquiera —espetó Suzie.

—Está bien, está bien, pero no puedes entrar en este centro armada —Le dirigió una mirada feroz a la señora Waitman—. Deme una copia del informe de su madre.

—Liz Denker —anunció, con aires de protocolo— se encuentra ahora mismo en la sala de operaciones por un infarto.

—Nos dirigiremos al pasillo y podrás esperar a que termine la operación. ¿Te parece bien? Pero con la condición de que dejes el arma.

Suzie miró hacia el pasillo con la irrefrenable necesidad de empujar al médico y correr en dirección a la sala. Cuando su pensamiento estuvo a un segundo de materializarse, apareció un abatido Colin Price, quien intentaba hallar ánimos en las palabras de una enfermera que se deshacía de la mascarilla. Price aún conservaba los guantes manchados de sangre.

—La he perdido —se lamentaba.

—Ha hecho todo cuanto estaba en su mano, doctor, no se atormente —le dijo la enfermera.

Suzie se sintió dentro de una esfera irreal que le confería

respuestas a una velocidad imposible de digerir. No necesitó de explicaciones ni de ninguna declaración. El semblante de los médicos exponía la devastadora verdad. De pronto, un nudo trató de emerger por la garganta de la muchacha, un grito tan enorme que se encalló. Un alarido que contenía toda la rabia de una adolescente que había visto caer primero a su padre y, en ese momento, a su madre. Creyó que se derrumbaría delante de aquella gente de palabras amables, aunque sin valor. Sin embargo, no encontró lágrimas para derramar. Su respiración se aceleró como el de una bestia enjaulada.

De una sacudida, se libró de las manos del doctor, quien todavía la sostenía por los hombros. Abandonó la recepción con el arma en la mano mientras escuchaba a su espalda a los doctores preguntar quién era. Montó en la bicicleta y rodó hacia la extensión de terreno que los chicos del pueblo dedicaban para jugar y pasar la mayor parte de las tardes.

El sol se desplazaba por un cielo sanguinolento hacia el oeste. Suzie pedaleó con todas las fuerzas que sus piernas disponían. Al llegar al terreno, declinó la bici realizando un poderoso derrape que la hizo caer al suelo bajo el armatoste de hierro. La apartó de encima aparatosamente. El silencio no dejaba lugar a dudas de que estaba sola allí. Corrió al montículo de arena y, en una pose de pistolero, disparó al cielo. Cada estruendo iba acompañado por un jadeo nervioso.

Finalmente el aullido de dolor brotó por la boca.

—¡¡AHH!! ¡¡Past Grove!! ¡¡Te mataré!!

Continuó apretando el gatillo hasta que sólo se escuchó el percutor. Dentro de su cabeza, miles de voces tronadoras la empujaron a su verdadero destino.

Capítulo 19

Después de haber expulsado toda su rabia con gritos y disparos —incluso había asestado varias patadas a uno de los tocones—, Suzie tomó el camino de regreso a casa. El agotamiento le sugirió que nada le devolvería a su madre.

A escasos cien metros, frenó de golpe. Se encontraba junto a la vivienda de la anciana Margaret, en la intersección de Mill Road con Village Road. Desde allí pudo ver el coche patrulla y a Paul Carson tocando insistentemente la puerta de la casa de su madre. Supuso que se debía a haber salido corriendo del centro médico. El hecho habría preocupado al personal y habían llamado a Duncan. Sin embargo, no confió en sus suposiciones y se mantuvo a una distancia prudente para comprobar cómo procedía el ayudante de policía. Sus manazas tocaron la puerta hasta cansarse. Se acercó al coche, extrajo la radio y mantuvo una conversación. Suzie no podía escucharla desde aquella distancia y se enojó. Sobre todo cuando reparó en la disconformidad de Paul Carson a la hora de obedecer a Duncan. Volvió a la puerta y la golpeó siete veces.

Suzie maniobró sobre su bici y retrocedió hasta el inicio de la propiedad de Margaret. Eludió el saludo de Jenny White, quien se encontraba en el porche de su propia casa, y se adentró por la hierba manteniéndose junto a la valla de la casa de la anciana. Enseguida divisó la de sus padres; las luces azules del coche patrulla lograban atravesar los frondosos fresnos que crecían en la parte posterior. Apoyó la bicicleta en la valla y la saltó. A su izquierda se encontraba la plancha de madera usada para practicar los lanzamientos y a media distancia el improvisado montículo. Avanzó a hurtadillas hasta la pared exterior. A un lado estaba la puerta trasera de la cocina. Pensó en entrar por ahí cuando reparó en la presencia de Danny y Mark, agazapados tras los arbustos delanteros del jardín.

—¿Qué hacen ahí?

Entonces reprimió las ganas de saltar sobre ellos y amonestarlos. Era evidente que, como le había asegurado Nina, seguían espiándola. Salvo que esa vez ella no estaba en casa y los chicos contemplaban a Paul Carson desempeñar su trabajo, aunque su interés por encontrarla se diluía a medida que su mano continuaba aporreando la puerta sin resultado. Cuando se dio por vencido, montó en el coche y desapareció por Village Road.

Suzie abandonó la protección del muro de la casa y avanzó por los arbustos hasta dar con los chicos. Al pie de ellos, yacía un pequeño aparato de construcción casera dentro de una caja, de la que brotaban varios cables unidos a los auriculares que ambos tenían apoyados en sus orejas.

—No se oye nada, tío —protestó Danny.

—Cállate. No estará en casa.

Suzie los sorprendió por la espalda poniéndoles una mano a cada uno sobre el hombro. Los muchachos se volvieron. La expresión de Mark pasó de desagradable sorpresa a un súbito bochorno. Danny, habiendo pensado que sería Paul Carson, enseguida suprimió su rostro de estupor y sonrió abiertamente al ver a su amiga.

—¡Suzie!

—Sí, la misma. ¿Qué hacéis, tíos? Ya os dije que no me espiarais.

Los ojos de Danny se abrieron de manera simpática.

—Yo puedo darte una buena explicación. Me tienes preocupado.

—¿Eh?

—Sí —aseguró Danny, enseñando los dientes—. Estás muy distante últimamente.

—Está bien.

—Mark no tiene excusa —dijo Danny—. Simplemente se deja llevar por su amor.

Suzie arqueó las cejas.

—Sí, sí. Está bien, tíos. Salid de aquí. —Viendo la caja que cogió Mark del suelo, le preguntó—: ¿Qué es eso?

—No es nada —dijo Mark, preso de un fuerte sofoco.

—Más cachivaches electrónicos, ¿eh? —dijo ella.

—Lo siento, pero Danny tiene toda la razón —logró articular—. Desde que te fuiste del partido, no hemos sabido nada de ti y estábamos preocupados.

La expresión de la muchacha se ablandó.

—Está bien. No es nada, es que he tenido que llevar a mi madre al centro médico.

—Oh, qué mal, y ¿está bien? —dijo Danny.

—¿Cómo va a estar bien si la ha llevado al médico? No seas tonto —le amonestó Mark.

—Eh, mi forma de hablar es para listos, ¿sabes? Para gente que ya sabe lo que quiero decir y que necesita pocas explicaciones.

Ambos muchachos enfrentaron sus miradas torpemente. Danny entrecerró los ojos con buen humor y Mark se limitó a dejar pasar las cosas del chico por ser más pequeño.

Suzie los contempló pensando que había cosas en Past Grove que nunca cambiarían. Envuelta por aquellos hechos cotidianos, la muerte de su madre parecía ser sólo una pesadilla que había irrumpido como un tumor maligno. Sonrió con afecto.

—Es un circuito que he mejorado un poco añadiéndole más transistores —dijo Mark, y Suzie lo miraba sin entender nada en absoluto—. Es decir, he añadido lo que se llama una nueva etapa de amplificación. Ahora se oye mejor y tiene más alcance.

—Oh, sí, sí.

—Ella es como yo —dijo Danny—, no entiende nada de nada. ¿Te das cuenta de que tenemos muchas cosas en común? Mi oferta de noviazgo sigue en pie, piénsatelo.

—Me gustas, renacuajo —le dijo, al tiempo que le manoseaba su cabello rubio.

—Siento mucho lo de tu madre —intervino Mark, pensando que se debía a algún asunto relacionado con el alcohol—. Espero que se recupere.

—Gracias, pero no lo hará. Ya no.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras introducía los cables y los auriculares en la caja.

—Ha tenido un infarto.

—¡Mierda, tía! —exclamó Danny.

Los ojos de Mark se llenaron de sorpresa.

—Lo siento muchísimo.

—Muchas gracias, chicos. —Guardó silencio y, después de advertir que ellos no se atrevían a decir nada más, preguntó—: ¿No habéis visto nada raro en el pueblo?

—¿Y nos lo preguntas tú? —bromeó Danny—. Eres la filósofa de Past Grove.

—Supongo que sí —reconoció, sonriente—. Mi madre fue mordida por…, por unos monstruos.

El silencio se endureció en torno a los muchachos. Entonces se escuchó el maullido de un gato. Cuando Mark decidió preguntarle, Danny se encontraba con su cara paralizada y los ojos eran tan grandes como los de un búho.

—¿A qué te refieres?

—Pues a eso mismo. —Suzie pasó a contarles la experiencia de la pasada noche. Al terminar, la cara de Danny continuaba con los ojos bien abiertos; ahora una boca retorcida se había sumado a su espanto. Las piernas se le aflojaron.

La caja de cartón temblaba en las manos de Mark.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —dijo—. ¿Monstruos pequeños?

—Sé que suena a locura —reconoció Suzie.

Danny la miró de arriba abajo. Vio los cortes en la cara, los pantalones manchados de sangre y el revólver en la correa.

—Dios, tía, ¿de dónde sales?

—He tenido un encontronazo con Tom Paulson y su pandilla. En las tierras del señor Lancaster.

—Así que a eso se refería Paul Carson cuando hablaba con Duncan por la radio —dijo Mark, reflexivo.

Suzie arrugó el entrecejo.

—¿Qué ha dicho? Estaba allí escondida —señaló la parte posterior de la casa—, pero no he podido escucharlo.

—Por lo visto, el padre de Tom te ha denunciado a la policía —le explicó Mark.

—¡Sí, tía, qué le has hecho! —exclamó Danny.

—Defenderme. Querían atarme a un árbol y hacerme mucho daño. —Las últimas palabras de Suzie perdieron intensidad, como si todavía no pudiese creer que esos chicos estuvieran dispuestos a algo tan grave.

—Las estupideces de Tom no dejan de crecer por lo que veo —dijo Mark.

—Esta vez tenía pensado pasarse más de la cuenta. Y le disparé en una pierna. En el gemelo.

Los dos chicos enmudecieron.

—Me asusté y salí disparada con la bicicleta —continuó Suzie.

—Pues la policía del pueblo te anda buscando —dijo Danny.

—No me importa —susurró; luego agravó su voz y agregó—: Voy a vengarme de Past Grove.

Mark y Danny cruzaron sus miradas sin comprender.

—No entendemos lo que quieres decir —dijo Mark, y se subió las gafas de pasta.

—Past Grove es algo que está despertando y cada vez hace más cosas.

—No veo que este pueblo sea algo más que un montón de casas y familias —caviló Mark.

—Te equivocas. Es un pueblo muy raro. Recordad todas las historias que se cuentan de él.

—Historias de viejas —aseguró Mark, negando con la cabeza.

—¿Acaso habéis olvidado ya lo que ocurrió hace unos meses en la mina abandonada? Murió gente, entre ellos el forastero de la silla de ruedas. ¿Qué hacía ese chico en la mina? ¿Y qué me decís de los monstruos que han mordido a mi madre? Y sé que mi padre no tuvo ningún accidente. Fue Past Grove. El pueblo lo mató porque estaba investigando cosas.

—Pues… —dijeron al unísono.

—Sé lo que digo, y por eso ayudaré al profesor Bruce Morton.

Ambos chicos estaban perplejos de todo cuanto ella explicaba.

—A lo mejor queréis ayudarnos.

—¿A qué? —preguntaron a la vez, con expresiones de asombro.

—No sé —dijo, dirigiéndose a Mark—, tú eres muy espabilado con la electrónica.

—¡Eh, cuidado! —desaprobó Danny, con las manos en jarras—. No te recomiendo pasar por alto mis interesantes cualidades.

Mark le miró sorprendido.

—¿Y se puede saber cuáles son?

Suzie se sentía extrañamente reconfortada al tener cerca a la divertida pareja. Después de tantas desgracias, era de agradecer que alguien como Danny se tomara a broma todo lo que ocurría en el pueblo.

—Soy más rápido que tú con la bici, tío.

—Qué estupidez.

—Y al ser más pequeño, puedo escabullirme por cualquier hueco. Tú quedarías atascado como un gordo.

—Cállate ya, Danny.

Suzie los contemplaba reflexionando acerca de las habilidades que Danny comentaba. Lo había visto pedalear sobre su bici y en verdad su velocidad era notable. Era dos palmos más bajo que Mark, quien sólo era un chico espigado con gafas de pasta, pese a su enorme talento para la electrónica.

—Está bien, chicos. Dejadlo ya. Los dos sois increíbles.

—Seh… —Danny adoptó pose atlética, como los héroes de los tebeos que leía con frecuencia. Su semblante se volvió cómicamente feroz.

—Chicos, mi madre ha muerto —dijo con voz apagada y entornando los ojos—. Os necesito a los dos. Pero no os lo toméis a broma. En este momento, Past Grove incluso nos está escuchando.

Ambos guardaron silencio, como si de repente las palabras de Suzie cobraran la veracidad de un sabio. Miraron en derredor, esperando encontrar a alguien oculto tras los árboles, pero era el barrio de siempre y las mismas ideas disparatadas de Suzie Denker, quien ahora lucía mayor determinación y las heridas sugerían que había sobrevivido a más problemas que ellos.

El gato continuaba maullando de manera penosa, como el cántico de quien desea atención. Salvo por eso, el resto de Past Grove se hallaba bajo un velo de palpable silencio. Los chicos se miraron, esperando que el otro tuviera alguna ocurrencia para romper el insólito mutismo que se había creado. Una fina brisa se deslizaba entre los árboles, cuyas ramas oscilaban como los brazos de una madre que ansiaba estrecharlos. Danny rehusó ser presa del doloroso y retorcido abrazo. Se estremeció cuando consiguió

desembarazarse del pensamiento, que se había alojado en su cabeza como forzado por algo real.

—Past Grove —murmuró.

—Calla, idiota —repuso Mark.

—Callaos los dos. —Suzie había posado una mano sobre la Smith & Wesson 38 y su cara reflejaba una atención demencial. Danny advirtió que ya no parecía sólo una *pitcher*. Algo en su interior había cambiado y le confería un aspecto decidido y seguro —. ¿Tenéis armas?

—Yo no —dijo Mark.

—Yo sí… Tengo cuchillos, palos, piedras. También una escopeta de mi padre. Y un bate de béisbol.

—Bien, renacuajo —aprobó Suzie—. Pero primero debo hablarlo con el profesor para saber qué opina.

—El profesor Morton me dejará entrar en el club —dijo Danny —. Es mi profesor de historia.

—Esto no es un club, renacuajo. Es muy serio —rugió ella—. Ahora voy a cambiarme de ropa. Os llamaré cuando sepa algo.

Los muchachos asintieron y caminaron hacia la acera de Village Road. En la distancia los escuchó despedirse de ella rodando en sus bicicletas; Danny iba en primer lugar, obstinado en demostrar que era más rápido.

Suzie abrió la puerta principal, arrepentida de haberlos despachado tan deprisa. El olor de la casa era distinto. Una mezcolanza de abandono y melancolía se estaba instalando en todas partes. Suzie, mientras avanzaba por el pasillo, sintió que ya no era su casa. Era como si un animal hubiese dejado su huella de orín. Subió las escaleras, consciente de que las buenas vibraciones que emitían los chicos habían desaparecido; estaba de nuevo sola y debía enfrentarse a la pérdida de su madre.

Al entrar en su cuarto se derrumbó sobre la cama sin siquiera desprenderse de la mochila de los periódicos y cerró los ojos. Pensó que se había precipitado al decirles a los muchachos que Past Grove podía escucharlos. Y aunque delante de ellos mantuvo a raya su miedo, había percibido la flojera de sus piernas en dicho momento, flojera que había perdurado hasta arrojarse en la cama.

Se recriminó por haber acudido a los chicos, puesto que nunca les había tomado muy en serio. Sin embargo, Mark sería de gran ayuda. Y sin duda, Danny sería de utilidad para ocultarse debido a su pequeño tamaño, o para salir corriendo el primero con la velocidad que prometía tener. Suzie pintó una sonrisa que manifestaba derrota a la vez que ironía.

Se sentó en el borde de la cama e inconscientemente se quitó la mochila, la abrió y cogió un ejemplar.

El señor Barrett recibirá un entierro digno, aseguraba el titular de la primera página. La comunidad de ancianos de Past Grove se había volcado con el difunto señor Barrett debido a su buena actitud. Todos conocían la gran labor que realizaba visitando a los enfermos en el centro médico y atendiendo a la viuda Belz, quien había perdido a su esposo en un accidente de tráfico. Así pues, rezaba la noticia, Funerarias el Muerto Feliz atendería cualquier necesidad, y el gerente estaba dispuesto a dividir el pago en recibos tan pequeños que hasta los niños podrían contribuir con unos pocos dólares. Un párrafo hacía referencia a su extraño comportamiento durante las últimas semanas de vida, pero la comunidad aseguraba que se debía a problemas económicos, por lo que con mayor motivo recibiría todos los honores en el funeral. Algunas voces protestaban por el singular anillo que lucía desde hacía un tiempo.

—Joder.

Tras la ventana, el cielo adquirió un tono negruzco semejante a carbón.

Capítulo 20

El martes 25 de noviembre, a las nueve de la noche, Bruce Morton experimentaba un repentino calor en el pecho. Lo atribuyó al nerviosismo que le provocaba su esposa al permanecer en el baño durante casi una hora. Cathy nunca había sido excesivamente coqueta, así pues, ¿a qué diablos se debía su demora? Bruce adivinaba que acudiría a la reunión, como cada noche desde que se había embarcado en sus fantasías. Había asaltado el apartamento a las ocho de la tarde, trayendo consigo una feroz urgencia; y sin dirigirle la mirada, fue al dormitorio y comenzó a introducir la ropa en una maleta. Cathy había tomado la decisión de abandonarlo por un tiempo.

El profesor se encontraba apoyado en la jamba de la puerta de la cocina, esperando a poder entrar. Había quedado a medianoche con Suzie en la propiedad de la señora Nevis, y aunque disponía de tiempo suficiente, escuchar los ruidos dentro del baño sólo agravaba la situación. El calor del pecho aumentó, al punto de convertirse en una leve fatiga. Carraspeó para liberar a su garganta de la presión.

Los ruidos de objetos que se movían de un lugar a otro, así como el sonido del agua del grifo, no cesaron hasta pasadas las nueve y media. Bruce casi jadeaba por la ansiedad del pecho. El plan de seguir a Cathy aquella noche le exigía mantenerse firme y rehusar cualquier tentativa con el alcohol. Y aventurarse a cometer alguna imprudencia con su mujer sería fatal. La mejor opción, pensó, era dejarla a su aire hasta que abandonase el baño.

La maleta dormitaba junto a la puerta principal. Bruce sentía la insoportable necesidad de abrirla y volver a colocarlo todo en su lugar. Sobre todo de obligar a su esposa a abandonar sus locuras, pero recordando que ya había recurrido a esas estrategias, forzó a su ansiedad a silenciarse. Había llegado el momento de seguirla y comprobar con sus propios ojos qué ocurría en casa de Frances, y resistiría cualquier tentación de arruinar el plan.

De pronto, la mano con que solía coger la petaca recorrió su muslo derecho como única forma de mantenerse ocupada. Manoseó el tejido del pantalón hasta que la fricción provocó que la palma de la mano ardiese; por un momento creyó que eran quemaduras de segundo grado.

—Maldita sea —graznó.

Desvió su atención a la puerta del baño, cerrada como el acceso a una fortaleza. Sin poder resistirlo más, avanzó por la penumbra del pasillo. Se detuvo delante de la puerta. La luz irrumpía por el resquicio, semejante a una fina bruma. Se preguntó si estaría usando el agua caliente. Experimentó la necesidad de asir el pomo, girarlo y averiguar en qué ocupaba Cathy su tiempo. La respiración se convirtió en un leve ronquido.

Finalmente aferró el pomo y lo giró muy despacio, tanto que tenía la certeza de que su esposa ni lo habría advertido. Así que pensó en terminar ahí mismo su pequeño arrebato de inquietud y limitarse a esperar a que saliese. Sin embargo, antes de que el pensamiento pareciera razonable, la puerta se encontraba abierta y la pesadilla se incrustó en sus ojos.

Bruce boqueó en busca de aire para aferrarse a la cordura y no perderse en el frenesí de su ansiedad. La mujer frente al espejo distaba del recuerdo que tenía de Cathy.

—¿Cathy? ¿Eres tú, cariño?

El largo vestido negro se posaba sobre los hombros y el torso carente de las redondeces de los pechos. Los rizos se estremecían como si algo diminuto habitase entre la espesura del cabello. La piel del antebrazo izquierdo sufría de un abultamiento que se deslizaba resueltamente hacia el dorso de la mano. Las bolsas negras bajo los ojos estaban hinchadas como sacos. Una vejez prematura parecía haber erosionado su rostro y la piel se había cuarteado. De una de las grietas asomaba la extremidad de un gusano.

La mujer cogió el gusano lo extrajo con delicadeza. Durante el proceso, la piel de la mejilla se estiró sugiriendo tejido muerto encima del hueso. Arrojó el fino gusano al suelo y lo aplastó con la punta del zapato.

Bruce notó cómo despertaba su asqueado vientre al escuchar el ruido quebradizo y pastoso. Cathy le dedicó una mirada perturbadora, cubrió el escaso espacio del baño y le aferró el cuello.

—No te entrometas. —La voz era cavernosa y parecía la de un muñeco de ventrílocuo, por cómo estaba sobrepuesta a la voz de la propia Cathy. Los dedos presionaban la garganta de Bruce con apasionada lentitud. De pronto apareció una fisura en la bolsa del ojo izquierdo y asomó el extremo de otro gusano.

Bruce ahogó un grito aterrador. La mano que lo tenía preso le soltó y un dolor agudo se abrió paso por el cuello. La mujer le dio la espalda y delante del espejo aplicó carmín a su sonriente boca.

Las fuerzas del profesor desfallecieron, las piernas no soportaron más su peso y se precipitó al suelo con un ruido aparatoso. Su visión se había nublado por la tremenda ansiedad. Se arrastró hacia atrás ayudándose de pies y manos. Cuando se topó con la pared,

resolló de espanto, pensando que aún estaba demasiado cerca de la pesadilla. Entonces la puerta se cerró estrepitosamente. Quedó en medio de la negrura del pasillo, salvo por el resplandor que se filtraba bajo la puerta.

Una risita desequilibrada se sumó al horror que se cernía sobre Bruce. Trató de encontrar la energía suficiente para ponerse en pie y salir del pasillo. Necesitaba recomponerse y acudir al encuentro con Suzie.

Dos horas más tarde, Cathy continuaba en el baño, susurrando una extraña jerga incomprensible. El profesor se hallaba en el comedor. Tenía la petaca encima del regazo, pero no había probado ni un trago. La bebida no fue necesaria para precipitarse por el acantilado de la demencia. En su mente, las más terribles cuestiones tomaban formas indescifrables. ¿Por qué su esposa prefería aquella atrocidad que la marchitaba a su matrimonio? ¿Qué le ofrecían esos fanáticos? Pensó que debía de estar siendo forzada a todo aquello sin que ella siquiera fuera consciente.

—No puedo permitirlo.

Lanzó la petaca contra la pared, el contenido se derramó por el suelo. El hedor a licor atestó el comedor. Se levantó del sillón de lectura. En la cocina había una puerta que ocultaba una pequeña despensa. La abrió, apartó un cubo con agua, dos paquetes de detergente y por fin encontró la cuerda con que ataría a Cathy.

—Ni siquiera saldrá de casa. No puedo permitirlo.

Entonces se escuchó abrirse la puerta del baño. El taconeo de Cathy inundó el pasillo. Bruce salió a su encuentro.

—Espera.

La extraña manifestación había desaparecido y Cathy volvía a mostrarse como hasta la fecha; quizá más delgada, pero lucía un rostro apacible.

—¿Qué pasa? Tengo prisa —dijo, al tiempo que cogía la maleta.

—Te marchas.

—Te dejo por un tiempo; tenemos mucho trabajo. Además, no puedo estar más tiempo en esta casa.

—No lo permitiré —masculló Bruce, mostrándole la cuerda.

—¿Qué pretendes, estúpido borracho? —Cathy agravó su expresión tejiendo una red de arrugas.

Bruce extendió la cuerda con una sacudida y avanzó un paso cuando de repente ella le asestó un bofetón en plena mejilla. No se dio por vencido y, haciendo caso omiso al palpitante dolor, la aferró por las muñecas. La maleta cayó al suelo.

—No me pongas las manos encima —dijo Cathy, y se zafó de Bruce. Al verse libre cogió la maleta con ambas manos y la estrelló contra Bruce, que retrocedió aturdido—. ¡No quiero tenerte cerca

nunca más! ¿Me oyes?

La mujer abrió la puerta y se apresuró a salir. El estampido al cerrarse hizo recobrar al profesor Morton el conocimiento.

Se abalanzó sobre la puerta, la abrió y, cuando llegó al rellano, vio a Cathy tres pisos más abajo. Trotaba a toda velocidad. Se obligó a dejarla partir, porque esa noche sería la última y podría recuperarla.

En una exhalación, entró en el comedor. Esquivó los muebles y abrió un cajón provisto de cerradura. Sacó el revólver y la pistolera, que se ciñó a la cintura con rapidez. Antes de abandonar el comedor, observó que las agujas del gran reloj señalaban las once y media. Podría llegar a tiempo al encuentro con Suzie si no sufría de más impedimentos. Aunque era una muchacha decidida, no quería que esperase sola por los alrededores de la casa de Frances Nevis.

Salió del edificio con el corazón atascado en su pecho, realizando un agotador trabajo por latir de manera regular. El cielo de Past Grove se había teñido de oscuridad, únicamente se encontraba salpicado por diversos puntos luminosos. Miró en todas direcciones, pero no había ni rastro de Cathy ni del Lincoln. Bruce caminó hacia el este, evitando las farolas de sodio que aparecían de cuando en cuando por las esquinas. Tomaría los caminos más discretos para pasar desapercibido.

Los edificios de ladrillos dieron lugar a casas enterradas entre árboles y maleza. Viró hacia el sur por el camino que delimitaba los campos de trigo de la familia Paulson. Sabía que dicho camino desembocaría en el cruce con la calle donde se ubicaba la casa de Frances. A cada paso, Bruce se repetía que sacaría a su mujer de las garras de aquel grupo desquiciado y juntos volverían a ser un matrimonio feliz. Recuperarían todo el tiempo perdido. Mientras los pensamientos le ayudaban en su determinación, frenó en seco, asaltado por el súbito traqueteo de un coche.

—Maldita sea.

Hizo uso de un enorme roble, que se erguía junto al andén izquierdo, para esconderse. Antes de que pasara el coche precedido de la iluminación de los faros, Bruce se agazapó tras los arbustos que crecían alrededor del árbol y contuvo la respiración.

El automóvil lo ocupaban cuatro pasajeros cuyos rostros delataban una ansiedad animal. Reconoció en la parte trasera al tipo que había molestado a Suzie. Se mostraba inquieto, con el sombrero ligeramente declinado sobre la cabeza y farfullando algo que al resto parecía traerle sin cuidado.

—¿Cómo diablos voy a sacar a Cathy de las manos de tanta gente?

Suspiró poniendo todo el empeño en que su valor no vacilase.

Cuando las luces del coche se convirtieron en un punto luminoso en la lejanía, Bruce se alzó y salió al camino. Iniciando de nuevo la marcha, llevó una mano a la pistolera. Recuperar a Cathy era de máxima prioridad y dispararía en caso necesario.

Había casas de madera diseminadas por la zona. Se erguían entre pinos apagados, semejantes a construcciones inexpresivas. Bruce pasó de largo, y finalmente divisó la calle donde estaba la propiedad de Frances Nevis. El vehículo que había pasado minutos antes se hallaba aparcado frente a la casa y el tipo del sombrero hacía guardia ante la entrada. Antes de alcanzar la intersección y poder ser visto, Bruce cruzó el camino para aprovechar los árboles de ese lado. Pasando de un pino a otro como un animal furtivo, alcanzó la parte posterior de la casa. No había ni rastro de Suzie Denker, y esto lo inquietó. Aunque no podía verla, sabía que ella andaba cerca. Una muchacha con su agilidad y juventud probablemente sería capaz de esconderse mejor que él. Pasarse media jornada pedaleando sobre una bicicleta le habría aportado los músculos necesarios para enfrentarse a una situación como ésa. El problema era él; haberse abandonado a una vida ociosa le pasaría factura pronto. Sólo esperaba que si tenían que salir corriendo no vomitase el corazón.

Cruzó el camino cerciorándose de que nadie le vería. Pegó su espalda a la valla de madera y entonces reparó en la bicicleta de Suzie, apoyada en el tronco de un abeto.

—No ha faltado a la cita, como cabría esperar. —Su voz era un susurro fantasmal en medio del silencio sepultado de sombras. Avanzó junto a la valla, con la mano amparándose en el revólver, y un jadeo de preocupación. Sobre su ser recaía la responsabilidad de recuperar a su esposa.

Capítulo 21

Suzie Denker pedaleaba por Jointer Avenue con la fuerza que le suministraba la rabia. Siempre había sentido un enojo pasajero cuando una situación se torcía, como perder un partido de béisbol; incluso haber sido atacada por la pandilla de Tom le abrió un poderoso caudal de dolor, que desaparecería en pocos días. Sin embargo, en ese instante, un sentimiento de destrucción colmaba el corazón de la muchacha mientras era consciente de cómo la vivienda de Frances Nevis crecía en la distancia. El esbozo fue adoptando la definición del tejado que asomaba por encima de la valla de madera. Una agrupación de pinos y abetos quedaba ubicada en la parte posterior. Ella se dirigía hacia allí, donde podría ocultar la bicicleta.

Apenas advirtió lo silenciosas que estaban las calles, salvo por el habitual maullido de gatos callejeros. Vestía pantalones negros y camiseta del mismo color. Su tez exhibía gruesas pintadas hechas con rotulador negro. La coleta volaba al viento con la misma determinación que reflejaban los ojos. Cuando llegó a la parte trasera, derrapó y tumbó la bici. Tras apoyarla en el tronco de un abeto, se encaminó a la alta valla, que era una sucesión de tablas clavadas sobre dos prolongaciones horizontales de madera. Palpó y tironeó para comprobar la solidez. Miró a través de la hendidura de entre dos tablas. El jardín posterior estaba cuidado y la ventana de la cocina emitía un fogonazo de luz blanca que alcanzaba hasta unas petunias. Esperó a la oscuridad antes de acceder.

Entonces se escuchó el frenazo de un coche al otro lado de la propiedad. El olor a neumático quemado la alcanzó. Portezuelas que se abrían y se cerraban con estrépito. Una carcajada, que inundó a Suzie de irritación, estalló en el aire, y reconoció en ésta al hombre que la había amenazado para que no ayudase al profesor Morton. El murmullo de voces se encaminó a la casa.

Suzie fue hasta el final de la valla de madera. Se topó con la bocacalle, cerrada por una tela metálica por cuyos huecos se introducían algunas ramas de los fresnos. Y parte de la copa de un árbol se había precipitado hacia delante aportando las sombras que reinaban durante el día. Sobre una rama descansaba un gato que empezó a maullar en cuanto la vio, lo que alertó a la comunidad de felinos que deambulaba por la zona. Los arbustos se encendieron de ojos diminutos. Suzie evitó pisar un gato que se lamía la pata.

La gran cantidad de gatos le hizo evocar las viejas historias acerca de una niña que acabó con todos ellos durante un verano, el denominado por los lugareños «el Verano sin Gatos». Lo había oído de boca de Carol Husman, la mujer de enormes pechos que trabajaba en la tienda de comestibles del señor Berryman. En numerosas ocasiones relataba, con un dolor procedente sólo de quien habla la verdad, cómo perdió a Missie en manos de una detestable niña a la que nadie llamaba ya por su nombre. Suzie había acabado por aceptar todas y cada una de las leyendas de Past Grove, puesto que sabía que éste era un pueblo donde tenían cabida todos los horrores que el resto del mundo no toleraba.

Los ojos brillantes de otro gato del callejón la contemplaban cuando de un impulso se aferró con las manos al travesaño superior de la valla metálica. Realizando un notable esfuerzo de brazos, consiguió subir y pasar por encima las piernas. Se dejó caer con destreza al otro lado. La iluminación de Bowel Street, donde seguía estacionado el automóvil, penetraba varios metros en el inicio del callejón. Pero donde se encontraba Suzie todo eran tinieblas, que la acompañaron en su avance. Se detuvo agazapada antes de pisar la luz que bañaba el asfalto. Al comprobar que desde ese emplazamiento no tenía buen ángulo de visión, se vio forzada a continuar hasta el límite del callejón. Por suerte, la sombra de su cuerpo creció hacia atrás y no había razón para que delatara su presencia. A su fortuna se sumó el que los gatos dejaran de maullar.

Estiró el cuello y asomó la cabeza. No había ni rastro del profesor Morton. Pensó que la próxima vez concretarían un lugar de reunión. Cuando el profesor le dijo que se encontrarían en la casa de la señora Nevis, jamás pensó que significaría decenas de lugares donde esperarle.

Suzie retrocedió enseguida, amparándose entre las sombras. Dos vecinos permanecían plantados tras el seto que rodeaba una vivienda situada delante del callejón.

—Sospechan algo, estoy segura —murmuró Suzie.

Debido al disgusto que mostraba el tipo gordo que señalaba a la casa de Frances, pronto se elevó el tono de la conversación y llegaron a los oídos de la muchacha algunas palabras. El hombre gordo, con su mejilla derecha decorada por una mancha de nacimiento semejante a un plátano, protestaba por los extraños gritos que cada noche surgían de la propiedad. El otro vecino, quien lucía una densa barba, mantenía una expresión neutral y escuchaba con interés. Luego, aprovechando un lapso de silencio que concedió el gordo, dijo que deberían ir a hablar con la policía.

Suzie regresó sobre sus pasos a la valla metálica. Después de

saltarla con el mismo aplomo que antes, la dejó atrás y miró por entre el hueco de las tablas de madera que cercaban la casa de Frances. Por un breve momento, pensó que su venganza llegaba a su fin, puesto que la iluminación seguía, odiosa, en la ventana. Resopló y empezó a rechinar los dientes. Afortunadamente, la ventana se convirtió en un borrón negro cuando estuvo a punto de sufrir un bloqueo nervioso.

Suzie retrocedió para tomar impulso. Corrió y, de un brinco, se encaramó a la valla. Segundos después se encontraba pasando una pierna por encima y saltando al otro lado. Quedó en cuclillas en una esquina del jardín. La hierba crecida le acariciaba el rostro, cuyos cortes se mostraban secos aunque visiblemente dañados. Su expresión dulce y delicada manifestaba ahora pérdida y dolor, confundidos en tantas ocasiones en adolescentes con el desprecio por el mundo que los rodea.

Se deslizó sigilosa como una cobra hasta la puerta trasera. Al intentar abrirla, notó el pestillo pasado. Se asomó por la ventana e introdujo una mano. Hurgó con los dedos y, aunque estuvo a punto de darse por vencida, finalmente logró desplazar el pestillo. Conteniendo la respiración, bajó el tirador y empujó con sumo cuidado. No quería perturbar el silencio que flotaba en el aire. Se fusionó con dicho silencio para ser invisible.

La oscuridad se vertía sobre la cocina despojándola de carácter y forma. Sobre una repisa se alzaban pequeños objetos que sugerían ser vasos vueltos después de una friega. El centro estaba ocupado por una gran mesa, con la que Suzie chocó. Tragó el grito que intentó salir por la garganta. Llevó una mano a la cabeza donde palpitaba el lugar del impacto. Mientras escuchaba latir a su corazón, esperó a cerciorarse de que su descuido no diera lugar a problemas. La mezcolanza de hervidos y fritos asaltó su nariz provocándole una repentina arcada. Y con esa sensación de confusión, siguió en cuclillas hacia la puerta. Pegó la oreja. Al otro lado, un murmullo de voces se instalaba en el silencio. Una voz femenina se alzaba por encima del resto con horrenda musicalidad. Se expresaba en una jerga irreconocible, como si las palabras careciesen de vocales, con el resultado de estar oyendo un balbuceo demoníaco.

Suzie miró por encima del hombro. Había escuchado un ruido en el jardín. Deshizo su camino hasta la ventana, junto a la puerta trasera por la que había entrado. Se asomó y, al ver una figura sentada sobre las petunias, extrajo la Smith & Wesson 38 de entre la correa. La cogió con ambas manos, la sacó por la ventana y apuntó.

Capítulo 22

Bruce permanecía a horcajadas sobre la valla de madera. Un río de sudor se precipitaba por su rostro hacia el mentón. Dentro del pecho, el corazón golpeaba con fuerza. Mientras trataba de recuperar el aliento, movió una pierna hacia el lado del jardín, quedando sentado encima de la valla. Seguidamente, el intento de salto fue una caída encima de una buena cantidad de petunias.

—Maldita sea.

De inmediato miró alrededor. Al asegurarse de que su torpe aterrizaje no había sido escuchado por nadie, suspiró y se encaminó a la casa.

Entonces sus músculos dejaron de obedecer. Su corazón latió a una intensidad dolorosa. Había sido sorprendido por alguien desde la cocina y lo apuntaba con un arma. Bruce pensó en lanzarse al suelo para ampararse en la oscuridad cuando advirtió que era Suzie.

—¿Profesor? —La voz de la muchacha no dejaba de sonar temerosa detrás de su visible estado de agitación.

Bruce colocó un dedo en sus labios, sugiriendo silencio, y corrió hacia la puerta trasera; se abrió de pronto y apareció el rostro lastimado de Suzie, quien lo abrazó.

—Sabía que vendrías.

—Mi madre ha muerto —murmuró con voz rota—. Ha muerto por la mordedura de esos monstruos.

—Lo lamento, de veras.

—Y yo. —Suzie le miró a los ojos, exigiendo saber cuál era el plan—. Quiero que mueran todos.

—Cálmate.

—No quiero. Quiero que Past Grove muera. Me lo ha quitado todo.

—Sé cómo te sientes —dijo Bruce, dubitativo, puesto que en verdad no tenía ni la menor idea de lo que sentía.

—Si de verdad sabes lo que siento, destruiremos el pueblo.

—Seguiremos con el plan trazado. Recuperaremos a mi esposa. —Le puso una mano en el hombro—. Y luego…

—Luego nada, ya no tengo adónde ir —masculló Suzie. El profesor le pidió silencio, pero ella se desembarazó de su mano y se distanció unos pasos—. Ya no necesito tu dinero, tío.

—Escucha, no es el momento de perder los estribos —le dijo, y

la aferró de nuevo por los hombros, esta vez de forma enérgica—. Sacaremos a Cathy, y luego, calmadamente, tomaremos nuevas decisiones. ¿De acuerdo?

Suzie desvió la mirada a un punto muerto del jardín. Sin embargo, Bruce percibió el profundo dolor en su semblante.

—Todo irá bien.

—Sí, sí —murmuró ella con los ojos fijos en la Smith & Wesson 38—. ¿Entramos ya?

—Adelante.

La expresión de Suzie, marcada por el dolor, desapareció entre las sombras de la cocina. Pero Bruce comprendió que ese anonimato era cuanto ella necesitaba para dar rienda suelta a su plena agonía. Después de pasar junto a la nevera y la mesa, se detuvieron delante de la puerta que los conducía a la casa, al grupo de fanáticos allí reunidos y… lo más importante, a Cathy. Sólo deseaba que su mujer estuviera en buenas condiciones para acompañarles, aunque fuese a la fuerza.

Con un dedo en los labios, Bruce se interpuso entre la muchacha y la puerta y descendió el tirador. La empujó, amparándose en Dios si los malditos goznes lanzaban algún quejido. Afortunadamente el silencio no fue entorpecido más que por las palabras que flotaban en el pasillo que se abrió ante ellos. Palabras semejantes a rezos conspiradores. Cuando los rezos finalizaron, una severa voz femenina añadió nuevos horrores en forma de exigencias, que el resto de voces parecía aceptar con extrema sumisión.

El corazón del profesor se colapsó al reconocer a Cathy. Era la voz ajada con que le había amenazado aquella noche al tratar de atarla. Con el arma por delante, avanzó por el pasillo. Cuando Bruce pensó que todo estaba siendo más fácil de lo previsto, estalló un alarido, semejante a un trueno. Experimentó el mayor espanto de todos al notar una mano pequeña tironeándole de su camisa. Estuvo a punto de sumar su propio grito, pero el rostro descompuesto de Suzie le hizo refrenarse.

Un resplandor se filtró por los resquicios de la puerta al final del pasillo, formando un perfecto rectángulo difuso. Ambos contemplaban estupefactos cómo el fulgor parecía violentarse de forma insólita. Dotado de vida, el contorno resultante empezó a estremecerse emitiendo volutas de humo rojo que se propagaron por el pasillo hasta Bruce, quien retrocedió sobresaltado.

—Están ahí detrás —dijo, con los ojos entornados.

Suzie asintió sin perder de vista las volutas como brazos que intentaron agarrar al profesor por las muñecas.

—Es Past Grove, sabe que estamos aquí.

Bruce no replicó, puesto que a estas alturas cualquier disparate

tenía cabida. Y en su cabeza sólo retumbaban los tormentos de alguien que se encontraba al otro lado de la puerta. Apartó a manotazos el humo procedente del resplandor y avanzó con el arma apoyada en el pecho.

Suzie fue en pos de él, rechinando los dientes y con el corazón empujando su pecho. Los nudillos de la mano que empuñaba el arma palidecieron.

A medida que se aproximaban, sus rostros quedaron bosquejados por la luz roja. Bruce deseó saber a qué se debía aquella luz, pero Suzie se preguntaba si tenía balas para todos los reunidos en la habitación. La refulgencia roja le traía sin cuidado; en su opinión no parecía más que un artificio de Past Grove.

Se abrió una puerta lateral y surgió el tipo que vigilaba la entrada de la casa. Sus facciones rojizas parecían contraídas por una furia desmedida. Los ojos reflejaban el fulgor sangriento en sus pupilas, contribuyendo a que la figura guardara parecido con una criatura de la noche. La boca se abrió en media luna y exhibió una sonrisa despreciable.

—Veo que me has desobedecido, pequeña —graznó con voz de cuervo.

Cuando las manos del tipejo tomaron la empuñadura del revólver, alojado en la cintura del pantalón, Suzie apretó el gatillo de su Smith & Wesson 38 con frialdad, como si el sujeto no fuese más que una lata de judías sobre una tabla.

—No soy pequeña —farfulló.

El orificio del vientre vertió un caudal de sangre contra el suelo rojizo. La cara reflejó una sorpresa tardía, como quien jamás hubiera esperado que los acontecimientos se desarrollaran de esa manera. Presionó la herida, pero fue inútil. El charco de sangre se extendía ante su expresión de incredulidad.

—Mierda —articuló con esfuerzo. Antes de caer, desenfundó su arma y disparó un errático tiro contra un cuadro de la pared, que estalló con una lluvia de cristales; la bala decoró el rostro de una joven Frances Nevis montando a caballo.

Bruce se había hecho a un lado. Estaba apoyado contra la pared, apuntando al cadáver, por si se le antojaba dar señales de vida. Sin embargo, Suzie no esperó y presionó el gatillo. La bala penetró el pulmón derecho por la espalda. Sobre la camisa de franela floreció una mancha de sangre.

Los rezos provenientes del cuarto vacilaron, la voz femenina que dirigía la reunión pronunció palabras incomprensibles que fueron recibidas con una ovación frenética.

—Van a salir. Maldita sea —dijo Bruce.

—Mejor. —Suzie se posicionó en medio del pasillo. Aferraba la

Smith & Wesson 38 con ambas manos en dirección a la puerta. Respiraba lentamente, esperando el momento justo para abrir fuego.

—Espera —dijo Bruce—. No queremos matar a nadie más. Bastará con llevarnos a Cathy.

Suzie reprimió un gemido, su respiración se alteró y se volvió ronca. El sudor descendía por su mejilla derecha. El humo rojizo se mecía alrededor de su cuerpo como una segunda piel.

—Está bien —repuso al fin.

—Tal vez podamos hablar con ellos —dijo Bruce.

En cuanto la puerta se abrió y una decena de rostros despojados de humanidad irrumpieron en el pasillo, Bruce rechazó la idea. Rememoró las palabras de su viejo amigo, James Denker, al confesarle que huyó despavorido de la casa. Parecía la mejor opción, hasta que reconoció a su mujer, salvo que distaba de ser Cathy. Encima del vestido con el que había salido del apartamento portaba una capa negra. Aunque la capucha que cubría su cabello pintaba su cara de sombras, se podía ver su mirada vidriosa, ausente. La mujer trataba de abrirse paso por entre el resto de expresiones sembradas de agujeros de gusano, de cabellos como esparto y una visible hambre de dolor.

—¡Han interrumpido la ceremonia! —vociferó un tipo irreconocible, que una vez fue el señor Foot. Ahora, no obstante, sólo era alguien por cuya boca brotaba el extremo de un gusano. Los ojos se mantenían fijos en un horizonte incomprensible.

Algunas capuchas de los congregados retrocedieron durante el encontronazo en la puerta y dejaron al descubierto una palidez enfermiza. Los ojos de la mayoría estaban rodeados de manchas negras. Un hombre perdió su peluca y fue pisada por la multitud que se abrió paso desde atrás. El cuerpo del tipo abatido por Suzie recibió decenas de pisotones. Un sofocante olor los acompañaba en el avance. Extendieron los brazos en cuanto creyeron poder alcanzar a Suzie o al profesor.

La muchacha boqueó repetidas veces. Tenía la cara bañada de sudor, pese a todo, las manos que empuñaban el arma no vacilaban.

—¡No dispares, podrías darle a Cathy! —ordenó Bruce.

Ambos retrocedieron al tiempo que avanzaba la perezosa marcha. Más gusanos surgieron de las cavidades de las caras. Una mujer de cabello castaño, situada a un lado de la lamentable procesión, se llevó una mano al cuello cuando su carne se abrió y asomó la extremidad de un gusano. Lanzó un grito desesperado.

Suzie experimentó varias arcadas a medida que daba un paso tras otro. Pisó los cristales del cuadro destrozado.

—¡Atrás! —exclamó Bruce al verla detenerse.

—¡Es mejor disparar!

—Son personas, maldita sea —replicó.

Suzie contempló la gran cantidad de rostros, todos sembrados de hoyos ocupados por gusanos. Por esto, además de por el soñoliento caminar, los relacionó más con muertos que con personas. Pero se limitó a seguir las instrucciones del profesor.

Entraron en la cocina. Cubrieron la distancia hasta la puerta que daba al jardín. Bruce palpó el tirador sin perder de vista a su mujer, quien se había adelantado al grupo, lo que le hizo pensar que lo reconoció. La capucha había caído sobre los hombros y reveló sus facciones talladas por un incomprensible odio.

—¡Has interrumpido nuestra ceremonia, maldito borracho! —Tras pronunciar las palabras, los labios de Cathy temblaron y de pronto emergió un gusano fisgón.

—Dios mío —dijo Bruce para sus adentros.

La cocina se inundó de un hedor que evocaba a las cloacas del subsuelo. La cabeza de una criatura asomó precavidamente por el fregadero. Extendió una enorme boca repleta de dientes como cuchillas cuyos extremos goteaban baba repugnante.

—¡Hay más! —exclamó Suzie, al reconocerla como miembro de la diabólica familia que había mordido a su madre. Dirigió el cañón de la Smith & Wesson 38 hacia la bestia, que se había sentado sobre el mármol para contemplar el horrendo espectáculo mientras su expresión reflejaba el deseo de una confrontación sangrienta.

—Por el amor de Dios, ¿qué diablos es eso? —preguntó Bruce, abriendo la puerta trasera.

—Es Past Grove.

—¿Es que siempre respondes lo mismo?

—Son las cosas que maté en mi casa. Las que mordieron a mi madre, aunque son diferentes —explicó, y apretó el gatillo. La bala desprendió una porción de la corteza de mármol.

La criatura se había puesto en pie y de un brinco fue a parar a los hombros de Cathy, quien no pareció rechazar su presencia. Pese a su fealdad, la cara era un esbozo de buen humor. La sonrisa permanecía constantemente abierta y carecía de labios, sólo los dientes como sables realizaban la función de cerrado, semejante a la visión de los barrotes de una celda. Los enormes ojos amarillos se encontraban por encima de un pequeño hocico animal. El abundante cabello blanco estaba reunido sobre su cabeza y cubría buena parte de la curvada espalda.

Los asistentes a la ceremonia llenaban la cocina. Bruce no sabía cómo sacar a su mujer de entre ellos, sobre todo por la sonriente criatura sentada sobre los hombros. De pronto, experimentó un odio

desmedido al ver cómo acariciaba los rizos de Cathy.

Suzie, con la imagen mental de su madre dolida, dirigió el arma, aprovechando el instante en que Cathy se adelantó del resto, a la cabeza de la criatura. La mujer se encontraba a escasos dos metros. Y Suzie supo que a esa distancia no fallaría.

Sin embargo, Bruce se le adelantó, la apresó del brazo y la sacó de la cocina.

—No dispares.

La condujo por el jardín hacia la parte delantera de la vivienda. Avanzaron por un pintoresco sendero de piedras incrustadas en tierra.

—¿Adónde vamos? —quiso saber, al tiempo que tenía la sensación de ser dirigida mansamente contra su voluntad. Miró por encima del hombro y no divisó a nadie.

El coche que había visto Bruce antes de llegar a la propiedad de Frances seguía estacionado junto a la acera. Soltó a la muchacha y se apoyó sobre sus rodillas para recuperar el aliento.

—Estás en mala forma, tío —apreció Suzie—. ¿Por qué huimos?

—No lo hacemos. Pero es mejor no disparar y enfrentarse a ellos de otro modo. La calle podría llenarse de policías en pocos minutos.

—¿Y a qué hemos venido?

—A recuperar a Cathy, ella es lo único que quiero.

—No recuperarás a tu mujer sin usar la violencia, tío, esto es Past Grove. Aquí la gente muere y a nadie le importa.

Dentro del garaje dormitaban tres vehículos. Bruce reconoció su coche familiar junto a un Renault blanco.

Entonces se escucharon los pasos amortiguados por la hierba y murmullos roncos avanzando por el flanco derecho de la casa. El rumor de voces creció hasta que finalmente asomaron las primeras túnicas rodeadas de sombras.

—¡Están allí! —exclamó la voz quebrada de una mujer que había perdido parte del cabello rubio que lucía semanas antes. Los señalaba con el dedo índice, rígido como un palo.

El resto de miembros apareció segundos después.

—Andando —graznó Bruce—. Daremos la vuelta y los sorprenderemos por detrás.

Corrieron por el flanco izquierdo. Un rosal discurría a lo largo de la valla de madera. Bruce se esforzaba por controlar la respiración; Suzie lanzaba alguna que otra mirada para cerciorarse de que la distancia crecía con respecto a los fanáticos. Ambos eran dos sombras furtivas en dirección de nuevo a la parte posterior, la cual se encontraba despejada.

—Son torpes corredores —apuntó Suzie.

—Por eso quiero sorprenderles por la espalda.

El cielo negro palpitaba por las numerosas estrellas.

Suzie vio que la puerta trasera estaba abierta. Bruce la aferró por la muñeca de nuevo.

—Tío, deja de cogerme. Sólo quiero ver si hay alguien escondido en la cocina.

—Escucha.

El ruido de pasos les llegaba desde el camino que habían tomado ellos. Sin embargo, también se oía un murmullo de voces por el flanco derecho.

—Se están dividiendo —dijo el profesor. Desplazó la vista por la casa, y con un hilillo de voz, añadió—: Me esconderé en la cocina y cuando vea pasar a Cathy la atraparé. Tú eres más rápida.

—No hace falta que lo jures.

—Atráelos hacia ti.

Suzie realizó un gesto de asentimiento. Apretó los labios y asió con firmeza la Smith & Wesson 38. Cuando giró sobre sus talones para iniciar la carrera, Bruce le dijo:

—Ten cuidado, por lo que más quieras. Tu padre no me lo perdonaría.

Suzie asintió de nuevo y desapareció por la esquina derecha.

Bruce empujó la puerta. Penetró la oscuridad con el cañón del revólver por delante. Pese al silencio, no se sintió mejor, puesto que había sido testigo de la bestia acariciando el cabello de su esposa, y ésta podía encontrarse agazapada en algún rincón. La luz del exterior lamía dos metros de suelo, pero la criatura tenía espacio suficiente entre las tinieblas sobrantes.

Afuera se escuchó a Suzie.

—¡Eh, maricas, aquí!

—Maldita cría —susurró el profesor—, menudas agallas tiene.

A continuación, vio a través de la ventana pasar a un grupo reducido. Se agachó y asomó la cabeza hasta la línea de los ojos. Los cinco tenían las cabezas cubiertas por las capuchas. Recordó que Cathy, a no ser que hubiese vuelto a ocultar su cara, tenía la cabeza al descubierto y el reconocerla sería fácil.

Minutos después, Bruce vio a Suzie correr por la parte trasera, colocarse detrás del grupo y amenazarle con disparar. Seguidamente, cuando logró captar la atención de ellos, siguió hacia el flanco izquierdo.

—Maldita sea. —La ansiedad latía en la cabeza del profesor como martillos de acero. Su corazón bullía una impaciencia que tuvo que reprender con todas sus fuerzas.

Dos individuos con el rostro visible cruzaban el jardín trasero. Bruce sintió náuseas al ver un gusano brotar por el orificio nasal del

tipo más alto, quien avanzaba más deprisa haciendo posible que Bruce reparase en Cathy.

—Dios mío.

La mujer caminaba despacio, olisqueando el aire como un animal del bosque. Por fortuna, la criatura ya no se encontraba sobre los hombros.

—Ahora o nunca.

La voz de Suzie se escuchaba en la parte delantera de la casa.

Bruce vio a Cathy alejarse en dirección a la valla. Entonces abrió la puerta el espacio necesario para salir. Avanzó de forma sigilosa. Pensó en las diferentes maneras de forzarla a acompañarlo a casa, pero cuando ella se volvió y clavó su mirada perdida en él, supo que el único modo era asestándole un golpe en la cabeza con la empuñadura del arma.

—Lo siento, cariño —dijo, al verla tendida en la hierba.

La aferró por los hombros y trató de alzarla, pero una mano fuerte se lo impidió al posarse en su hombro. Bruce se volvió. Era el tipo alto en cuya nariz habitaba un gusano. El contorno de los ojos estaba tiznado de negro, lo que le hizo pensar al profesor que sería pintura ritualista; sin embargo, pronto advirtió que se debía al aturdimiento, como si el tipo actuara bajo una voluntad ajena.

—Past Grove —murmuró Bruce. Entonces recibió un fuerte golpe en la cara. Aterrizó junto a su esposa. El arma se desprendió de su mano y quedó en la hierba, a dos metros de distancia. Miró a un lado y reparó en cómo la piel del cuello de su esposa era empujada desde dentro. La piel se dividió y escupió un gusano acompañado por un reguero de sangre—. Dios mío, Cathy.

Cuando el profesor trató de incorporarse, la bota del desquiciado le aplastó el pecho. Por su cara se deslizaba el gusano salido de la nariz. Penetró por la herida de la mejilla derecha con viscosa agilidad. Él esbozó una placentera sonrisa, que dejó al descubierto dientes amarillos por el tabaco. Ejerció la fuerza suficiente para mantener a Bruce inmóvil sobre la hierba.

Por el lado izquierdo de la casa aparecieron tres encapuchados. La oscuridad de los rostros ocultaba gusanos aleteando de forma furiosa y alojados en multitud de perforaciones faciales. Bajo las túnicas asomaban los pies, arrastrándose en el penoso caminar. Mantenían las manos extendidas en el aire mientras los dedos se estremecían de ansiedad.

Bruce agarró la caña de la bota, pero antes de que pudiera moverla, el fanático la levantó y la descendió violentamente contra su pecho.

—Quieto, intruso. —Sonó como si las cuerdas vocales estuvieran revestidas de óxido y no pudieran realizar su función. Al profesor

Morton le sugirió la voz de un afónico.

El estallido de una bala llenó el aire. Bruce notó que el pie que lo retenía en el suelo perdía fuerza. Las facciones del hombre se destensaron y los ojos quedaron fijos en un baldío horizonte interior. Multitud de gusanos comenzaron a abandonar el cuerpo por orificios y heridas, eran como moradores que, viendo el fin de la vida del huésped, renunciaban a permanecer dentro. Cayeron en la hierba y se deslizaron hacia Bruce, quien asaltado por una gran aversión, empujó el pie y se levantó rápidamente.

—Maldita sea.

Se agachó y recogió el revólver. Vio a Suzie plantada en la esquina de la casa, con la Smith & Wesson 38 sostenida con ambas manos y las piernas separadas. La viva imagen del oeste americano.

—Te dije que no dispararas. Son personas y no somos asesinos.

—También me pediste ayuda. Y eso hago, ayudarte.

—Nos vamos —dijo Bruce, viendo que el cadáver bien podría pertenecer a Ralph. Levantó a Cathy por los hombros y la condujo a donde le esperaba la muchacha—. Cogeremos mi coche. Lo he visto en el garaje.

—Vale.

Detrás de los tres miembros de la congregación, apareció un grupo compuesto por nueve sujetos cuyas miradas se clavaron en Morton y en Suzie.

—¿Qué les pasará? —preguntó Suzie sin esperar una respuesta —. Parecen estar hipnotizados o algo raro.

—No me importa lo que les pase a ellos.

Al entrar en el garaje, el cansancio del profesor alcanzaba cotas insostenibles, y el miedo parecía robarle las fuerzas. Le quitó a Cathy la capa negra, la arrojó al suelo y manoseó el vestido en busca de las llaves. No las encontró y su exasperación se convirtió en una masa ulcerosa que palpitaba en su cabeza.

—¡No están las llaves!

Las sombras del garaje rodeaban a Suzie, haciéndole parecer una figura espectral, con su cabello rubio sudoroso, su piel blanca y su mirada atestada de una rabia que no había desaparecido. Dirigió el cañón del arma a todos los rincones, a cualquier lugar donde un ruido se manifestara de repente.

Bruce apoyó el cuerpo inconsciente contra el Lincoln, para probar suerte con el tirador de la portezuela.

—¡Excelente! —El chillido emergió igual que un júbilo infantil cuando la puerta cedió. Sobre el asiento del acompañante había un bolso. El bolso de Cathy, pensó. Allí podrían estar las llaves.

—Le has pegado bien —dijo Suzie.

—Andando —ordenó mientras abría la puerta del acompañante

y sentaba a su esposa. Cogió el bolso y extrajo las llaves—. Por fin.

Rodeó el automóvil cuando el rumor de voces muertas se alzó en el aire.

—Ya vienen —anunció Suzie.

Bruce se colocó al volante e introdujo la llave en el contacto. La oscuridad del garaje quedó dividida por los faros.

La gravilla de la zona frontal de la casa se estremecía a cada paso de la comitiva del horror. Pero a Suzie ya no le inquietaba que ésta apareciera en la entrada del garaje. Tenía la mirada fija en un rincón donde se alzaba una criatura repugnante con piernas revestidas de una vellosidad que hacía pensar en púas. Los enormes globos oculares parecían mal introducidos en su rostro, dando una impresión cómica, que inmediatamente era paliada por los afilados dientes superiores que rasgaban los labios. Las manos, cuatro dedos terminados en gruesas uñas.

Suzie apuntó a la cabeza calva.

—¡No pierdas el tiempo! ¡Sube al coche! —Bruce, con una mano en el volante y la otra sobre el respaldo del acompañante, miraba hacia atrás, a la diabólica reunión.

Suzie decidió seguir el consejo. Entró en el coche y cerró la portezuela.

Bruce colocó la marcha atrás y pisó el acelerador. El automóvil salió del garaje chocando con cuerpos huesudos y pasando por encima. La amortiguación se adaptó a las formas físicas. Se oyeron alaridos roncos y quebradizos, entre los que destacaron los de mujeres, por ser más agudos.

El resto de fanáticos se lanzó contra la carrocería cuando el coche frenó en seco, antes de arrollar un árbol del jardín. Bruce introdujo la primera marcha y aceleró. Las manos golpearon inútilmente cristales y puertas. Un hombre saltó sobre el capó un segundo antes de que el profesor acelerase, y cayó encima decorándolo con una abolladura. Dirigió una mirada odiosa hacia el parabrisas. Bruce reconoció al tipo de apariencia altanera que se había reunido con Cathy. Su aspecto distaba de cualquier parentesco con magnates de los negocios, incluso como matón de Las Vegas; era más bien un moribundo por cuya cara consumida se deslizaba un gusano en dirección a la boca que vociferaba. El grito colisionó contra el parabrisas en forma de vaho. Los ojos se estremecieron en las cuencas y las venas se irritaron hasta convertir la mirada en algo feroz y despiadado. El terror sobresaltó a Bruce cuando la boca del desquiciado trató de mordisquear el vidrio.

El coche viró en dirección a la salida de la propiedad de la señora Nevis, quien se encontraba en un rincón de la casa observando todo cuanto acontecía.

—¡Acelera, tío! —Suzie tenía asida firmemente el arma, como si su vida dependiera de ello. Había tenido oportunidad de comprobar cuán despiadado era Past Grove.

El vehículo se alejó dejando varios heridos y dos muertos para llenar a la mañana siguiente la primera página del periódico. Sin embargo, el aspirante a genio de los negocios continuaba sobre el capó y se esforzaba por mantener el equilibrio a gatas.

Bruce frenó con brusquedad en la esquina de Bowel Street. El tipo chocó contra el parabrisas, aplastando uno de los gusanos que había salido de la comisura de un ojo. Aceleró y frenó repetidas veces para desestabilizarlo.

Suzie había bajado la ventanilla y asomaba su cuerpo hasta la cintura, con el arma encañonando al sujeto.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —inquirió el profesor.

—¡Ayudándote!

Pero no disparó. Al acelerar por enésima vez, el magnate se precipitó contra el asfalto y una rueda pasó por encima de las piernas. Arrojó un alarido a la noche.

Suzie entró en el vehículo sin dejar de mirar el cuerpo tendido en medio de la calzada.

—Past Grove es demasiado peligroso —dijo, en un susurro asustadizo.

Bruce contuvo el aliento mientras enfilaba hacia el apartamento.

Capítulo 23

Una hora más tarde, Suzie Denker miraba por la ventana del comedor. Sostenía el arma con una mano. La goma había desaparecido y su cabello como esparto descansaba sobre la espalda. En torno de los cortes de la cara se había creado una costra rojiza, contribuyendo a presentar una falsa imagen de agresividad, cuando, sin embargo, la muchacha se encontraba abatida y multitud de sentimientos de derrota pugnaban por dominarla. Tenía pendiente el funeral. Siempre había pensado en la muerte de su madre como en algo distante e irreal. Y aunque había perdido a su padre, la idea de la muerte siempre terminaba por desvanecerse si las metas eran lo bastante sólidas. Pero allí estaba la muerte, aproximándose inexorablemente.

Se reprochaba a sí misma por haber menospreciado Past Grove en algunas ocasiones.

—Te odio.

Cuando hubieron entrado en el apartamento, el profesor Morton acarreó con el cuerpo aún inconsciente de Cathy hasta el sillón de lectura. Ahora, los jadeos estremecían a Suzie mientras continuaba mirando por la ventana. Bruce preparaba café en la cocina. Desde donde ella estaba, escuchaba los armarios y los ruidos de porcelana. Sobre todo oía los pensamientos que salían de su boca, como si hubiera olvidado que tenía una invitada. Suzie no alcanzaba a distinguir lo que murmuraba, pero tenía la corazonada de que era referente a su esposa y su estado físico.

Se volvió para observar a Cathy. Aunque permanecía inconsciente en el sillón, con las piernas extendidas, de cuando en cuando, su rostro sufría de espasmos nerviosos, que Suzie atribuía al movimiento interno de los gusanos. Su piel había empalidecido tanto que parecía una frágil película de escarcha, y el sudor le proporcionaba un aspecto artificial y vidrioso. Los rizos habían perdido elasticidad posándose como cables sobre los hombros. Entonces el párpado derecho se levantó y un ojo muerto escudriñó a Suzie al tiempo que ésta retrocedía hasta chocar con la ventana. El párpado siguió alzado durante incontables segundos.

—Bruce, será mejor que vengas.

El profesor apareció ataviado con un delantal, sus manos traían una bandeja sobre la que dormitaban dos tazas humeantes. La dejó en la mesa y dirigió una mirada taciturna a su esposa.

—Dios mío, cariño, ¿qué te han hecho esos dementes?

El otro párpado se alzó también, como si hubiese sido accionado por un mando a distancia. Cathy contempló a quien tenía delante. La boca se le torció de una comisura y, después de un leve estremecimiento, un gusano asomó su horrible extremo puntiagudo.

—Joder —masculló Suzie.

—Tranquila. Sé cómo proceder. Le quitaré el anillo. Estoy seguro de que todo se debe al maldito anillo. —Se acercó a Cathy, le cogió la mano, y cuando fue a quitárselo, advirtió que estaba atascado en el dedo. Las vibraciones despertaron—. Maldita sea, será difícil sacarlo.

Tras tironear del anillo desesperadamente, la mirada de Cathy recuperó su lucidez, y al reparar en la situación, también recobró su enfurecimiento.

—¡Aparta, cretino! —gritó, y trató de zafarse de la mano de Bruce.

Las vibraciones aumentaron hasta convertirse en fuertes convulsiones eléctricas.

—Es por tu bien, cariño. Este maldito anillo te está perjudicando. —Impuso su fuerza para que la mujer no pudiera resistirse. Entonces se preguntó por qué no la había atado al llegar a casa. Las emanaciones del anillo traspasaron a Bruce con un relampagueo.

—No digas tonterías. Lo necesito para acumular el poder de Past Grove. —Con la mano libre le golpeó el mentón—. He dicho que apartes, estúpido borracho.

Bruce recibió las palabras como cuchillos en el corazón, y fueron más dolorosas que el golpe. Sin embargo, debería pasarlo por alto si deseaba recuperar a su esposa. Se vio obligado a abofetearla, pero empeoró la situación. Cathy empezó a revolverse sobre el sillón como si fuese una niña mimada, aunque con visible expresión de ira y ojos inyectados en sangre. Se curvó hacia la mano de Bruce y aplicó un mordisco.

—¡Ah! —El profesor le aporreó la frente con el puño izquierdo y la cabeza de la mujer rebotó contra el respaldo del sillón.

Finalmente le extrajo el anillo y retrocedió, experimentando las convulsiones magnéticas.

—Lo conseguí.

—¿Qué le pasa al anillo? —preguntó Suzie.

—Ya lo advertí la primera vez que lo toqué —dijo, y las vibraciones llegaron a tal intensidad que se vio forzado a dejarlo caer al suelo—. Parece algún tipo de defensa contra quien no le gusta.

—Joder, pero ¿de dónde han salido esos anillos?

—No tengo ni la más remota idea —repuso, pisándolo con la suela del zapato—. Pero no permitiré que Cathy se lo vuelva a poner.

Bruce sintió cómo su pierna recibía las sacudidas que daba el anillo.

—Lo podemos esconder para que ella no lo vea —dijo Suzie.

—Bien pensado. —El profesor se agachó, levantó la puntera del zapato como si temiera que el anillo pudiera salir corriendo, y lo cogió con los dedos índice y pulgar. Las sacudidas continuaron hasta que llegó al baño y lo depositó en el lavabo. Allí el anillo comenzó a brincar de forma enérgica—. Es increíble.

—Lo es. —Suzie se encontraba detrás de él y asomó la cabeza para mirar—. Jamás pensé que hubiera anillos así, aunque en Past Grove parece haber de todo.

—¿A qué se deberá este fenómeno?

Suzie negaba muy despacio con la cabeza mientras miraba la insólita danza del anillo. Entonces colocó rápidamente el tapón del desagüe y abrió el grifo.

—¿Qué haces?

—No sé, estoy loca. A lo mejor se ahoga.

—¿Ahogarse? ¿Se puede saber qué clase de hipótesis es ésa? —preguntó el profesor con el ceño fruncido.

—El anillo parece estar vivo, no sé. Porque seguro que no me dejas dispararle, ¿verdad?

—No, mejor meditemos bien las cosas. El movimiento se debe a un simple magnetismo.

La llama verde que habitaba dentro de la piedra inició una serie de extraños desplazamientos hacia las paredes de la roca, como si un preso se estampara deliberadamente contra los barrotes de la celda.

—¡Mira!

El agua alcanzó el límite del lavabo y Bruce cerró el grifo. La danza del anillo había quedado reducida a un forzoso bamboleo bajo el agua.

—Increíble.

—No, no lo es —señaló Suzie—. Es como si quisiera salir.

—Parece algo disparatado.

—Esto es Past Grove, tío.

De pronto, las luces del pasillo palpitaron cuando una sombra furtiva avanzó en dirección a la cocina. Tanto Suzie como el profesor se volvieron hacia la puerta del baño.

—¿Qué diablos ha sido eso?

Ambos salieron al pasillo con sus respectivas armas preparadas. La brillante luz de la cocina colisionaba contra el cálido resplandor

que emitía la lámpara del pasillo.

—Ve detrás de mí —ordenó Bruce, amartillando su revólver.

Suzie obedeció, aunque asomaba la cabeza por el lado derecho de forma regular, cuando le parecía percibir algún ruido sospechoso. Avanzaron lentamente hacia la cocina, donde empezaron a sonar ruidos de cubiertos y puertas de armarios. Bruce se detuvo en medio del pasillo al escuchar un gemido continuo, semejante a un zumbido de insectos. El estrepitoso ruido del cajón al estrellarse contra el suelo sobresaltó a la muchacha.

—¿Qué es eso?

—¿Cathy? ¿Qué haces…, Cathy? —Bruce había pensado en llamarla cariño, o cualquier otra expresión afectiva, pero aquel ronroneo animal le producía un espantoso titubeo, al límite de perder el habla.

Entonces un aullido frenético alcanzó el pasillo y, seguidamente, una infinidad de cubiertos sonaron al romper contra el suelo. El silencio regresó a la cocina, tan denso y pesado que ni una bala podría atravesarlo.

El rostro agujereado de Cathy apareció de un salto en el pasillo. Sostenía un cuchillo de cocina cuyo filo relucía por la iluminación. Se encontraba con las piernas flexionadas, sugiriendo una inmediata embestida.

—Cathy, ¿qué…? —Bruce no daba crédito a la lamentable desfiguración. La piel de la cara había perdido la rigidez y parecía arrugada como una bolsa. Las ojeras estaban hinchadas y nuevas cavidades habían nacido en el rostro ocupadas por numerosos gusanos. El pelo junto a la oreja derecha se había desprendido y dejaba visible el cuero cabelludo. Algo detrás del tejido negro del vestido se estremecía de forma horrible.

Cathy corrió hasta situarse delante de Bruce, quien saltó atrás un segundo antes de que el filo pudiera cortar su antebrazo.

—Maldita sea, Cathy. Detente de una vez.

—¡Ya no es tu mujer!

—¿De qué hablas, Suzie?

—¡Es Past Grove! ¡Se deshace de la gente que no le gusta!

—¡Estás obsesionada! —bramó Bruce.

Cathy arremetió el aire con diversas cuchilladas mientras surcos de baba se deslizaban por su mentón y goteaban al suelo.

Suzie retrocedió por el pasillo hasta la puerta del comedor, sin perder de vista a la nueva bestia que era la mujer. Bruce contemplaba a dicha bestia y oía para su desgracia las risitas infantiles. Los labios lucían un color plomizo, la boca se extendió en una mueca de condenación. Acompañada por un último alarido, Cathy se lanzó hacia Bruce con el cuchillo en alto, que descendió

hacia su hombro, donde se habría hundido de no ser porque él abrió fuego. El pasillo se colmó con la detonación.

Cuando el más devastador silencio se estableció en la casa, Bruce se encontraba bajo una fuerte confusión. Cathy yacía en el suelo y los gusanos abandonaban su cuerpo con celeridad.

—Iba a matarme, Dios mío.

—No era tu mujer —dijo Suzie, apoyándole una mano en el hombro—. Tu verdadera mujer jamás te habría atacado.

—¿Qué es todo esto, Dios mío? —Su voz sonaba aturdida. Mantenía el arma todavía en alto, sin haberse dado cuenta de que el peligro ya había sido abatido. El resto de palabras que tenía previsto decir quedaron en un rincón privado de su mente y allí se encallecerían en un eterno y silencioso tormento.

—Qué asco —farfulló Suzie, pisando un gusano que intentó ascender por sus pantorrillas.

Bruce aplastó otros tantos bajo la suela de los zapatos y se agachó junto a su esposa.

—Qué horrible, cariño —gimoteó; luego estrechó entre sus brazos los restos de Cathy.

—Tío, es mejor no tocarla, puedes contaminarte, o qué sé yo.

—Hacía meses que no abrazaba a mi esposa. No encuentro otro modo de despedirme de ella.

Suzie sintió paralizarse sus miembros ante esas palabras.

—Lo siento mucho, Bruce.

—No es justo que muera así.

—No —dijo ella, introduciendo el arma entre la correa y el pantalón.

—Debemos denunciar esta locura a la policía.

—No creo que Duncan nos sirva de mucha ayuda, ya sabes cómo es —declaró Suzie, mientras recordaba cuando recibió la nota de parte de la señora Ferguson, la directora de la Institución Morris.

—Debe de haber algo que podamos hacer —dijo, sentándose en el suelo con la espalda apoyada en la pared y el cuerpo de Cathy en su regazo. Las cavidades vacías destacaban sobre la piel, que comenzaba a adquirir un tono amarillo. Los labios se habían secado hasta parecer arena quebradiza. Toda la belleza y el buen hacer de su esposa quedó reducido a un saco de huesos revestido de piel muerta.

Suzie, cuyo dolor era equiparable al del profesor, sólo experimentaba deseos de venganza, pero no sabía si un hombre derrotado tenía la determinación para embarcarse en dicha tarea. La muchacha se sentó en el suelo y fijó su vista en un gusano que se deslizaba perezosamente por el pasillo.

—Es mejor ser fuertes —dijo, y aunque trató de que las palabras

sonaran verdaderas, no supo si lo había conseguido.

—Tienes razón, será mejor dejar a Duncan a un lado, parece lo más sensato —aprobó Bruce—. Creo que entiendo cuando decías que deseas matar a Past Grove. Ahora sé lo que se siente, debes de haber padecido mucho.

—Sí. —Suzie cerró los ojos ante el espantoso vacío que se abrió ante ella—. Sólo siento que lo que más quería en el mundo, ser una buena jugadora de béisbol, ya no me apetece tanto. Si miro dentro de mi cabeza sólo veo a mi madre con una botella. ¿Cuánto tiempo se puede ser fuerte? Creo que si destruyo Past Grove podré sentirme mejor. Es cuestión de arriesgarse en esta jugada. Es como un partido, tío. Past Grove batea duro, pero yo sé lanzar fuerte. —Entonces Suzie se puso en pie y abrió los ojos—. Empieza el partido más importante.

Bruce la contemplaba con los ojos bien abiertos.

—Tu padre estaría orgulloso de ti. Te lo aseguro.

—Yo también debo de estar orgullosa de mí, y ahora mismo no lo estoy.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Me pregunto si he sido todo lo buen esposo que ella merecía —susurró—. Supongo que todo esto me está pasando factura y aparecen las dudas.

Ambos se concedieron varios minutos de reflexión para recuperarse y dar prioridad a los objetivos. Suzie sabía que deberían hallar dentro de sí mismos el valor necesario para derrotar a lo que fuese Past Grove. La muchacha fue la primera en hablar. Le reveló que había visto cómo la directora de la institución Morris le daba una nota a Duncan. Dos gruesas líneas resaltaron en el entrecejo del profesor mientras cavilaba acerca del asunto.

—Ferguson —musitó.

—Sí, la señora Ferguson.

—Ese apellido es sinónimo de asuntos de lo más retorcidos.

—¿Por qué? —preguntó Suzie—. Sólo es la directora del centro escolar privado. Siempre pensé que era un sitio siniestro. En realidad como todo este pueblo.

—Lo sé. Su madre, Amanda Ferguson, realizó actos incalificables en la escuela elemental allá por los años cincuenta.

—Vaya.

—He tenido la oportunidad de entablar conversación con la directora Ferguson en varias ocasiones, y aunque no la acuso de ser como su madre, no dejo de ver una actitud muy sospechosa.

—Tiene un anillo —dijo Suzie.

—Entonces está colaborando con esa gente, sea cual sea su propósito.

—Mañana tengo que ir a repartir los periódicos, aunque no sé si

ir —dijo para sus adentros Suzie—. No tengo ganas, la verdad.

—Será mejor no separarnos. ¿Quién sabe lo que es capaz de hacer esa gente? En la habitación de invitados hay una cama. Puedes pasar ahí la noche.

—Te lo agradezco. Además, en mi casa, cuando he salido corriendo del centro médico y llegado a mi casa, estaba Paul Carson llamando a la puerta. Creo que me busca la policía.

—¿La policía? —inquirió Bruce.

—Sí.

—No es una buena noticia. Es mejor ser discretos por ahora, si acaso esto es todavía posible.

—Tuve una pelea con Tom y su pandilla cuando repartía el periódico —murmuró Suzie—. La han tomado conmigo.

—Esos críos son unos completos maleducados.

Suzie sonrió, pensando si la definición no era demasiado benevolente.

—Son mala gente —dijo, tratando de añadir un calificativo más acertado.

—Muy propio de este pueblo —dijo Bruce—, apuesto a que piensas algo parecido.

—Claro.

El silencio sumado al cansancio se fundió con Suzie y, después de las tres de la madrugada, ella inspeccionó cada rincón de la habitación de invitados. Sólo cuando estuvo satisfecha y su recelo se moderó, se pudo recostar sobre la cabecera. Dejó la Smith & Wesson 38 encima de la mesita y llevó sus manos al regazo. Había ahorrado detalles acerca del encontronazo con Tom y la pandilla, pues el profesor ya tenía su propia dosis de problemas. Las criaturas y los fanáticos habían hecho que Tom quedara reducido a un simple delincuente. Así que podría solucionar ella sola esa parte de la cuestión, en caso de que volviera a surgir.

—Es un pueblo horrible.

Estuvo cavilando durante varios minutos, hasta que la relajación que precede a la soñolencia apareció. Antes de hundirse en el sueño, estuvo reuniendo fragmentos de tareas para realizar al día siguiente. Pese a todos los problemas y peligros que se precipitaban sobre ella, no podía postergar demasiado tiempo el funeral de su madre, puesto que la mujer que le había dado la vida merecía ser enterrada dignamente. Aunque había pasado la mayor parte reflexionando acerca de si Past Grove era un buen lugar de descanso, tuvo que obligarse a pensar que sí. No tenía los medios ni los recursos para iniciar los trámites para un traslado de féretros lejos del pueblo. Finalmente el sueño se cernió sobre la muchacha. Sufrió la mayor de las pesadillas, de tal intensidad y horror que

despertó en medio de la noche, vaciando sus pulmones con un grito tan desgarrador que de inmediato se abrió la puerta y apareció Bruce envuelto en una bata.

—¿Qué sucede? —inquirió moviendo el cañón del revólver en todas direcciones.

—La peor de las pesadillas.

—¿Sólo una pesadilla?

—La peor de las pesadillas —insistió Suzie—. Estaba en medio del campo de béisbol y no podía lanzarle la pelota al bateador porque yo no tenía brazos. Significa algo, tío.

—Sí, que estás muy alterada, y lo comprendo.

—Creo que no podré volver a jugar al béisbol jamás.

—Será mejor que recuperemos fuerzas —sugirió—. Son las cuatro de la madrugada y mañana tengo que deshacerme del cuerpo de Cathy y, aunque sé que sólo tengo dos opciones, no sé ni por dónde empezar.

—Creo que voy a mi casa.

—¿Ahora?

—Quiero estar con mi colección de cromos.

—Oh.

—Es muy importante para mí. —La voz de Suzie descendió a un leve hilillo melancólico—. He pasado casi toda mi vida entrenándome para ser una gran jugadora, y creo que al final no podré serlo. No ahora que todo parece estar cambiando.

—Entiendo. —Bruce suspiró y se volvió hacia la ventana—. Como quieras. Pero te acompañaré, en unas horas amanecerá y quiero ver por qué opción me decanto; si llamar a Duncan para explicarle la tragedia de Cathy, o sencillamente deshacerme del cuerpo por mi cuenta.

—Qué locura.

—Lo es. Adelante, vamos a tu casa.

—Necesito estar a solas un rato.

—Lo comprendo. Yo esperaré en el jardín y vigilaré, no te preocupes.

—Vale.

Capítulo 24

Al cabo de una hora, el profesor Morton contemplaba cómo la negrura del cielo se atenuaba lentamente y cómo el centelleo de las estrellas moría a medida que la línea del horizonte se tostaba. Tenía su coche estacionado frente a la valla de la propiedad de la difunta señora Denker. Y mientras aguardaba a que Suzie reapareciera por la puerta principal, deslizaba los dedos sobre la pistolera, dando rienda suelta a la impaciencia que se había instalado en su vida.

Suzie ascendía las escaleras hacia su dormitorio. La casa le había recibido con el silencio habitual, en ocasiones roto por el descontento de su madre; sin embargo, jamás volvería a escucharla gemir o protestar.

Aunque tenía la necesidad de compartir consigo misma un momento de silencio, se detuvo delante de la puerta del antiguo despacho de su padre. Había pedido en varias ocasiones la llave a su madre, pero ésta siempre recurría a estúpidas excusas para no dársela. Suzie, por evitar enfrentamientos, prefería no insistir, y ahora que su madre no estaba, no sabía dónde encontrar la llave. Cuando cogió el pomo y giró, Suzie sintió un leve dolor reunirse en torno a su corazón.

—Estoy dispuesta a tirarla abajo.

Con aquellas palabras flotando en el pasillo, se dirigió a su cuarto y abrió el cajón que contenía los cromos. Al tenerlos reunidos encima del escritorio, tuvo la impresión de hallarse frente a una parte importante de su vida, una parte que se perdía en un horizonte de incertidumbre. Por un instante, le pareció ver los rostros planos en los cromos volver sus miradas a otro lado.

—Mierda, ¿qué estoy haciendo?

La zona de dolor que ocupaba su pecho creció como un globo y la respiración se convirtió en un leve gimoteo. Una lágrima se precipitó sobre la cara sonriente de Connie Wisniewski. Suzie miró por encima del hombro hacia el bate que siempre descansaba sobre la estantería.

—¿Qué se hace para seguir adelante?

La única respuesta que entendía era hacer un *home run*.

—Eso mismo haré —dijo, y se acercó a la ventana. El profesor Morton estaba apoyado sobre el tronco de un fresno mirando su petaca de licor.

Suzie se volvió, impulsada por un destello de nerviosismo.

Introdujo todos los cromos en la mochila que habitualmente usaba para repartir los periódicos y, después de colocársela al hombro, aferró el bate y salió de la habitación. En el dormitorio de sus padres abrió el cajón donde dormitaban las fotografías familiares y cogió una que exhibía a sus padres con una fabulosa sonrisa mientras permanecían abrazados.

—Así os recordaré. Unidos y felices.

Al plantarse frente a la puerta del despacho, vio que no era necesario golpear el pomo. Había olvidado la Smith & Wesson 38 en la mesita del cuarto de invitados de Bruce, así pues, bajó al sótano donde su padre siempre había guardado las armas. Después de tirar del cordón y que la luz bañara la estancia, Suzie deslizó su vista por diversos tipos de rifles y escopetas. Un rifle Winchester se encontraba sobre un soporte de madera, a su lado había una escopeta del calibre 20. Suzie se acercó a la mesa en la que estaban las pistolas. Dos Colt y una Magnum 45 special aparecieron al abrir el cajón.

—No sé cuál coger.

Se decantó por la escopeta. Y tras coger un par de cartuchos, subió hasta la segunda planta y corrió por el pasillo. Dejó el bate apoyado en la pared, introdujo los cartuchos y apuntó. Era la primera vez que usaba una escopeta y no sabía cuánto sería el retroceso que debía soportar. Apretó el gatillo. El estampido fue moderado y seco, y cuando Suzie recobró su posición ante la realidad, observó el agujero que había sustituido al pomo. Asestó una patada a la puerta y entró, todavía aturdida por el disparo, pero estar en el despacho de su padre, después de tantos años, hizo que se disipara.

En la última ocasión, vio a su padre tendido en el suelo, sin vida. Ahora reparó en el mueble de escritorio y en el armario que se alzaba a la derecha. La silla con ruedas ocupaba buena parte del escritorio, pues su padre fue un tipo que prefería sentarse en una silla enorme donde poder optar por diferentes posturas. Todo estaba como a él le gustaba, y aunque las capas de polvo descansaban en cualquier superficie, se percibía un esmerado orden. Los libros de las estanterías estaban colocados por colores, tamaños y demás particularidades; sobre el escritorio había una pila de libretas con anotaciones personales y de pedidos de clientes; y a un lado dormitaba el cubo de plástico destinado a la escasa basura. Toda la vida de una persona se encontraba reunida entre esas cuatro paredes.

Suzie se sentía en medio de un lugar que siempre había estado ocupado por un aura familiar, cuyas emanaciones aún percibía. La ardua labor de su padre había dejado honda huella en aquel

despacho. Dejó la escopeta en el escritorio. Empezó a abrir los cajones. Si su padre había estado investigando junto al profesor Morton cualquier asunto relacionado con Past Grove, lo encontraría anotado en alguna de las pequeñas libretas horizontales que usaba. Siempre fue un hombre meticuloso en ese aspecto. «Hija, anota en tu cerebro lo que uses a diario, y en libretas lo que pasa a un segundo lugar», le solía decir. Suzie pintó una sonrisa nostálgica mientras continuaba buscando. Se topó con facturas de clientes, con unos prismáticos y una foto de la familia Glover, que sorprendió a Suzie. Debajo de más libretas deslucidas halló un buen número de cartas. Cuando las cogió, su corazón desembocó en una serie de latidos irregulares que le provocaron una asfixia momentánea. Ocultas entre las cartas, había una libreta cuyo título añadido a lápiz presentaba un horrible interrogante: ¿Es Past Grove un pueblo?

Las piernas de la muchacha flaquearon y las manos temblaron de tal forma que dejaron caer las cartas al suelo. Sólo entonces reparó en su ofuscación. Cogió la libreta y la hojeó apresuradamente. A medida que pasaba las páginas, intuyó que se trataba de un escueto diario donde su padre exponía sus sospechas. Jamás habría pensado que él tuviera un diario.

—¿Por qué no me lo comentó nunca?

4 de abril de 1977

Llevo tiempo viendo que el señor Rondwasser, el vecino que vive a dos casas de distancia, usa un anillo extraño. Cuando le pregunto quién se lo ha regalado, cambia de conversación enseguida. Y si insisto demasiado, me pone mala cara. Me considero una persona amable y correcta con todo el mundo, y enfadarme con el vecino es lo último que quiero, así que he decidido no preguntarle más al respecto.

—Dios mío, mi padre lo sospechaba todo. Increíble.

Continuó leyendo fragmentos del diario.

24 de abril de 1977

Siempre he tratado de educar a mi hija para que sea crítica con las modas. Principalmente con las que son estúpidas y duran poco tiempo. Digo esto porque creo que en Past Grove se está imponiendo una nueva moda. El uso de un anillo con una fea piedra negra. No es una obsesión, pero veo a personas que he conocido durante años deshacerse del anterior anillo o de la alianza y colocarse el anillo de la piedra. Incluso he visto pelear a los Glover por el estúpido anillo. El marido abofeteó con dureza a la niña cuando ésta le quitó el anillo por unos segundos, y cuando yo me dispuse a intervenir, vi una sombra rara en los ojos del señor Glover, lo que me hizo tener miedo y dejarlo pasar, al fin y al cabo no era asunto mío.

8 de mayo de 1977

Hoy he pasado horas recortando noticias de varios periódicos, tanto de Past Grove como del resto de localidades del condado. Lo vi hacer a un investigador privado en los seriales de la tele. Creo que mis tontas obsesiones me están convirtiendo en un investigador casero. Sea como sea, he colgado un tablón de corcho en la pared, y que desgraciadamente pronto llenaré con las extrañas noticias que publican desde hace tiempo. No le hablo de mis sospechas a nadie porque podrían considerarme un chiflado. Ni siquiera a Liz ni a Suzie.

Por la noche cambiaré el tirador de la puerta por un pomo con cerrojo. Sé que mi mujer y mi hija me preguntarán el porqué. Ya pensaré en una buena excusa que no levante sospechas.

21 de mayo de 1977

Mi obsesión se ha convertido en un buen modo de pasar algunas noches espiando a los vecinos con los prismáticos. Lo hago cuando estoy seguro de que Liz duerme. No imagino lo que diría si me viera a las dos de la madrugada de pie delante de la ventana del dormitorio, que es el único lugar de la casa desde el que

puedo observar a los Glover. Hace varias semanas que son mi familia favorita del vecindario. No por la simpatía que siempre nos hemos tenido (de la que desafortunadamente ya no queda nada), sino por lo curiosos que son desde que su esposa también usa el anillo. Parecen el matrimonio perfecto, ambos igual de estúpidos y con la misma forma de andar y moverse. Quien parece desatendida es la hija. Algunas veces la oigo llorar durante horas en la mañana, bien temprano. No sé cuál es el motivo, pero como investigador casero me propongo averiguarlo. Incluso he pensado en comprar una cámara fotográfica. Si Liz me pregunta el motivo de la compra, le diré que enseño los muebles terminados de clientes habituales a otros posibles clientes. Ahora que lo pienso, puede ser una gran idea para promocionar mi trabajo.

13 de junio de 1977

Me compré hace unas semanas una cámara fotográfica Nikon. He ido fotografiando los muebles terminados para mostrárselos a los nuevos clientes. También se las he enseñado a Liz para que mi pequeña mentira sea más creíble. El problema es que en Past Grove no hay ningún negocio de revelado y tengo que desplazarme hasta Jasper. Como sospechaba, el tablón de corcho se ha llenado de recortes de noticias sobre desapariciones, cadáveres irreconocibles y violencia doméstica.

Ayer tomé una foto en la que aparece el señor Glover. Estoy horrorizado. En su cara hay un agujero como una herida por el que sale una especie de gusano o larva. Tengo pensado ir a la tienda donde revelo las fotos para aclarar si es un fallo del revelado.

14 de junio de 1977

Hoy ha sido un día de lo más interesante. Cuando estuve a punto de entrar por la puerta de la tienda, he tenido un encontronazo con un tipo llamado Lloyd Bowers. La fotografía sospechosa de tener un fallo se cayó al suelo y el hombre, pretendiendo ser educado, se me adelantó y la recogió. Por casualidad se fijó en la foto. Entonces vi un cambio en su expresión; parecía asustado por algo. “Lleve cuidado, amigo”, me dijo. Enseguida le pregunté a qué se refería. Con el dedo, señaló al señor Glover. Conozco a la familia Glover desde que se mudaron a Past Grove, allá por los años sesenta. ¿De qué debía yo tener cuidado? Le expliqué que la foto tenía un fallo de revelado y por eso iba a reclamar. El señor Bowers sonrió de forma extraña, como si supiera perfectamente lo que significaba la foto. Tras intercambiar unas palabras, fuimos a una cafetería a continuar con nuestra conversación. Empezó diciéndome que sabía que yo vivía en Past Grove, y que tuvo un hermano que vivió allí un tiempo, pero fue asesinado hacía varios meses, y por eso sabía ciertas cosas. Me quedé horrorizado al asegurarme que la foto estaba en perfecto estado y que sencillamente tenía un vecino que estaba apoyando a Past Grove.

¿Apoyar a Past Grove? No le entendí, pero al verme preocupado me dijo que me enviaría por correo más información. Así que le di la dirección de casa.

2 de septiembre de 1977

He recibido una carta de Lloyd Bowers. Ahora que sé por qué estaba tan asustado, creo que hubiera sido mejor no haberme tropezado con ese tipo en la puerta de la tienda. No me queda más que pensar que es un pobre loco que la muerte de su hermano lo ha trastornado. Ha prometido que volvería a escribirme añadiendo más información.

Suzie Denker cerró el diario, se agachó y removió los sobres del suelo. Cogió uno que destacaba por la fecha. La oficina de correos lo había sellado el dos de septiembre de 1977 como bien señalaba el diario. Al girarlo reparó en que el remitente era Lloyd Bowers, con domicilio en Pine Street, en la localidad de Jasper. El sobre había vuelto a cerrarse después de ser abierto. Suzie no pudo imaginarse el motivo que habría llevado a su padre a cerrarlo de nuevo con pegamento en los bordes. Aunque lo atribuyó al miedo. Rasgó el extremo del sobre y extrajo el papel cuya caligrafía era la de alguien impulsivo y bajo un estado de suma excitación.

Los pasos vacilantes que se escucharon de pronto en el pasillo le hicieron a Suzie desviar la vista hacia la puerta del despacho.

—¿Suzie, estás ahí?

La muchacha dejó escapar un soplido de nerviosismo.

—Aquí, Bruce. Estoy en el despacho de mi padre. Eh… es la puerta rota del pasillo.

—Como tardabas tanto, he pensado que estarías en apuros.

—Mira esto —dijo Suzie, y le extendió el sobre junto con la

carta—. Estaba buscando cosas por el despacho.

Al cogerlos, Bruce manifestó una fuerte curiosidad.

—¿Qué diablos es esto? —Al leer el remitente, las cejas descendieron y escrutó con atención—. El señor Bowers. Ya veo. Tu padre me comentó que se había carteado una o dos veces con este tipo. Desapareció al pedirle ayuda. Supongo que era demasiado cobarde para inmiscuirse en todo esto.

—También tengo este diario de mi padre.

—Oh, no me mencionó que fuese aficionado a escribir su propio diario. Interesante.

—Ni a mi madre ni a mí tampoco —dijo, con los labios apretados en gesto de duda—. Son sus averiguaciones personales.

Bruce abrió el diario y releyó algunos fragmentos aleatorios.

—Interesante. Aunque como he dicho, este hombre no nos ayudó y dudo de que ahora haya cambiado de parecer.

—Podríamos intentarlo. Llamarle…, o mejor, ir a su casa para hablar con él.

—No comprendo por qué no me dijo lo de los anillos si había descubierto que bastantes habitantes de Past Grove los usaban. —Bruce pasó más páginas—. Aquí explica cuando me entregó la nota y nos reunimos en el bar de Gunter. Siempre fue muy meticuloso.

—Mira lo que dice la carta —dijo Suzie con voz temblorosa.

30 de agosto de 1977

Estimado señor Denker:

Espero que esté usted bien y que el pueblo maldito donde vive no le suponga un problema tan grande como lo fue para mi hermano. En caso de que le llegue esta carta (Past Grove tiene medios para impedirlo, créame), quiero transmitirle mi sorpresa al saber que todavía hay en el pueblo gente dispuesta a conocer la verdad. Esto fue lo que intentó averiguar mi hermano, y aunque no tuvo éxito, sus descubrimientos fueron lo bastante importantes como para que decidieran quitarlo de en medio personas como su vecino. (La causa de la muerte de mi hermano se debió a un repentino infarto, que según me dijo, en el lecho de muerte, fue fruto de la mordedura de un animal. El frasquito que le procuró su colega no dio resultado). Sé que suena sorprendente, pero le aseguro que donde vive hay personas que están siendo iniciadas en un culto que data muy posiblemente del paleolítico. No soy experto en la materia. Me limito a disfrutar del tiempo libre de mi jubilación, después de años ejerciendo como abogado. Pero mi hermano fue un apasionado antropólogo y cuando tenía oportunidad compartía conmigo sus descabelladas teorías sobre viejas sociedades y sus creencias. Debo admitir que últimamente sus teorías estaban más próximas a la superstición y el folclore que al rigor que siempre lo había caracterizado. Sin embargo, cuando me mostró las pruebas, no pude hacer otra cosa que aceptarlas como ciertas. Algo sucede en Past Grove, mi buen amigo. Algo que no me atrevo a expresar con palabras, ya que el simple hecho de pensarlo me produce un miedo espantoso. Usted está siendo testigo sólo de una minúscula parte de lo que ocurre. Mi propio hermano no llegó más que a desvelar una superficie, estoy convencido de esto, y aun así, perdió la cabeza. Descubrió mucho más que simples desapariciones de personas o cambios de comportamientos en vecinos. La obsesión de mi hermano lo llevó a adentrarse en un grupúsculo de chalados que intentan reunir los suficientes conocimientos para abrir una puerta a un supuesto otro lado. Incluso reunió viejos mapas del pueblo que revelaban cómo era éste hace siglos; diferentes calles, emplazamientos y una estatua del fundador de Past Grove, un colono del viejo mundo. Por lo visto, la estatua ya no existe. Según mi hermano, en su lugar hay una fuente de agua que ocupa el centro de un parque. Dudo de este asunto porque jamás he ido a Past Grove, y jamás lo haré. No pisaré tierras cuyos habitantes están tan estancados en el tiempo como para ocuparse en asuntos que deben quedar olvidados. La ciencia ha creado una fina pero firme superficie de conocimientos sobre la que alzar nuestra civilización. Cualquier investigación por debajo de esa superficie será nuestro final como especie. En ocasiones es mejor creer que nada existe y continuar con la cómoda idea de que lo tenemos todo controlado. En cualquier caso, mi más sincero respeto por usted, mi valiente amigo. En una próxima carta le enviaré copias de los mapas que encontró mi hermano. Es todo cuanto puedo hacer.

Atentamente, Lloyd Bowers.

—Joder —graznó Suzie.

—Aquí ya se indica que no tenía intención de ayudarnos.

—Es la fuente del parque, tío.

—Lo sé.

Suzie se sentó en la silla y agachó la cabeza.

—Me siento dentro de una película de terror.

—Asusta un poco todo esto. Ahora ya sabes por qué me he excedido un poco con la bebida. Me ayuda a calmar los nervios. Nada que no pueda controlar, evidentemente.

Suzie no dijo nada y aceptó la carta dentro del sobre que le entregó Bruce. Pensó cuando su madre recurría a la misma frase al principio de empezar a beber. «No es nada, es sólo una copa», «Puedo controlarlo». Supuso que los adultos siempre se repetían frases tranquilizadoras para no advertir que estaban cometiendo un error. Guardó el diario y el sobre en la mochila, que la había dejado encima de la silla.

—Ahora que lo pienso —dijo el profesor—, se menciona una segunda carta.

Suzie miró los sobres esparcidos por el suelo.

—La buscaré. Si no está entre ésas del suelo, estará en algún otro cajón.

—De acuerdo. Sería buena idea hallar la segunda carta, así dispondríamos de esos mapas que menciona. Si acaso ese tipo no miente, además de ser un cobarde. ¿Y de dónde has sacado la escopeta? —quiso saber el profesor al verla apoyada en la pared.

Olvidando la mochila, Suzie le condujo al sótano, y al contemplar Bruce el arsenal de armas, su mandíbula pendió durante varios segundos.

—Fantástico. Tu padre era un hombre precavido.

—Después de leer algo del diario, estoy segura de que se hizo con más armas cuando supo que estaba en peligro. Fue por aquella época que me decía que yo también debía tener una.

—Comprendo —murmuró Bruce mientras abría y cerraba los cajones—. Escondidas en un mueble de carpintería. Interesante.

—Sí, aquí es donde trabajaba la madera y todo eso.

Entonces un estallido de risas precedió a ruidos de cristales rotos, golpes de madera y rugidos de motor de coche. Tanto Suzie como el profesor desviaron la vista a la puerta del sótano, alertados por un repentino calor procedente de la planta superior.

—¡Fuego! —exclamó Bruce—. Tenemos que salir de la casa.

Los ojos de Suzie se empequeñecieron en las cuencas cuando sonaron más cristales al romperse.

—¡Vamos! —dijo Bruce—. Saben que estamos aquí. Deben de haber enviado una cuadrilla de fanáticos para persuadirnos a

abandonar nuestras investigaciones.

El profesor se hizo con un rifle de precisión y lo colocó al hombro. Seguidamente empujó a la muchacha hacia las escaleras del sótano.

—Adelante.

—Tengo que coger la mochila —dijo, subiendo los escalones de dos en dos—. He guardado algunas cosas importantes, y el bate.

—No tenemos demasiado tiempo.

—Es importante para mí, tío; sin bate de béisbol, no hay Suzie Denker.

Mientras Bruce jadeaba para subir las escaleras, la muchacha ya se deslizaba a gran velocidad por el comedor en dirección a las escaleras que conducían a la segunda planta. Las llamas comenzaban a ocupar buena parte de muebles y mesas. Avivadas lenguas de fuego devoraban las cortinas que su madre había adquirido con tanto entusiasmo en Jasper. Pasó junto al sillón. Evitó una botella de cuyo interior emergía un trapo viejo como una alimaña disecada. Parecía un intento fallido de cóctel incendiario. Sin embargo, el resto estaba cumpliendo su función perfectamente.

Detrás de Suzie, no dejaba de sonar la voz desesperada del profesor Morton, quien había alcanzado la puerta de salida.

—¡Nos tenemos que ir, apresúrate!

Suzie no contestó, prefirió guardar las energías para esquivar los charcos de fuego y los brazos llameantes que trepaban por la pared empapelada de flores. Al llegar a las escaleras, saltó por encima de varias lenguas.

—El bate, mierda.

Que hubieran lanzado cócteles también a la segunda planta de la casa la hizo enfurecer. Se repitió un millar de veces que debía acelerar la carrera para que las llamas no tuvieran tiempo de reducir el bate a cenizas. Las rodillas y los músculos de los muslos se tensaron al ascender los escalones de tres en tres. El estado de agitación provocó que su pie derecho apoyara mal y que Suzie fuese a parar de bruces contra los escalones, recibiendo el golpe en rodillas, cadera y mentón. Se levantó con una dolorosa punzada recorriendo su pierna. Cuando alcanzó el pasillo, las llamas apenas habían iniciado la ruta hacia el despacho. Sin embargo, los primeros fogonazos tenían lugar en el vano de la ventana del final del pasillo; el fuego se extendía en torno de una botella rota.

Suzie saltó y corrió por el pasillo hasta situarse a la distancia justa para atrapar el bate. Sintió una enorme satisfacción al ver que estaba intacto.

—Mis recuerdos vienen conmigo —masculló, y cerró con más fuerza la mano que sostenía el bate.

Al volverse hacia el despacho vio la mochila sobre la silla. Pasó por alto la escopeta. Se limitó a coger la mochila. Salió al pasillo intentando respirar con moderación. El fuego escalaba por el papel que revestía las paredes. Un cuadro cayó al suelo haciéndose añicos. Fuera de la casa sonaban las risas y las portezuelas al ser cerradas. Luego el motor de los automóviles disminuyó en la distancia.

—Vamos —susurró con firmeza, en un alarde de encontrar el ímpetu necesario para regresar sobre sus pasos. Numerosas lenguas de fuego aparecieron por encima del primer escalón. Otro cuadro se desprendió de la pared y resbaló hasta estrellarse contra el suelo. El rostro de la señora Denker se chamuscó en pocos segundos.

Oculta entre el crepitar de las flamas, oyó la voz de Bruce que no cesaba de llamarla.

—¡Estoy bien! ¡Ya bajo!

Sin saber si lo había escuchado, avanzó varios pasos vacilantes, aunque frenó en seco al ser embestida por el sofocante calor que atestaba el pasillo.

—Imposible salir por aquí.

Retrocedió hasta la ventana cuyo vano había sido comido por el fuego. El cristal se encontraba sobre el suelo reducido a centenares de fragmentos relucientes. Suzie se aproximó todo lo posible a la ventana y sintió el frescor de Past Grove. Agradeció el aire que pudo aspirar.

—¡Bruce! ¡En la ventana!

El profesor Morton apareció agitando las manos desesperadamente.

—¿Qué piensas hacer?

Antes de recibir respuesta por parte de la adolescente, los reflejos de Bruce se toparon de pronto con la mochila entre las manos.

—¡Te lanzaré también el bate!

—¡Lo que quiero es que salgas tú, maldita sea!

—Lo haré. —Pero este comentario fue un leve hilillo de voz que quedó atenuado por el furioso bramido del incendio. Al mirar por encima del hombro divisó cómo las llamas avanzaban alimentadas por papel, madera y moqueta—. La casa de ensueño de papá. Past Grove, cerdo.

El miedo a ser abrazada por el fuego desapareció y nuevos sentimientos de destrucción emergieron de lo más hondo.

Después de lanzarle el bate a Bruce y de que éste lo cogiera con cierta torpeza, Suzie divisó con rapidez todos los puntos de apoyo. Los ladrillos asomaban al haber desaparecido el vano de madera. Supuso que quemarían, lo que la forzó a quitarse la camiseta, rasgarla por la mitad e improvisar un vendado para las manos.

Una arremetida de calor se estrelló contra la espalda de Suzie, quien reunió el valor suficiente para encararse a la ventana. La expresión del profesor, mientras la contemplaba ponerse en pie sobre la línea de ladrillos que hacía de repisa, fue de enorme preocupación.

—La cría es una maldita soldado —graznó.

Suzie extendió una mano hacia la tubería, fijada a la pared por sujeciones metálicas. Dichas sujeciones sugerían un posible descenso hasta el seto que decoraba ese lado de la vivienda. Cuando logró aferrarse a la tubería con la mano, alargó el pie al primer agarre de metal. La otra mano empezó a sentir el calor del afilado canto de ladrillo. De un impulso llevó el resto del cuerpo hasta la tubería. A continuación, se limitó a usar los amarres metálicos para descender con pies y manos. Antes de alcanzar el final de la tubería, brincó hacia delante evitando ser arañada por el seto, cuyas ramas sobresalían de forma punzante.

Acabó en cuclillas pisando la hierba del jardín, con la piel tiznada y cubierta de sudor. Aunque usaba sujetador, sus pechos apenas llenaban la talla de copa.

—Necesito una camiseta.

Bruce de inmediato se deshizo de la americana y se la colocó por los hombros.

—Creo que tu padre, allá donde esté, debe de estar con los nervios hechos trizas.

Suzie esbozó una sonrisa mugrienta. Tenía el cabello pegado a la espalda por el sudor que hacía de pegamento.

—Necesito también una ducha, tío.

—Vamos…, eh, Suzie.

—Has estado a punto de llamarme pequeña, tío, reconócelo.

—Estás en lo cierto, pero tu nombre no es ése. Los que te llaman así, no han visto todo lo que yo te he visto hacer desde que te conozco.

—Nina dice que estoy loca.

—Humm… ¿Nina Holbrook?

—La misma.

—Esa alumna hace días que no va por la escuela.

Capítulo 25

El sol era menos intenso aquel jueves 27 de noviembre, el día del funeral de la señora Denker. Amaneció un cielo despejado, pero los rayos del sol carecían de la fuerza de los días anteriores. Finalmente el clima en Past Grove parecía retomar una línea natural. Sin embargo, había quienes apreciaban en este antojo del pueblo un motivo para nuevos y oscuros presagios.

Past Grove poseía dos cementerios. El viejo cementerio fue en su día lugar de descanso para los primeros colonos, aunque pronto desencadenó en una serie de fenómenos insólitos cuyo resultado todavía hoy se manifiesta durante noches de tormenta. El letrero apenas sobrevivía al embate del viento, y anunciaba con letras rojas Dead Hill; letras añadidas sobre su verdadero nombre, pero ya nadie recuerda a Repose Hill. Sobre el suelo de la colina brotaban numerosas lápidas erosionadas. Los árboles eran despojos de madera muerta, y todo el verde que en una ocasión los vistió tapizaba la tierra de hojas quebradizas. El nuevo cementerio, denominado Peace Hill, era una prolongación más cuidada y esplendorosa. Una hilera de olmos parecía robar espacio al terreno santo, pero al observar con mayor atención se adivinaba que constituía un muro natural, dividiendo así ambos cementerios y anulando parte del horrendo visionado. Una valla de estacas penosamente dispuesta corría a lo largo de la línea de árboles.

En torno a una tumba abierta y un ataúd sobre dos viguetas de hierro, había reunido un grupo de personas sollozantes, dirigido por el pastor McDougall. Las palabras del pastor llenaban el silencio que la muerte había dejado. Mark y Danny estaban delante de sus respectivas familias. Duncan se mantenía fuera del centro afectado, junto a su ayudante, Paul Carson. Aunque el negro predominaba sobre el verde follaje, ambos vestían el uniforme oficial; el luto se reflejaba en sus caras. Los vecinos, entre los que se encontraba Nina Holbrook, recurrían con frecuencia al pañuelo para detener las lágrimas. Por un instante, el llanto creció por encima de las vanas palabras del pastor, quien exhibía multitud de arrugas que el disgusto de ver su comunidad menguada había grabado en su rostro. El profesor Morton se había apartado, reflexionando acerca de qué hacer con el cuerpo de su esposa.

Suzie Denker parecía disminuida delante de los asistentes y entremezclada con ellos por el deslucido vestido negro que vestía.

Sin embargo, lo que la diferenciaba del resto era su puño izquierdo, cuya palidez era ocasionada por la visible rabia con que lo cerraba. En la otra mano sostenía la rosa que era costumbre depositar sobre el ataúd al término del discurso del pastor. Ni siquiera fue consciente de cómo la evaluaba el señor Berryman, situado detrás de los congregados, pero con una perfecta visión gracias a su altura. Aunque su cara se mantenía rígida por una fingida tristeza, en su licenciosa imaginación la muchacha lucía diminutos vestidos entallados a la figura.

Cuando la fastidiosa voz de McDougall se extinguió, el silencio se espesó, creando un caparazón irrompible. Suzie dio un paso al frente, se inclinó y dejó la rosa encima del ataúd; la marca de una lágrima apareció junto a la flor. El corazón de Suzie se había quebrado momentáneamente. Sin embargo, retrocedió con un paso sereno y aguardó a que todo finalizara.

Apretó los labios y endureció los puños mientras el ataúd descendía a las tinieblas de la tumba.

—No olvidaré esto, Past Grove. Me haré fuerte y te destruiré.

El señor Berryman enarcó las cejas al escuchar las palabras. Sus fantasías quedaron enterradas al recibir el tironeo nervioso de parte de su hijo.

Tras hundirse el ataúd en la fosa, recibió el pésame de todos los asistentes, incluso del propio Berryman, quien se preguntaba qué significaban las palabras que había pronunciado con tanta cólera. Al mirarla a los ojos no halló a la temerosa jovenzuela que había acudido a su negocio, sino a alguien cuyo valor nace cuando no se teme perder nada más. Las palabras de consuelo se fueron sumando una tras otra sin lograr su cometido; Suzie sabía que lo único que le ayudaría a recuperar el ánimo era contemplar Past Grove engullido por las llamas. Éste fue el pensamiento que reflejaban sus ojos en el instante en que Bruce se le acercó para añadir un sincero pésame.

—Llorar es bueno en ocasiones.

—Se llora después de la victoria —repuso ella.

Junto a uno de los olmos que delimitaban los cementerios se encontraba la directora Ferguson. Su uniforme negro no sugería respeto por los difuntos, más bien era una vestimenta habitual. La falda ceñida a los muslos terminaba debajo de las rodillas, y una chaqueta de aspecto autoritario hacía juego con la fina corbata que anudaba el cuello de la camisa blanca. Su pelo oscuro lo cubría una sofisticada pamela. Se apoyaba sobre un bastón mientras escrutaba a Suzie con interés. Con la mano libre sostenía la correa de su perro, un dóberman negro cuyas orejas levantadas y cabeza erguida contribuían a su magnífico porte.

Bruce fue saludado por varios alumnos de la escuela, momento

en que apareció el doctor Price.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Bien, supongo.

El médico le puso una mano sobre el hombro. Suzie reparó por segunda vez en que no tenía extraños anillos, salvo una alianza común, y su nerviosismo inicial desapareció.

—Gracias por venir, doctor —dijo Suzie.

—Nos dejaste preocupados al salir corriendo del centro con un arma.

—Lo siento, estaba enfadada.

—Tengo que hablar contigo —dijo, descendiendo la voz hasta un umbral sólo audible por la muchacha—. He tenido varios casos como el de tu madre. Me refiero a extrañas mordeduras que llevan al paro cardíaco.

Suzie despertó y su turbación se convirtió en sumo interés. Por un segundo, experimentó el deseo de confesar todo lo que sabía al doctor, pero seguía sintiendo la punzante mirada de la directora Ferguson y evitó alargar la conversación. Dirigió la vista a cualquier punto donde rehuir de más frases de condolencia.

—Siento de veras lo de tu madre. —El hombre parecía verdaderamente afligido, pero Suzie no estuvo segura de si se debía al funeral—. Es terrible ver una vida esfumarse entre tus manos. Parte de mi vida desaparece con cada paciente, te lo aseguro.

Cuando Bruce apareció, Suzie suspiró de alivio. Los asistentes comenzaban a esparcirse por el cementerio y a espaldas de ella se escucharon las primeras paladas de tierra caer sobre la madera del ataúd.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Bruce.

—Estoy de acuerdo —aprobó Price—. Te telefonearé en cuanto pueda, hija.

—Buenos días, doctor —le dijo Bruce.

—Hola, profesor Morton, un placer saludarle.

Suzie se despidió de Colin Price agitando la mano, pensando que por lo visto no todos en el pueblo sabían aún que la casa de sus padres había sido reducida a cenizas. El servicio de bomberos de Jasper había llegado una hora después, cuando el fuego asomaba desafiante por todas las ventanas y puertas y se desplazaba por encima del tejado.

La idea de que todo había terminado y de que debía regresar al apartamento con Bruce, se ausentó al ver a Duncan y a su ayudante aproximándose. Bruce los saludó con un gesto de cabeza y se distanció unos metros al advertir que los policías querían algo más que ofrecerles el pésame.

—¿Cómo lo llevas, pequeña? —preguntó Duncan.

Bruce sonrió al percibir cómo el semblante de la muchacha sumaba nuevas dosis de exasperación.

—Sé que no es un buen momento —continuó—, pero me gustaría tener una charla contigo en comisaría. Tal vez en veinticuatro horas, cuando todo esto haya pasado. Es referente a tu pelea con Tom y los muchachos del condado. El padre ha presentado una denuncia porque el chico tenía un maldito disparo en la pierna.

—Vale, iré en unos días a la comisaría —dijo enseguida Suzie. No se sentía con ánimos para añadir todos los detalles que sin duda había ocultado Tom Paulson a su padre y a la policía.

—Está bien, pequeña. Y todo el cuerpo de policía echaremos de menos a tu madre. Era una gran mujer.

Suzie abrió los ojos sorprendida por la mención del cuerpo de policía. Todos sabían que en Past Grove sólo había dos agentes con escasa preparación. Sin embargo, Duncan siempre tenía un comentario presuntuoso para su nueva comisaría y alardeaba de haber sido de los pocos servicios de la localidad que recibieron fondos públicos. Suzie desvió la vista hasta la mano de los dos agentes. Ninguno tenía anillos con piedras, cosa que le extrañó. Sobre todo por Duncan, quien había recibido la extraña nota el día del partido.

Duncan miró por encima del hombro, en dirección a la fila de árboles, y carraspeó con visible incomodidad al reparar en la presencia de la directora Ferguson.

—Menuda zorra —murmuró, como si creyera que no había nadie presente—. Está bien. Nos vemos en comisaría. Supongo que tienes dónde quedarte temporalmente.

Suzie vaciló, pero el profesor Morton acudió de inmediato.

—Sí, estará en mi casa unos días.

—Perfecto —aprobó Duncan.

Ambos policías giraron sobre sus botas y se encaminaron hacia el coche patrulla, estacionado delante del sendero de acceso al cementerio.

Con un gesto de censura, el profesor Morton le indicó a Suzie que la directora seguía plantada al lado del olmo como una figura hostil.

—No tienen anillos —reflexionó la muchacha—. ¿Qué tendrá que ver entonces esa mujer con el jefe de policía?

—Tal vez, la nota que viste entregarle no tenga interés para nosotros.

—No sé —susurró ella mientras miraba de soslayo a la directora, que se alejaba a lo largo de la hilera de olmos—. El doctor me ha dicho que ha atendido a otros pacientes con mordeduras como la de

mi madre.

Bruce gimió de preocupación.

De pronto, un abrazo la atrapó fuertemente, y Suzie experimentó la sensación de ser vulnerable.

—¡Tía, cuánto lo siento!

Nina Holbrook gimoteaba sobre el hombro de su amiga.

—Nina.

—Nos hemos enterado del incendio —dijo, y miró a Suzie a los ojos—. Mi madre dice que puedes quedarte con nosotros en casa unas semanas. Serás como mi hermana, ya lo verás. Será genial. —Nina llevó su empapado pañuelo a los ojos—. Todo volverá a ser como antes y volverás a aplastar.

Suzie le dirigió una mirada vacilante a Bruce.

—Eh…, sí, sí. Estoy segura de que sí, pero ahora tengo que pasar unos días con Bruce.

Nina abrió los ojos.

—¿Bruce? ¿El profesor Morton? —Intercambió una mirada con el hombre y luego con su amiga, repitiendo el gesto hasta convertirlo en algo cómico—. ¿En serio? ¿Qué pasa aquí? ¿Vuelves a la escuela?

—¿Eh?

—Es posible —intervino el profesor—. Estamos discutiendo sobre su futuro.

Nina miró a los ojos de Suzie y halló en éstos una súplica de que no siguiese preguntando.

—Pues vale —dijo desconcertada—. ¡Pero si necesitas algo me llamas, tía!

—Lo haré —dijo Suzie.

—Hasta luego, profesor.

—Quiero que vayas por la escuela —agregó él.

—Iré, en cuanto arregle unas cosas, unos asuntos —dijo Nina agitando el brazo.

Suzie cerró los ojos para no ver alejarse a su mejor amiga de aquella forma. Detestaba no poder explicarle todo lo que la había llevado a estar distante, pero lo último que quería era meterla en su batalla personal contra Past Grove. Nina tenía derecho a tener una vida normal con problemas normales.

—¿Estás bien? —quiso saber Bruce.

—No —masculló—. Veré arder este pueblo desde lo alto de la colina.

Nina se reunió con sus padres, entró en el automóvil y arrimó su rostro humedecido por las lágrimas a la ventanilla. La mayor parte de los asistentes tomaron la senda en dirección a la salida del cementerio, que se vaciaba paulatinamente. Se levantó una brisa

fresca que aleteó las hojas de los árboles. Suzie y Bruce permanecieron a diez metros de las tumbas de los padres de la muchacha. Sobre la lápida de James Denker, la flor que había visto Bruce el día de su visita había perdido gran cantidad de pétalos. El servicio de pompas fúnebres había contratado a dos hombres que se afanaban en llenar la sepultura con la tierra extraída. El más gordo, cuyo rostro era similar al de un sapo, dijo a su compañero que se apresurase.

—Creo que al final no voy a denunciar la muerte de Cathy —anunció el profesor con voz nostálgica—. Espero no equivocarme con mi decisión.

Suzie no dijo nada, se limitó a evocar la primera vez que tuvo delante a Nina Holbrook, en la escuela. Fue una niña menuda con dos coletas a los lados y una cara redonda que captaba la atención de los demás niños. Cuando sonreía o lanzaba sus habituales gritos, los ojos se abrían como dos enormes ventanas ocupando todo el rostro. Su habilidad para la música la llevaba a decir a todos que de mayor tendría una banda de *rock & roll*. Con los años, su cara redonda se estrechó y las coletas se convirtieron en una melena salpicada de mechas; según su estado de ánimo variaba desde un rojo chillón a un azul turquesa. El día del funeral acudió con el cabello negro natural enmarcando su cara blanca. Suzie no olvidaría la vez que le enseñó su primera guitarra *Fender* y cómo castigaba las cuerdas sin atinar una sola nota. Tras aquella horrible exhibición, ambas habían reído abrazadas y Nina le había invitado a formar parte de la futura banda, que nunca llegó a reunir. Los años y la práctica hicieron que los dedos mejorasen en técnica y velocidad. Suzie había pasado noches enteras en el cuarto de Nina, viéndola deslizar los dedos frenéticamente por el mástil. Cuando las bufonadas de Nina alcanzaban cotas impensables, Suzie vociferaba imitando a Robert Plant, vocalista de Led Zeppelin, con un arrugado estuche de lapiceros como micrófono. Entonces Nina arremetía contra la cama con la guitarra, en una entusiasmada imitación de los rockeros de los sesenta.

—Y se supone que yo soy la loca… —murmuró Suzie al regresar de sus pensamientos.

—¿Cómo dices?

—Nada. Pensaba en Nina. Ella es la verdadera loca.

—Creo que será interesante observar lo que ha sucedido con el anillo abandonado en el lavado.

—Sí, sí. —Suzie deseaba seguir por más tiempo entre sus recuerdos, aferrarse a ellos hasta que se tornaran tan reales como el dolor que sentía por la pérdida de sus padres. No obstante, un leve nerviosismo la acompañó a casa del profesor Morton y la imagen de

Nina quedó reducida a una mancha de su pensamiento.

Capítulo 26

Mientras el profesor subía las escaleras del apartamento seguido de Suzie, reflexionaba sobre cómo llevar a cabo la idea que emergía en su mente y de si ésta era moralmente legítima. El cuerpo de su esposa aguardaba una solución inmediata, pues antes de acudir al funeral de Liz Denker, lo había envuelto con una sábana rota y lo había ocultado dentro de un armario. Pero al entrar en el vestíbulo, ambos recibieron un tufo hediondo que los sorprendió, y el profesor supo que su dudoso plan cobraba urgencia. Después de cerrar el armario, había realizado una limpieza exhaustiva de toda la casa para deshacerse de los malos olores, aunque por lo visto sin resultado. La sofocante pestilencia invadía el pasillo con matices de carne corrompida y agua estancada.

—¡Tío, qué mal huele!

—Es sumamente extraño —declaró Bruce—. Debe de ser el cadáver de Cathy. Ha entrado en fase de descomposición muy rápido.

Se dirigió al trastero donde se encontraba el armario. Cuando lo abrió, arrojó al silencio un chillido nervioso al ser golpeado por el brazo de Cathy. Los dedos estaban agarrotados y presentaban una palidez sepulcral. Bruce pensó que por la posición, parecían haber estado sosteniendo una bola de billar. Sin embargo, fue peor contemplar la muerte en los ojos del cadáver.

Bruce retrocedió un paso, asaltado por el frío que se deslizó por su columna hasta la nuca, cuyos pelillos se endurecieron como púas. Al término del horror, experimentó una devastadora impotencia por no haber sido capaz de salvarla. En su mente se avivaron voces que lo empujaron a culparse. El tormento, sin embargo, duró hasta que vio las espantosas perforaciones en el rostro y en otras partes del cuerpo. Decenas de agujeros por los que habían brotado las larvas dejando sin vida a su esposa. A punto estuvo de maldecir a Past Grove como siempre hacía Suzie, pero el profesor que habitaba en él le sugería prudencia y raciocinio.

—Debo sacar de aquí a Cathy —dijo para sus adentros.

El alarido de Suzie le llegó desde el baño.

Bruce volvió el cuello hacia la puerta del desván, asaltado por más urgencias de las que podía atender.

—No perderé a tu hija, James. No permitiré algo semejante, maldita sea. —Dejó el cuerpo en el armario y corrió por el pasillo

hacia la luz que se derramaba sobre las paredes del pasillo.

Suzie seguía lanzando incomprensibles descripciones de lo que tenía delante. Bruce, quien no había alcanzado el baño, se preguntaba qué observaba ella y por qué alguien con su valor emitía tanto miedo. Frenó en seco ante la puerta.

La muchacha parecía pegada a la pared, con la vista clavada en el lavabo. Entonces, Bruce dirigió su mirada a la malformación carnosa que había tratado de salir del agua. Al observar con mayor atención, reparó en que la masa deformada era en realidad una mano cuyos dedos parecían no haber tenido suficiente tiempo para desarrollarse. El diminuto cuerpo rezumaba un vapor repulsivo, de su centro brotaba de manera lastimosa la espina dorsal, era como una erupción cancerosa. Por una hendidura en la cabeza asomaba un diminuto cerebro verde. Los globos oculares no existían en las enormes cuencas, en su lugar una masa viscosa blanquecina nadaba en ambas cavidades. La boca era una abertura blanda en medio del rostro, que reflejaba el horror de quien no logra sobrevivir a su nacimiento.

Bruce se aproximó y le indicó a Suzie que permaneciese donde estaba.

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto?

—Past Grove —gimió Suzie, y finalmente logró hallar en su interior la determinación para salir corriendo del baño.

—¡Suzie! —exclamó Bruce; luego volvió su atención a la horripilante criatura del lavabo.

Al cabo de varios segundos, la muchacha regresó con el revólver sujeto con ambas manos. La dirigió hacia el amasijo de carne muerta.

—No dispares. Cálmate —dijo Bruce.

Suzie jadeaba y sus manos temblaban.

—Es como las bestias pequeñas que maté en mi casa.

—Exacto, y como las que vimos en casa de Frances Nevis —agregó el profesor—. Parte del mal olor que hemos experimentado al entrar en el apartamento procede de aquí.

—¿Cuántas habrá? —preguntó ella sin poder controlar el temblor de las manos.

—Está muerta, cálmate y aparta el arma.

El cuerpo de la criatura terminaba de pronto, y donde debía de existir un par de piernas no había más que jirones de carne revestida de piel podrida. Entonces Bruce reparó en el anillo que continuaba en el lavabo, salvo que la piedra negra había dejado de centellear y se había abierto en dos, como un huevo. Una diminuta semilla verde dormitaba al lado, del interior parecían brotar los filamentos ulcerosos que eran las piernas sin formar de la bestia.

—Maldita sea —farfulló Bruce.

—Te lo dije —susurró Suzie con voz asustadiza—. El anillo se estaba ahogando.

—Esta criatura estaba saliendo del anillo, pero por un motivo que desconocemos no ha podido concluir su formación. —El profesor le arrebató el arma a Suzie y movió el anillo con el cañón. Lo cogió con temor de ser atacado por las vibraciones, pero el metal no emitió señales de ningún tipo—. Ahora parece un anillo normal.

Suzie se lo quitó al profesor de las manos y lo arrojó al suelo.

—No es bueno coger esos anillos, tío.

—¿En qué te basas? Ahora no vibra.

—No sé, pero no quiero verte con esos anillos en la mano.

Bruce decidió tener en cuenta la sugerencia. Y tanteó la semilla con el cañón del arma mientras los dientes de Suzie rechinaban de impaciencia.

—Parece una semilla —dijo él, y examinó con detenimiento la piedra rota—. Una semilla verde que ha salido de dentro de la piedra. ¿Cómo es posible? ¿A qué clase de locura nos estamos enfrentando?

Bruce forzó a su mente a que le concediera respuestas, pero la urgencia que experimentaba al tener el cuerpo de Cathy en el armario bloqueaba cualquier idea.

—Si salen de los anillos, ¿quiere decir que habrá un monstruo de éstos por cada persona que lleve uno? —quiso saber Suzie.

—Maldita sea. —Bruce sentía construirse un muro delante de las ideas que ansiaba.

—Nos falta ayuda —dijo Suzie—. El partido necesita más jugadores.

—Sí, eso es —aprobó Bruce, demoliendo finalmente el muro—. Puedo hablar con Troy Rowland, el profesor de biología. Él puede realizar las pruebas pertinentes a la semilla, y tal vez, decirme algo de la piedra negra o ponerme en contacto con algún gemólogo.

Al finalizar, su mente le devolvió la imagen del cadáver de Cathy exigiendo ser atendido dignamente.

—Primero…, primero pensaré en cómo sacar a Cathy de la casa.

—Y a eso —dijo Suzie, señalando con la mano a la criatura.

—Por supuesto. —Bruce comenzó a percibir un insólito cansancio psíquico. Sin embargo, sabía que no podía darse el lujo de flaquear.

Minutos después, Suzie aceptó los guantes de goma que el profesor le entregó. Cogió la masa de carne y la introdujo dentro de una bolsa de basura, al tiempo que retorcía su cara asqueada.

El profesor se encontraba delante del armario, con las manos en jarras, aguardando que por alguna absurda razón Cathy abriera los

ojos y lo mirase como lo hizo delante del Pastor McDougall el día de la boda. El corazón del hombre se encogía y se liberaba con una dolorosa ansiedad. Había fracasado en su empeño de recuperarla. Únicamente había logrado recuperar un cuerpo agujereado por la muerte.

A sus pies dormitaba un saco de lona y una cuerda. Cuando se puso manos a la obra, aferró el cuerpo por las axilas y tiró hacia fuera. El tronco se movió adelante y la cabeza de Cathy golpeó contra el pecho de Bruce, quien se vio sobresaltado por una multitud de terrores supersticiosos. La boca de la mujer se torció en una mueca burlona, pero fue peor sentir el frío que envolvía el cuerpo, como si hubiese sido sacado de una nevera. Al intentar meterlo en el saco reparó en que no cabía; las piernas sobresalían hasta las rodillas.

—Maldición.

Se agachó. Forzó a las rodillas a flexionarse, luchando contra la rigidez del cuerpo. Al fin introdujo las piernas dentro del saco. Sin embargo, el tamaño de éste no proporcionaba la suficiente lona para anudarlo con la cuerda. Tras debatirse en una batalla en la que se vio empujado a reconocer su derrota, se volvió hacia el armarito donde guardaba los utensilios de costura. Cogió hilo grueso y una aguja. Cosió el escaso sobrante de lona mientras escuchaba a Suzie deambular por el apartamento. Al terminar, su mente aún bullía con las tareas a realizar durante el día. Tenía pensado ir a ver al profesor de biología por la tarde, porque éste solía quedarse en el despacho corrigiendo exámenes. Lo que le dio una idea.

—¡Suzie!

Bruce dejó de nuevo la bobina de hilo y la aguja en el armarito. A continuación levantó el saco, imaginando que dentro sólo había pan o patatas. Cuando se volvió, su garganta se cerró al propinar un grito espantoso.

—¡Qué! ¡Si me has llamado tú! —exclamó Suzie, en un aprieto.

—Cierto, perdona —se disculpó el profesor, recobrando el aliento—. Introduce la semilla y la piedra en dos pequeñas bolsas de plástico diferentes. Las encontrarás en los cajones de la cocina.

—¿Quieres que toque la semilla ésa?

—Cálmate, no pasará nada. Llevas los guantes.

Suzie reflejó su descontento por la tarea que se disponía a realizar, pero al ver que el profesor tenía el saco sobre los hombros, pensó que era mejor coger una semilla que el cuerpo de un ser querido.

Bruce esperó a que ella le entregara las bolsas. Luego le dijo que saldría un par de horas para solventar el asunto de Cathy y para hablar con Troy. Suzie hizo un gesto de asentimiento palpando el

bolsillo trasero de los tejanos, y se sintió reconfortada al encontrar su Smith & Wesson 38.

El reloj de pie del comedor señaló las seis de la tarde con su habitual tañido. Bruce pensó en apresurarse si quería deshacerse del cadáver sin levantar sospechas y luego ir a ver a Troy. Suzie no puso impedimentos a su marcha. En una mano sostenía el diario de su padre, que tenía pensado seguir leyendo. Bruce abrió la puerta principal. Se asomó al rellano para cerciorarse de que nadie husmeaba. Sólo cuando reparó en el sólido silencio, empezó a bajar las escaleras con el saco al hombro.

El cielo empezaba a perder claridad, el sol se había desplazado hacia el oeste y las sombras de la calle crecían como manchas sobre la calzada. El profesor Morton aceleró el paso hasta el coche, estacionado en la esquina. Varios vecinos paseaban distraídos. La señora Truman, mujer sin carne y sin curvas, aunque siempre con un marcado maquillaje que sugería preferir a los hombres mirándola a los ojos, caminaba resueltamente hacia Bruce. Era la madre de Ron, uno de los alumnos más atrasados en las lecciones de historia, y al haber suspendido los dos últimos exámenes, Bruce sospechaba que ella iba a explicarle cómo debía ejercer sus funciones como profesor. En otras circunstancias, habría esbozado una sonrisita sarcástica. Ya se había enfrentado a esa mujer en la puerta de la escuela hacía dos meses, debido al manido argumento utilizado por los alumnos: el profesor me tiene manía.

La señora Truman agitó el brazo de manera violenta. Bruce se preguntó de dónde sacaría los recursos energéticos un cuerpo tan delgado. Fue incluso capaz de acelerar el paso, ponerse delante de él, obstaculizándole el paso, y mirarlo a los ojos con su mirada de fiera.

—Ni siquiera está en clase —replicó con su voz de pito roto—. ¿Cómo pretende enseñar si no está en clase, cumpliendo con su obligación?

—La escuela tiene hoy un horario extraordinario debido al funeral de la señora Denker. Muchos hemos asistido.

—Lo extraordinario es que haya profesores como usted en Past Grove. —La voz no conseguía alcanzar el grado de enfurecimiento que la señora Truman pretendía, aun así, su rostro daba visibles muestras de encontrarse bajo una fuerte tensión.

—En este momento acudo a la escuela.

—Yo vengo también de la escuela —declaró—. He denunciado su actitud a la directiva de profesores.

Bruce arqueó las cejas, y de pronto el saco que sólo contenía pan o patatas se volvió más pesado.

—Está en su derecho de proceder como crea correcto, señora

Truman —masculló—. Ahora, si me deja, tengo asuntos que atender.

—Será mejor que tenga en cuenta el esfuerzo de mi hijo a la hora de valorar sus trabajos —aulló la mujer cuando Bruce la hizo a un lado y marchó hacia el vehículo—. ¿Y se puede saber qué demonios lleva al hombro?

—Cosas que ya no necesitaré —farfulló con dolor en su voz. Esperaba que con esa contestación, la mujer abandonase su empeño por prolongar la conversación. Apoyó el saco contra la rueda trasera. Abrió el maletero y lo cerró después de depositar el saco. Al mirar por encima del hombro, observó a la mujer seguir su camino a paso enfurecido.

Al volante del coche y en dirección a la escuela, se preguntó qué habría dicho la señora Truman a la directiva de profesores. Aunque apremiaba el colocar a Cathy en un lugar de reposo, el nerviosismo que corroía a Bruce lo forzó a pisar el acelerador sin desviarse de Jointer Avenue.

—Maldita sea esa estúpida mujer.

Ron había entregado el último trabajo sobre la Guerra de Secesión con una frase. Y aunque se pedía un mínimo de un folio, lo que había eliminado toda duda a la hora de calificar el trabajo fue la frase en sí, una opinión ofensiva en cualquier contexto posible: los profesores son basura. La frase no sólo obviaba no haber estudiado la lección, sino que faltaba al respeto a la comunidad de profesores, los encargados de preparar en mayor o menor grado a los futuros ingenieros, médicos y dirigentes sociales. Dicho de otro modo, contribuían modestamente a que la sociedad fuese más civilizada. En opinión del profesor Morton, la educación es el pilar fundamental de una sociedad que se precie.

Fue algo que echó en falta cuando se encontró con el rostro malhumorado del director. Permanecía plantado bajo la puerta abierta del despacho, mientras evaluaba con la vista la limpieza del silencioso pasillo. Bruce supo que la mujer no le había mentido por el modo inquisitivo con que el director lo escrutaba.

—¿Sabe a quién he tenido el amargo placer de saludar hoy?

Bruce sabía que se refería a la señora Truman, puesto que si alguien tenía la facultad de dejar el rastro de su presencia, ésta era ella.

—Sí, he tenido el gusto de verla en mi calle.

—Oh, sí, recuerdo que vive cerca de su apartamento. Demasiado cerca me temo —dijo el director invitándole a entrar en el despacho —. Adelante.

—Gracias.

El director mantenía un aspecto impoluto. Traje bien entallado y

calva reluciente. En aquella ocasión, lo que estropeaba su imagen era el semblante contrariado. Rehusó sentarse en el sillón de cuero, se mantuvo detrás, con las manos aferrando el respaldo como las garras del cuervo sobre una rama.

—Le ha denunciado a la directiva de profesores.

—Eso me ha mencionado —dijo Bruce—, pero estoy seguro de que no le habrán prestado demasiada atención a esa mujer. Principalmente por las absurdas acusaciones.

—Lo del trabajo de Ron Truman, sí. Un asunto estúpido, de no ser porque la señora Truman pertenece a la menguada comunidad de donantes de la iglesia baptista. Y sus donaciones son de urgente necesidad.

Bruce escuchó perplejo cada palabra.

—No me gusta esa mujer metomentodo —continuó el director—. Ni me gusta su modo de inmiscuirse en los asuntos de los hombres de Dios. Sobre todo desde que encabeza la Asociación de Mujeres Baptistas, a cuyo grupo pertenece la esposa del alcalde. Esa mujer debería dedicarse a atender su hogar y a limitar su radio de acción. En cualquier caso, me temo que tengo que destituirle de sus funciones en este centro.

Bruce percibía cómo la conversación tomaba aires conspiradores.

—¿Me está despidiendo?

—Me temo que sí. Pero no se preocupe, puede acudir a cualquier escuela del condado, es un buen profesor, señor Morton.

Bruce se levantó de la silla como el muñeco con resorte de una caja sorpresa.

—¿Es ella la única responsable de esto?

El director arrugó el entrecejo.

—Pues…

—Ya veo que no —masculló Bruce—. ¿Quién más está detrás?

El director estiró la comisura del labio derecho.

—No tengo demasiada información al respecto, pero…

—¿De qué demonios está hablando? No me creo que vayan a despedirme por suspender a un alumno que no ha abierto un libro de la guerra civil en su vida.

—El asunto viene de arriba.

—¿De arriba? Usted es el máximo responsable de la escuela y… —Bruce enmudeció cuando el director apartaba la mirada, semejante a un animal asustadizo—. ¿Quién manda sobre usted? Estoy al tanto de los viejos asuntos del Comité de Profesores que trabajaron para McDougall, pero aquello terminó hace años… ¿Verdad?

—Existen algunos fervientes discípulos que están dispuestos a

regresar. Sin embargo, no tiene nada que ver con esto.

—Me marcho de aquí. —Bruce se volvió hacia la puerta, refrenó el impulso por estallar y miró al director por encima del hombro—. ¿Qué está pasando en Past Grove?

—Estamos perdiendo la guerra, señor Morton —dijo, y finalmente se derrumbó en el sillón de cuero, y su semblante se oscureció.

—¿De qué está hablando?, ¿qué guerra?

—No le dé más importancia. Siga con su esposa. Por cierto, ¿ha logrado hacerle entender que el hombre debe tener las riendas del hogar?

Bruce silenció su impulso de gritar que algo en Past Grove le había arrebatado a su esposa, pero lo dejó pasar al percibir que el asunto le haría parecer un lunático. El desproporcionado machismo de algunos habitantes del pueblo siempre le había sacado de quicio y no deseaba verse envuelto en una discusión cuyo resultado sería no sacar nada en claro.

El director abrió un cajón y sacó un ejemplar del periódico de la semana pasada.

—¿No es usted aficionado a leer la prensa?

—Sí, en ocasiones, pero ¿qué diablos tiene que ver esto ahora? —inquirió Bruce.

El director abrió el periódico por las páginas centrales.

—Desapariciones y numerosos asesinatos en extrañas circunstancias —murmuró—. Páginas enteras de personas que desaparecen de la noche a la mañana y nadie sabe dónde están.

Bruce se guardó una sonrisa para sí mismo al recordar que en su apartamento había una muchacha que podría dar una opinión sugerente al respecto. Probablemente, en boca de una adolescente no sonase tan disparatado.

Past Grove se deshace de la gente que no le gusta.

El director cerró el periódico y lo empujó por la mesa hasta el extremo opuesto, donde la mano de Bruce lo apresó y, experimentando enorme ansiedad, leyó noticias aleatorias. Un titular que rezaba «Vecinas en un combate de lanzamiento de platos» declaraba cómo dos mujeres acabaron tirándose platos por la ventana, hasta que uno de los maridos llamó a la policía. Todo había sido iniciado cuando una de las vecinas afirmó que el aroma que emergía de la cocina de la otra hacía pensar en heces de caballo. El asunto finalizó con la mujer que había iniciado la disputa en el centro médico con un ojo vaciado y un corte a lo largo de la mejilla derecha.

Otro titular resaltado en negrita decía así: «Desaparece del centro médico la vecina de los platos» La pasada noche testigos

oculares aseguraron haber visto a una mujer saltar por la ventana del centro médico, luego levantarse y seguir caminando de forma torpe. Un testigo insistía en que la mujer caminaba como si tuviera todos los huesos del cuerpo rotos y fuese sostenida por cuerdas un palmo por encima de la cabeza. “Era un maldito muñeco articulado”, repetía una y otra vez. La única prueba del asunto son unos gusanos muertos en el lugar donde había caído.

Bruce expuso su opinión sobre las noticias con un gemido.

—¿Por qué me enseña esto?

—Digamos que soy viejo y estoy cansado. En ocasiones uno necesita compartir con alguien cómo la basura se extiende por todas partes.

—Yo mismo acabo de ser testigo de ello —añadió Bruce—. No trate de conmoverme, no es un buen momento.

—No puedo hacer nada por su asunto, se lo aseguro. Crea que lo siento.

Bruce se volvió y, cuando estuvo a punto de aferrar el pomo de la puerta, el director le sugirió que se llevara el periódico.

—¿Para qué?

—Le vendrá bien leerlo. —El director se recostó en el sillón y cerró los ojos—. Por cierto, ¿cómo se encuentra nuestra *pitcher*?

Bruce siguió inmóvil, con la mano en torno al pomo y la frente rezumando sudor.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que está con usted. Este es un pueblo pequeño y la gente habla. Y en mi caso tengo buenos contactos.

—Ya veo.

—Señor Morton, tenga cuidado con lo que hace —le dijo, con una vocecilla conspiradora—. Se está metiendo en un asunto viejo y sumamente complicado. Dele saludos a la muchacha, y mis condolencias para ella por el asunto de su madre. Una tragedia.

Bruce se giró sobre sus pies y aceptó el periódico.

—Gracias.

—Oh, no me las dé.

A continuación se volvió y abrió la puerta.

—Una última cosa.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Bruce, cada vez más desconcertado por el comportamiento del director.

—No se acerque demasiado a la señora Ferguson. Sus métodos de enseñanzas distan de los nuestros.

En el entrecejo del profesor Morton asomaron dos profundas arrugas. Dejó las cosas como estaban, y después de despedirse con un gesto de asentimiento, cerró la puerta. Continuó por el pasillo hasta el laboratorio.

La espaciosa sala estaba vacía salvo por un tipo inclinado sobre un microscopio. Vestía una bata abierta por la que asomaba una camisa blanca y corbata aflojada. Encima de la mesa en la que trabajaba había una pila de folios amontonados y un libro de texto. Cuando Bruce le saludó, el hombre se volvió sobresaltado, como si hubiese estado sumergido más de la cuenta en su estudio.

—Hola, Bruce.

Por su expresión, éste advirtió que el profesor de biología estaba enterado de su despido. Tenía la cara ensombrecida por una batalla de palabras que finalmente había abocado al fracaso.

—He intentado persuadir a la directiva para…

—Lo sé, lo sé —dijo Bruce

—Esa mujer es un completo trastorno para cualquier alma sosegada.

—He venido por otro motivo.

—¿Y cuál es? —Las pobladas cejas de Troy Rowland se alzaron confesando una enorme duda, mientras Bruce le entregaba la bolsa de plástico que contenía la semilla. Contempló la bolsa con suma expectación.

—Aquí tienes el motivo.

—Ya veo —murmuró, atenuando su sorpresa.

Bruce examinó el rostro del Troy y dijo:

—No pareces sorprendido.

—Ya me he enfrentado a una semilla parecida.

—¿Cómo es posible? —preguntó Bruce, sabiendo que era probable que algunos habitantes de Past Grove ya las hubieran visto.

—Herbert, uno de mis alumnos más sobresalientes, tuvo la idea de mostrarme una, acompañada por una historia completamente disparatada. A decir verdad, no sabía de sus dotes novelescas.

El semblante de Bruce se perturbó.

—¿Qué te contó?

—Vino a mí con una semilla como lo has hecho tú, y me dijo que había salido de una piedra negra que tenía el anillo de su vecina. Por lo visto, una adolescente a la que intentaba seducir.

—Maldita sea.

—Pareces turbado, querido amigo. Tranquilo, no es más que una inventiva para impresionarme. Le sugerí que ese tipo de iniciativas deberían quedar en clase de Literatura.

—Ese muchacho está en lo cierto —graznó Bruce.

Troy se quitó las gafas de pasta.

—¿Qué está sucediendo, Bruce? Sé que eres un hombre racional. —Inspeccionó la bolsa con la semilla—. ¿Y por qué posees tú también una de estas semillas?

—Es una larga historia, pero ha salido de una piedra negra, como dice tu alumno. Una piedra como ésta —dijo, y le mostró la segunda bolsa.

—No es posible.

—Yo mismo he tenido un anillo similar en mis manos y sufrido sus malditas sacudidas magnéticas —declaró Bruce.

Troy extrajo la semilla de la bolsa con sus manos enguantadas y la observó con detenimiento. Tenía forma plana, semejante a una pipa de calabaza, aunque verde.

—De acuerdo, dame unos días y realizaré algunas pruebas.

—No sé si tengo tanto tiempo, Troy.

Éste le escudriñó con atención.

—¿Estás bien? Pareces perturbado por algo.

—Tengo algunos problemas personales —dijo Bruce, evitándole soportar una historia más compleja que la de su alumno.

—Intentaré que las pruebas estén listas mañana. En cuanto a la piedra… veré qué puedo hacer.

—Te lo agradezco.

Troy no le dijo nada más, se limitó a escudriñar con renovado interés la semilla y los dos fragmentos de la piedra, mientras Bruce abandonaba el laboratorio y se encaminaba a la salida de la escuela con una sensación nostálgica tomando posesión de su pecho. Cuando salió al atardecer, vio a dos adolescentes apoyados en un automóvil enroscados en un abrazo. Su forma de besarse sugería que los labios estaban unidos con pegamento y que trataban por todos los medios de separarse. Se sentó al volante del Lincoln, dejó el periódico en el asiento del acompañante y condujo distraídamente por Past Grove.

Reflexionaba sobre las palabras del director y cómo, por lo visto, sabía de sus movimientos con Suzie Denker. ¿Quiénes serían sus informadores? ¿Estaba resurgiendo de nuevo el Comité de Profesores del pastor McDougall? Sin obtener respuesta, y con una ansiedad mordisqueando su pecho, pensó en dónde podía dejar el cadáver de Cathy. Mientras avanzaba por Jointer Avenue, se dijo que su mujer pasaría a engrosar las listas de personas desaparecidas, y que pronto tendría problemas con los vecinos al no ver a Cathy entrar y salir del apartamento.

Las últimas casas del pueblo se dibujaron detrás de pinos y abetos. Pero aquel lugar no se le antojaba digno para el descanso de su mujer. Parecía estar deshaciéndose de un perro o de un criminal. Por sus libros de historia, sabía que el viejo cementerio estaba en desuso y tenía todas las cualidades que necesitaba: era campo santo, y aunque no era una persona religiosa, la arraigada sociedad le había impuesto sus valores y en momentos como éste le resultaba

difícil emanciparse de ellos. Así pues, Cathy sería enterrada en triste anonimato, pero en cualquier caso estaría en el lugar de los muertos.

El sol parecía precipitarse tras las cordilleras que cortaban el horizonte. Hacía varios minutos que Bruce se encontraba junto al coche, en la cuneta de la carretera contemplando el cementerio. Dead Hill se extendía sobre la colina en una sucesión de lápidas desgastadas. Y pese a las leyendas que conocía de aquel sitio, no desistió en su empeño. Se internó entre el silencio de la muerte con el cuerpo de su mujer al hombro y una pala, que había en el maletero. Las hojas crepitaron bajo los pasos. Al tiempo que buscaba un espacio para cavar, evitó ser arañado por las ramas de los árboles. Varias bellotas quebraron bajo la suela de sus zapatos, y en más de una ocasión se vio forzado a no ceder al miedo al oír ulular un búho. En el bolsillo de la americana se agitaba la petaca de licor, obligada compañera para quien se dispone a dar sepultura a un ser querido.

Halló un hueco junto a un olmo cuyas raíces brotaban de la tierra para volver a hundirse a escasos metros. Bruce se detuvo y dejó el cuerpo de Cathy apoyado en el tronco. La cabeza de la mujer cayó hacia delante como una muñeca de trapo cuyo cuello no se sostuviera más que por algodón y tela. Luego apartó las hojas resecas con la pala e introdujo el extremo metálico en la tierra.

A medida que el hoyo se hacía más hondo, la noche arrojaba su manto de tinieblas sobre Past Grove, concediéndole el efecto que en verdad transmitía; ser un pueblo muerto mucho tiempo atrás. Cuando dedujo que el agujero era lo suficientemente profundo, dejó caer el cuerpo de Cathy. La cabeza quedó ladeada, cosa que Bruce agradeció, puesto que no deseaba ver su mirada vacía. Arrojando la arena otra vez, evocaba los gratos momentos que Cathy le había concedido. La había conocido semanas después de que los padres de ella se mudaran a Past Grove, en una época en que todavía algunas familias se aventuraban a iniciar una nueva vida en el pueblo. Vivían a una casa de distancia, y Bruce recordaba asomarse por la ventana de su habitación para espiarla mientras Cathy jugaba a las muñecas en el jardín.

Cada palada de tierra le hacía evocar viejas imágenes del pasado. Las trenzas que brotaban a ambos lados de la cabeza, favoreciendo su aspecto de niña dulce; la pesada mochila que usaba al acudir a la escuela y cómo sus mofletes se llenaron de granos en la pubertad, momento en que los muchachos se distanciaron de ella, favoreciendo a Bruce su acercamiento y evitando rivalizar con los chicos más atractivos. Para cuando llegó el campamento de *Boy Scouts* mantenían una profunda amistad, y Bruce sabía que ella

esperaría a su regreso. Así sucedió. Cathy le esperaba con un vestido amarillo que finalizaba sobre unos zapatos blancos; por aquellos tiempos, el Comité de Profesores y el Pastor McDougall estaban en su apogeo y prohibían cualquier intento de mostrar las virtudes de la carne. Cathy cambió las trenzas por unos delicados rizos sobre la espalda.

Apenas quedaban partes visibles del cuerpo de la mujer; la arena regresaba a su lugar de origen, humedecida por las lágrimas de Bruce. Cuando cubrió el agujero aplanó la tierra y se sentó sobre una de las ramas salientes del olmo.

La boda se celebró en el exterior de la iglesia baptista. Cathy y Bruce alegaron que preferían contemplar el atardecer sureño durante su boda que iconos religiosos representantes de confusión y autoridad. Aquello supuso la conmoción en la comunidad religiosa, pero debido a lo reducido de ésta, se vio forzada a aceptar. Las enormes expectativas de matrimonio mantuvieron la relación viva durante los primeros años. Sin embargo, la tardanza por parte de Cathy en quedarse embarazada dio inicio a su declive.

Bruce prefirió eludir estos pensamientos. Se puso en pie al ver unas piedras, que reunió sobre la anónima tumba de su mujer.

—Gracias por los bonitos momentos que me has dado, Cathy —gimoteó, y dio un trago a la petaca. Sólo cuando su visión se tornó difusa, regresó sobre sus pasos al automóvil.

Capítulo 27

Suzie Denker permanecía frente a la ventana del comedor. Evaluaba con recelo el tono nebuloso que iba adquiriendo Past Grove, según el cielo perdía su brillo. Diversas luces se encendieron en los edificios de la calle, las farolas arrojaron charcos de luz sobre la acera. Todo esto, sin embargo, no mitigaba el rastro moribundo que aportaba la noche. Su atención pasó a las manos que jugaban con la Smith & Wesson 38. Apuntó rápidamente al frente, a la copia difusa que se reflejaba en el cristal.

—Bang… bang… —La voz adoptó un tono severo; luego Suzie simuló enfundar el arma en una pistolera imaginaria.

Se había despojado del vestido negro con que acudió al funeral. Ahora vestía pantalones de pana extraídos del armario del profesor Morton, y una holgada camisa de franela cuyo sobrante caía hasta las rodillas. El pantalón exhibía varias vueltas en ambas perneras. La ropa con que había escapado de las llamas de su casa estaba en la lavadora, y se escuchaba el soñoliento rumor a través del pasillo.

A su cabeza había acudido en varias ocasiones la imagen de Nina marchándose del cementerio con el rostro marcado por una fuerte confusión. Suzie no podía evitar sentirse culpable por no haberle dado una respuesta concreta. Y experimentaba una mezcolanza de vacíos que ahondaban en su pecho como una excavadora. El dolor de la muerte de su madre se había sumado al de su padre, y eludir dichos dolores le resultaba imposible. Sin embargo, bastaba una visita a Nina para llenar en parte el vacío. La idea de visitarla se volvía más insistente a medida que pasaban los minutos. Por un segundo, creyó escuchar la voz de su amiga royendo en su cabeza.

Finalmente metió la Smith & Wesson 38 entre la correa del pantalón, se acercó a la mesa del comedor y cogió el bolígrafo que dormitaba encima desde hacía varios días. Arrancó una hoja de la libreta imantada del frigorífico y garabateó las siguientes palabras:

Tío, me largo un par de horas. Estoy en casa de Nina.

Tu ayudante, Suzie Denker.
Hora de partida, las 21:06.

—Así sabrá justo a la hora que salgo.

Dejó la nota en la mesa del comedor, bajo el diario de su padre. Pensó que el profesor Morton querría leer algunos pasajes cuando

llegara. Bajó las escaleras del edificio y salió a la noche. La casa de Nina se encontraba a varias calles de la escuela, hacia el norte. Tras enfilar Masonry Street, se desvió por las estrechas calles de aquella parte del pueblo, cuyas casas se encontraban una tan próxima de la siguiente que parecían la misma construcción. Algunas propiedades estaban divididas por una valla de tela metálica; otro modo de limitar las casas era una cuerda aprovechada para tender la ropa, causa de multitud de disputas por obtener el mayor espacio de cuerda posible. Cualquier excusa parecía buena para una rencilla entre vecinos. Suzie pasó de largo de un cubo de basura volcado, en cuyo interior tres gatos competían por su porción de pescado.

La casa de Nina carecía de porche y de jardín, pero tenía un garaje donde tantas veces la había visto ensayar con la guitarra. Ningún perro había sustituido a Rasty, el caniche atropellado dos meses atrás, y la caseta continuaba vacía a esperas de que Nina encontrase un nuevo sucesor. Decía que no se puede sustituir el amor de un animal fácilmente. El peso de una sábana hacía combarse la cuerda atada a dos mástiles de hierro oxidado. Un columpio sujeto a la gruesa rama de un árbol evocó en Suzie a una niña empujando a otra porque ésta última exigía volar como los pájaros. La iluminación del cuarto de Nina irrumpía en la oscuridad de la calle.

—Está en su habitación —susurró.

Vio pasar una sombra por las paredes de la habitación y supuso que Nina se desplazaba de un lado a otro como siempre hacía cuando reflexionaba profundamente.

Suzie se colocó bajo la ventana y la llamó. Enseguida asomó el rostro sorprendido de su amiga.

—¡Suzie! —exclamó, sacando el resto del cuerpo por la ventana.

—La misma, tu *pitcher* favorita.

—¡La Catapulta Romana!

Ambas comprendieron el significado de las sonrisas que adornaban sus caras. Se dedicaron un gesto de asentimiento, estallando a continuación en estridentes risas.

—Estabas rara, tía —dijo Nina.

—Y tú te fuiste rara del cementerio.

—Pero tú has sido la primera en estar rara todo este tiempo.

Suzie reconoció que tenía razón y que le había estado ocultando una parte de su vida. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y apareció Nina, con pantalón de pijama rosa deslucido y una camiseta blanca con una guitarra Gibson en el torso.

—La rara te debe una disculpa —dijo Suzie.

Nina cruzó los brazos sobre su pecho fingiendo enojo.

—Oh, vamos, tía —masculló Suzie de buen humor—. No estás

enfadada.

—Lo estoy…, y mucho. —Nina trató de que su rostro no se desmoronara por la risa que ocultaba detrás de su severo semblante.

—No lo estás. No eres buena actriz.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque somos amigas —declaró Suzie.

Nina se le arrojó a los brazos y la estrechó.

—Eres una rara muy cabrona.

—Estoy loca.

—Muy loca. Una loca rara. —Nina la miró a los ojos—. Una loca que me tenía preocupada.

—Lo siento.

—Mírate, estás llena de heridas —dijo Nina, y la escrutó con desconcierto—. ¿Y esa ropa tan horrible?

—Es del profesor Morton.

—Joder, tía, ¿qué mierda te traes con ese tipo?

—Nada, tranquila, no es lo que parece —aclaró Suzie.

—¿Y qué parece? Joder, ¿y qué haces con una pistola? Acabaré pensando que estás loca de verdad. Cuéntame todo ahora mismo o muere para siempre.

—¿Para siempre?

—Exacto, para siempre —le amenazó Nina con las manos en garras.

Suzie inició su relato con el encontronazo con la pandilla de Tom Paulson y cómo había tenido que dispararle en defensa propia. Acabó con el incendio de su casa y cómo descendió por la tubería. También añadió que tenía que presentarse en comisaría porque el padre Tom la había denunciado. Luego le explicó que el gerente de la tienda de comestibles había tratado de manosearla. Por el momento le evitó el terror de los monstruos y los fanáticos en casa de Frances Nevis.

—Dios, Bribón, qué asco.

—Sí.

—Va mirando a las estudiantes en la escuela —dijo Nina—. Es un cerdo. Una vez le tiramos piedras hasta que se fue en su furgoneta.

—Ya pasó todo.

—Ahora entiendo por qué vas armada.

Ambas caminaban calle arriba, en silencio cuando Suzie dijo:

—¿Has notado algo raro últimamente en el pueblo?

—Oh, empiezas con tus conspiraciones —rio Nina.

—Va en serio, tía.

—¿Qué quieres que te diga de Past Grove que no sepas tú, la

gran filósofa?

—Cualquier cosa, no sé.

Continuaron andando hasta llegar a la esquina. El cielo estrellado palpitaba y en algún punto lejano se podía oír el murmullo del River Team, el río que atravesaba las afueras del pueblo. Suzie reparó en cómo Nina entornaba los ojos en busca de una respuesta.

—Supongo que hay cambios, pero a nadie parecen importarle. Las peleas entre vecinos son más violentas, y mi padre dice que el periódico local debería dedicar más espacio a la cultura y menos a los problemas, que un poco de cultura alivia a los vecinos.

—Ah.

—El otro día estuvo Duncan en el barrio y tuvo que disparar cuatro veces al aire para que dos mujeres dejaran de pelearse. Todos los presentes pensamos que se lanzarían sobre él cuando lo miraron. —En este punto guardó silencio, como si lo que tenía pensado decir a continuación fuese descabellado—. He oído rumores de unos an…

—Anillos con una piedra negra.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —inquirió Nina, con los ojos desorbitados —. Aunque pensándolo bien, menuda pregunta, ¿verdad? Suzie Denker, la filósofa de Past Grove.

—Bastante gente los lleva.

—No he visto a nadie todavía, pero me fijaré. ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Tiene algo que ver con que estés en casa del profesor de Historia o la nota que recibiste del desconocido?

—Sí.

—¿En serio? ¿Estás en peligro? —Nina cerró los puños y arremetió el aire con fuerza, como un boxeador—. Ya sabes que soy capaz de cualquier cosa por mi hermana.

Suzie la contempló, perpleja, y por la expresión de la cara de su amiga supo que decía la verdad.

—No me cabe ninguna duda, pero estoy bien, en serio.

—No te creo —espetó Nina—. Me estás ocultando algo grave. ¿Qué pasa en Past Grove?

—Este pueblo es malo y hay gente mala. Aléjate de la gente que tenga esos anillos, ¿vale?

—Vale. ¿Qué más? —quiso saber Nina.

—¿Eh?

Nina se detuvo y le puso las manos en los hombros.

—Sí, ¿qué más me tienes que contar?

—Pues…

—Vamos, vamos, suéltalo —exigió—. ¿Qué pasa aquí?

—La gente que lleva los anillos es peligrosa.

—Sí, eso ya me lo has dicho —replicó Nina.

—¿Tienes armas en casa?

Nina abrió los ojos como platos.

—Pues sí, mi padre tiene una escopeta en alguna parte, pero me lanzará por la ventana si la cojo.

—Entonces pilla un cuchillo o algo punzante con lo que defenderte —dijo Suzie con aire reflexivo.

—¿De qué debo defenderme?

—De Past Grove.

Entonces silbó un viento procedente de los abetos que había a escasos metros, junto a una casa cuya fachada lucía marcas de humedad. Suzie se volvió enseguida esperando contemplar alguno de los pequeños monstruos; sin embargo, sólo presenció las ramas de los árboles chocando entre sí. Su desconfianza la forzó a acercar una mano a la empuñadura del arma, y empezó a abrirla y a cerrarla ansiosamente, sin decidirse por sacarla o dejarlo pasar. De buena gana habría desenfundado allí mismo y disparado contra cualquier cosa, pero no quería mostrarse paranoica delante de Nina, quien escrutaba entre los árboles.

—Sólo es el viento.

—No me fío —dijo Suzie.

—Vaya, me alegro de que mi amiga esté de nuevo de vuelta —rio Nina, siendo testigo de su habitual desconfianza.

—Es mejor andarse con cuidado. Hazme caso y busca algo con que defenderte.

—Seguiré tu consejo, no te preocupes.

—Y me alegro de que estés mejor de las patadas que te dio Tom Paulson.

—Pues sí. Ya te dije que el médico asegura que mis costillas son de robot.

Las chicas regresaron sobre sus pasos a la casa de la familia Holbrook, allí se despidieron con un abrazo y frases de cariño. Suzie agitó el brazo al ver a su amiga asomada a la ventana. El semblante de confusión había desaparecido en Nina y estaba sustituido por uno de gratitud. A continuación puso rumbo hacia la casa del profesor con un reconfortante sentimiento de liberación en el pecho. Sin apenas advertirlo, pintó una sonrisa.

Suzie avanzaba por Dull Street, una calle estrecha y flanqueada por cubos de basura, cuando un fino cordón escondido bajo unos desperdicios se tensó de pronto y la hizo tropezar y caer al suelo. La cabeza impactó contra el bordillo. Su visión se emborronó durante unos segundos, pero el terror se incrustó en su mente al ver dos bestias sosteniendo el cordón causante del deliberado accidente; se habían ocultado una a cada lado de la calle, detrás de los cubos de

basura. Había otra criatura sentada encima del buzón de una propiedad. Una cuarta asomaba su rostro infernal por la abertura del buzón mientras arrojaba cartas sobre la muchacha. Todas reían de forma animosa salvo una, cuya dentadura chirriaba como cadenas herrumbrosas. Y los ojos eran enormes para reflejar su gran maldad, así como su desproporcionada expectación de sufrimiento.

La muchacha, sentada sobre la calzada, apuntó con el arma a una criatura al azar, provocando la veloz estampida de éstas. Aun así, apretó el gatillo un segundo antes de que fuera golpeada en la cabeza con un palo.

En las profundidades de la inconsciencia, Suzie continuó oyendo las risas espantosas.

Capítulo 28

Bruce Morton estacionó el vehículo delante del edificio, se apeó y se encaminó al postigo. Ascendió las escaleras despacio, siendo consciente de su agotamiento físico y mental. Sin embargo, al entrar en el apartamento y no recibir contestación después de llamar a Suzie, todos sus sentidos se pusieron en alerta. Su estado de adormecimiento desapareció como si hubiera recibido un jarro de agua fría.

—¡Suzie!

Avanzó por el pasillo con la amarga impresión de estar perdiendo el control de la situación. Inspeccionó el comedor y la habitación de invitados. Al entrar en el dormitorio, vio la puerta abierta del ropero y enseguida echó en falta varias prendas.

—Se ha puesto mi ropa —susurró, dejando el periódico entregado por el director sobre la mesita.

Intuyendo que había salido, se preguntó adónde habría ido, teniendo en cuenta lo peligroso de la situación. Se sentó en el sillón de lectura y bebió de la petaca.

—Maldita sea. ¿Cómo es capaz de irse en un momento como éste?

Entonces reparó en el diario que había sobre la mesa y en la nota. Al leerla, expresó su descontento con otro trago. De inmediato adivinó los motivos de visitar a su amiga. Suzie se había comportado de un modo distante desde la partida de Nina en el coche de sus padres. Bruce supuso que habría ido a solucionar el malentendido. Pensaba, no obstante, que había asuntos que cobraban cada vez mayor urgencia, ya que el grupo de fanáticos no tardaría en presentar un plan de acción contra ellos. Estaba sumamente preocupado y carecía de los medios y de la información para acabar con una veintena de personas que habían perdido el juicio.

Releyó repetidas veces el modo con que concluía la nota.

—Tu ayudante, Suzie Denker. —Extendió una sonrisa con desgana—. Creo que fui un irresponsable mandándote la notificación cuando suspendieron el partido. Tú tienes razón. Necesitamos un equipo completo para enfrentarnos a lo que quiera que esté sucediendo en el pueblo. Aunque reconozco que tú vales por diez personas.

Celebró que la muchacha hubiese añadido la hora a la que había

abandonado el apartamento. Eran las once de la noche y hacía dos horas que había escrito la nota. Se preguntó cuánto tiempo necesitaban dos adolescentes para solucionar un asunto de escasa importancia. Las agujas del reloj continuaban su pesada marcha alrededor de los números mientras Bruce daba un sorbo tras otro a la petaca. La impaciencia iba ganando terreno en su cuerpo y se manifestaba de forma caprichosa. Comenzó a rascarse la coronilla con sus dedos, semejante a un simio. En numerosas ocasiones trató de encontrar la postura correcta en el sillón de lectura. Sin embargo, no daba resultado y recurrió a más tragos de licor.

El tañido del reloj anunció las doce de la noche. Bruce se levantó del sillón como si hubiera recibido un picotazo en el trasero y empezó a deambular ansiosamente por el comedor. El leve estado de ebriedad a punto estuvo de hacerle caer de bruces, pero se aferró a la mesa.

—Maldita sea, James, tu hija se demora demasiado. No me lo perdonaría.

Comprendiendo que ser padre requería de nervios de acero y de una paciencia incuestionable, abrió la libreta telefónica y marcó el número de los Holbrook. La voz de la madre de Nina irrumpió en la línea haciendo pensar que había sido despertada de un agradable sueño.

—Siento molestarla a estas horas, pero tengo un motivo de peso.

—¿Eh? Oh, y ¿cuál es ese motivo, señor Morton?

—Me gustaría saber si Suzie Denker ha estado en su casa.

Tras una larga pausa, finalmente dijo:

—Espere un momento. Voy a preguntarle a mi hija.

Al cabo de unos minutos, una voz estridente habló al aparato.

—¡Eh, profesor, dime! —exclamó Nina.

—Estoy preocupado por Suzie.

—¿Por qué? Ha estado aquí. Hemos hablado de cosas y se ha ido.

—¿Sabes adónde?

—Pues imagino que a tu casa —dijo Nina.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Pues una hora más o menos.

—Tarda demasiado —dijo Bruce para sus adentros.

—Iba andando. ¿Crees que le ha pasado algo malo? —le preguntó Nina—. Está obsesionada con los problemas de este pueblo de mierda, con perdón, tío.

Bruce evitó entrar en temas secundarios y le dijo que no se inquietase, que pronto regresaría. Al colgar, se preguntó si había sonado convincente, teniendo en cuenta que la impaciencia pesaba

sobre su cuerpo como una placa de acero.

Sabiendo dónde encontrar al equipo restante, dio un portazo y descendió las escaleras del edificio como un huracán. Al volante del automóvil, se dirigió a la propiedad del director, al tiempo que bebía de la petaca.

Past Grove guardaba similitud con una foto de revelado instantáneo cuya imagen todavía está bajo capas de sombras. Bruce sentía que avanzaba por un mundo sin definir y manchado por charcos de luz sobre la acera.

La casa del director era una ostentosa construcción de dos plantas y delimitada por un seto. El frondoso jardín disponía de un macizo de flores bajo cada ventana. Bruce se apeó del vehículo y caminó torpemente por el sendero enlosado hasta los escalones del porche. Golpeó el timbre olvidando la hora y los modales, sólo impulsado por su urgencia personal, que bien valía más que cualquier molestia que pudiera ocasionar. La casa cobró vida cuando una multitud de luces aparecieron. La puerta se abrió y asomó el rostro ojeroso del director. El elegante traje habitual había sido sustituido por una bata negra de seda.

—¿Qué diablos hace aquí, señor Morton?

Bruce apoyó las manos en las jambas, e indignado espetó:

—Necesito encontrar a Suzie.

—¿De qué está hablando? ¿Está borracho, señor Morton?

—Todavía no, pero sí estoy sumamente desesperado.

—No apruebo su manera de presentarse en mi propiedad, señor Morton —dijo malhumorado; luego salió al porche—. ¿Cómo se le ocurre inmiscuir a la pequeña Suzie en los asuntos de Past Grove?

—Usted no la conoce. Es mejor que todos nosotros juntos —dijo con voz pastosa, y trazó un círculo alrededor como si hubiera gente observándoles.

—Cree que puede enfrentarse a lo que ocurre aquí con una mocosa y su bate. Estúpido, vuelva mañana cuando se halle sereno.

—¡Ha desaparecido! —exclamó, casi al borde del ridículo—. Creo que puede estar en peligro. Necesito ayuda para encontrarla. No quiero perderla. Dios santo, no puedo permitirme algo así.

—Está bien, cálmese. Le proporcionaré el número de alguien que probablemente pueda darle información.

—Aunque suene disparatado, esa muchacha me necesita. Ha perdido a sus padres. ¿Lo comprende? No quiero ni pensar lo que siente.

La puerta se cerró a espaldas de Bruce y él aguardó mientras agitaba la petaca con una mano.

—Maldita sea —dijo, y la lanzó al jardín, enojado.

—Tenga —dijo la voz del director—. Y la próxima vez no lance

su estúpida petaca a mi jardín, mi mujer pasa horas cuidándolo. Le sugiero descanso y seriedad. Esta gente le lanzará a un pozo si le ve beber o cometer alguna imprudencia.

Cuando Bruce se volvió al punto de perder el equilibrio, vio la nota que le tendía y se la arrebató con torpeza.

—¿Qué es esto?

—Hay anotado un número de teléfono.

—¿De quién? —inquirió Bruce.

—Ya sabe de quién. El Comité de Profesores.

—Si están locos.

—Los locos son los únicos cuerdos para enfrentarse a Past Grove —declaró el director entrando en casa.

—Suzie me dijo en una ocasión que estaba loca —pintó una risita desquiciada.

El director gruñó con desaprobación y cerró la puerta.

—¡Está loca! —aulló Bruce, alzando los brazos como un demente. Descendió un escalón, el tobillo se dobló y, antes de precipitarse al suelo, todo en derredor se aceleró. Enseguida notó el impacto en el mentón y un dolor punzante abrirse paso por su cabeza. Sin embargo, su mano derecha aferraba la nota como la única oportunidad de volver a ver a Suzie Denker.

Minutos después, recibió un cubo de agua fría de parte del director.

—¿Está en condiciones para conducir?

—Puedo conducir perfectamente, ¿cómo cree que he venido?

—Pues márchese a casa, y no diga nada a la policía. Duncan tratará de mirar para otro lado, como siempre hace.

Bruce se volvió con el papel arrugado en la mano, se incorporó pesadamente y se despidió con un gruñido ininteligible. Metió el papel en el bolsillo de la camisa. Abrió la portezuela del coche y se dejó caer en el asiento del conductor. Resopló varias veces antes de accionar el contacto. El estruendo del motor lo devolvió lentamente a la realidad.

—Maldita sea.

Puso rumbo a casa, con el pecho desolado y una impaciencia que bullía como una olla hirviendo. El viaje fue apenas un suspiro por un mundo bañado en tinieblas y sueños, pero cuando estacionó delante del postigo, se apeó y entró en el apartamento con el papel extendido en la mano. La única idea que cruzaba por su cabeza era realizar la llamada al número garabateado.

Las manos le temblaban mientras sostenía el auricular y los zumbidos de la línea llegaban a su destino.

—¿Sí? ¿Quién llama? —La voz masculina, pese a sonar soñolienta, tenía un marcado aire de autoridad.

—¿Quién es usted? —quiso saber Bruce.

—Es usted quien ha llamado.

—Soy el… —Se detuvo un momento y hurgó en su cabeza hasta dar con un nuevo nombre—. Soy el señor Ford.

—Bien, señor Ford, no tengo el gusto de conocerle, así que dígame qué desea a estas horas.

—Alguien que me ha dado este número cree que puede ayudarme.

El silencio en la línea duró tanto tiempo que Bruce oyó a su cabeza martillear.

—Está bien. ¿Qué desea?

—Alguien importante para mí ha desaparecido —dijo Bruce—. Es una adolescente y creo que puede estar en peligro.

—Hummm… ¿Quién le ha dado este teléfono?

Bruce vaciló un momento.

—No sé si debo revelar esa información.

—Oiga, amigo, se nota que es usted alguien mediocre que no tiene la menor idea de nada, así que dígame quién le ha dado este teléfono o daré por terminada la conversación.

—El director de la escuela —dijo, cerrando con fuerza su mano en torno al auricular.

—Hummmm…

—También me comentó que el antiguo Comité de Profesores a cargo del pastor McDougall está intentando reorganizarse. —La línea enmudeció y Bruce cobró coraje para seguir hablando—. Como ve, no soy tan mediocre, y poseo buena información. Usted mismo probablemente pertenezca, o haya pertenecido, a ese grupo. Quiero que sepa que no apruebo sus métodos, pero soy capaz de pactar con el diablo si es necesario para encontrar a la muchacha.

—Recibirá noticias muy pronto.

—Espere… no sé de cuánto tiempo dispongo. Tal vez, a estas horas, esos fanáticos ya estén dañando a la muchacha. Es sólo una niña —rugió, olvidando los prodigios y el valor que ella había demostrado—, por el amor de Dios, necesito ayuda inmediata.

La línea había enmudecido. Bruce se encontraba más alterado de lo que jamás habría imaginado. Su corazón parecía repicar con doble bombeo y dentro de su cabeza centenares de picos golpeaban como en una mina.

—Tengo que hacer algo, no puedo esperar a que estos tipos se pongan en contacto conmigo.

Entonces reparó en que le había dado un nombre falso y empezó a cuestionarse si había obrado con acierto. Aquello dificultaría el ser encontrado por ellos, aunque por otro lado pondría a prueba sus dotes de trabajo y resolución.

Acudió al mueble bar recordando que la petaca se encontraba en el jardín de la esposa del director. Al abrirlo, la irrefrenable necesidad de un trago se hizo tan fuerte que compitió en dolor con el desmoronamiento de su vida. Apartó la mirada de las botellas de licor antes de desfallecer.

—Debo centrarme.

Minutos después, el sonido del teléfono le interrumpió de sus pensamientos.

—Diga.

—Parece que ha sorprendido a los miembros del Comité de Profesores.

—¿Cómo dice? —Bruce estaba perplejo—. ¿Es usted, señor director?

—En una hora deberá estar en el parque de Past Grove.

—En una hora Suzie podría estar muerta.

El quedarse con la palabra en la boca por segunda vez elevó su irritabilidad a cotas enfermizas. Antes de acudir a la insólita cita, Bruce se duchó y se mudó de ropa. Con las manos aferradas al volante como tenazas y una expresión de urgencia en el rostro, se dirigió hacia el lugar de encuentro. No sabía qué esperaba encontrar ni a quién, sólo quería no fallarle al que en vida fue un gran amigo y *Boy Scout*.

Capítulo 29

Comenzó a escuchar el rumor de voces asustadizas cuando advirtió que tenía las manos atadas. Al tratar de ponerse en pie delante de la oscuridad, sus tobillos también avisaron de ataduras. Una oleada a carroña llenó su olfato y experimentó el miedo de un modo arrollador. El terror se manifiesta de diversas formas; y en caso de Suzie Denker adoptó la forma de un frío glacial que la envolvió haciéndola tiritar dolorosamente.

—El frío pasará —anunció un susurro fatigado—. Lo peor es cuando tratan de despertar el dolor en tu cuerpo.

Suzie abrió los ojos y vio una forma cobijada en un rincón. Aunque trató por todos los medios de observar quién era, no le fue posible debido a la carencia de luz. La única iluminación provenía de una antorcha asida al muro del corredor, y las tinieblas mantenían bien definido su límite de acción.

—¿Dónde estoy? —quiso saber Suzie.

—En la celda.

—¿Qué celda?

—Lo llaman la sepultura del dolor.

—¿Lo llaman? ¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Quién eres tú?

—Más dolor.

Suzie agitó todo su cuerpo tanteando la fuerza de las ligaduras. Retorció las muñecas, pero la cuerda unía las manos como si fueran una sola pieza de carne.

—La única forma de escapar es dejando que ellos te atrapen.

—¿Quiénes? No entiendo lo que quieres decirme.

—Silencio, ya vienen. ¿Escuchas?

Suzie aguardó durante un tiempo que no pudo medir, pero sólo fue capaz de oír el crepitar de la llama de la antorcha. Volvió a mirar el rincón y reparó de nuevo en la forma inmóvil. Rodó sobre el suelo húmedo para acercarse.

Entonces lo oyó.

Los pasos procedentes del pasillo aumentaban en impetuosidad y urgencia. Una figura ataviada en una túnica se detuvo al otro lado del portón de madera. Tendió la antorcha que traía en la mano delante de los barrotes del portón y la claridad reveló a Suzie Denker la estancia de piedra donde se encontraba.

—¿Con quién hablas? —preguntó una voz rota; Suzie advirtió que era una mujer, pese a su graznido furioso.

La muchacha señaló con la cabeza. Y con desconcierto contempló la raída manta arrojada sobre un colchón deslucido.

—Estaba ahí.

—Ahí no hay nadie —masculló la voz—. Enseguida te prepararán para la ceremonia. Guarda silencio, entrometida.

La luz de la antorcha retrocedió por el corredor. Suzie quedó sepultada por la negrura, esta vez con el repentino sentimiento de no encontrarse sola, pese a la afirmación de la figura femenina. Permaneció tendida sobre el suelo con la vista fija en un punto cualquiera del techo. Se preguntó cuánto tiempo tardarían en regresar a por ella y si el profesor Morton habría advertido su desaparición. Cuando las cuestiones le fatigaron la mente, dirigió la mirada hacia el rincón, donde de nuevo parecía haber una forma inmóvil. Aprovechando que los ojos se habían habituado a la oscuridad, escudriñó detenidamente y reparó en los sutiles trazos de la manta. Atribuyó la voz de antes a su nerviosismo.

Tan pronto como Suzie fijó su atención en el techo, nació una vez más la voz, ahora como un susurro distante.

—La única forma de escapar es dejando que ellos te atrapen.

Suzie giró la cabeza sobresaltada y atravesó la oscuridad con la vista. Una adolescente se levantó del colchón. Caminaba con los hombros hundidos y la mirada al frente, pero sin fijar su atención en nada concreto. Vestía un viejo uniforme escolar, y en el costado de la mochila que colgaba de la espalda estaban cosidas las palabras Institución Morris. Los cordones de las zapatillas se arrastraban a cada paso. Al llegar a los barrotes de la celda, volvió el rostro hacia Suzie. La sonrisa parecía un gesto que la muerte había tallado eternamente. El cabello se había caído en una parte de la cabeza y revelaba tres cicatrices cosidas de forma descuidada. Las heridas que salpicaban la piel plomiza de brazos y piernas hacían pensar en un sinfín de castigos físicos. Las pantorrillas anunciaban los golpes de una fusta. El resto de heridas eran cortes de cuyo interior todavía brotaban hilos de sangre.

—Dios mío, ¿qué te han hecho? —preguntó Suzie en un susurro temeroso.

—Decían que me portaba mal y que era una desobediente. Pero ellos eran los malos. —La voz de la muchacha era semejante a un graznido animal debido a la extraña presión en la garganta. Cuando volvió la cabeza al frente, el cuerpo comenzó a evaporizarse hasta convertirse en una figura humeante. Atravesó el portón y desapareció caminando por el corredor.

—Un fantasma. ¿Qué lugar es éste? —Suzie se arrastró por el

suelo, sobrecogida por una fuerte impresión.

Los ecos hicieron que el alarido de alguien avanzara por los corredores. El corazón de Suzie se detuvo durante unos segundos; luego retomó su trote hasta alcanzar el estampido de una manada de búfalos. Su respiración se tornó irregular cuando escuchó los pasos que se aproximaban a la celda. El interrogante que se presentó en su cabeza no tuvo contestación, aunque no necesitó saber qué sería de ella, porque un horror mayor se presentó con una llave de hierro que introdujo en la cerradura. Una túnica púrpura cubría el cuerpo y las sombras velaban por el anonimato del rostro, cuyos ojos reflejaban un ansia animal. Después de abrir el portón, guardó la llave dentro de la túnica y asió a Suzie por los hombros.

—En pie, pequeña.

—No soy pequeña —rugió ella.

Y de pronto sintió una mano recia como un guante estrellarse en su mejilla.

—Aquí serás lo que te digan y hablarás cuando te pregunten. —El extraño sacó una cadena y rodeó con ella a la muchacha. Introdujo un candado en los eslabones y lo cerró dejando que el sonoro chasquido se extendiera como un lamento metálico. Con un cuchillo cortó la cuerda de los tobillos—. Ahora podrás caminar, así que andando.

El extraño tironeó de la cadena para conducirla por un angosto corredor. Las lenguas de fuego danzaban sobre postes de madera clavados en el suelo, contribuyendo a que las sombras se convulsionaran aquí y allá, dejando visible zonas del escenario por el que la muchacha era arrastrada. Las paredes estaban constituidas por pesadas rocas rectangulares. A cada pocos metros, pasaban bajo un arco rocoso que unía un corredor con otro. Alaridos inquietantes acompañaron a Suzie en su travesía por el infierno de piedra. Entraron a una estancia magníficamente iluminada, que la forzó a parpadear por la intensidad de las llamas procedentes de una escultura de piedra. Sugería una repugnante criatura agazapada, con ambas manos sobre el regazo, en cuyas palmas danzaba el fuego ceremonial. Se erguía tres metros por encima del suelo; los pies asomaban por su carnoso cuerpo esculpido y presentaban las formas de dedos articulados y unidos como por ancas de anfibio. La colosal cabeza permanecía asida al cuerpo por un cuello flácido y provisto de branquias. Los ojos bulbosos se mantenían eternamente fijos en el centro de la estancia. Una enorme boca de labios salientes estaba tallada en el rostro, abierta e insinuando la pronunciación de espantosas obscenidades.

La estancia abovedada tenía espacio suficiente para la infinidad de aparatos de tortura, cada cual mayor al anterior en horror y

expectativas para el sometimiento humano. El centro estaba ocupado por un lecho de madera sobre el que descansaba un cuerpo corrompido por gusanos. De los grilletes que ataban manos y tobillos pendían eslabones rotos. La piel descompuesta yacía sobre el esqueleto acentuando el famélico aspecto.

Suzie desvió la mirada para mantener a su mente lejos de los secretos de la abominación humana. Fue conducida a un rincón donde había un trono de piedra flanqueado por antorchas apagadas, y el reino tinieblas resultante envolvía a la mujer que la escrutaba. Se hallaba sentada, con el codo en el reposabrazos derecho y el mentón sobre la mano de forma reflexiva, mientras con la mano libre acariciaba a un perro. Vestía botas negras de caña alta, con la pernera del pantalón por dentro; chaleco y camisa blanca con el cuello anudado por una corbata de lazo. Tenía el cabello reunido en un moño atrapado por dos enormes alfileres cruzados. El respaldo asomaba por encima de la mujer, con un acabado triangular en cuyo vértice había incrustada la cabeza de un miserable.

Suzie vio cómo el dóberman cerraba los ojos mansamente agradecido por las caricias de su ama.

—Te admiro —dijo la directora Ferguson. Su voz sonó a través del crepitar de las llamas de la estancia y de los gritos que resonaban por los corredores.

En boca de otra persona, Suzie habría acogido aquel mensaje con simpatía; sin embargo, la mujer que tenía delante le provocaba la mayor de las desconfianzas. Y no sólo por estar sentada en el trono, ni por su semblante autoritario, pese a su intento por manifestar cercanía, sino por el anillo con la piedra negra más grande que jamás había visto. Destacaba como una nuez sobre el metal.

La mujer escrutó a Suzie con expectación, pero al no recibir respuesta dijo:

—Eres muy valiente. Me han contado lo que ocurrió en la propiedad de Frances Nevis. —Se levantó y se aproximó a la muchacha, colocó su boca a escasos centímetros de su oreja—. Ese estúpido profesor no es de mi interés, pero tú…, eres deliciosa, mi querida soldado. Siento de veras lo de tu madre; ése no es mi estilo, y tienes mi palabra de que no soy la causante del incidente. Lo lamento de veras.

El cuerpo de Suzie se convulsionaba por el odio. Retorció las muñecas en busca de algún punto débil en la atadura, cualquier defecto que no hubiera advertido en la celda, pero desgraciadamente había sido realizado de manera concienzuda, incluso obsesiva. Volvió su cara hacia la directora y le escupió.

La mujer no mostró enojo ni rabia, sólo dejó entrever un

instante de decepción.

—No es necesario esto. Mi oferta te puede interesar.

—No lo creo, tía.

En el rostro severo de la mujer asomó una sonrisa seductora.

—Te invito a quedarte conmigo.

Los ojos de Suzie reflejaron desconcierto. Hubiera esperado alguna amenaza, pero nunca una invitación tan imprevista.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —dijo la mujer, regresando a su trono—. Te concedo dos horas para pensarlo.

Después de sus palabras, hizo un gesto con la mano para que llevaran a la muchacha a su celda.

Suzie opuso resistencia a los tirones que le aplicaba el extraño de la túnica, pero no logró resistirse a su fuerza desproporcionada.

—¡Suéltame, pedazo de bestia! —La chica recibió un tirón tan contundente que la llevó a un suelo salpicado de sangre, orín y demás putrefacciones añadidas durante años del miserable dolor del alma.

Detrás sonaron las risas de la directora Ferguson.

—Mi fierecilla, qué delicia.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Suzie mientras era arrastrada a los corredores.

—¡Alto! —La voz de la mujer había adoptado un tono dominante. Se alzó del trono y caminó hasta la muchacha—. Si aceptas mi amable invitación, serás una alumna de la institución Morris. Pero si la rechazas… acabarás como todas las que me han desobedecido.

—¿Eh?

—Tienes dos horas para pensarlo. Espero ansiosa tu respuesta. En ambos casos, será un enorme placer.

Fue conducida por los pasillos de piedra, entre los lamentos de lo que finalmente comprendió eran las alumnas problemáticas de la institución. Suzie recordó el día que Duncan aceptó una nota de parte de la directora Ferguson.

Capítulo 30

Bruce Morton se encontraba junto a un árbol, en el parque de Past Grove, observando a un sujeto que le hacía señales para que se acercara. El tipo permanecía de pie, al lado de uno de los bancos de madera. Delante, la fuente arrojaba su incansable borboteo, aportando un agradable murmullo. Usaba un abrigo tan deslucido como su rostro, cuyas facciones parecían cinceladas por las manos de un artista inexperto. Tenía un párpado caído y el otro ojo delataba un brillo furioso.

—¿El señor Ford?

—Sí. —Bruce miró la fuente recordando la carta hallada en casa de Suzie. Si alguna vez hubo una estatua, se ocuparon de que no quedara ni rastro de haber sido arrancada. En torno a la fuente de mármol había crecido abundante hierba. La noche no dejaba percibir señales de manipulación, y pensó que no era mala idea acudir durante el día. No comentó nada al tipo que tenía delante con una estúpida sonrisa en el rostro.

—¿Como Harrison Ford, el actor?

—No exactamente —reconoció Bruce.

—Bien, señor Morton. Espero que la próxima vez sea más sincero, o al menos escoja un nombre que le vaya más a su persona. Me temo que no se parece usted a Harrison Ford en nada. Y por lo que veo tampoco viaja usted en el halcón milenario de Han Solo —dijo, volviéndose hacia el vehículo del profesor.

—Perdone, no comprendo.

—¿No ha visto la película? —preguntó el tipo.

—Pues no.

—Le recomiendo que la vea. Creo que hay mucho de la estrella de la muerte en este maldito pueblo —dijo, mirando alrededor.

—¿Se refiere a La Guerra de las Galaxias? —inquirió Bruce, impaciente.

—Por supuesto. —El hombre se alojó un cigarrillo y aplicó la llama del encendedor que había sacado del bolsillo de la chaqueta —. Por cierto, soy Ben Kaplan. Su nombre me lo ha cedido el director de la escuela, de la que usted ha sido despedido por petición de varias de nuestras contribuyentes.

Bruce comenzaba a sentirse dentro de una escena de teatro. Los informes acerca del Comité de Profesores no distaban de un morboso cóctel de horror. Sin embargo, aquel tipo no despertaba en

Bruce más que exasperación. Las horas pasaban y Suzie no había dado señal de su paradero, y estar compartiendo metáforas de cine no era lo más urgente.

—Creo que deberíamos ponernos a trabajar.

—No se preocupe por Suzie Denker —dijo, aspirando el cigarrillo con nerviosismo—. La directora Ferguson no le tocará un pelo a la muchacha.

—Esa mujer está completamente loca.

Kaplan contempló al profesor de Historia con seriedad. Ambos mantuvieron la mirada hasta que la tensión se hizo notable.

—Quiero que sepa una cosa, en Past Grove no hay locos. Y esa mujer sabe perfectamente lo que hace. Tiene tendida una red de contactos por todo el condado que le proporciona las alumnas que estudian en la Institución Morris, todo como si nada ocurriese. Vamos detrás de ella desde hace algunos meses.

—No me importa todo eso, ahora mismo lo que necesito es encontrar a Suzie.

—Usted nos ayuda, nosotros le ayudamos. ¿Ve cómo funciona esto? —El tipo arrojó el cigarrillo sin consumir al suelo, y pisó una cucaracha que deambulaba por la zona.

Bruce guardó silencio.

—Sabemos que su esposa formaba parte de un grupo, ¿acaso no merece ella justicia?, ¿la justicia del Señor?

—¿La justicia del Señor? —Bruce entendió que estaba inmiscuyéndose en una batalla digna de las más disparatadas proezas—. ¿Qué sugiere, entonces? Por lo que dice, Suzie está en manos de la directora Ferguson.

—Claro, ¿de quién si no? ¿Cree que es el alcalde quien dirige este pueblo? Él sólo es un pobre hombre en medio del conflicto. Incluso nosotros podemos presionar a un buen baptista para que la iglesia siga adelante.

Ambos hombres se dirigieron hacia el coche del profesor Morton.

—¿Quién somos nosotros, según las metáforas de La Guerra de las Galaxias?

Ben Kaplan escupió una sonora carcajada.

—No sé quiénes somos los nuevos miembros del Comité de Profesores, pero estoy seguro de que este pueblo es la Estrella de la Muerte. —Se detuvo con la mano en el tirador de la portezuela—. Creo que usted y la muchacha son héroes independientes, ya sabe, como Han Solo y Chewbacca.

Bruce esbozó una sonrisa ante lo disparatado de la situación. Y se preguntó qué pensaría Suzie al ser comparada con un personaje peludo.

—¿Adónde me dirijo?

—A la iglesia baptista, por supuesto.

Bruce tomaba Jointer Avenue mientras sentía una bola de contradicción aumentando en su vientre. Por un lado, quería encontrar a Suzie Denker, puesto que él era culpable de haberla metido en la peligrosa situación, pero lo último que deseaba era estrechar lazos de camaradería con el Comité de Profesores.

—¿Sabe qué dicen de la directora Ferguson? —preguntó Ben Kaplan, delatando gran ironía.

—Ilústreme —dijo, pensando en que probablemente habría heredado las oscuras habilidades de su madre.

—Aseguran que deja al dóberman, que tiene como mascota, sin comer durante semanas y luego lo encierra en una habitación con alguna alumna. Ya puede imaginarse el desenlace.

—Tengo entendido que la madre, Amanda Ferguson, formaba parte del antiguo Comité de Profesores.

—No parece usted tan mediocre, amigo mío.

Bruce sintió una arcada recorriendo su garganta, pero bajaría al mismísimo infierno por recuperar a Suzie Denker. Tenía la corazonada de que su segunda buena obra como *Boy Scout* se acercaba, pensó al rememorar la ocasión en que sacó a James Denker de la cabaña incendiada.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, hasta que apareció la iglesia y la mente de Bruce se quebró con un potente alarido. No aprobaba las normas del pastor McDougall, y condenaba todos los actos en que degeneraron los métodos del Comité de Profesores, cuyos nuevos miembros nada tenían que ver con profesores. Sin embargo, allí estaba Bruce Morton, apeándose del coche y tomando el sendero que conducía a la iglesia.

La construcción se mantenía sólida a pesar del tiempo. Las vidrieras habían sido sustituidas con las contribuciones, exhibiendo un aire de rejuvenecimiento. Bruce reparó en este detalle al recordar las habladurías del pueblo acerca de una adolescente llamada Alice que había roto la vidriera superior. A un lado, se levantaban árboles cuyas hojas golpeaban contra la esquina de la iglesia. Detrás se extendían prados de hierba seguidos de los campos de trigo de los Paulson. El pastor, quien había custodiado las almas de los fieles durante décadas, permanecía delante del portón. Su cara manifestaba expectación, y Bruce supo entonces que estaba al tanto de la visita. Vestía pantalón negro y camisa del mismo color. Su cabello plateado no aportaba la sabiduría que inspira la vejez, más bien un enojo constante relucía en los ojos. Bruce experimentó el desprecio en éstos y evitó mirarlos directamente. Las nuevas arrugas añadidas al rostro del pastor alejaban a éste de la imagen

benevolente que tuvo tiempo atrás. Exhibía el aspecto de un veterano de guerra.

—Buenas noches —saludó, y fue asaltado por un ataque de tos.

Al otro lado, se alzaba una casa penosamente iluminada por cuya ventana asomó una mujer de constitución famélica. El cabello quebradizo le caía en cascada sobre los hombros. El atuendo gris que portaba mantenía a salvo las carnes del sol y de la visión lasciva de los miembros de la comunidad.

—Buenas noches, pastor —dijo Ben—. Le presento al…

—Todos conocemos al profesor Morton. Perdón, ex profesor por lo que tengo entendido. ¿No es así? —El pastor dejó entrever su pecaminosa satisfacción de que la señora Truman hubiese atacado la imagen de alguien que rechazaba abiertamente la iglesia baptista.

Bruce pensó que dentro de la cabeza del pastor florecía el recuerdo de la boda y de los problemas acaecidos. Por lo visto, la edad no le había arrebatado el rencor.

—Buenas noches —dijo Bruce. Las horas pasaban y su ansiedad se hacía cada vez más insidiosa—. Sugiero ahorrarnos los preámbulos y pasar a la acción.

—Conocemos la desaparición de la joven *pitcher*.

Bruce apreció nostalgia en el pastor al pronunciar la palabra «joven». Pero no le gustó el poco interés con que hizo referencia a Suzie Denker.

—La muchacha es la única hija del difunto James Denker.

—Estamos al día con los pormenores de vivir en este pueblo, es una lucha muy antigua —declaró el pastor—. Lo he visto infinidad de veces, señor Morton. De hecho, recuerdo a otra muchacha. Fue una de las primeras descarriadas. Alice. Eran otros tiempos —dijo con aire soñador—. El pueblo ha cambiado mucho, aunque hay algo en lo que no ha cambiado. La vieja esencia de Past Grove.

Bruce observó lo similar que sonaban las palabras del hombre con las de Suzie. No sabía cómo se desarrollaría una conversación entre ellos acerca del pueblo.

Las estrellas titilaban en el cielo negro. Unas nubes encendidas por la luna se desplazaban hacia el pueblo y Bruce lo atribuyó a un mal presagio.

—¿Nos ponemos en marcha? Estoy cada vez más nervioso, maldita sea.

—Tranquilo, amigo —dijo Ben.

Bruce, a falta de un trago, decidió estallar.

—Es posible que ustedes estén acostumbrados a los horrores de Past Grove, pero para mí cada minuto que Suzie está con esa chiflada es un segundo menos de verla con vida. ¿Comprenden?

—Creemos saber dónde está —dijo el pastor.

—Excelente. ¿Cuándo empezamos? —inquirió Bruce.

—El problema no es cuándo sino cómo, señor Morton. El Señor nos dará la fuerza y la destreza para emprender esta misión.

Bruce, aunque creía que una fuerza incomprensible había intervenido en la formación del universo, no guardaba simpatía con quienes se llenaban constantemente la boca con palabras de adulación.

—Me encuentro con ánimos para acudir en ayuda de Suzie de inmediato. Supongo que el Señor del que hablas le da fuerzas a quienes muestran los ánimos necesarios para emprender la tarea.

—Paciencia —pidió Ben, al notar que los ojos del pastor McDougall refulgían con una cólera incendiaria—. Hemos de esperar al resto de miembros.

Bruce se preguntó quiénes eran y si manifestarían más urgencia que la vista hasta el momento. La respuesta provino del portazo de la casa donde había visto a la mujer asomada a la ventana, mujer que se aproximó con paso fatigado, como si su cuerpo necesitara más alimento del que ingería.

—Mi buena ayudante, Marjorie Cox —dijo el pastor con visible orgullo—. Le sugiero que pase por alto su aspecto. Es más fuerte de lo que parece y ha soportado todas las pruebas que el Señor le ha impuesto.

Bruce mantenía las cejas bien arriba por la sorpresa que no pudo contener. La mujer revelaba una extenuación extrema. Sus ojos estaban hundidos y parcialmente cubiertos por las enormes bolsas que pendían debajo. La piel blanca y moteada de manchas reposaba sobre los huesos faciales, denunciando una escualidez enfermiza. Sin embargo, Bruce retrocedió un paso al advertir la resolución de su mirada.

—Buenas noches. —La voz de la mujer era dócil a la vez que firme. Una combinación que desconcertó a Bruce; sobre todo al contemplar su aspecto. Cuando el cabello fue mecido por la brisa, dejó al descubierto la malformación de la oreja derecha. Era semejante a un injerto de carne realizado por un torpe cirujano. Ella sonrió al ver la sorpresa de Bruce.

—Lo siento —se disculpó.

—No tiene importancia —dijo Marjorie, sonriendo abiertamente sin avergonzarse de su dentadura incompleta, igual que un muro carente de varias piedras.

Bruce hubiera deseado saber a qué pruebas la había sometido el Señor, y si éstas no procedían en realidad de la violencia humana. Mientras se compadecía de ella, oyó el traqueteo de un vehículo. Al cabo de varios minutos, una camioneta estacionó junto al Lincoln

de Bruce y se apeó un tipo cuya piel estaba excesivamente tostada por el sol. Vestía pantalones raídos y una chaqueta sobre la camiseta de tirantes. Su vientre colgaba por encima del cinturón. Aun así, caminó con determinación y le estrechó la mano al profesor Morton, quien experimentó la presión de una tenaza.

—¿Cómo está, profesor?

Bruce le contestó que estaba bien, aunque se guardó para sí que el paso del tiempo comenzaba a despedazarle los nervios. ¿Cómo afrontar la pérdida de una esposa y la hija del mejor amigo? Como respuesta, nació una punzada dolorosa en el vientre y se asentó ahí, tan molesto como un invitado inoportuno.

—Ya estamos todos —anunció el pastor.

El profesor contempló el singular equipo y quedó perplejo. Un aficionado al cine, un esqueleto femenino y un tipo panzudo, que probablemente sería capaz de romper los huesos de una mano. No añadió al pastor McDougall porque éste le dijo que ya no participaba en misiones. No sabía si aquellas personas serían de ayuda, pero por su aspecto, se alejaban de los antiguos miembros del Comité de Profesores y sus cuestionables métodos. Sin embargo, pensó que si la directora Ferguson era como había sido la madre, más le valdría al equipo andarse sin miramientos.

Hizo un discreto repaso de las manos de cada uno de ellos, para asegurarse de que ninguno tenía anillos. No era que desconfiase, pero las circunstancias exigían tomar tales precauciones. Entonces recordó que tenía una cita pendiente con Troy Rowland, el profesor de biología.

—¿Conocen los anillos de las piedras? —se aventuró a preguntarles.

Ben Kaplan lo escudriñaba con atención mientras le concedía una sonrisa anunciando su creciente sorpresa; parecía agradecer que alguien expusiera tales conocimientos acerca de Past Grove.

—Por supuesto —dijo el pastor con esfuerzo. Parecía haber envejecido durante el transcurso de la conversación—. Pero desconocemos su procedencia.

—Tenemos pendientes algunas tareas —dijo Ben, y se encendió un cigarrillo pese a la mirada de censura de McDougall—. Una es averiguar de dónde han salido y quién los ha fabricado.

—Marjorie se ha enfrentado sola a uno de esos anillos y ha salido victoriosa —añadió el pastor.

Bruce no preguntó si hablaba de las criaturas que salían de las semillas que había en las piedras negras, o sólo hacía referencia a las vibraciones. En todo caso, no sintió necesidad de saberlo. Suzie Denker había vencido a varias de ellas completamente sola, y estaba seguro de que podría vencer a muchas más si se lo proponía. A

decir verdad, era bien capaz de idear un plan y huir por su cuenta de las garras de la directora Ferguson. Bruce hizo un gesto de asentimiento mientras observaba el estado lamentable de la mujer. Luego sintió un deseo irrefrenable de saber qué estaba haciendo Suzie y de si su vida corría peligro.

—¿Qué demonios se proponen esos malditos fanáticos? Lo pregunto porque, por lo visto, esos anillos son del todo nocivos.

—Estamos de acuerdo en lo referente a los anillos, señor Morton —dijo el pastor—. Muchos habitantes los usan sin ser conscientes del peligro que supone llevarlos.

—Pero, en nombre de Dios, ¿qué se proponen?

—No use el nombre de Dios en vano —le amonestó el pastor.

Bruce se vio obligado a pedir disculpas al ver el rostro de McDougall enrojecer de cólera.

—No sabemos con exactitud qué busca el culto de Past Grove. Pero creemos que el dolor que imparten a sus víctimas es capaz de abrir portales.

—Portales —murmuró el profesor, siendo testigo de más teorías descabelladas. No recordaba a su esposa Cathy haber mencionado nada referente a dichos portales. Aunque sí lo hacía la carta de Lloyd Bowers. Bruce miró fijamente al pastor para cerciorarse de que el anciano conservaba el juicio. De pronto, mientras veía el brillo de inflexibilidad en los ojos del pastor, surgió un único y funesto interrogante en su cabeza.

¿Se atreverían a infundirle dolor a Suzie Denker?

Capítulo 31

Suzie no necesitó más que un segundo para decidirse. No permanecería en la Institución Morris como alumna predilecta de la directora Ferguson. Past Grove había matado a su padre, y cualquiera que lo apoyase era un enemigo incondicional. Sería traicionar todo cuanto fue su padre y todos sus consejos sobre el béisbol. Probablemente no lanzaría más bolas a la zona de *strike*; sin embargo, sí lo haría contra Past Grove. Pese a ser sólo una muchacha, la rabia que sentía se manifestaba tan violenta como la de un adulto, y dicho sentimiento le confería la determinación necesaria. El día que vio a su padre tendido sobre el suelo del sótano, supo que algo en su interior había cambiado para siempre. La niña murió con su padre para dar lugar a alguien capaz de enfrentarse a los contratiempos de la vida. Entonces recordó la foto de sus padres que había guardado en su mochila y experimentó un poderoso deseo de contemplarla. Aquel deseo contribuyó a un nuevo intento por comprobar las ataduras de las manos; los tobillos no volvieron a ser atados después de marcharse el extraño de la túnica, aunque ese gesto benevolente sólo la hacía recelar. Retorció las muñecas hasta que pudo soportar el dolor, pero las ataduras seguían sin ceder.

—No puedo.

Los alaridos del corredor seguían estremeciéndola, y no dejaba de preguntarse qué provocaba tanto dolor a las estudiantes. Los tormentos se desvanecían y regresaban con mayor intensidad, como pulmones que se vaciaban y se llenaban de nuevo para continuar gritando. Parecía que escuchar aquellos lamentos de ultratumba era una forma de castigo.

La espera se hizo insoportable.

El presagio de que se encontraba en alguna parte de la Institución Morris fue ganando terreno en su fatigada mente, aunque jamás en su sano juicio habría pensado que la institución estuviera provista de celdas y sótanos.

Al cabo de dos horas, el portón de la celda se abrió. El carcelero mostró desconcierto al no hallar a Suzie, quien se encontraba agazapada en un rincón y saltó sobre el tipo. Se encaramó a su enorme espalda y le asestó manotazos con las manos atadas convertidas en un fuerte puño. Sin embargo, pronto aparecieron dos individuos, alertados por los gritos del carcelero, la cogieron como

un saco de algodón y la arrojaron contra la pared de la celda. Suzie se llenó de dolor, apretó los dientes y realizó un nuevo ataque que fracasó en cuanto una mano callosa golpeó su cara.

—Quieta ahí, mocosa.

Uno de los extraños sacó una fusta y la blandió contra el suelo.

Suzie se levantó aprovechando la libertad de tobillos y corrió hacia la salida de la celda, que fue ocupada de inmediato por el rocoso cuerpo del carcelero. Cuando ella chocó contra éste, experimentó la sensación de haber sido embestida por un muro.

Fue rodeada y atada con cadenas y conducida ante la directora Ferguson, quien lucía una vestimenta entallada a la figura, botas altas, y chaleco negro de encaje. Estaba de pie con los brazos cruzados y junto a ella dormitaba el perro.

—¿Y bien? ¿Qué has decidido, mi deliciosa fierecilla?

Suzie fue arrojada al suelo con todo el peso de las cadenas. Sus rodillas golpearon contra la superficie y ella reprimió un gemido. Alzó la mirada y embistió con entereza a la mujer.

—Soy enemiga de Past Grove.

La directora llevó una mano de dedos finos a los labios para amortiguar una risita divertida.

—Me gusta tu mirada desafiante.

El infame coloso de piedra permanecía detrás de Ferguson, su fuego crepitaba con violencia y expectación. A Suzie no le cabía la menor duda de que algo deplorable estaba a punto de acontecer. Los cuerpos de dos muchachas pendían cabeza abajo de cadenas chirriantes asidas a los tobillos; los brazos se balanceaban en una danza mortecina.

—Estás loca. ¿Cómo pretendes que sea tu alumna?

—No te preocupes por ellas, no servían para nada. Pero tú me gustas. Admiro tu valor. —Se aproximó a Suzie y se agachó hasta que los ojos de ambas estuvieron a la misma altura—. Serás más que una simple alumna. Serás mi ayudante, mi hija. Te explicaré qué es Past Grove en realidad y qué cosas hermosas ofrece. —Aferró el mentón de la muchacha y le aplicó un suave beso en la mejilla cuya piel estaba marcada por la cicatriz—. Repararé todo tu dolor.

—No. No tendré nada que ver contigo. No traicionaré a mis padres, ni a Bruce.

Ferguson apartó su mirada y cerró los ojos, delatando decepción. Se levantó y caminó hacia el trono.

—Entonces gozaré con tu sufrimiento —anunció, y tomó asiento. Cuando chasqueó los dedos, los hombres de túnica levantaron a Suzie del suelo como si fuera una pieza de caza.

La muchacha tuvo la impresión de que la piedra negra del anillo era más grande que hacía dos horas y se estremeció. Minutos

después, se encontraba de nuevo en un rincón oscuro de la celda, aguardando su destino.

Capítulo 32

El interior de Bruce Morton se debatía en una lucha sanguinaria por retomar el control de la situación; no sólo tenía el presentimiento de haber perdido a Suzie, sino que las horas pasaban entre conversaciones y datos que en aquel momento le resultaban irrelevantes. Y cuando vio el cielo clarearse por el este, la situación empeoró hasta creer que su corazón podría explotar de ansiedad. Una vocecilla cruel le decía que no debía de haberse deshecho de la petaca de licor.

El reducido Comité de Profesores —sin que ninguno ejerciera dicha profesión— se enfrentaba a la cuestión de si asaltar la casa de Frances Nevis o presentarse en la Institución Morris. Ben Kaplan apostaba por ir a la casa de la señora Nevis y prender a los allí reunidos con el fuego purificador del Señor. Hablaba con metáforas cineastas mientras agitaba el cigarrillo que tenía entre los dedos. El resto miraba con asombrosa aprobación. Bruce reparó cómo, por un segundo, los ojos de McDougall se encendían por una olvidada pasión bélica. Marjorie se abrazaba a sí misma, experimentando un frío imposible de aliviar, y el hombre panzudo sugería el inmediato ataque a la Institución Morris. Bruce habría dicho que ésa parecía la opción acertada, si no quedase de manifiesto que el nuevo Comité de Profesores estaba compuesto por personas sin aparentes aptitudes para un enfrentamiento.

Cuando la claridad del cielo de Past Grove auguraba todas las derrotas posibles, el automóvil de Bruce siguió a la camioneta en dirección a la Institución Morris. El profesor Morton sentía la garganta reseca como el esparto, un nerviosismo que le impedía pensar y una irresistible tentación por echar un trago. Habían ideado un plan descabellado en el que la intervención de un verdadero milagro sería un factor decisivo si querían salir ilesos; contando con que Suzie estuviese secuestrada en aquella escuela de acogida y conservara la vida.

Bruce reconoció que los motivos para pensar que Suzie se encontraba en la Institución Morris eran sumamente probables. De no ser así, estarían perdiendo un tiempo vital…, y quizá algo mucho más valioso. La situación se había decidido por unanimidad cuando el tipo de la barriga, quien finalmente había dicho que se llamaba Stephen Peacock, había sacado de la guantera de la camioneta dos fotos con varias adolescentes siendo sacadas inconscientes de una

furgoneta. Bruce sabía que la Institución Morris era una escuela para muchachas marginadas, con problemas sociales y hogares deshechos. Pese a la imagen benevolente de colaboración social, era un centro privado y se rumoreaba que el modo de financiación consistía en el tráfico de órganos. La foto había sido realizada aquel mismo día por la mujer del panzudo. Según le revelaron a Bruce, el Comité de Profesores había logrado introducir con éxito un topo en la escuela. La esposa de Stephen Peacock, el quinto miembro del comité, era una experimentada profesora que había presentado su solicitud de admisión después de haber sido encontrada muerta una de las profesoras, hacía dos meses. El cadáver fue hallado en la orilla del River Team, con heridas tan atroces que ni la mente más desquiciada podría presentar una hipótesis acertada. Uno de los pezones había sido extirpado, según confirmó la autopsia, con unas tenazas. Varios dedos de ambas manos carecían de uñas. Los globos oculares presentaban señales de haber sido pinchados infinidad de veces por agujas u objetos afilados. Los tobillos estaban fracturados y horriblemente hinchados. Sin embargo, la señal inequívoca de que se encontraban ante un verdadero enajenado fue la rama de un árbol que invadía la vagina y los restos de sangre seca que salpicaban la entrepierna. Aquel hecho terrible abrió las puertas al Comité de Profesores a la proximidad de la directora Ferguson, máxima sospechosa del crimen.

Evitaron pasar por casa del profesor Morton a recoger su revólver, puesto que la camioneta iba abastecida de armas y munición. El hombre panzudo era un veterano de guerra que había servido en Corea, y mantenía suficientes contactos como para disponer de rifles de precisión, pistolas y granadas. Bruce pensó que estaba inmiscuyéndose en medio de una contienda de fanáticos.

Estacionaron en Village Road, detrás de las pistas de tenis, cuyas luces de emergencia se derramaban sobre la acera como un chorro de vapor. Se apearon en silencio. Bruce observó que todos habían adoptado esa actitud excesivamente dramática de quienes van a entrar en combate. Por primera vez, el equipo de chiflados se asemejaba a un comando.

Stephen, quien se había colocado una guerrera, abrió la portezuela trasera y repartió rifles con mirilla y linternas; él se introdujo una Colt en una sobaquera de cuero y le entregó otra a Bruce, que la aceptó con las manos temblorosas.

—Todo saldrá bien —dijo—. Mi mujer nos espera con la chica en la puerta de servicio.

Bruce digirió la noticia como un bolo alimenticio atascado en su garganta. Mientras reflexionaba si en verdad estaría Suzie liberada, metió la Colt entre la correa de los pantalones. Se aferró a la noticia

hasta que dejó de temblar y el bolo se depositó en el estómago.

Marjorie Cox parecía haberse curvado con el rifle a la espalda; sin embargo, se sumó a la fila y todos avanzaron hacia la institución.

El edificio era como una enorme fortaleza anclada en el medievo, y con su tamaño dominaba la zona como una ballena frente a una embarcación. Multitud de ventanas oscuras le daban el aspecto de una prisión. Alrededor había tendido un tupido césped y abundantes árboles. El Comité de Profesores pasó al lado de una fuente, de forma furtiva y con expresiones tensas. La entrada principal consistía en un portón flanqueado por dos columnas sobre cuya superficie resaltaban complejos adornos de mármol, que soportaba el peso del techado a dos aguas. En el lateral por el que caminaron hasta dar con la puerta posterior, donde les había prometido esperar la mujer, prevalecía el cuantioso número de ventanas, una de las cuales expulsaba el resplandor de una vela. Bruce alzó la mirada y contó tres plantas; pensó que, aunque nunca había entrado, el exterior hacía pensar en un edificio donde reinaban la disciplina y el orden.

La puerta de servicio estaba abierta. Y una ruidosa alarma de incendios llenaba el silencio. Los nervios de Bruce volvieron a la vida retorciendo su cuerpo. Ante el umbral yacía la muerte y el horror daba buena cuenta del exceso de sangre.

Capítulo 33

Suzie dormitaba vencida por el cansancio y la desesperanza. A intervalos irregulares abría un ojo como reflejo de su eterno recelo. En una de dichas ocasiones, vio una figura pequeña ataviada con una túnica púrpura, que introducía la pesada llave en la cerradura con un nerviosismo impropio de un carcelero. Cuando la celda estuvo abierta, la muchacha se encogió sabiendo que su hora había llegado. Silenció su mente para que no la atormentase con las imágenes que habían estado apareciendo durante los escasos minutos de soñolencia. No quería saber qué le sucedería, le bastaba saber que había luchado lo mejor posible y que debía sentirse satisfecha. Tal vez, Past Grove era invencible, pensó. De pronto, una mano helada y huesuda la aferró por las muñecas, y con la violenta sacudida de un cuchillo, cortó las ataduras. Suzie enseguida experimentó el alivio de la libertad, y ésta recorrió su cuerpo acompañada de buena dosis de desconfianza. Abrió los ojos como platos y vio el apacible semblante femenino que cubría el capuchón de la túnica.

—¿Quién eres? —preguntó, arrastrándose hacia un rincón.

—Una amiga. Vamos, no tardarán en darse cuenta de que falta una llave.

Suzie reparó en la dulce tesitura de la voz, muy distante de la rabia contenida de cuantas había escuchado desde que fue encerrada; salvo la directora Ferguson, cuya voz parecía melaza corrompida por la falsedad.

Se dejó levantar por las manos de la mujer, que delataban una fuerza inesperada pese a la visible fragilidad. Aunque frías, presentaban un recubrimiento calloso que hacía pensar en años de arduo trabajo. La figura sacó a Suzie de la celda y la condujo por los mismos pasillos que horas antes habían estado llenos de alaridos atronadores. Haberse habituado a una oscuridad extrema hacía que el fuego de las antorchas le provocara molestia en la vista. Avanzó en pos de la mujer, con los ojos entornados, con el corazón palpitando en su pecho como una maza y con la extraña sensación de ser llevada contra su voluntad hacia un lugar desconocido.

Tomaron un pasillo secundario. Aquí las antorchas estaban tan distantes entre sí que los charcos de tinieblas sepultaban a ambas caminantes. Avanzaron hacia un portón cuya aldaba era una bola metálica. La mujer desconocida lo empujó tras haber introducido la

llave y girado. Los goznes chirriaron y Suzie sufrió una conmoción. El nuevo pasillo era frío pese a ser una construcción más reciente; las paredes estaban revestidas de madera y numerosos retratos de rostros bosquejados por las sombras. Los pasos susurraron sobre una mullida moqueta.

—Van a venir a recogerte, no sufras más. —La cálida voz de la mujer quedó flotando en el ambiente.

Suzie aspiró una bocanada de aire renovado que hizo a su corazón moderar los latidos. Se preguntó quiénes eran sus rescatadores y si Bruce estaría entre ellos. ¿Quién tenía tan poco juicio para verse implicado en una misión suicida?

Llegaron a un espacio abierto, limitado por barandillas de madera. Unas escaleras se bifurcaban en diferentes direcciones. Abajo se extendía un enorme hall y del techo colgaba una lámpara provista de cientos de piedras refulgentes. Descendieron un tramo de las escaleras de la parte derecha y cuando llegaron al rellano, Suzie vio que la gran puerta del hall estaba ocupada por dos mastodontes enfundados en traje negro.

—Maldición —masculló la mujer, y bajó la capucha dejando al descubierto un rostro de piel blanca y salpicada de manchas solares. Las ojeras eran tan grandes que por un segundo Suzie creyó que se derramarían sobre las mejillas. Los labios sin carmín parecían fusionarse con el contorno de la boca, como un fantasma debido a su blanco espectral—. No te preocupes, Suzie. Es ése tu nombre, ¿verdad?

Suzie sólo pudo asentir con un movimiento enérgico. Entonces una estridente alarma de incendios sonó, llenando el hall de una asfixiante sensación de urgencia. Suzie y la mujer se miraron; la muchacha sin comprender nada en absoluto, aunque mostrando una vez más su desconfianza. La desconocida estaba horrorizada al deducir que la directora Ferguson había iniciado un simulacro de incendios, y pensó que probablemente conduciría a las estudiantes a la salida de emergencia como siempre hacía en tales situaciones.

Los dos mastodontes permanecían con los brazos cruzados y el rostro petrificado por la firme determinación de impedir que nadie abandonase el edificio por esa puerta.

—Vamos, están sacando a las alumnas de los dormitorios.

Suzie no comprendió qué podría suponer aquella declaración. Se limitó a ser de nuevo arrastrada hacia un derrotero desconocido. Ascendieron las escaleras de la izquierda y continuaron corriendo por el pasillo que se extendía por ese lado. Aunque el dolor de las muñecas de Suzie estaba mitigando, la fuerza con que la aferraba la mujer hacía que parte de dicho dolor regresara de forma palpitante, como si la presión de la mano creara una barrera al paso de la

sangre. Aun así, se resignó hasta ser sacada del edificio.

Varias puertas del pasillo se abrieron al tiempo y asomaron rostros aturdidos por el sueño, el desconcierto, y la sorpresa de ver a una muchacha de su misma edad siendo llevada por una anciana con túnica.

—¿Qué pasa ahora? —masculló una chica, cuyas orejas exhibían varios pendientes; uno de ellos era una diminuta cruz plateada.

—¿Un incendio? —inquirió una voz adormecida.

—Será otro simulacro —anunció una muchacha de tez blanca, que incorporaba sobre su enorme nariz las gafas de pasta.

Las caras de ellas fueron una visión fugaz para Suzie Denker, quien volvió su cuello atrás para cerciorarse de que aquellas adolescentes eran reales y no fantasmas errantes. Entonces, su cuerpo sufrió una sacudida al ser forzado a doblar por el siguiente pasillo. Sin comprender por qué, desvió la vista a los pies de la anciana, y vio cómo éstos se desplazaban a una velocidad increíble asomando apresuradamente bajo el faldón de la túnica. Se detuvieron frente a una puerta cerrada. Suzie creía estar viviendo un frenético sueño. La mujer introdujo una llavecita en la cerradura y giró dejando visibles las angostas escaleras.

—Por aquí —dijo, en un leve jadeo—. Saldremos por la puerta de servicio.

Descendieron los escalones de madera envueltos por una oscuridad abismal. Suzie, aunque perdió de vista los pies de la mujer, escuchaba sus pasos sobre cada escalón como golpes aparatosos. La respiración de la anciana anunciaba un posible colapso de su corazón fatigado.

Tras otra puerta apareció una cocina en cuyos fogones borboteaba un puchero gigantesco. Suzie evocó las criaturas y se preguntó si en aquella cocina de aire enrarecido habría alguna agazapada. El intento por tragar saliva se convirtió en una lucha feroz, en la que se vio obligada a rendirse hasta que adivinó que la pequeña puerta ocupada por un dóberman era la de servicio y por donde estaba previsto salir. Sólo entonces la saliva entró por su garganta y su respiración se tornó violenta.

Los ojos del perro refulgían en la oscuridad, y cuando una mano anónima accionó el interruptor, la luz dio forma al rostro severo de la directora Ferguson.

—Sospechaba de ti desde hace varias semanas.

Las facciones de la anciana que había ayudado a Suzie se detuvieron hasta asemejarse a la muerte.

Ferguson ocultó la mano derecha a la espalda, extrajo una fusta y la blandió contra el aire. El chasquido hizo que Suzie retrocediera un paso, no antes de desembarazarse de la mano de la anciana.

—La muchacha no te pertenece —dijo ésta, con voz visiblemente fatigada.

—Oh, no la obligo a quedarse, sencillamente le ofrezco mi escuela para volver a empezar, ahora que ha perdido a sus padres. —La voz de la directora era melódica y sumaba a su pulcro aspecto una falsa empatía.

—He decidido no quedarme —intervino Suzie, con el ceño fruncido, la piel de la cara tiznada y magullada. Sin embargo, sus ojos reflejaron el brillo del fuego. Apretaba los molares sin perder de vista al perro ni sus gruñidos hambrientos.

—Lo sé, lo sé —dijo Ferguson, con aire afligido.

—Nos marcharemos y se acabó. Fin del asunto —dijo la anciana, tratando de reunir fuerzas para sonar amenazante.

La directora elevó el dedo índice y lo movió a los lados mientras acompañaba aquel gesto con una negativa de cabeza. La fusta se estrelló contra el lomo del animal, que se lanzó por el aire en dirección a la anciana.

—¡NO! —El grito resonó por todo el pasillo—. ¡Corre, pequeña!

Suzie sintió el dolor de las muelas debido a la presión. Pasó por alto la denominación que más detestaba y contempló al perro agrandarse en el aire. De buena gana habría aporreado la cabeza con el bate, de tenerlo entre sus manos. Se quedó quieta, al tiempo que un torrente de ideas inundaba su mente. La Smith & Wesson 38 estaba en algún lugar de la institución, pero no había tiempo para averiguar dónde.

—¡Corre!

El segundo y último grito de la mujer sonó amortiguado por el miedo. A continuación las patas del dóberman se encaramaron sobre los hombros de la anciana, forzándola a arrodillarse contra su voluntad. El primer zarpazo dividió la mejilla en dos jirones de carne colgante.

La directora entornó los ojos y dejó que su expresión revelase el placer por la sangre. Entreabrió la boca y la lengua se deslizó lentamente sobre los labios. La mano libre se deslizó por su figura, ascendiendo desde la cadera hasta la copa del seno izquierdo.

Suzie ya corría por un pasillo enmoquetado cuando escuchó al perro masticar.

Puertas cerradas llenaban el pasillo y pasaban a gran velocidad ante la visión de Suzie Denker, quien por un segundo creyó que avanzaba hacia la tercera base. Lo que parecía un jugador esperando la bola para eliminarla, resultó ser una armadura de caballero, inmóvil y amenazante con la lanza soldada a su puño metálico. Al dejarla atrás, se topó con un cruce de pasillos tan extensos y oscuros que su mente se nubló. Experimentó la sensación

de estar dentro de un laberinto ilusorio donde cualquier camino conducía a la derrota. Seleccionó el de la izquierda sin comprender por qué, sencillamente sus piernas giraron en esa dirección.

Se escucharon los murmullos de decenas de estudiantes; voces que proyectaban una insólita preocupación por un incendio inexistente. Suzie, tras una interminable carrera a la desesperación, frenó delante de una puerta. Descendió el tirador y entró a una estancia cuyo rumor hacía pensar en el ronquido de un oso hibernando. Al encender la luz, vio las bocas girando de enormes lavadoras. En un rincón había un recipiente de hierro y varias mangas de uniformes escolares asomaban por encima.

Se apoyó en la pared y trató de recobrar el aliento. Su respiración se entremezclaba con el zumbido de lavadoras. Hallarse en la Institución Morris no era algo que atenuase su recelo, puesto que había escuchado durante años las historias referentes a la escuela que daba una segunda oportunidad a estudiantes desamparadas. Muchos lugareños discrepaban de dicha oportunidad y de que la escuela lograse verdaderos resultados. Suzie había discutido centenares de veces si las adolescentes salían con vida de la institución. La discusión siempre finalizaba con un profundo y temeroso silencio.

—Era una alumna —dijo, recordando el espectro que había visto en la celda—. Una alumna murió aquí.

Se infundió ánimos a sí misma diciéndose que ella conseguiría salir con vida.

Cuando pensó que la tranquilidad venía en su ayuda, se oyó un siseo dentro del recipiente, parecido a la rozadura de prendas sucias. A continuación, un gruñido infantil. Una cabeza redonda, carente de cabello y provista de ojos saltones rodeados por horrible piel escamada, asomó por entre la ropa de forma sigilosa. Sonrió a una segunda criatura que se deslizaba con las manos por una de las cuerdas de tendido. Avanzaba como un diestro soldado en maniobras. Alcanzó un extremo del tendido y volvió su rostro hacia la muchacha.

—Están por todas partes —dijo—. Esto está mal, muy mal. Past Grove está mal.

La bestia del recipiente de ropa sacudió la cabeza para desembarazarse de una camiseta rosa. Su calva grisácea relucía a la luz de las bombillas como si estuviera cubierta de una película de sudor viscoso. Tras lanzar un gemido, saltó fuera y se sostuvo en el borde del cesto con increíble equilibrio. Los pies guardaban parecido con las garras de un halcón. Y aferrado allí, con visible insolencia, inició un repulsivo dialecto que sólo entendía su camarada infernal.

La respiración de Suzie ganó velocidad hasta que el corazón pareció desfallecer. Al rememorar lo difícil que le resultó vencer a dos de aquellas criaturas con el bate y una pistola, se preguntó cómo lograría salir ilesa de la lavandería sin nada con que defenderse.

El grotesco intercambio de opiniones finalizó entre risas. Eran como dos niños que habían atado los cabos sueltos de una broma maléfica. Suzie tenía los ojos puestos en la puerta. Escapar de allí era el plan más inmediato. La mujer le había dicho que la esperaban a la salida, y quienes quiera que fuesen, eran mejor compañía que dos bestias confabulando contra ella.

Asió el tirador de la puerta y, antes siquiera de que pudiera bajarlo, escuchó un ruido a su espalda. La criatura que se había deslizado por la cuerda saltó por los aires; las delgadas patas, plegadas como una langosta en un principio, se extendieron para ayudarle en el impulso.

—Qué asco de bichos —masculló, mientras miraba por encima del hombro. Al fin abrió la puerta y la cerró tras de sí, provocando que la criatura se estrellara al otro lado.

Una visión espantosa paralizó a la muchacha. Un monstruo repleto de corrupción se arrastraba sobre el suelo del pasillo, haciendo uso de dos pares de brazos en el torso superior; el miembro inferior era una prolongación de carne escamosa con branquias a ambos lados, y resbalaba por el suelo dejando un rastro vaporoso. Sobre el cráneo se había desarrollado una húmeda ristra de algas como cabellos, añadiendo un horror incalificable por la cordura. Detrás del velo marítimo se entreveían dos ojos almendrados que estaban fijos en Suzie. El siseo al arrastrarse era el producido por el peso de un cuerpo. Era como si la involución le hubiera arrebatado a un crustáceo sus formas naturales y, con un lamentable antojo, hubiese intentado proporcionarle la apariencia de un hombre. Sin embargo, el resultado distaba de la coherencia con que la naturaleza dota a sus criaturas.

Suzie sintió una atracción magnética que la forzaba a no apartar la vista de la bestia. Se esforzó por mirar a otro lado, pero el cuello parecía haber perdido la movilidad. Tras la puerta de la lavandería, se escuchaban murmullos en aquel dialecto demoníaco que rumiaban las gargantas de ambas criaturas. Suzie sentía cada vez más cerca las hediondas emanaciones que expulsaba la bestia del pasillo. La pestilencia que envolvía su carne se asemejaba a la suma de toneladas de estiércol y cloacas abandonadas. En todo caso, únicamente cuando la puerta se abrió y se sintió amenazada de muerte, pudo reunir las fuerzas necesarias para saltar al centro del pasillo y desviar la mirada.

—Qué mal huele —dijo, presionando los orificios nasales con los dedos.

El monstruo de la calva reluciente estaba de pie en el umbral, riendo al ver a su camarada saltando otra vez por los aires.

A falta de armas, Suzie Denker se aventuró a lanzar su puño, que colisionó contra el vientre blanquecino de la criatura con patas de langosta; y sintió cómo sus nudillos amortiguaban sobre una piel seca y acolchada como un viejo almohadón. El cuerpecillo chocó contra la pared y luego se derramó al suelo como una masa adherente. Momento en que Suzie aprovechó para salir corriendo por el pasillo. La enorme bestia marítima prosiguió su perezoso avance, mientras la criatura de cabeza brillante y pies de halcón inició su propia carrera tras ella.

Cuando Suzie miró por encima del hombro, vio al monstruo hundiendo las uñas en la moqueta. Sus facciones se tensaron cómicamente debido al esfuerzo de seguirla. Al doblar por el pasillo a la derecha, la cara se arrugó añadiendo nuevas cotas de determinación. La sirena de incendios no dejaba de tronar. A Suzie todas las puertas le resultaron iguales, y el pasillo pareció convertirse en una prolongación oscura donde cualquier puerta la conduciría a estancias infernales cuyos moradores eran deformidades en descomposición emergiendo de los anillos. Sin embargo, pensó que si quería encontrar algo con que defenderse debería arriesgarse.

Cuando creyó que la distancia a la que se hallaba la criatura era prudente, accionó el tirador de una puerta al azar. Era un dormitorio de estudiantes. Dos filas de camas espaciadas un metro se extendían hasta el final. El escuchar las uñas clavarse en la moqueta del pasillo fue suficiente para probar suerte con otra puerta; no creía que pudiera haber demasiadas armas en un dormitorio de estudiantes. Cuando volvió la mirada hacia el pasillo, experimentó un súbito miedo que le encogió el estómago. La bestia había cubierto unos diez metros de distancia, y estaba dispuesta a acortarlos por el modo en que la escudriñaba. La cara del monstruo exhibía una odiosa determinación por darle caza y abrir su carne con las garras.

Suzie continuó su carrera sin siquiera cerrar la puerta. Pasó por alto el resto al considerar que daban a más dormitorios. Torció por un pasillo sin enmoquetar, y evitó precipitarse por unas escaleras al frenar a tiempo aferrándose al brazo de una estatua medieval, cuyo peso le cayó encima de manera ruidosa. Dejó escapar un grito, se incorporó y descendió las escaleras siempre cubiertas por las tinieblas, esa vez como una protección deseable. Terminaban delante de una puerta de madera. Al abrirla recibió un rumor de

pasos apresurados que se alejaban, así como de murmullos. Suzie supuso que eran las alumnas que estaban desalojando de la institución.

Arriba, al pie de las escaleras, se escucharon gemidos repugnantes, pertenecientes a una garganta putrefacta. Suzie vio a la bestia descender en medio de la oscuridad. Los ojos le brillaban como dos diminutas esferas llenas de un odio desmesurado. Las uñas se incrustaban en la madera con sonido seco.

—Joder —susurró ella. Se adentró por el nuevo corredor con puertas menos formales, lo que le sugirió probar suerte. Al otro lado estaban las clases donde las alumnas eran supuestamente educadas para un día valerse por sí mismas en un mundo exigente. Suzie pasó por alto el significado de las ecuaciones que llenaban la pizarra. Se limitó a escudriñar a través de las sombras en busca de algo para defenderse. Supo que el tiempo había llegado a su fin cuando vio a la criatura entrar sonriendo.

Suzie avanzó hasta el centro de la clase, cogió una silla de madera y la arrojó al suelo varias veces, hasta conseguir que se despedazara. Se hizo con una de las patas y la blandió en el aire como un bate.

—Vamos, pedazo de mierda, ya puedes venir.

La sonrisa de la criatura se esfumó y fue sustituida por un prudente gimoteo animal. Saltó a una mesa sobre cuya superficie penetraron las uñas de halcón.

La muchacha trató de calmar su respiración, pero el único resultado fue percibir la falta de aire. Sus pulmones parecían haber estado vacíos durante mucho tiempo, contribuyendo al secado de las paredes. Comenzó a jadear con nerviosismo.

—Vamos.

La bestia halcón saltó a la mesa siguiente. Los ojos oscilaban alocadamente dentro de las órbitas, las manos simiescas se abrían y cerraban anhelando estrangularle el corazón; luego brincó a la mesa de la derecha, lo que la posicionó delante de la chica, a tres mesas de distancia. La ansiedad que sentía el monstruo provocó que sus gemidos se entrecortasen. Al abrir la boca, los dientes superiores gotearon sobre la mesa y formaron un charco de baba.

La muchacha se desplazó a su derecha varios pupitres, con la intención de aproximarse a la puerta de salida, pero la bestia saltó a su vez tantos pupitres como fueron necesarios para seguir frente a ella; y le dirigió una sonrisa juguetona que sugería estar divirtiéndose. Seguidamente se posicionó con un ágil bote encima de la mesa siguiente, quedando a sólo dos de distancia.

Suzie empezó a pensar que haberse detenido en la clase había sido mala idea; pero ¿cuánto hubiese resistido sin armas? Al menos

ahora blandía la pata de una silla. Con el pie, envió la mesa más próxima a ella hacia la siguiente, creando unos segundos de ruidosa confusión, que aprovechó para correr en línea recta mientras la bestia esquivaba el choque de pupitres. Varias mesas volcaron al suelo sumando más ruido. La criatura corrió en pos de Suzie con el horrendo repiqueteo de sus garras contra el suelo.

Suzie se volvió antes de alcanzar la salida y volcó un pupitre, obstaculizando el pasillo central. El monstruo se encaramó sobre las patas de la mesa y tomó el suficiente impulso como para aterrizar sobre el hombro izquierdo de ella. La chica expulsó un alarido al tiempo que chocaba con el escritorio del profesor, y experimentó un dolor punzante en la cadera. Junto a su oreja oía los vítores triunfales.

El grito de Suzie se tornó más intenso y lastimero cuando las garras de halcón se hundieron dentro de la carne. Luego aparecieron sensaciones que indicaban que el dolor no era el mayor de sus problemas. Su respiración era como un jadeo irracional. Aferró el palo con firmeza y asestó un golpe a la criatura, cuyas garras daban muestras de no querer soltarla; realizó un segundo intento y la criatura salió impulsada hacia la pared.

Suzie aflojó los dedos y el palo se desprendió de su mano. No sabía si el palpitar de las heridas del hombro se debía a su nerviosismo o verdaderamente así iniciaba la enfermedad que conducía al infarto.

—Mamá —susurró sin apenas fuerza en la voz.

El monstruo recobraba el conocimiento. Después de alzarse, volvió a la carga corriendo y abriéndose paso bajo las mesas.

Suzie lo contempló acercarse a gran velocidad. Se hizo de nuevo con la pata y la sujetó con ambas manos.

La bestia avanzaba con el cuerpo echado hacia delante como un atleta a punto de alcanzar la meta, lo que sugirió a la muchacha variar la forma de coger la pata. Con un veloz movimiento y aprovechando el extremo afilado, sostuvo el palo como un florete mientras esperaba que el monstruo se acercara. Todo lo cerca que el arrojo le permitió, de hecho, tan cerca que percibió el aliento igual que ráfagas de aire abrasivo. Sin pensarlo, con una diestra estocada, pinchó el cuerpecillo de la criatura, aunque no obtuvo satisfacción hasta que la piel se rompió con el chasquido de un huevo y vio manar sangre amarilla.

Cuando las manos del monstruo intentaron alcanzarla arañando el aire, Suzie se mantuvo a distancia gracias a la longitud de la pata de la silla. Pronto reparó en que los ojos perdían violencia y manifestaba una frágil mansedumbre, para dar paso al conocimiento de la muerte. Suzie advirtió que incluso aquel

demoníaco ser comprendía qué era desaparecer en el silencio. Entonces fue cuando las heridas del hombro de ella intensificaron su presencia con un dolor punzante y prolongado.

—Oh, no. Me pasará como a mamá.

Suzie había visto la muerte en los demás, pero nunca pensó que ésta la ocuparía tan pronto…, sobre todo, tan injustamente.

Salió al pasillo y siguió caminando hacia el silencio, cuyo envoltorio sentía cada vez más pesado sobre sus hombros.

Capítulo 34

Stephen Peacock sacó la Colt de su sobaquera de cuero y disparó al aire hasta que su corazón se hubo calmado. El cadáver de su esposa permanecía tendido sobre el suelo mientras un perro negro como el carbón hurgaba en el vientre abierto con horrible satisfacción. Los ojos sin vida de la mujer lo miraban en una última despedida, en su expresión serena estaba la certeza de que había realizado su trabajo correctamente durante los años de pertenencia al Comité de Profesores.

—Cielo santo —murmuró, al reparar en los chasquidos metálicos del percutor.

Los dientes del animal arrancaron varios metros de intestino y lo engulleron con voracidad. La directora Ferguson asentía satisfecha; su expresión se encontraba iluminada con un feroz brillo, y los ojos, ocupando gran parte de su cara, reflejaban mayor avidez, si cabe, que su mascota. Tenía los brazos cruzados y de la mano derecha asomaba la empuñadura de una fusta recogida. La pernera de los pantalones sobresalía por encima de las botas y la camisa blanca abotonada hasta el cuello contribuía a su imagen inflexible y de extrema disciplina. El carmín de los labios resaltaba como sangre y cuando sonrió al ver a los invitados, su cara se transformó en una aceptación del juego que iba a iniciarse.

—Suzie es tan apetecible que incluso vienen a rescatarla. Qué enternecedor. Es mi posesión, conmigo no sufrirá ningún daño. —Escupió las palabras como si fuesen piedras.

Mientras el Comité de Profesores y Bruce escudriñaban a la mujer, se oían los huesos quebrarse bajo los dientes del dóberman.

Marjorie, con un semblante que apenas había cambiado desde que contemplaba el espanto, dirigió el rifle al pecho de la directora. Cuando su dedo recibió la orden de presionar el gatillo, un rostro caricaturesco, con enormes ojos saltones y una boca cuyos dientes goteaban baba, apareció por la jamba, con las uñas de las garras hundiéndose en la madera y levantando astillas.

Los viejos instintos de guerra de Stephen Peacock le hicieron apuntar entre los ojos de la criatura. Al escuchar el percutor, maldijo su existencia y extrajo un cargador de la guerrera.

La criatura ensanchó su sonrisa en una horrenda pero divertida mueca de felicidad. Los dientes chocaban entre sí como sables y los ojos se agitaban enloquecidos. Cuando asomó el resto de su cuerpo,

el equipo al completo retrocedió. La piel de los brazos estaba cubierta por una fea formación de vellosidad similar a erupciones ulcerosas. La bestia saltó sobre el rifle de Marjorie y sus pies simiescos se aferraron al cañón y caminaron con destreza hacia el rostro de la mujer.

Bruce desenfundó el arma, aunque antes de disparar, vio a la criatura agarrarse de un salto al dintel de la puerta para columpiarse de manera burlona. Comenzó a tararear una tonadilla infantil mientras la directora Ferguson sonreía y se inclinaba a acariciar el lomo del dóberman. Apartó los restos del cuerpo de la esposa de Stephen y desapareció con el perro por el pasillo que nacía a la izquierda.

Ben Kaplan trató de impedirlo adentrándose en la sala, pero otra criatura le cortó el paso. Su escaso tamaño parecía disminuir la amenaza, y su mirada de curiosidad infantil, sumada a su cuerpo sedoso, contribuía a un efecto simpático. Sin embargo, en cuanto se encaramó ágilmente por la pierna del tipo, toda sensación de dulzura se esfumó. La bestia, igual que un gato doméstico que caminase sobre las patas traseras, trepó por el cuerpo hasta alcanzar la cabeza; luego empezó arañarle el rostro. Ben se defendió interponiendo el rifle como protección, y al reparar en que no surtía efecto, golpeó la cara felina que tenía a apenas veinte centímetros de distancia. La criatura, al estrellarse contra el suelo, arrojó un quejido como el de un lobo. El tipo aprovechó para asestarle un puntapié e ir en pos de la directora Ferguson.

La vio desaparecer por una puerta de hierro. Sin embargo, ésta no cedió ante el peso y fuerza de Ben.

—Diantres, qué fastidio. Ha escapado.

Golpeó la puerta con la palma de la mano y la deslizó sintiendo la derrota. Permaneció apoyado, respirando con nerviosismo. Entonces otras respiraciones se unieron a la suya, salvo que eran más graves y profundas. Un frío glacial ascendió por su columna y él se volvió apuntando a la oscuridad con el rifle. A pocos metros, inmóviles en medio de la escalera, relampagueaban una multitud de ojos ensangrentados. Cuando estallaron los grotescos gemidos de hambre, el corazón de Ben colapsó. Escuchar aquel atronador dialecto del subsuelo lo enloqueció, pero llevar el foco de la linterna hacia lo que estremecía el silencio fue peor.

¡Así que ésa era la apariencia de los hijos del maldito!

Ojos hinchados y salientes de diminutas cuencas; risas cavernosas que aumentaban en burla al comprender que se desencadenaría el desenfreno de la sangre. Ben vio abrirse las bocas tanto, que llegó a pensar que sería engullido por aquellas gargantas infectas.

El mayor de los horrores aconteció cuando comenzaron a descender las escaleras y él no podía escapar porque la puerta de hierro se lo impedía. La maldita puerta por la que había salido la directora Ferguson, con sus estridentes risas escuchándose al otro lado.

—¡Abre la puerta, Ferguson! —gritó, aterrado—. Mujer maldita, abre la puerta.

Las risas se escucharon por encima de los chasquidos al morder la carne de Ben. Experimentó el dolor de los dientes hundiéndose en brazos, vientre y cuello. Su propia sangre regó su boca. Lo más odioso en la muerte de Ben Kaplan fue que las risas de la directora no cesaron y se entremezclaron con sus alaridos agonizantes. Una criatura de manos enormes y dedos nudosos como ramas atrapó un brazo y estiró hasta que los huesos y tendones cedieron. Minutos después, se la podía ver corriendo ansiosamente por los pasillos, con el brazo de Ben aporreando el suelo.

Capítulo 35

Stephen Peacock se derrumbó delante del cuerpo de su esposa y propinó un grito de tormento. Las dos criaturas habían sido abatidas, yacían con los ojos apagados y los cuerpos aplastados bajo las botas de Marjorie.

Bruce vio a Ben Kaplan convertirse en una figura sombreada al adentrarse entre la negrura del pasillo. Luego se volvió hacia el cuerpo de la anciana cuyo vientre era un nido de vísceras trituradas. Sostenía la Colt con mano vacilante mientras advertía que con la mujer muerta nadie parecía saber dónde se encontraba Suzie. El plan de rescate se desmoronaba como un castillo de naipes. Miró de un lado a otro, siendo testigo de una desesperación físicamente invencible. La lengua se agitaba dentro de su boca reseca, los ojos titubearon durante un segundo al tomar el pasillo opuesto al que habían tomado Ben y la directora. Cuando transcurrieron varios minutos inmerso, en la oscuridad del corredor, la visión de Bruce comenzó a percibir ciertas formas en el decorado. Pesadas cortinas cubrían los ventanales a un lado del pasillo; estatuas miraban al frente como guardianes custodios; y enormes lienzos pendían de la pared luciendo rostros bosquejados por sombras.

Dirigió el cañón de la Colt a ras del suelo, porque había creído oír el siseo de unos pasos. Palpó la pared en busca de algún interruptor. Tras tantear varios metros, echó en falta una linterna, y su desesperación se solidificó como una coraza en torno al corazón. La culpabilidad por haber perdido a la hija de James Denker se sumó a su ya fortalecida desesperación y se vio forzado a detenerse, a apoyarse contra la pared y a boquear el escaso oxígeno. La oscuridad pareció mecerse alrededor, las formas que apenas vislumbraba se disolvieron en la atmósfera. Bruce experimentó náuseas. Por un momento, sufrió un ataque de arcadas y toses, pero lo único que brotó por su boca fue un hilillo de baba que corrió por la comisura. Las náuseas continuaron dentro de un estómago vacío y de paredes descompuestas.

—Debo continuar, maldita sea. No es el momento de flaquear. —La voz se ahogó en una masa viscosa de oscuridad. Creyó encontrarse atrapado por los tentáculos de una criatura invisible—. ¡Suzie! ¡Suzie!

Avanzó pronunciando el nombre de la muchacha hasta que los

pulmones le hicieron detenerse de nuevo. No dio crédito al repentino cansancio que lo invadía. Aspiró dolorosamente y reanudó la marcha con la impresión de que sus zapatos eran de plomo.

Entonces, alarmado por una forma agazapada junto a la pared, aferró el arma con determinación y empezó a desplazarse lentamente de lado, hasta tener la figura enfrente, asaltada por una respiración inquieta. Cuando estuvo a punto de pensar que se trataba de una criatura, reparó en el cabello que enmarcaba un rostro de ojos en estado de confusión.

—Cielo bendito, eres tú, Suzie.

La mirada de ella recobró parte de su atención y su boca rumió una serie de palabras desordenadas.

Bruce, aunque no supo qué había dicho, se inclinó después de dejar la pistola en el suelo y la zarandeó con precaución para que recobrase la consciencia. Suzie parecía estar bajo una fuerte conmoción.

—Vamos, en pie, tenemos que salir de este lugar —dijo, y deslizó su vista por todo el pasillo con la sensación de estar siendo observado—. Todo en este pueblo parece maldito.

La muchacha seguía profiriendo palabras inconexas mientras él intentaba levantarla por los hombros.

—Vamos, maldita sea. —Sus ojos quedaron fijos en cuatro perforaciones en el hombro derecho—. ¿Qué demonios te ha pasado? ¿Qué son esas heridas?

—Voy a morir…

Las palabras atravesaron el corazón del hombre y se depositaron dentro como ascuas. Fue peor cuando la miró a los ojos y vio en éstos una horrible aceptación. La mente de Bruce se impregnó de un lodo que le impedía pensar con acierto. La oscuridad que lo envolvía se tornó como una funda de plástico cernida a su cuerpo.

—Me salgo del partido, tío —murmuró Suzie—. Voy al banquillo. He lanzado mal la pelota, papá. No lo he hecho tan fuerte como me enseñaste.

Como ciertas personas, Bruce sólo pudo reaccionar al alcanzar el límite. Aquella muchacha se desvanecía en una muerte inmerecida, tan indigna y anónima como la de su esposa. Nadie había allí para despedirla, ni para desearle buen viaje a donde quiera que fuesen las personas de su grandeza. Unas lágrimas de padre asomaron y se encallaron tozudas en la comisura de los ojos.

—¡No! ¡Arriba!

—No puedo terminar el partido, tío.

—Me importa una mierda el partido. No te perderé. Soy culpable de lo que te haya pasado. Tal vez me equivoqué y no debí

de haberte pedido ayuda.

Bruce introdujo las manos bajo los hombros de la muchacha y la alzó de inmediato. Había reunido gran cantidad de fuerza pensando que el peso corporal sería mayor; sin embargo, la levantó apenas sin esfuerzo, como si la muerte ya estuviera robando parte de su vida.

—Vamos, aguanta.

—Estoy en el banquillo. Debo descansar.

—Descansarás, sí, pero primero saldremos de aquí y buscaremos ayuda.

La condujo de vuelta por el pasillo. Miraba de cuando en cuando por encima del hombro para cerciorarse de que nadie los seguía. Así fue durante los primeros cien metros; luego de esto, sintiendo el profesor sus brazos cansados, percibió una presencia que en ocasiones se mostraba sutil y en otras me manifestaba como un hedor insoportable.

El silencio exterior se llenó de pronto con la sirena de la policía. Las luces barrieron las pesadas cortinas del pasillo mientras Bruce seguía conduciendo a Suzie a la salida de servicio.

—Falta poco. Estamos llegando —anunciaba a intervalos de dos segundos, convirtiéndolo en un himno deportivo. Su piel no dejaba de manar sudor que resbalaba en testarudas gotas de agua. En contraste a esto, la piel de Suzie estaba cada vez más fría. Bruce no pudo más que acelerar el ya veloz paso, contribuyendo a una aparatosa caída sobre la moqueta del pasillo—. Maldición.

La angustia le provocaba ganas de llorar. Al ver la mueca de dolor en la cara de la chica, su pecho se redujo a un trapo arrugado y el corazón traqueteó como un viejo motor. Bruce pasó por alto el golpe que había recibido en la rodilla, y se obligó a levantarse y a aupar a Suzie sobre la espalda. Ella rumiaba frases febriles al tiempo que su pecho se llenaba y vaciaba de aire penosamente.

Entonces acaecieron dos sucesos sorprendentes. El primero tuvo lugar cuando Bruce llegó al pasillo desde el que había partido. Una detonación hizo desprenderse parte del techo y extender la abertura de la puerta de servicio. Astillas de madera de las jambas rociaron el suelo sobre en el que aún estaba tendida la mujer con la túnica a jirones y el vientre triturado. Encima de los cuerpos de dos hombres fornidos se había desprendido el pilar que soportaba el peso de un saliente marmóreo, cuyos adornos evocaban la Grecia clásica. Y una nube de polvo envolvía a Stephen Peacock, quien permanecía de rodillas en el centro del recibidor, mientras sostenía la anilla de la granada culpable. Su rostro magullado exhibía una sutil pérdida de cordura. La mandíbula pendía en un gesto de perplejidad, y todo su cuerpo sufría de sacudidas como si las sujeciones que equilibran el sistema nervioso se hubiesen roto.

—He te-tenido que-que hacerlo —tartamudeó—. El fuego del Señor ha venido a mí.

En ese instante caótico apareció el segundo suceso. Una criatura corría sumamente animosa con el brazo de Ben Kaplan. Reía y vociferaba en su dialecto infernal lo que sin duda eran palabras de celebración y júbilo. Pasó de largo junto a Bruce y, esquivando los escombros, atravesó el recibidor y siguió por el pasillo hacia la oscuridad que era su morada.

—Maldita sea —espetó Bruce, quien sentía el peso de Suzie aumentar por momentos en sus cansados brazos.

Fuera se escuchó frenar el coche patrulla y a Duncan vociferar órdenes a su ayudante.

El profesor avanzó de forma cuidadosa para no tropezar con el derrumbamiento. Alcanzó la entrada sin marco, cuya puerta había quedado reducida a fragmentos de madera desparramados por el jardín. Bruce asomó la cabeza para cerciorarse de que sería capaz de abandonar la Institución Morris sin ser visto. Gimió al observar que ya no contaba con el envoltorio protector de la noche. Un manojo de nubes perezosas se suspendían de un cielo clareado.

Cuando miró hacia el otro lado, advirtió que podría escabullirse por entre los tilos que enmascaraban el vallado metálico que rodeaba la institución. Era la salida más factible, puesto que el otro camino estaba ocupado por Duncan y su ayudante, y Bruce ni siquiera disponía de las llaves de la camioneta.

Antes de salir, echó un último vistazo a Stephen y sintió lástima por el veterano de guerra. El horror de Past Grove había hecho mella en la cordura de alguien que fue capaz de sobrevivir a Corea. Al abandonar lo que quedaba del recibidor de servicio, se preguntó dónde estaba Marjorie. Por lo visto, el nuevo Comité de Profesores no había dado la talla.

Se deslizó rápidamente bajo el follaje de los tilos y, al llegar a la valla, dejó a Suzie apoyada sobre una enorme raíz que brotaba descuidadamente junto a dos árboles. Bruce no observó que dicha raíz segregaba una sustancia cristalina. Se encaramó a la valla de manera aparatosa y asomó la cabeza por encima. Jointer Avenue se extendía a lo largo del pueblo, en silencio y sin tráfico…

Salvo por la camioneta que Stephen Peacock había conducido hasta la institución. Bruce se preguntó quién diablos iba al volante.

Capítulo 36

Los vecinos próximos a las inmediaciones de la Institución Morris no se habían habituado a los constantes gritos ni a los simulacros de incendio en medio de la noche. Y aunque pasaban por alto tales asuntos por temor a la directora Ferguson, los disparos de armas de fuego y la explosión de una granada excedían cualquier límite de un vecindario conservador. Así pues, fue el señor Kubik, un tipo tan delgado que su esposa le decía a menudo que podría dormir en un rincón sin ser visto, quien se había enfrentado a la pastosa voz que Duncan tenía a altas horas de la madrugada. Que la idea hubiese sido ordenada por su esposa, por haber sido despertada de un sueño erótico donde Kubik no era bienvenido, no supuso un problema para el hombre. Se limitó a reunir el carácter que no se atrevía a manifestar delante de su mujer y a marcar el número de la comisaría.

Al cabo de una hora, el coche patrulla rodaba por Jointer Avenue en dirección a la Institución Morris. El mismo Kubik había visto desde la ventana de su dormitorio detenerse el vehículo en la calle e irrumpir en la propiedad a Duncan seguido de su ayudante. Las alumnas se encontraban reunidas en la calzada cuando más vecinos se sumaron al visionado del suceso. Todas en pijama y exhibiendo caras soñolientas; las más contrariadas pedían explicaciones a la directora Ferguson, que se había reunido con ellas tan pronto como había podido. Ante el rostro falsamente descompuesto de la directora, varias alumnas aseguraban haber visto a la mismísima Suzie Denker correr por los pasillos en pos de la extraña de túnica negra que un enfermero introducía en la trasera de la ambulancia.

Stephen Peacock era conducido esposado al coche patrulla por Paul Carson, el ayudante de policía, mientras murmuraba acerca del fuego del Señor.

Encontraron el cuerpo despedazado de Ben Kaplan, quien sin duda habría sugerido que la Estrella de la Muerte le había arrancado un brazo. Los miembros fueron metidos en una bolsa de plástico y depositados junto a los dos fornidos de traje negro, víctimas de la granada de Stephen.

Cuando todo se hubo calmado, Kubik advirtió cómo Ferguson le entregaba un abultado sobre a Duncan, y éste echaba la vista a un lado con desgana.

A la mañana siguiente, los periódicos no mencionaron los hechos tal y como sucedieron. Eludieron cosas como la explosión de la granada, cuyo ruidoso estruendo se debió a un simple derrumbamiento, que los empleados de Construcciones al Instante reparaban con excelentes resultados. Así como tampoco nadie sabía a dónde habían ido a parar los miembros de Ben Kaplan y la vieja de la túnica negra; o los dos cuerpos de la seguridad personal de la directora Ferguson. Y por supuesto, no encontraron ninguna criatura muerta ni viva. En definitiva, todo cuanto había acontecido fue que la alarma contra incendios de la Institución Morris había saltado debido a un mal funcionamiento técnico; y un desafortunado derrumbamiento de pared en mal estado. No hubo muertos ni heridos, y todo se solucionaba con la máxima profesionalidad. Uno de los titulares anunciaba que la institución para muchachas con problemas sociales continuaría con las puertas abiertas, pues el directivo era consciente de la necesaria labor que realizaba.

Pasadas unas semanas, los verdaderos hechos, que sólo unos pocos conocían, se convirtieron en nuevas leyendas que contar en torno a una hoguera, y a las que nadie daría crédito. Sin embargo, Bruce Morton y Suzie Denker jamás olvidarían lo ocurrido.

El profesor Morton había conducido a la muchacha hasta su apartamento y le había procurado toda la atención que estaba en su mano. Le había administrado medicación para mitigar la fiebre y aplicado unos paños húmedos sobre la frente. Ella dormía en el cuarto de invitados mientras Bruce releía la carta que James Denker había recibido de Lloyd Bowers. Segundos antes de haberse quedado dormida, él la había escuchado decir que había sido atacada como lo fue su madre y por eso sufriría de un infarto. Desde entonces releía la carta al haber recordado que ésta mencionaba algo de unos frasquitos medicinales, y aunque resultaron inútiles con la dolencia del hermano, Bruce se aferró a esa opción como una idea viable. Estaba sentado en una silla traída de la cocina, y sobre la mesita dormitaba una botella de whisky sin abrir. Su voluntad se veía peligrosamente tentada, pero la preocupación por la muchacha atenuaba su necesidad de beber.

La misión había terminado en un completo fracaso, salvo por el reencuentro con Suzie, aunque presa de una insólita fiebre. Dos miembros del Comité de Profesores habían perecido y uno de ellos, Marjorie, pensó, había desaparecido sin explicación aparente. Y no era capaz de obtener respuestas a los interrogantes que lo golpeaban en la cabeza. ¿Por qué había abandonado a su equipo? ¿Lo había hecho realmente? ¿Había una buena excusa para hacerlo?

Bruce dirigió una mirada esperanzadora a Suzie. Ésta boqueaba mientras sus párpados se agitaban con violencia. Se preguntó qué estaría soñando.

Una hora antes, había llamado al profesor de Biología para preguntarle por las pruebas. La voz del tipo estaba bajo una fuerte conmoción, que Bruce supuso era debido al descubrimiento. Habían acordado reunirse a las siete de la mañana en el modesto laboratorio de la escuela elemental.

Bruce experimentó una nueva forma de ansiedad que se estaba alojando en la parte baja del vientre, en forma de aguijonazos de avispa. Desvió la mirada hacia la botella tentadora, pero la urgente cita lo hizo levantarse de la silla e ir al baño, despojarse de la ropa sucia y darse un baño. Después preparó un rápido desayuno. Cuando se hubo mudado de ropa, echó un vistazo al reloj del comedor. Eran las seis y media. Ultimó los preparativos para salir de casa, añadió una segunda manta sobre Suzie, quien tenía abiertos los ojos; estos eran profundos como dos pozos insondables y visiblemente agotados.

Bruce permaneció de pie junto a la cama, preguntándose si hacía bien en dejarla sola en un momento tan crucial como en el que estaban: la directora Ferguson había recibido un duro golpe y Morton no sabía cómo reaccionaría aquella chiflada. Sin embargo, los minutos pasaban y debía recoger también el coche, estacionado en las inmediaciones del parque de Past Grove el día anterior cuando acudió a la cita con el gran cineasta.

El profesor arrojó un suspiro de impotencia al silencio del cuarto y entonces Suzie recobró la consciencia.

—¿Preocupado? —La voz de ella era un fino hilo vaporoso, como la voz de un fantasma.

—Tanto como la situación lo requiere.

—Estoy mejor —dijo, y extendió una sonrisa demacrada y sin brillo.

—Eres fuerte y saldrás de ésta. Cuando estés mejor, me contarás qué diablos ocurrió desde que saliste de casa.

—Fui a ver a Nina y luego…

—No te esfuerces, ahora es mejor que descanses —le dijo—. Ah, una cosa, tu amiga Nina estará preocupada, ¿qué tal si le haces una llamada para decir que estás… bueno que estás en mi casa y a salvo? Yo iré a ver a Troy Rowland. Por fin sabremos algo de esas semillas y de las piedras.

—La llamaré. —Suzie guardó silencio, como si lo que fuese a añadir a continuación requiriese de unos segundos de preparación —. Gracias por rescatarme, tío.

Bruce recibió el comentario sin estar preparado, y las palabras

quedaron encalladas en su garganta. Experimentó un enorme orgullo de tenerla en su equipo particular; luego reflexionó acerca de lo poco acertado de la palabra equipo, y se dijo que eran un dueto fantástico, como Bonnie y Clyde, fugitivos de Past Grove.

—No hay de qué, pero estoy seguro de que habrías salido ilesa tú sola.

—Esta vez no, tío. No lo hubiera conseguido.

Bruce percibió en el rostro de Suzie que se guardaba parte de la conversación para ella y decidió respetar su lugar de secretos.

—Volveré lo antes posible —dijo, y señalando el escritorio, agregó—: Tienes tu bate ahí mismo. Pensé que desearías conservarlo. Y la mochila con el resto de recuerdos está dentro del armario.

—Gracias otra vez. —En esa ocasión, la sonrisa de Suzie venció su estado febril y lució llena de sincero agradecimiento.

Bruce se volvió antes de que la escena se convirtiese en un melodrama difícil de digerir. Era el momento de reunirse con el profesor de Biología para saber a qué se enfrentaban y si había modo de anticiparse al siguiente movimiento de Past Grove, cosa a lo que Suzie Denker no replicaría.

Caminó de manera furtiva, con el cuello de la americana levantado, ocultándole el mentón. Al llegar a Jointer Avenue aceleró tanto el paso que los rostros con que se encontraba le resultaban todos iguales: meros esbozos de una escultura cuyas facciones estaban sin determinar. Le había parecido que alguien lo saludaba, pero la urgencia le impidió detenerse. El vehículo continuaba aparcado en Park Street, con la carrocería intacta y carente de arañazos. Bruce se inclinó distraídamente ante las ruedas para cerciorarse de que no estaban pinchadas o deshinchadas. Durante el trayecto una idea había surgido en su mente: casi todos los habitantes de Past Grove conocían su coche, y probablemente alguno de los fanáticos podría haber sentido la tentación de dejar al coche fuera de combate. Pero cuando Bruce se sentó al volante e hizo contacto, el motor cobró vida.

Puso rumbo a la escuela elemental. Se detuvo lo más alejado posible de la zona de estacionamiento que rodeaba los dos edificios. Tras cerrar la portezuela, avanzó con las manos hundidas en los bolsillos y sin poder deshacerse de la impresión de que formaba parte de una conspiración cada vez más disparatada. Al pasar por delante de la puerta del director, sintió que aún tenían una conversación pendiente.

Cualquier intento de pasar desapercibido se esfumó cuando abrió la puerta del laboratorio y vio al profesor de Biología colgado bocabajo por una cuerda atada a los tobillos, que estaba amarrada a

la fina tubería del gas. Ahora Bruce sabía que tendría que llamar a Duncan.

La multitud de desgarros de la cara hacían pensar que algún demente había introducido la cabeza de Troy Rowland bajo un cortacésped. La boca sugería que habían estirado los labios con unos alicates y cortado seguidamente, con el resultado de exhibir una radiante dentadura blanca. Las tijeras estaban hundidas en el vientre. Un globo ocular pendía sobre la frente por filamentos venosos procedentes del interior de la cavidad. Y Bruce tuvo la sensación de que contemplaba fijamente a la puerta, como si Troy hubiera estado esperando su llegada. En el suelo se había formado un charco de sangre, y de éste nacían dos pares de huellas diminutas que seguían hasta la ventana cuyo cristal estaba esparcido sobre una mesa de escritorio.

—¿Dónde los habrá guardado? —dijo, pensando en los informes que le había mencionado por teléfono. Maldijo su propia suerte y, evitando pisar la sangre, llegó hasta la mesa de escritorio donde sabía que Troy guardaba normalmente los documentos. Vio el teléfono intacto encima de la mesa, pero antes de realizar una llamada anónima, sacó los tres cajones de sus raíles y los arrojo al suelo dando rienda suelta al estallido de su impaciencia. Agravándose al no hallar los informes.

Giró sobre sus talones mirando cada rincón del laboratorio. Se dirigió a unos estantes metálicos con unos cajones que despertaron las escasas esperanzas que quedaban en Bruce.

—¡Maldición!

Al tirar de los cajones y advertir que no cedían, vio la cerradura en cada cajón, y por supuesto, no sabía dónde demonios estaban las llaves. Sólo encontró un cajón abierto, pero contenía paquetes de folios. Bruce regresó a la mesa de escritorio, cogió la silla volcada y se sentó en ella, cavilando acerca de qué hacer a continuación. No quería demorarse demasiado, pues Suzie debía ser atendida.

El balanceo quebradizo de la cuerda que sostenía el cadáver le hizo volver la mirada. Bruce suspiró, aferró el auricular y marcó el número de la comisaría. Reconoció la voz de Paul Carson, el ayudante de policía.

—Buenos días. Comisaría de Past Grove —anunció Carson con tono protocolario.

Bruce cubrió el micrófono con la mano para amortiguar su voz.

—Ha habido un asesinato en la escuela elemental. Manden a alguien enseguida.

—¿Quién es usted?

Bruce colgó antes de oír más interrogantes. Se levantó de la silla y se plantó delante del cuerpo.

—Lo siento, amigo. Como me ocurre con Suzie Denker, me siento responsable de lo que te ha sucedido.

Salió al pasillo y abandonó la escuela. A esa hora se veían los primeros grupos de alumnos formando corros. Una pareja de estudiantes se adentraba en el pasillo exterior que dividía la escuela elemental y la secundaria. Bruce reparó en la mano que el muchacho introducía en el bolsillo trasero de los tejanos de la adolescente, quien no dejaba de sonreír ante las nuevas expectativas que se le avecinaban.

Bruce sonrió a su vez y se encaminó hacia el vehículo. La policía no demoraría su presencia pese al desconcierto inicial de Paul Carson. Bruce sabía que el propio Duncan se presentaría en cualquier momento con aire exitoso, como si fuera el héroe de Past Grove.

El motor del Lincoln rugió con la misma furia que experimentaba el profesor Morton. Atenazó el volante con garras de ave rapaz y se abrió paso por Jointer Avenue.

En el cruce con Blue Street, donde se levantaba la popular tienda de comestibles, se detuvo ante el semáforo, y cuando se disponía a seguir, vio a Duncan golpear a un tipo esposado y obligarlo a entrar en el coche patrulla. Tras cerrar la portezuela, se encendió un cigarrillo y esbozó una sonrisa al divisar al profesor.

—Buenos días, ¿qué hay?

Bruce hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo. Experimentó un repentino asalto a su intimidad cuando contempló al policía aproximarse.

Duncan apoyó una mano en el techo del coche mientras la otra rozaba el cuero de la pistolera asida al cinturón.

—Parece que Past Grove está algo agitado esta mañana. He detenido a ese estúpido robando en la tienda.

Bruce se preguntó si Duncan buscaba alguna forma de aprobación verbal explicándole todo aquello.

—Hace tan sólo un minuto he recibido un aviso por radio. Hay un fiambre en la escuela elemental. ¿Sabe algo de esto? Una llamada anónima, ¿sabe? —Duncan se quitó las gafas de sol y escudriñó a Bruce, quien sintió como si un sensor óptico le examinara.

—Si está tan enterado de todo, Duncan, debería saber que ya no trabajo en la escuela.

La sonrisa de Duncan se ensanchó hasta que las comisuras abarcaron todo el rostro. Giró sobre sus talones y, antes de alejarse, volvió el cuello y le dijo:

—No meta las narices en los asuntos de la directora Ferguson.

—Estoy cansado de amenazas, Duncan.

—Sólo es un consejo. Y no se olvide de decirle a su invitada que necesito que declare en comisaría —dijo, y se despidió con un leve movimiento de sombrero.

—No lo olvidaré.

El profesor pisó el acelerador con la impresión de que Duncan continuaba mirándolo.

Capítulo 37

Suzie había despertado de una pesadilla donde una criatura de brazos como tentáculos la había apresado por los tobillos y la arrastraba hacia la enorme boca que era su vientre. Las dos filas de dientes alojados en la abertura chasqueaban por el efecto del movimiento de la mandíbula, similar a una máquina trituradora. Restos de carne de anteriores víctimas se desprendían hasta el suelo, sobre cuya superficie se desplazaban roedores de cuerpos horriblemente hinchados. Suzie perdió varias uñas en su intento por aferrarse a las irregularidades del terreno. Cuando volvió su cabeza para conocer cuánta distancia la separaba de su final, vio que en el interior de la boca se extendía un túnel de insondable negrura. De la garganta de la chica surgió el alarido que la había arrancado de la pesadilla.

Al abrir los ojos reparó en las tinieblas que desdibujaban los muebles. Las sábanas se adherían a la piel sudada y el cabello nadaba sobre su rostro como un manojo de algas. Pese a todo, se sentía mejor; el frío que la había sacudido durante la noche empezaba disiparse. Suzie vio el teléfono encima de la mesita y consideró la posibilidad de llamar a Nina Holbrook y confirmarle que estaba bien.

Reunió gran cantidad de fuerza para incorporarse en la cama. Su corazón pareció desprenderse hasta los intestinos. Mientras marcaba el número de la casa de los padres de Nina, se preguntó por qué no había muerto como lo hizo su madre.

Entonces una voz chillona la interrumpió.

—¿Hola? Si no eres Suzie Denker tengo que colgar, porque estoy esperando su llamada. ¡Lo siento!

Suzie arqueó las cejas a modo de sorpresa, y esbozó una sonrisa. Nina era de las personas que por su disparatada actitud siempre conseguía sorprenderla.

—Soy yo.

—¡Suzieeee!

Experimentó el deseo de comunicarle su felicidad como Nina hacía, con gritos histéricos, pero el dolor palpitante en el hombro se lo impidió. Volvió el cuello a las heridas, que parecían estar perforando la piel como las raíces de un roble.

—Me llamó el profesor Morton y me preguntó dónde estabas. Luego intentó decirme que seguramente volverías pronto y que no

me preocupara. Pero no soy alguien fácil de engañar —explicó Nina como un huracán—. ¿Qué ha pasado desde que te fuiste de mi casa? Debes contármelo.

—Me caí —dijo Suzie, probando suerte.

El silencio que seguidamente apareció en la línea le hizo pensar que Nina ya estaba barajando la posibilidad de que la información era incompleta.

—¿Cómo que te caíste? —le preguntó con recelo.

—Di un mal paso —añadió Suzie—. Habían colocado un cordón escondido y tiraron de él.

—Menuda faena.

Suzie enmudeció de impotencia al no ser capaz de revelarle los detalles.

—¿Crees que fueron Tom y su pandilla? —quiso saber Nina—. Esos niñatos están acabando con mi paciencia, tía.

—No fueron ellos —dijo en tono seco.

—¿Entonces?

—Quieren hacerme daño —dijo Suzie.

—¿Te refieres a Bribón? ¿Ha intentado hacerte algo más? —masculló Nina de manera furiosa.

—No, él no ha sido.

—¡¡¡La gente de los anillos!!! —La exclamación de la muchacha brotó del auricular acompañada de estática.

—Acertaste.

—Dios mío, pero ¿por qué?, ¿qué tienes tú que ver con ellos?

Suzie llenó sus pulmones y las heridas del hombro aullaron con más punzadas dolorosas.

—Es un poco largo de explicar, pero mi padre ya investigaba algunas cosas antes de ser asesinado.

—Suena muy siniestro.

—Quizá estemos fuera un tiempo, Nina. —Silencio, profundo y perturbador. Hasta el punto de poder escucharse el ruido eléctrico en la línea—. Serán unos pocos días. Sólo quería que lo supieras. Que eres importante para mí, aunque haya estado distante, o rara como tú dices.

—¿Te vas con el profesor? —La voz de Nina adquirió un tono serio.

—Sí.

—Siempre supe que te irías, pero con tu madre y no con un hombre que te dobla la edad… ¿qué digo?, que te triplica la edad.

—Joder, tía, no tiene nada que ver con todo eso —se apresuró a decir, y advirtió calor en las mejillas—. Vamos a Jasper a visitar a un abogado.

—¿Seguro?

—Pues claro. Le estoy ayudando.

—¿Él lleva anillos de esos raros?

—¡Claro que no! —La garganta de Suzie sufrió de una quemazón debido al esfuerzo.

—Pues menos mal. —Tras unos segundos de silencio, agregó—: ¿Sabes?, siempre he pensado en tu partida de Past Grove. Y he llegado a la conclusión de que quiero que me escribas.

—¿Que te escriba?

—Sí, cartas. Quiero cartearme contigo cuando te vayas.

—Humm… Me parece buena idea —reconoció Suzie.

—¿Verdad que sí? —dijo Nina, recuperando su buen humor—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—¿Una promesa de hermanas?

—Una promesa de hermanas —aseguró Suzie, llena de un desconcierto amigable.

Después de repetirle a Nina que no se preocupara y que estaba perfectamente, descansando en casa del profesor Morton, ambas chicas colgaron el teléfono.

Suzie dejó caer su cuerpo sobre la cama como un pesado saco. Resopló de impotencia al no atreverse a contarle el resto de partes de la horrible historia que estaba acosándola desde que había recibido la nota de Bruce, tras cancelarse el partido de béisbol. Entonces evocó las palabras del tipejo que ella había abatido: «Aléjate de él o tendrás problemas». Aquello la forzó a detener un dañino sentimiento que trataba de asirse a ella como pegamento. ¿Continuaría su madre con vida de haber rehusado ayudar al profesor? Un resuello salió por su garganta. Su recelo, lo que siempre la había protegido, se manifestaba como un sentimiento de doble filo, del que no pudo desembarazarse. La piel rezumó más sudor y un frío glacial se cernió sobre la muchacha.

—Ahh. —Su voz brotó como el lamento de una moribunda.

De pronto, dirigió su mirada hacia la ventana porque había creído escuchar un repiqueteo sobre la cornisa. La mañana de viernes perforaba la oscuridad del cuarto a través de las aberturas de la persiana. Suzie aguardó a que el ruido volviera a producirse, pero al cabo de unos minutos, pensó que se había debido a una confusión. El silencio la hizo retomar sus valoraciones acerca de si su madre continuaría con vida de haber pasado por alto la petición de ayuda del profesor Morton.

Entonces ocurrió de nuevo.

La persiana emitió una sacudida cuya vibración alcanzó a Suzie como un manotazo. Se incorporó en la cabecera. El pecho de ella subía y bajaba visiblemente por el jadeo. Su recelo se convirtió en

una sensación de alerta que le exigía hacerse con el bate, situado a escasos metros. Pero pensar en levantarse la extenuaba. Tenía la sensación de estar amarrada a la cama por las sábanas.

Se escuchó un ruido semejante a la rozadura de garras.

—Hay algo detrás de la persiana.

Cuando oyó el rumor de voces ininteligibles, unió su espalda al respaldo de la cama. Los ojos se llenaron de temor. Pasó por alto cualquier estado febril. Haciendo uso de manos y piernas, se desplazó a un lado de la cama y se sentó en el borde. Su pecho parecía estar lleno de un humo negro que le arrebataba la facultad de respirar. Tosió repetidas veces y, al tratar de ponerse en pie, la habitación se movió en torno a Suzie, que se precipitó al suelo con un ruido de huesos.

Propinó un alarido que se extendió por la estancia como una reverberación. Sintió dolor en diferentes puntos del cuerpo; sin embargo, fue el hombro lo que la quebró. Las cuatro perforaciones hervían similares a un caldero. Tendida sobre el suelo, elevó parte del tronco con ambas manos y dirigió la vista hacia el bate, apoyado en la pared; una meta de difícil alcance pese los escasos tres metros.

Las sacudidas detrás de la persiana infundieron una urgencia a la muchacha que no fue capaz de atender, puesto que el cansancio parecía invadirla como una enfermedad terminal. El modo de arrastrarse evocaba a un soldado a través de la selva. El bate se hallaba cada vez más cerca, pero al levantar una mano para aferrarlo, perdió el equilibrio y el mentón dio contra el suelo.

Chilló con el vigor de Nina Holbrook, y la impotencia le arrancó lágrimas de los ojos. Mientras éstas caían a la moqueta, hizo un nuevo intento por levantarse y coger el bate. Las gotas de sudor provocadas por la fiebre se sumaron con las lágrimas cuando Suzie Denker agarró el bate y, apoyándose en él, se alzó igual que un púgil en el último asalto.

Los golpes en la persiana se sucedían cada vez con mayor fuerza, al extremo de parecer combarse hacia dentro.

—Vamos, Past Grove, tú y yo.

Capítulo 38

Bruce entró en el apartamento esperando ser recibido por el silencio habitual. Sin embargo, al encontrarse ante el pasillo, percibió un sonido perturbador que guardaba semejanza con la muerte. Como una trompa de agua, avanzó hacia el cuarto de invitados. Halló a Suzie tendida en el suelo, con el bate asido por un puño palidecido, como si fuese lo más importante de su vida. El cabello sudado estaba aplastado sobre su cráneo. Las sábanas se habían caído de la cama. La estancia emitía un notable tufo a enfermedad.

—Maldita sea —masculló, y se inclinó junto al cuerpo. Lo zarandeó suavemente hasta que dio señales de vida. Sólo entonces su corazón liberó la presión—. ¿Qué diablos ha ocurrido?

Suzie abrió un ojo y pintó una sonrisa de resignación.

—Past Grove ha intentado atacarme.

—¿Por qué no puedes estarte quieta como cualquier enfermo? —Bruce le quitó el bate y lo apoyó contra la pared. La ayudó a incorporarse y la acostó sobre la cama. La cubrió con las sábanas y cuando reparó en lo húmedas que estaban las apartó con una sacudida—. Te cambiaré estas sábanas.

—Te comportas como si fueses mi padre, tío —susurró con la voz fatigada.

Aquella frase lo detuvo ante el armario, con un nuevo juego de sábanas en sus manos. Se volvió y la contempló allí tendida, desamparada y carente de la fortaleza que solía manifestar. Sus ojos estaban rodeados de una negrura desconcertante; Bruce pensó que era la forma de marcar la muerte a sus víctimas. Los labios se habían secado y agrietado visiblemente. Los brazos que asomaban por las mangas de la camiseta habían perdido el color tostado y un tono plomizo parecía estar tomando posesión.

—Estás muy desmejorada, Dios mío.

—No soy chica de usar vestidos o maquillarse, tío, ya deberías saberlo.

Bruce la arropó con las nuevas sábanas.

—Veo que estás un tanto sarcástica. No es buen momento, maldita sea. Han matado a Troy Rowland y no he encontrado los informes que tenía para mí.

—Past Grove —murmuró ella, como si se tratase de una letanía.

—No. Fanáticos que han perdido la cabeza —dijo, cada vez con

peor humor. Se sentó sobre la cama—. No sé cómo proceder. Pensaba que los informes arrojarían alguna luz a lo que pasa con la mordedura de una criatura.

—No me mordió. Me clavó las garras en el hombro.

Bruce se inclinó al lado de ella y entonces advirtió la protuberancia que destacaba debajo de la camiseta. Salió del cuarto y regresó con unas tijeras temblorosas en sus manos.

Suzie expuso su desacuerdo tensando la cara.

—Tal vez sea bueno que le dé el aire.

—Vale —accedió ella, y miró a la ventana—. Alguien ha intentado entrar.

—¿Alguien?

—Algo.

Bruce aplicó un corte que abarcó desde el cuello de la camiseta hasta la manga. El frontal de la tela se deslizó y dejó al descubierto parte del torso.

—Oh.

—Debería sentirme incómoda, al menos eso creo —dijo Suzie, recordando a Bribón y sus sucios intentos por manosearla.

—¿Por qué? —La pregunta perdió interés cuando Bruce vio las cuatro perforaciones enraizando en la piel. La sequedad había detenido la posible hemorragia, pero una insólita viscosidad rodeaba cada herida—. Esto tiene mal aspecto. Maldita sea, siento que estés pasando por todo esto.

—Ayudarte fue decisión mía. Además, fui lenta y la criatura me agarró. Pero no es nada en comparación con el placer que sentiré al ver Past Grove destruido.

El profesor apretó los labios sin aceptar la visión de los hechos de Suzie. La contempló a los ojos, y pese a reflejar temor y dolor, también había una resistencia inaudita.

—Hace unas horas querías abandonar, y ahora deseas seguir. ¿Por qué eres tan valiente?

—Porque estamos en medio de un partido, y mi padre me enseñó a jugar hasta el final. A no rendirme, a no desfallecer. El precio de la victoria es el sacrificio.

Bruce no supo qué palabras añadir. James Denker había transmitido a la muchacha parte de su personalidad y carácter. Aunque Bruce era un conversador ágil, en ocasiones, cuando las frases transmitían gran fuerza y expresaban una exactitud aplastante, sentía como si le arrebataran todo su vocabulario y requería de mayor esfuerzo para responder. Aun así, de pronto, supo qué debía decir y cuál era el idioma que comprendía Suzie.

—Ganaremos este partido —dijo con firmeza.

Una hora más tarde, mientras Suzie dormía, Bruce se encontraba

delante del espejo contemplando su aspecto abatido. Había depositado las gafas encima de la repisa de mármol, y las ojeras disimuladas por la montura quedaban al descubierto como hinchazones enfermizas. Sin embargo, su preocupación estaba enfocada en Suzie. Aunque le había asegurado ganar el partido contra Past Grove, no sabía cómo detener su extraña dolencia. Y sentía que su afirmación se deshacía a medida que transcurría el tiempo. Bruce había regresado a las páginas del diario de James Denker y la carta enviada por Lloyd Bowers. Rechazaba la idea de acudir al centro médico por tratarse de una extraña enfermedad provocada por una criatura lejos de los parámetros científicos conocidos. De hecho, la propia Liz Denker había perdido la vida en manos de los médicos. Las cavilaciones personales del profesor Morton iban encaminadas en otra dirección. Sus esperanzas estaban puestas en la carta y su mención al posible fármaco que decía ese tipo tener en su poder. Y pese a que no había dado frutos con su hermano, Bruce se repetía constantemente que, ante la falta de ideas, valía la pena intentarlo.

Abrió el grifo y dejó correr el agua. El suave rumor llenó el baño mientras él se preguntaba si el asesino de Troy habría robado los informes de las pruebas. Luego se inclinó sobre el lavabo y aplicó agua fría a su cara.

—Suzie morirá como su madre si la dejo en la cama sin más. Debo llevarla a Jasper y presentarme en casa de ese cobarde.

Cerró el grifo con enojo en cuanto llegó a la conclusión de que quizá los informes podrían haber sido útiles para presentarlos ante Lloyd Bowers o incluso ante el doctor Price. Este último, como hombre de ciencia, se lo pensaría dos veces antes de rechazar el asunto por disparatado que pudiera parecer. Entonces recordó algo que le había dicho Suzie.

Salió al pasillo y deambuló hacia el cuarto de los invitados. Abrió la puerta y vio a Suzie con los ojos cerrados y tan mal aspecto que, de no haber sido porque su pecho subía y bajaba horriblemente, hubiese pensado que estaba muerta.

—El tiempo apremia.

Se dirigió al teléfono del comedor y levantó el auricular al tiempo que abría el cajón. Sacó la libreta con los números de los servicios públicos del pueblo y marcó el número del centro médico.

—Póngame con el doctor Price, por favor —le dijo a la voz femenina que lo atendió.

—Bien, señor.

Tras un lapso de espera, la voz volvió a ocupar la línea.

—Enseguida se pone, señor.

—Gracias.

—¿A quién tengo el gusto de atender? —preguntó Price.

—Soy el profesor Morton —dijo, recordando con resignación que ya no ostentaba dicho título.

—Oh, sí, buenos días. ¿Qué puedo hacer por usted?

Bruce enmudeció, concediendo tiempo a su mente para gestionar el modo de exponer el asunto.

—Suzie me dijo que usted había atendido a varios pacientes como Liz Denker. Quiero decir con mordeduras extrañas que llevan al paro cardíaco.

—Efectivamente. —Se escucharon ruidos de cajones abriéndose y cerrándose—. Dos pacientes más, para ser exactos. ¿A qué se debe su interés?

—Creo que tengo un caso con ese problema —dijo con tono vacilante.

El doctor Price carraspeó en la línea.

—Debería traer a esa persona inmediatamente, profesor Morton. Su vida corre grave peligro.

—¿De cuánto tiempo dispone la persona?

—Dos días, tres a lo sumo. Recomiendo su ingreso inmediato.

—Tengo entendido que la madre de Suzie sufrió un infarto en unas horas.

—Cierto. Por lo visto, está relacionado con la violencia de la mordedura y el sistema inmunológico del paciente. Debo insistir, ¿por qué este interés?

La garganta de Bruce se cerró al intentar decir una palabra más. ¿Tardaría Suzie más tiempo en sufrir un infarto debido a su edad?

—¿Cómo se encuentra la niña?

—¿Niña? —preguntó Bruce, desconcertado.

—Sí, observé en el funeral que se marchó con usted, y me he enterado del incendio de la casa de sus difuntos padres. Qué tragedia.

—Está conmigo, pasando unos días hasta que los asuntos recuperen la normalidad —declaró.

—Entiendo. De acuerdo, si no necesita nada más, debo continuar con mi trabajo. Y recuerde decirle a la persona afectada que debe ingresar inmediatamente. ¿Me ha comprendido?

—Sí —dijo el profesor, y colgó sin despedirse.

Bruce, quien sentía los nervios desplomarse como un castillo de naipes, fue a la cocina a preparar café. Pensó que resultaría útil como sustituto del alcohol. Al terminar la primera taza, minutos después, salió al rellano de la escalera, suspiró de impotencia y descendió las escaleras. Salió a la calle. El cielo estaba velado por nubes tan finas como humo y al sol era una esfera incandescente que evocaba el sol del desierto. Se dirigió hacia la segunda esquina,

donde estaba estacionado el Lincoln y lo condujo hasta la puerta del edificio de apartamentos. Al cerrar la portezuela de su coche, divisó por casualidad un Plymouth negro estacionado en la acera de enfrente. Subió las escaleras de dos en dos sintiendo el corazón saltar en su pecho. Entró en el cuarto de invitados, sacó una manta del armario ante la vista fatigada de Suzie, y una maleta que llenó con ropa.

—¿Adónde vas? —preguntó con la voz rota.

—Nos vamos a Jasper a ver ese miserable cobarde. Le obligaremos a darte ese fármaco que tiene.

—¿El que no le funcionó a su hermano?

—Exacto —dijo Bruce—. Tengo una corazonada.

Suzie frunció el entrecejo.

—Creo que la edad es un factor importante. —Cuando Bruce vio la mirada de interrogante de ella, agregó—: No te pasará nada. Y como te dije, ganaremos este maldito partido.

—¿Desde cuándo juegas al béisbol? —preguntó, intentando mostrar buen humor.

—Ahora soy el maldito entrenador —dijo, y enfundó el revólver en la pistolera que se había ceñido a la cintura. Se inclinó ante la muchacha y vaciló antes de ponerle las manos encima. Su corazón dio una sacudida al verla tan endeble. A continuación, pasó una mano bajo las rodillas y la otra en la espalda—. Te ayudaré. Vamos.

—Creo que podré bajar las escaleras yo sola.

—Ni lo sueñes —dijo con la muchacha en brazos y cubierta con la manta.

—No tengo frío —replicó con la voz forzada.

—Ahora acatarás mis órdenes, lo siento, Suzie, pero el tiempo apremia.

—Eres muy pesado como entrenador, tío —dijo, y su sonrisa se esfumó debido a la extenuación y sus facciones se marcaron por un repentino dolor.

Bruce aplicó un suave beso en la frente de ella.

—Eres como la hija que siempre quise tener. No te perderé. No morirás, te lo aseguro. Tú eres fuerte.

Avanzó por el pasillo, pero cuando cubrió la distancia hasta la puerta principal, pensó que debería haber aceptado la oferta de la muchacha. Sus brazos sólo habían sido acostumbrados al peso de los libros. Sin embargo, logró descender las escaleras resueltamente. Abrió la portezuela del acompañante y sentó a Suzie. Después de cerrarla, ascendió las escaleras experimentando un *dejavú* por la cantidad de veces que había subido y bajado las escaleras aquella mañana. Cuando todo estuvo listo —la maleta con ropa, armas y el bate de Suzie, así como la mochila con sus posesiones y el diario de

James— arrancó el Lincoln, se dirigió al primer cruce y, antes de tomarlo dirección este, vio al doctor Price apearse de su coche.

—Maldita sea, ¿qué diablos hace aquí? —masculló, suponiendo que había acudido por haberle colgado el teléfono de un modo un tanto brusco.

—¿Quién? —quiso saber Suzie. Sus labios resecos habían adquirido un tono morado y la piel un frío blancor comparable con la nieve. Los párpados se cerraban de cuando en cuando, sin apenas ofrecer resistencia a la devastadora enfermedad que se estaba instalando en su organismo.

Bruce, consciente de ello, aceleró por Jointer Avenue. Por un momento creyó que la realidad a ambos lados se extendía en un borrón difuso. Los peatones, que a ojos del profesor eran trazos de acuarela, contemplaron perplejos al vehículo saltarse un semáforo en rojo y el frenazo de otro coche que tomaba la intersección. El Lincoln aceleró en cuanto salió de Past Grove. Bruce experimentó la inexplicable sensación de haber dejado atrás una influencia invisible, y sus expectativas de éxito aumentaron hasta una euforia demencial.

Capítulo 39

Había tomado buena nota de la dirección de la carta de Lloyd Bowers. Y aunque no había pensado en la posibilidad de que éste hubiese cambiado de residencia, en aquel instante de júbilo no lo creyó posible. Bruce había ideado su propia imagen del tipo. Tenía en mente a alguien cuya cintura era el nuevo depósito de grasas tras años de pastelillos y emparedados de queso. La carencia de actividad física habría convertido sus piernas en dos prolongaciones apenas útiles para mantenerse en pie; probablemente usaba bastón. Su rostro permanecería enterrado por una barba tan espesa como una selva tropical. Cuando Bruce pensó en el cabello, se limitó a arrancárselo y mostrar a un individuo atacado por una feroz alopecia. Pasaría horas sentado a una mesa atestada de libros de derecho, sin pensar siquiera en la posibilidad de vender su propiedad.

Aquellas imágenes contribuyeron a que el viaje resultase menos horrible y que sus nervios sintieran cierto alivio, un alivio que finalizó de pronto, cuando Suzie manifestó su deseo de tomar un sorbo de agua. Con las prisas, no había traído ni siquiera una botella de agua. Se maldijo por ello. Entonces su euforia se moderó.

—Me detendré en el primer lugar donde pueda conseguir agua.

—No te preocupes —susurró, con un hilillo de voz que dejaba claro el esfuerzo de ella por mantenerse estable.

El paisaje que los acompañó durante los próximos diez minutos consistió en granjas diseminadas sobre campos de hierba donde pastaba el ganado. Bruce se repitió en varias ocasiones que podría detenerse y pedir agua, cuando divisó una gasolinera erguirse como una bestia de acero al pie de la carretera.

—Un golpe de suerte, pequeña —dijo mientras echaba un vistazo al indicador de combustible.

Escuchó el gemido de protesta de Suzie, y él se amonestó por ello. Tomó la vía de acceso a la gasolinera y se situó ante el primer surtidor.

—No tardaré —dijo, quitándose la correa con la pistolera.

Emergió del coche, abrió el cierre del depósito e introdujo la pistola dispensadora. Esbozó una sonrisa al ver que la gasolinera disponía de una tienda. Junto a la entrada había una máquina de refrescos, pero reparó en que sólo servían bebidas con gas.

—En la tienda tendrán botellas de agua.

La cabeza de Suzie descansaba sobre el cristal y el cabello estaba dividido en mechones grasientos. El profesor Morton experimentó un súbito sentimiento de compasión.

Un Plymouth negro pasó a su lado y frenó en seco. Una mujer se apeó con aire vacilante. Vestía tejanos y una camisa amarilla que estaba casualmente desabotonada exponiendo un escote tostado por el sol. Tras mirar de soslayo el Lincoln, se encaminó hacia la tienda a paso resuelto. Un bolso se mecía en sus hombros.

Bruce extrajo la pistola dispensadora. Caminó detrás de la mujer mientras manoseaba su bolsillo trasero en busca de la billetera. A continuación se dirigió al mostrador donde un viejo sin cabello, sin dientes y sin modales le señaló las estanterías de las botellas. Bruce apretó los labios conteniendo su enojo y se dirigió hacia el segundo pasillo. La mujer miraba allí varios productos en conserva por los que no parecía decidirse. Cuando advirtió la urgente presencia de Bruce, dijo:

—Nunca sé por cuál decidirme. ¿Atún en escabeche o en aceite de girasol? —La desconocida se volvió con las palmas de las manos abiertas enseñándole las latas.

Bruce se percató del aro de un anillo; sin embargo, la decoración quedaba al otro lado y no pudo cerciorarse de si era un anillo cualquiera o un anillo de Past Grove. Se preguntó si estaba lo suficientemente lejos del pueblo como para que las personas quedaran libres de sus oscuros propósitos. Advirtió la fabulosa sonrisa de ella, risueña y sociable, y una nostalgia se cernió sobre su corazón. Tantas semanas obsesionado con su esposa y luego con los anillos le comenzaba a pasar factura. Le concedió una sonrisa cortés y señaló el atún en escabeche.

Tras coger dos botellas de agua salió al pasillo central y avanzó hasta el mostrador. El viejo lo escrutaba como un fantasma que le hubiera sorprendido de repente.

—¿Sólo agua, amigo?

Sintió el impulso de decirle que no era su amigo, y que hacía tiempo que su vida se encaminaba por senderos sombríos en cuyo final habría posiblemente de todo menos agua. Se limitó, no obstante, a mostrar una sonrisa menos cortés que la concedida a la mujer y a entregarle el dinero.

Cuando salió, vio el Plymouth abandonar la gasolinera en dirección este. Bruce abrió la portezuela del conductor, se sentó y, después de ofrecerle una botella a Suzie, se ató la correa con la pistolera. La muchacha engulló el agua con la avidez de un alcohólico.

Tomó la primera bifurcación. Atrás quedó la gasolinera, el viejo

repelente y la posibilidad de estudiar sus manos en busca de anillos con piedras. Pero, frente a multitud de obsesiones royéndole la cabeza, se decantó por la más urgente: la vida de la muchacha, que seguía bebiendo agua. Las zonas verdes pronto dieron paso a las primeras fábricas, contribuyendo a apagar el paisaje con una horrible escala de grises. Brotes de nubarrones se sumaron al paisaje que parecía transformarse por momentos. Únicamente un matiz sugería un fallo en el retrato al otro lado del parabrisas del Lincoln. La mujer de la gasolinera se encontraba batiendo los brazos en medio de la carretera. En la cuneta, el Plymouth tenía el capó abierto y exhibía el motor como un pulpo negro y metálico.

Segundos antes de frenar, Bruce miró a Suzie y experimentó un asfixiante conflicto de intereses. Con la impaciencia masticándole los intestinos, se forzó a aminorar la marcha cuando la mujer le señalaba el coche. Finalmente el Lincoln frenó y ella corrió hacia la ventanilla que Bruce se apresuraba a bajar.

—Hola de nuevo.

—Oh, es usted, el experto en atún —dijo la mujer. Se cruzó de brazos sobre el cuadro de la ventana abierta e invadió el escaso espacio con su cara sonriente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi coche se averió —declaró—. Mi padre siempre me dijo que este coche no era para una mujer, pero nunca presté demasiada atención a los consejos de mi padre, ¿entiende?

—Sí, creo que sí. —Miró a Suzie para que la mujer tratara de comprender su urgencia personal. Pero la desconocida no apartó los ojos de los de Bruce, hasta el punto de cohibirlo.

—No sé nada de coches, espero que pueda usted ayudar a una mujer en apuros.

—Tengo que llevar a la muchacha a…

—No creo que sea nada grave, seguramente sólo sean un par de minutos. Y habrá hecho usted una buena obra de *Boy Scout*.

Los pensamientos de Bruce se silenciaron de pronto y su mente se asemejó a páramos de oscuridad inexpugnable.

La mujer, advirtiendo que Bruce había visto los sucios guantes que traía, añadió:

—He intentado valerme por mí misma, pero no sé nada de motores.

—¿Nos conocemos? —farfulló con voz infantil.

—No lo creo. Me llamo Paige Connor.

—Eh, sí, yo soy Bruce. Encantado, señora Paige.

—Señorita, si no le importa —le dijo, y extendió su sonrisa en una enorme media luna.

—De acuerdo.

—Por favor, en verdad necesito su ayuda. No me deje tirada en la carretera. —Descendió hábilmente su tono de voz convirtiéndolo en uno melódico y dulzón.

Paige retrocedió cuando Bruce se apeó. Aunque lo hizo desganado, entendía que no podía pasar por alto una petición de auxilio. La mujer frunció el ceño al ver el revólver en la pistolera.

—No se preocupe —dijo Bruce.

Ella no contestó.

A simple vista no apreció ningún problema. Le dijo a Paige que hiciera contacto. Ella obedeció y se sentó al volante dejando la puerta abierta.

Hundida en el asiento del acompañante y cubierta por la manta, Suzie dio otro trago de agua. Al dejar la botella, apreció en la distancia la piel del cuello de la mujer hincharse de forma tubular y desplazarse sigilosamente hacia la clavícula.

—Past Grove —susurró en un gemido doloroso.

Bruce permanecía inclinado sobre el motor atento al poderoso traqueteo. Suzie vio a Paige abrir el bolso, extraer un pequeño revólver y salir del coche empuñándolo. Caminó con sigilo y ordenó a Bruce que se alejara del capó.

—Deshazte enseguida de la pistolera y el arma. Tírala al suelo. Rápido, vamos, vamos —Cuando advirtió que Bruce vacilaba, aferró el revólver con ambas manos para añadir mayor convicción—. Hablo en serio.

Bruce aflojó la correa y dejó que se deslizara junto con la pistolera hasta el suelo.

—¿Satisfecha?

—Sólo en ocasiones —le dijo, y recreó una sonrisa obscena—. No te preocupes por el coche, Bruce. Mi padre se pasaba horas hablándome del increíble resultado de la fabricación americana. ¿El tuyo no te enseñaba nada?

El profesor propinó un graznido de pájaro a modo de respuesta, y reconoció el anillo finalmente visible. La llama verde dentro de la piedra se agitaba como una sanguijuela.

Suzie, con un esfuerzo titánico, estiró el brazo e hizo suyo el bate, que descansaba en el asiento trasero. Con la mano libre abrió silenciosamente la portezuela. Se despojó de la manta como si de una piel muerta se tratara y se apeó. Las heridas del hombro despertaron con un dolor punzante que alcanzó a Suzie hasta el vientre. Debido a la rotura de la camiseta, la tela se había reunido en la cintura revelando un torso inocente y exento de protuberancias. Las lesiones del hombro destacaban en la piel como un matojo fibroso que había comenzado a extenderse hacia el cuello.

—¿Qué me pasa? —se dijo, al tiempo que intentaba mantenerse en pie. La realidad en torno a ella se desplazó en círculos durante un segundo.

Mientras oía la cháchara seductora de la mujer, se obligó a dar un paso tras otro. El bate adquirió el peso de una viga de hierro, y ella pensó que no tendría fuerzas para alzarlo y golpear a la mujer cuya silueta se tornaba difusa por momentos. Entonces sintió que todos sus miembros se relajaban y se preguntó si la muerte hacía acto de presencia de aquella forma.

—Bruce —forzó su voz al límite—, no puedo más.

Después de resollar violentamente, se precipitó contra el suelo.

Paige se volvió desorientada al escuchar el ruidoso choque de huesos.

Bruce, inmerso en una cólera que no creía posible, se agachó y sacó el arma de la pistolera. Mientras la mujer seguía de espaldas, mirando el cuerpo inmóvil de la muchacha, él dio dos largos pasos y le asestó un golpe en la base del cráneo con la empuñadura.

—Me estoy cansando de esta situación. —Dirigió la vista hacia Suzie, y su pecho se inundó de una mezcolanza de emociones contradictorias. Por un lado, deseaba ofrecerle toda la ayuda necesaria, pero por otro, necesitaba pisarle la cabeza a la mujer que había interrumpido el viaje. El desorden mental lo llevó a golpearle las costillas. Entonces retrocedió espantado al ver cómo varios gusanos avanzaban bajo la piel del brazo—. Maldita sea.

Tras acercarse a Suzie y convencerse de que estaba viva, miró en todas direcciones en busca de posibles testigos. Las cajas grises que eran la fábrica cubrían buena parte del paisaje; grupos de árboles cerraban la línea del horizonte; la carretera secundaria que había tomado se extendía varias millas hacia Jasper. En la distancia, se oía el rumor de vehículos. Sin embargo, el tramo donde se encontraban parecía gratamente desierto.

Paige seguía tendida en el asfalto. Bruce resopló y se encaminó al Plymouth. Sacó las llaves del contacto y abrió el maletero en busca de cualquier cosa para atarla. La vocecilla conservadora que solía notificarle los populares eslóganes de los *Boy Scouts* había enmudecido. En otra ocasión le habría avisado de que toda mujer debía ser tratada con respeto, pero el silencio abierto en su mente le sugería que estaba obrando con acierto, y que aquella infestación de gusanos distaba de ser una persona.

En el interior del maletero dormitaban infinidad de utensilios que dejaron perplejo a Bruce. Sus ojos pasaron de una caja de herramientas a un trapo sucio; luego de fundas de plástico de escaso tamaño, pero suficientes para cubrir una cabeza, a un par de cuerdas, a una caja de cervezas y finalmente a una rueda de

repuesto. Cogió la cuerda según ideaba un plan fruto de la desesperación. Echó un vistazo a Suzie, quien movía los miembros para tratar de incorporarse. Bruce se acercó a la mujer con las cuerdas y pasó las muñecas a la espalda para atarlas. Adivinó que todo lo que había en el maletero iba destinado para ellos. La repugnante situación hizo que anudara con fuerza las ligaduras y pasara de inmediato a los tobillos, que ató con violencia. La mujer gimoteó en varias ocasiones.

Bruce se irguió y, de los tobillos, arrastró a Paige. Ella abrió los ojos aturdida, pero al verse atada y siendo introducida en el maletero, su expresión reflejó el terror.

—¡Eh!, ¿qué estás haciendo?

—Por lo visto, algo parecido a lo que usted tenía pensado hacer con nosotros. O tal vez con Suzie.

Paige empezó a retorcerse, pero ya era tarde; el maletero se cerraba ante ella mientras Bruce sugería silencio con el dedo sobre los labios. Los gritos de ella quedaron ahogados. Guardó las llaves del Plymouth en los bolsillos.

—¡Socorro!

Bruce pasó por alto esta nueva petición de auxilio por parte de la mujer, y fue hasta Suzie. Se inclinó a su lado. Le apartó el flequillo de la frente perlada de sudor. La muchacha lo miraba en estado de trance.

—Estamos cerca de Jasper. Aguanta. ¿Podrás hacerlo?

Suzie apretó los labios en gesto afirmativo.

—Excelente. —El profesor Morton la levantó con suma precaución y la llevó hasta el asiento del acompañante.

—¿Y la mujer? —logró articular.

—Fuera de juego. O tal vez, debería decir en el banquillo —declaró. La cubrió con la manta y cerró la portezuela.

Suzie pintó una amarga sonrisa.

—Qué tonto eres como entrenador.

Bruce quitó el freno de mano del Lincoln y lo llevó a la cuneta de la carretera.

—Vuelvo en unos minutos —le dijo, al tanto que miraba en derredor. La mente de Bruce seguía atando cabos para completar el plan urdido por la enajenación. Se sentó al volante del Plymouth e hizo contacto. Cuando Suzie lo vio pasar conduciendo el coche, delató su sorpresa formando un círculo con la boca.

Bruce aumentó de marcha y se dirigió hacia las fábricas grises. Rodó por la carretera secundaria atento a cualquier camino que llevara a la zona. La mujer continuaba arrojando alaridos y frases inconexas acerca de la compasión. Al cabo de dos minutos soportando los gritos, Bruce se dio por vencido. Detuvo el coche, se

apeó y, después de abrir el maletero, dijo:

—Le ruego que se calle o me veré obligado a amordazarla.

—¡Está loco! ¡Socorro! ¡Auxilio! —exclamó Paige.

—Ya basta, maldita sea.

Bruce, obligado por el nerviosismo, sacó su revólver y trató de golpearla de nuevo en la cabeza, pero esta vez la mujer se volvió y el impacto fue a parar contra la oreja derecha de ella. El espacio del maletero se llenó con un aullido doloroso. Bruce miró en todas direcciones, asaltado por el temor de ser visto. Entonces reparó en los trapos sucios. Podría amordazarla, pero no vio más cuerdas ni nada con qué sostener el trapo. Aun así, probó suerte. Cogió uno de los trapos, lo convirtió en una bola arrugada y maloliente. A continuación volvió la cabeza de la mujer y la forzó a abrir la boca para meterle el trapo. Los gritos desaparecieron, y fueron sus ojos los que clamaron piedad.

—No le pasará nada, maldita sea. Sólo quiero salvarle la vida a Suzie.

El golpe del maletero se extendió por el aire como un disparo. El profesor tuvo la impresión de que el sonido había alcanzado los confines de la tierra. Al volante del Plymouth, continuó su viaje hacia las edificaciones abandonadas.

Una confusión de voces mentales le auguraban el desastroso desenlace. Sin embargo, Bruce se mantuvo firme. Aferró el volante con más fuerza y los nudillos se tornaron blancos. Pasando por alto el dolor de las manos, y el resto de dolores tormentosos reunidos en su pecho, viró por una senda escabrosa y flanqueada de arbustos muertos. Las cajas grises se revelaron como viejas edificaciones de ladrillo tiznado de hollín. Las antiguas fábricas de carbón dejaron de contener a sus trabajadores a causa del *crack* del veintinueve. Afortunadamente, había buenas zonas donde ocultar un Plymouth negro.

Aminoró la marcha ante varios robles cuyas sombras se perdían en la negrura de los muros. Bruce se dijo que era el lugar ideal para alejar el automóvil de la vista de curiosos. Frenó, descendió y sintió el bombeo acelerado de su corazón. Cuando tuviera solventado el asunto de Suzie, regresaría a solucionar el asunto de la señorita Paige, pensó, cerciorándose de que el arma estaba cargada.

Golpeó el maletero con los nudillos.

—Volveré lo antes posible. Siento todo esto, pero la vida de una muchacha está en juego. Lo lamento de veras.

Oyó el gimoteo de la voz impedida por el trapo. Bruce se alejó del sufrimiento de la mujer para atender el suyo propio. Al llegar al sendero de acceso, la escuchó gritar a todo pulmón, y se dijo hastiado que el trapo no había surtido efecto más que unos pocos

minutos.

Caminó por el andén hacia su coche, con los hombros hundidos y la expresión abatida. Sólo cuando vio las facciones de Suzie detrás del parabrisas, despertó del estado de entumecimiento mental en que estaba. La muchacha tenía los ojos cerrados y rodeados de manchas negras.

Bruce aceleró el paso hasta abrir la portezuela. Tras un estampido de puertas y rugidos de motor, puso rumbo a Jasper.

Suzie no habló durante el resto de trayecto. Y Bruce se sintió desmoralizado porque la muerte manifestaba mayor determinación que él.

Capítulo 40

El cartel que anunciaba la bienvenida era más ostentoso y de buen gusto que el propio Jasper. Las calles eran espaciosas y los edificios casi tan bajos como cajas de zapatos. Sin embargo, Bruce apreció el agradable bullicio de gentes caminando hacia lugares dispares e inmiscuidos en sus vidas privadas. Aquella amable postal era una enorme oposición a la situación dentro del Lincoln. Suzie dormitaba y los ronquidos parecían los de un oso. Bruce daba gracias por esto, pues significaba que aún conservaba la vida y, ante la desesperación más atroz, el último hálito de vida era recibido con esperanza.

La propiedad de Lloyd Bowers era alargada, con tejado recto y un porche situado en el extremo derecho. La fachada lucía dos ventanas, una de éstas cegada. La hierba había crecido a su antojo durante semanas y apenas dejaba visible el paso de gravilla.

—Parece un motel abandonado —rugió, alcanzando cotas de exasperación nunca vistas hasta entonces. Cogió a Suzie en brazos, rodeada por la manta y, al tocar el timbre, se preguntó si Lloyd estaría en casa. Esperó varios segundos, que a él se le antojaron semanas enteras. Sobre todo cuando Suzie tosió repetidas veces.

Bruce volvió la vista al cielo. Los nubarrones parecían desprenderse en jirones de humo que trataban de depositarse sobre los tejados.

La puerta se abrió. Bruce, sobresaltado, dirigió una ojeada al tipo que había plantado bajo el marco. La imagen que había confeccionado quedaba lejos del hombre que lo saludó. La bata marrón rozaba el suelo, como si fuera dos tallas más grandes. Los mocasines asomaban parcialmente por debajo. El cabello de plata cubría toda la cabeza. El rostro despejado presentaba profundas arrugas en torno a la boca. Pero su semblante mostraba más curiosidad que irritación por haber sido interrumpido de sus menesteres.

—¿Qué le pasa a la niña?

—¿Niña? Ella es un maldito soldado. Hágase a un lado, estúpido cobarde. —Bruce se precipitó contra el anciano y éste se apartó, sorprendido por el movimiento aparatoso del profesor.

—¿Se puede saber qué le pasa? Éstas no son formas de entrar en mi casa. Explíquese o llamaré a la policía.

Bruce se volvió con el cuerpo de Suzie en brazos y exhibiendo el

aspecto de un moribundo. Las gafas habían descendido hasta la punta de la nariz. El cabello lucía revuelto y un mechón le ocultaba parcialmente el ojo izquierdo.

—Se muere. —La voz salió débil, ahora que había llegado a su destino, la fortaleza que lo había mantenido en pie empezó a fallarle—. Sálvela. Esta valiente no merece morir.

—Bruce —gimió ella.

—Calla, guarda las fuerzas.

—Cielo santo —dijo el anciano—. Tiene síntomas parecidos a… ¿Quién es usted?

—Soy Bruce Morton, hasta hace unas horas ejercía como profesor de Historia Norteamericana en la escuela de Past Grove.

—Past Grove. La última vez que escuché ese nombre endemoniado fue en boca de James Denker.

—Ésta es su hija —dijo Bruce con aire suplicante.

La mirada del viejo recobró parte de su vigor y le señaló un angosto pasillo.

—Llévela hasta la habitación del fondo.

—Necesitamos el fármaco.

—¿Qué fármaco? —quiso saber el viejo.

Un pedazo del corazón de Bruce se desprendió al escuchar dudas en el hombre. Y mientras avanzaba con pies pesados, se preguntó si la duda era debido a su memoria desgastada por la edad, o sencillamente no existía fármaco alguno.

—¡El fármaco que tomó su hermano!

Lloyd caminaba detrás. Bruce no lo vio, puesto que tenía la vista fija en la puerta; sin embargo, alcanzaba a oír los mocasines arrastrándose perezosamente por el suelo.

—Ahora lo recuerdo —dijo el anciano.

Las fuerzas de Bruce se renovaron en parte. Abrió la puerta y se topó con una habitación en desuso. Una cama cuyo cobertor parecía no haber sido movido en décadas, haciendo pensar en un rígido cartón. A un lado, se encontraba una mesita de noche con aspecto carcomido y un cajón abierto donde dormitaba una foto de un joven con expresión ambiciosa. El armario abierto carecía de ropa y una percha se mecía sobre la varilla. Al aproximarse a la cama, el suelo de madera delató su vejez con un gemido lastimoso.

Bruce dejó a la muchacha en la cama cuando escuchó abrirse una puerta del pasillo. Al cabo de un minuto apareció Lloyd con un par de mantas.

—Tenga, quizá desee cambiarlas —dijo, tendiéndoselas.

—Gracias. —El profesor las cogió. Apartó el flácido almohadón y, levantando con cuidado la cabeza de Suzie, colocó una manta debajo; y con la otra la cubrió hasta la barbilla.

—Siento el estado de la habitación. Una vez fue la habitación de mi hermano. ¿Sabe lo que dicen de los marineros? Aquello que dicen que tienen una mujer en cada puerto. Pues mi hermano tenía una habitación en cada ciudad; por motivos de trabajo siempre estaba viajando.

Bruce lo contemplaba con cierto escepticismo. Su actitud vacilante le hacía pensar que ese tipo no sabría demasiado.

—¿Es usted Lloyd Bowers?

—Correcto.

—Conocí al difunto James Denker —dijo Bruce.

—Difunto. Veo que cayó víctima de sus averiguaciones como mi hermano.

—Me temo que sí.

—Una lástima —dijo Lloyd—, aunque se lo advertí por carta.

—Yo investigaba junto a él. Y estoy al tanto de esa carta. De hecho, está dentro de la mochila de ella, en el coche.

—Oh.

—Quiero que sepa que de no mencionarse el fármaco en la carta, no estaríamos aquí —expuso Bruce—. Recuerdo que, cuando James vivía, le pedimos ayuda, y también recuerdo que no le interesó nuestra oferta.

—Entiendo. Así que es usted. Siento todo esto, señor Morton, pero comprenda que después de haber visto la muerte de mi hermano rechazara aquella oferta.

—No me interesa su cobardía. Sólo estoy aquí por el fármaco —dijo, y acarició la funda del revólver.

—No es necesario todo esto. Guardé los botellines que no usó mi hermano en la despensa. Son una especie de solución que le proveyó un contacto en México. Pero como comento en la carta, no surgió efecto. La extraña infección le provocó un infarto en poco más de veinte horas. —Lloyd se aproximó a la cama—. ¿Cuánto tiempo lleva en este estado la chica?

—Calculo que unas diez horas.

—Hummm —El viejo arrugó el entrecejo.

—¿Qué? —inquirió Bruce, impaciente.

—Esas heridas del hombro tienen mal aspecto. Parecen infectadas.

—¿Cree que está así por mi culpa?

—No quiero decir eso, señor Morton, ¿por qué no se calma?

—Le administré medicación para la fiebre y apliqué paños húmedos en la frente. Los primeros síntomas fueron la fiebre.

—Ahora la chica parece sosegada. Es curioso, pero mi hermano no manifestaba ese tipo de heridas —declaró el viejo—. Recuerdo que él tenía multitud de arañazos y mordeduras en la pierna

izquierda. Nunca me confesó con claridad a qué eran debidas.

—¿Puede explicarse mejor?

—Me refiero a que las heridas de mi hermano no parecían infectadas, y las de la niña parecen estar en una lucha encarnizada. No soy médico, pero observe esas perforaciones. Es como si estuvieran intentando asaltar su cuerpo. Desconcertante, ¿verdad?

—A estas alturas, ya no me sorprende nada.

Lloyd asintió y condujo al profesor hasta la despensa. Un habitáculo oscuro ocupado por dos estanterías repletas de especias para la comida, sal y azúcar. El anciano detuvo su vista ante unos frasquitos de vidrio. Cogió uno y se lo dio a Bruce.

—Aquí tiene lo que no le sirvió a mi hermano.

—No ayuda mucho con su actitud, ¿no cree?

—Lo siento, espero que a la pequeña le funcione.

Bruce extendió una sonrisa cargada de sarcasmo.

—Será mejor que ella no le escuche llamarla de ese modo.

—¿Por qué? —quiso saber Lloyd.

—Usted hágame caso —le dijo, dirigiéndose a la habitación—. Llámela por su nombre. Suzie Denker.

Las rozaduras de la suela de los mocasines llenaron el pasillo. Bruce se volvió al sentir la presencia del viejo a su espalda.

—¿Cómo debo administrarle esto?

—Mi hermano probó a beberlo directamente, y en estados más avanzados yo se lo inyectaba con una jeringuilla, por su efecto inmediato, aunque nulo en su caso.

—De acuerdo. Probaremos por vía oral.

Cuando Lloyd vio a Bruce sentarse en el borde de la cama, dijo:

—Le traeré una silla.

—Suzie, tenemos el fármaco —dijo, añadiendo todo el entusiasmo posible—. Vas a recuperarte. Lo hemos conseguido.

Miró el frasco sin etiqueta. Era un líquido cuyo color guardaba similitud con la orina. A Bruce le invadió una enorme desconfianza.

—¿Está seguro de que esto es lo que tomaba su hermano?

—Sí —aseguró la voz a su espalda. El anciano traía la silla—. Puede sentarse aquí, si lo desea.

—Gracias. Estoy perfectamente.

El profesor Morton trató de despertarla.

—Adelante, tienes que tomarte esto. Hará que te sientas mejor —dijo, y mientras con una mano sostenía el frasco abierto, con la otra le sacudía la mejilla suavemente—. Despierta, Suzie. Un último esfuerzo.

La muchacha no reaccionaba, contribuyendo al nerviosismo del profesor. Echó un vistazo a las heridas y su estómago revivió el

océano de jugos gástricos. Las heridas no sólo se habían secado como terreno sin agua, sino que habían adquirido un aspecto mohoso.

—Adelante, Suzie, despierta y bebe esto.

—Habrá tenido un desmayo.

—Despertará enseguida, es realmente fuerte —expuso Bruce, irritado, y alzó los párpados de la chica. Los globos oculares estaban apagados—. Maldita sea, ¿qué diablos pasa ahora?

—¿No ha acudido a un médico?

Bruce volvió la cabeza.

—No sabe a qué se debe la enfermedad, ¿no?

—Lo cierto es que no lo tengo claro. Mi hermano no añadió detalles al respecto, como le he comentado.

—Bien, estúpido, preste atención —masculló Bruce, levantándose de la cama—. Esas heridas se deben al ataque de una criatura.

—¿Un animal?

—Esos fanáticos usan anillos extraños con una piedra negra.

—Sí, estoy enterado de eso. Desde entonces siempre que saludo a alguien tengo la costumbre de mirarle la alianza o anillo. Aunque nunca he visto a nadie en Jasper que use esos anillos.

—Pues conserve esa costumbre. De las piedras negras salen esas extrañas criaturas de las que hablo, ¿cree que puedo exponer esto ante un médico? Me encerrarían en un sanatorio de por vida. En todo caso, la madre de la muchacha también falleció por la mordedura, lo que quiere decir que no tienen la solución. Mi única esperanza es esta mierda que parece orina.

Bruce volvió a sentarse y a sacudir enérgicamente las mejillas de Suzie.

—¡Despierta de una vez, maldita sea! —Entonces llevó la cabeza de la chica hacia atrás, le abrió la boca y vertió el contenido—. Debe de estar al límite.

Aguardó unos segundos para observar la reacción. Parte del contenido brotó por la comisura izquierda. La cara de Suzie seguía inmovilizada.

Lloyd se acercó a la cama arrastrando los mocasines.

—Será mejor armarse de paciencia.

—Me la dejé en Past Grove. Ahora mismo sólo quiero que este medicamento funcione.

Tras un minuto que pareció una generación, Bruce la aferró de los hombros y la zarandeó con fuerza. Le gritó que despertara, cada vez más asustado. Lloyd Bowers le sugirió tranquilizarse. Más contenido amarillo salió de la boca, como vómito enfermizo.

—¡Suzie! —exclamó, y las leves sacudidas sobre las mejillas se

convirtieron en bofetones—. ¡Dios mío, Suzie!

Entonces, una serie de toses cargadas de líquido la hicieron volver en sí. Abrió unos ojos moribundos y repletos de confusión. Reflejaban la visión de un mundo prohibido a los vivos.

—Trae otro frasco, Lloyd —pidió Bruce.

—Enseguida. —El paso perezoso del viejo cobró un vigor sorprendente.

—Dios mío, Suzie, por un segundo pensé que te había perdido —gimoteó, al tiempo que la estrechaba entre sus brazos—. Te recuperarás de inmediato. Ya lo verás.

Lloyd apareció con las manos repletas de frascos sin etiquetar.

—Son todos los que quedan,

Bruce contó seis frascos.

—Espero que sean suficientes.

Se los arrebató todos, asaltado por una nueva definición de urgencia. Los depositó sobre la mesita. Cogió uno y, después de abrirlo con nerviosismo, se lo hizo beber a Suzie, cuyo rostro manifestó repugna.

—Puag —articuló.

—Debe de saber a orina de mono, lo sé, pero es la única opción que nos queda. —Bruce arrimó la oreja a los labios de ella cuando emitió una serie de palabras ininteligibles. Estaban atropelladas unas por otras y parecían contener parte del líquido—. No sé qué estás diciendo, guarda las fuerzas.

—Un buen entrenador…, no me haría beber algo…, algo tan asqueroso. —Suzie cerró los ojos, agotada. Su pecho se hinchó de aire por un momento y, luego, lo expulsó en una exhalación fatigada.

Bruce se llenó de optimismo al ver que su humor no había desaparecido.

—Descansa. Esperaremos un rato para ver qué efecto produce el fármaco —dijo, contemplando el frasco vacío con cierta curiosidad.

Lloyd, quien había salido del cuarto sin avisar, regresó con un recipiente con agua en una mano y gasas en la otra.

—Tal vez, podría limpiar esa herida. O humedecerla.

—¿Usted cree?

El viejo hizo a un lado los frascos de la mesita y dejó el recipiente con agua.

—Lo considero una buena idea. Y traeré también un poco de alcohol desinfectante.

—De acuerdo. —Bruce depositó su mano sobre el hombro del anciano—. Gracias, Lloyd.

—No hay de qué. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—Siento haber tenido tan poco tacto hasta ahora, pero perder a

esta muchacha… Ahora mismo no puedo expresarlo con palabras. Lo siento.

—Lo comprendo —dijo Lloyd, y esbozó una sonrisa amable—. Enseguida vuelvo.

Cuando el hombre regresó, Bruce aplicaba con miramiento una gasa húmeda sobre las heridas. Sentía que el vínculo que lo unía con la adolescente se estaba convirtiendo en algo tan fuerte como los eslabones de una cadena. En ocasiones había logrado comprender lo que era ejercer de padre y sufrir por ello cada segundo que peligraba la vida de ella. Su pérdida significaba la rotura del eslabón. Hizo un gesto de asentimiento al observar que la humedad parecía hacer bien a la herida, y su padecimiento se refrescó con emociones esperanzadoras.

Lloyd, sin pronunciar palabra, dejó la botella de alcohol desinfectante en la mesita.

Suzie dormía profundamente. El líquido amarillo que había caído sobre su barbilla se había secado y convertido en una película quebradiza. Su respiración, aunque agitada y con jadeos, era continuada.

Seguidamente salió al coche, cogió el bate de béisbol y lo dejó apoyado en un rincón del cuarto. Pensó en que le gustaría verlo cerca cuando despertara.

Minutos más tarde, se hallaba en la salita, sentado a la mesa frente a Lloyd. Éste le había ofrecido licor, pero Bruce únicamente aceptó un vaso de agua. El anciano ojeaba el diario de James Denker al tiempo que bebía coñac. Cuando leía el pasaje de su encuentro con James, expuso un semblante compasivo. A continuación pasó a la carta que él mismo había escrito, y su cara reflejó la tristeza de una autobiografía que había tratado de olvidar.

—Le prometió a mi difunto amigo unos viejos mapas de Past Grove.

—Lo recuerdo. Lo tengo todo en… espere un momento.

Lloyd se levantó de forma aparatosa, como si el coñac dirigiera parte de sus movimientos. Bruce quedó solo durante varios minutos, que usó para reflexionar el próximo movimiento en lo que Suzie llamaba partido. Después de sorber un poco de agua, sonrió al advertir las similitudes con un partido de béisbol. Consideró a Past Grove como el macabro escenario de juego y, probablemente, los fanáticos que iban en pos de algún absurdo poder eran el equipo rival. El principal problema residía en que el equipo local lo componían sólo dos miembros. Tres miembros, si valoramos las cualidades de la muchacha, pensó. Afinó el oído para escuchar el murmullo de ella en el cuarto.

—Está soñando.

Los murmullos parecían colocarlo todo en su debido lugar, o al menos eso quiso creer. Suzie no había muerto. Y él tenía la certeza de que sobreviviría a esto para relatarlo a sus nietos. Tras finalizar esta contienda, él mismo se ocuparía de su bienestar. Por una de las cavidades de su mente emergió la palabra adopción, y se sintió complacido con dicha idea. Lanzó un brindis al aire cuando apareció Lloyd cargado con viejos mapas y notas garabateadas con visible temor.

—Aquí está —anunció con desánimo. Colocó todo sobre la mesa —. No pensé que tuviera que sacarlo del armario donde ha estado durante estos años.

—Puede haber información interesante. Tal vez una visión más académica de a qué nos enfrentamos. Fatiga ver tantos dementes en pos de una idea impalpable o incompleta.

—Mi hermano tenía la costumbre de anotar todo su trabajo.

—Excelente —dijo, notablemente fortalecido. Entonces clavó sus ojos en Lloyd—. ¿Por qué rechazó ayudarnos cuando James y yo se lo solicitamos?

—Usted viene de Past Grove. No entiendo a qué viene esa pregunta.

Bruce frunció el ceño, aceptando la respuesta. Sólo los que habían perdido parte de su estabilidad mental se atrevían a adentrarse en los escabrosos asuntos de Past Grove. Sobre todo, porque ¿cómo enfrentarse a algo desconocido e insustancial? De pronto, Bruce reparó en las cualidades de los miembros del equipo local: tanto él como Suzie habían perdido a familiares cercanos. Resignado, contempló las notas y los esbozos apresurados de lo que parecía ser un mapa. Escudriñó cualquier marca en el mapa, como si fuese a resolver un antiguo acertijo.

—Entonces era cierto, la fuente del parque sustituye ahora a la vieja estatua del fundador.

—Eso parece —dijo Lloyd, y bebió el coñac.

—¿Por qué?

—Eso me mismo pregunto yo, señor Morton. ¿Por qué continuar con esto? Cuando la chica se recupere, ¿por qué no marcharse lejos de aquel pueblo maldito?

—Para comprenderlo ha de comprender primero otras cuestiones. Por ejemplo, la necesidad de justicia. Una justicia que sólo puede llevarse a cabo mediante la venganza. La venganza. Esa muchacha que tiene tendida en el lecho, luchando por sobrevivir, ha perdido a sus padres a causa de Past Grove. No creo que olvidarlo todo y marcharse sea lo mejor. Además, dudo que ella quiera abandonar. En realidad pienso que saldrá fortalecida de este

contratiempo. —Bruce abrió los ojos y los fijó en los del viejo—. Past Grove tiene los días contados.

Lloyd examinó al profesor y llenó el vaso de coñac.

Capítulo 41

Bruce pasó el resto de la jornada entre notas y mapas indescifrables. Había sustituido el agua por café para evitar que sus párpados se desplomaran. La gran cantidad de hojas garabateadas relataban la experiencia del hermano de Lloyd al hacer sus propias averiguaciones.

Entre varios folios, leyó:

Nota 1.

Me he vuelto a reunir con la mujer que acudió en mi ayuda cuando tuve problemas con el policía. El tipo, que tenía por nombre Duncan, insistía en multarme por haber estacionado en zona prohibida. Afortunadamente, apareció ella y moderó la situación. Cualquiera habría pensado que ella estaba al mando. De hecho, incluso me pareció que tenía dominio absoluto sobre él, como si tan sólo se tratara de una oveja descarriada que la pastora había devuelto al redil.

La profundidad de sus ojos y su figura erguida y firme causaron mella enseguida en mi persona. Mi vocabulario siempre ha estado provisto de palabras adecuadas para expresar puntos de vista académicos, pero jamás fui un artista capaz de describir la fuerza que transmite una dama. De modo que me veo obligado a esforzarme al límite. Vestía una falda astutamente ceñida hasta los tobillos. La blusa blanca estaba abotonada hasta un cuello alto, rodeado éste por una corbata de lazo negro. Elegantes guantes cubrían sus manos. Su cabello estaba reunido en un moño sostenido por palos chinos. Sus labios, aunque finos, estaban emplazados en medio de una mandíbula perfecta. Enseguida advertí que, salvo su cara, cada parte de su cuerpo estaba deliberadamente cubierta. No porque deseara mostrarse como una mujer conservadora y virtuosa; se me antojó que sólo concedía el privilegio del desnudo a quien su caprichosa voluntad deseaba. El nombre de Ilsa Ferguson completaba la imagen de la atracción diabólica. Por aquel entonces, mi ingenuidad se dejó apresar por sus modales refinados, sin poder apreciar ni un ápice su destructiva naturaleza.

Me garantizó que la multa no llegaría jamás a su destino. La seguridad personal que emitía logró cautivarme, no como un joven bobalicón víctima de la flecha de Cupido. El interés por aquella mujer fue una oscura admiración, que se tornó en algo obsesivo y sumiso.

Había estado visitando la localidad de Past Grove por motivos profesionales. Mis colegas, de la rama de antropología, afirmaban que se estaba gestando un culto novedoso en su actividad pero viejo en su raíz. Como apasionado de la Europa pagana, me sentí atraído por la posibilidad de estudiar un culto que fuese capaz de reunir el carácter ancestral. Tras acudir a la biblioteca del pueblo, me sentí irritado al no encontrar nada referente al culto. La bibliotecaria me mostró un volumen acerca de la colonia que se asentó en la región que actualmente es Past Grove, así como algunos datos del fundador, pero sin referencias al culto. Abandoné desesperanzado la biblioteca y conduje mi automóvil escudriñando cualquier rostro extraño o gestos insólitos. Pronto caí en la cuenta de que Past Grove sólo era un pueblo rural anclado en el tiempo. Me sentí como un estudiante mediocre y despistado. Sin embargo, la casualidad (ahora tengo la certeza de que fue el mismísimo Past Grove) me hizo estacionar mi vehículo en la plaza privada de la directora de la Institución Morris, Ilsa Ferguson.

Hasta que ella misma me lo confesó no supe que estaba ante un importante miembro del culto. Cuando me lo anunció, mientras caminábamos por la acera, creí que un golpe de fortuna cambiaría mi carrera. Con Ilsa tendría buen material para el libro que había pensado escribir.

Al principio se mostraba reacia a mis preguntas. Las evitaba con sus propias cuestiones. Quería saber si estaba casado o cortejaba a alguna joven. Cuando le expliqué que mi tiempo lo dedicaba a mi trabajo, pintó una sonrisa que interpreté como de interés hacia mi persona. Mis motivaciones eran sólo académicas, pero Ilsa sería bien capaz de hacerme recobrar el interés por el género femenino. Estoy seguro de que Ilsa Ferguson conocía todas y cada una de sus cualidades, tanto físicas como intelectuales. Sabía lucir de forma seductora, al punto de lograr la sumisión de cualquier hombre, aunque no por la voluptuosidad, ni armas meramente sexuales. Ilsa tenía una figura agradable; pero su atractivo radicaba en su modo de ver la existencia. Cuando mi curiosidad dejaba de formular preguntas y permitía que fuese ella quien tomase las riendas de la conversación, me encontraba ante una profesora de la vida. Alguien cuya mirada reflejaba cómo debería ser el mundo que pululaba en torno nuestro.

Durante una de las siguientes reuniones, me mostró su anillo. Lucía una piedra negra enorme y dentro había una florescencia verde que se agitaba al compás de una música inaudible para el vulgo. Me dijo que sólo los miembros del culto poseían un anillo similar. Por su modo de hablar, pronto supe que con «miembros del culto» hacía referencia a unos pocos privilegiados. De pronto quise escuchar la melodía que agitaba esa piedra de belleza indescriptible.

Aquella mujer arrogante, de seductora maldad y de cualquier definición de lo macabro, sabía cómo

despertar mi curiosidad de antropólogo. Me mostraba lo que yo podía tener, pero lo ocultaba al momento, como si me estuviese prohibido. Al menos por ahora, me decía una y otra vez, pestañeando con una insolencia que lograba en ocasiones que mi entrepierna reaccionara con violencia. Estoy seguro de que advertía mi aprieto en esos momentos. Nunca añadía nada más, se limitaba a observarme con ojos llameantes de deseo corrompido.

Nota 2.

Después de insistirle que me aportase datos más concretos del culto, finalmente conseguí sonsacarle algo increíble. Aunque debo reconocer que era Ilsa quien me ofrecía los datos cuando creía oportuno, en ningún momento fui yo quien logró presionarla. Ella se mostraba tan segura e inaccesible como los muros de una fortaleza. Era educada y exquisita en el trato. Sin embargo, observé que no permitía a nadie traspasar ciertos límites de su intimidad si ella no lo creía necesario. En mi caso, no me permitía preguntas de índole personal, pero se mostraba cada vez más interesada en revelarme las costumbres y creencias del culto, y aunque a mi juicio eran meras supersticiones, ella las exponía como científicamente exactas. Insistía sobremanera en que el dolor extraído de criaturas vivas es capaz de abrir portales a otros planos, ocultos a los sentidos físicos. Mi sobrado estudio de la materia ocultista me hace conocedor de la existencia de otros planos. Sin embargo, éstos están lejos de poder demostrarse de manera fehaciente.

También le insistía en conocer a otros miembros del culto, cosa a lo que ella se oponía rotundamente. Yo pensaba que otros miembros podían ofrecerme una visión diferente, y si su personalidad era menos robusta, entrevistarlos como era debido. Ferguson se me antojaba cada vez más como el portón de acceso al culto, pero cuya llave aún no se me había entregado. Deseaba conocer a más componentes del culto, pero, por otro lado, me sentía atado a la mujer de un modo que no lograba comprender. Era como si me uniese a ella una ligadura invisible. Tal vez, pensé en una ocasión, una ligadura psíquica.

Entonces, sin tener idea clara del porqué, la mujer desapareció durante varios días. Me atreví a acudir a la Institución Morris en su busca, pero allí me explicaron que Ilsa tenía costumbre de ausentarse sin previo aviso y no supieron, o no quisieron, darme más detalles. Fue el periódico local de Past Grove el que me dijo el resto. Una noticia en primera plana anunciaba que había sido hallado el cuerpo de un hombre en edad adulta junto al viejo molino. La foto mostraba al mismo policía que había querido multarme. Lucía un semblante cohibido, como si sus declaraciones le hubiesen sido impuestas por la mano que parecía mover los asuntos en el pueblo. Según el artículo, el cadáver estaba en un estado lamentable. Exhibía profundos cortes en las muñecas y un tajo en la vena carótida, contribuyendo a su desangrado. El cuerpo también manifestaba visibles marcas de tortura. Articulaciones de ambos hombros dislocadas; luxaciones en todos los dedos de las manos; las uñas habían sido extirpadas y mostraba perforaciones realizadas con objetos punzantes; carencia de piezas dentales.

Me apoyé en el muro del edificio más próximo. Fui asaltado por un repentino mareo. Los interrogantes se desbordaron. ¿Era obra de un sádico, o estaba detrás el culto? Por consiguiente, ¿iba en pos de un grupo de fanáticos sin fundamento? No supe responder a mis propias preguntas. Me estremecí al pensar que Ilsa pudiese estar detrás de aquella atrocidad. Rechacé de inmediato esa posibilidad, una mujer de tan refinada educación, pese a vivir en un pueblo rural, no podía cometer algo tan despiadado. Sin embargo, me inquietaban sus palabras: el dolor extraído de criaturas vivas es capaz de abrir portales. Existen evidencias de sacrificios humanos practicados por pueblos del antiguo oriente, así como en África y la Europa antigua. Sin embargo, me resultaba imposible creer que un culto sanguinario fuese implantado en un pueblo de Alabama en pleno siglo veinte. Necesitaba averiguar la verdad. Me presenté de nuevo en la Institución Morris. Recibí la misma respuesta. No había aparecido aún, en tales ocasiones era sustituida por una persona de su máxima confianza. Escudriñé a la joven ceñida en un elegante traje negro. Apreció enseguida la semilla de Ilsa reflejada en aquellos ojos verdes.

Abandoné la institución sin haber logrado mi objetivo. Fue después, en la noche de Past Grove, cuando recibí su visita en la pensión donde me hospedaba. Ilsa irrumpió en mi cuarto vestida como la ramera de Babilonia. Un elegante corset provisto de cordones esculpía su cintura y realzaba el busto. Los pantalones negros estaban embutidos en botas de caña alta. Lo primero que llegó a mis oídos no fue el ruido de la puerta, sino el insolente taconeo a mi espalda cuando yo me encontraba mirando por la ventana. Al volverme, contemplé todas las manifestaciones de lo corrupto. Su semblante evidenciaba la misión que la había traído hasta mí. Me sonrió, pero por su modo de mirarme supe que no era debido a su alegría. Blandió la fusta y me preguntó qué buscaba realmente en Past Grove. Mis labios quedaron sellados por su visión ardorosa. ¿Y bien?, me insistió con su sonrisa perfilada en un rostro de cautivadora maldad. No hallaba en mi mente una respuesta satisfactoria. ¿Era posible que estuviera embrujado por aquella mujer? Pensé en huir; sin embargo, al verla acercarse hacia mí con suma expectación, rechacé la idea. Lo que deseaba era permanecer a su lado para comprender lo inconfesable, entender su oscuro, diabólico y despiadado magnetismo. Sobre todo, saber por qué residía tan enorme infestación de maldad en una mujer de semejante talento. Cuando la tuve a escasos centímetros, supe que ella era la causante de la muerte del desdichado. Me enseñó un anillo cuya piedra negra era realmente pequeña y me lo introdujo en un dedo de mi mano izquierda. Formuló una frase que se incrustó a fuego en mi pecho: bienvenido, yo te enseñaré lo que andas buscando, pero has de prometerme que permanecerás a mi lado.

No recuerdo si asentí, o si fue el pobre reflejo de mi terror. Sólo sé que aquella mujer sin humanidad me entregó la llave del abismo.

Nota 3.

Finalmente llegó el día esperado. O sería más exacta la expresión, la noche esperada, puesto que el rito se celebraría durante la madrugada del próximo jueves. En un primer momento, atribuí esa fecha al fruto de la casualidad, pero al echar mano del calendario vi que nos acompañaría la luna llena. La ciencia es conocedora desde hace tiempo de las beneficiosas influencias de la luna sobre la tierra. Mi labor de

antropólogo, sin embargo, me obligaba a poner sobre la mesa nuevas cartas de juego. El estudio de viejas culturas me había ayudado a comprender costumbres de lo más insólitas y a respetarlas, pese a no adaptarse a mi visión particular del mundo. Había hablado y compartido horas con pueblos situados en el Amazonas, en África septentrional así como en innumerables zonas del continente asiático. A todas aquellas expediciones siempre me había acompañado mi parte de antropólogo, la que deseaba reunir datos para elaborar mis tesis académicas, y desgraciadamente también la que me impedía adentrarme en lo íntimo de sus creencias. Hasta la fecha había sido una persona racional y contemplaba todo de ese modo, asimilaba datos como una vulgar máquina, pero olvidaba lo más importante: experimentar lo que les hacía a ellos ser como eran. En esta ocasión, después de haber conocido a Ilsa Ferguson, tenía pensado asistir al rito junto a esa mujer como un observador sincero, y un fiel devoto de aquello que fuese a suceder.

Como cualquier culto antiguo, el magnetismo del satélite natural sería utilizado para algún propósito ritual. Desconocía tal propósito, pero tengo la certeza de que estaría justificado y sumaría a mis datos la valiosa experiencia.

El jueves estuvo marcado por una ansiedad que astillaba mis huesos, y que se agravó según se aproximaba la hora. Me sentía contrariado, como un jovenzuelo que sostiene entre sus manos el primer cigarrillo. Pasé la mayor parte del tiempo mirando el anillo que me había entregado Ilsa. Aprecié la diminuta llama verde que bailaba dentro de la piedra negra. Infinidad de preguntas golpearon mi mente. Y aunque sabía que, como nuevo miembro del culto, pronto obtendría las respuestas, la ansiedad me corroía semejante a un ácido. Había observado durante un paseo matutino que algunas personas me saludaban con simpatía fraternal al ver mi anillo. El resto de habitantes parecían reacios a mi presencia. No supe si debido a ser un forastero o por el enigmático anillo. ¿Conocían la existencia del culto y les representaba una amenaza?

Recibí una nota anónima, que me entregó la gerente de la pensión. Me citaba a medianoche en la Institución Morris. Al acudir al encuentro vi un vehículo y los ocupantes me hicieron señas. Quedé desilusionado al no ser Ilsa Ferguson quien viniese a buscarme. Cuando pregunté por ella, me respondieron que se encontraba en el lugar de reunión. Aquellas palabras me evocaron bosques, bailes rituales y vino. Sin embargo, una segunda desilusión se sumó al ver que nos deteníamos frente a una casa. Una simple casa cuya propietaria era una mujer llamada Frances Nevis. ¿Era el culto de Past Grove una mediocre secta de fanáticos sin interés?

Al entrar en aquella casa algo cambió. Me sentí en la línea divisoria de dos mundos opuestos. El aire estaba enrarecido y el fresco del exterior quedó sustituido por un sofoco dañino. Enseguida unas manos fuertes me condujeron a una estancia para cambiarme de ropa. A estas alturas ya no creía que se tratara de atuendos blancos, y cuando me entregaron una capa negra, la impresión fue mínima. Decidí que estaba preparado y me limité a colocármela por encima. A continuación entré en la estancia.

Cometí un grave error.

Únicamente personas que habían dejado de serlo podían permanecer impasibles ante el horror de aquella noche. El desfile de rostros inexpresivos pasó junto a mí y rodeó a un miserable atado a un potro de tortura provisto de clavos que lastimaban su carne. Todo había empezado de repente, y yo me llené con los alaridos del desgraciado. Cuatro velones alojados en candelabros situados en las esquinas me hicieron ver los ojos del hombre deteniéndose en cada miembro del culto, buscando una clemencia que no halló. Todos parecían ausentes al dolor. Cuando reparó en mi presencia, se detuvo por más tiempo, tal vez viese algo diferente al resto. Probablemente se tratase del terror reflejado en mi cara.

Entonces entró la propietaria de la casa lanzando rezos, que a mi juicio no iban dirigidos a ninguna divinidad benigna. Y tras ella, como una sombra acechante, iba Ilsa Ferguson. Se mostraba encantada de verse envuelta por los gritos. En su semblante no había indiferencia, sino un regocijo seductor. Ambas mujeres encabezaron la ceremonia; Frances recitaba las letanías del infierno mientras la autoritaria figura de Ilsa parecía ocupar toda la estancia con su inmundo magnetismo imposible de repeler. Traté por todos los medios de entender la abominación que tenía lugar.

El dolor de las criaturas vivas abre puertas.

Miré en todas direcciones como un vulgar supersticioso. Aunque conocía las teorías ocultistas, entendí que estaba ante algo más antiguo e incomprensible. El dolor primordial creador de vida, el mismo que trae a la existencia a las criaturas en el parto.

¿Acaso aquella inmundicia femenina tenía razón? ¿Estaban abriendo un portal?

Ella fue consciente de mi temerosa presencia y me sonrió. Vi su lengua deslizarse sobre sus labios de carmín con un espantoso apetito de dolor. Su risa delirante se entremezcló con los alaridos del moribundo. ¡Una risa frenética y odiosa a la vez que descaradamente tentadora!

Todo mi cuerpo temblaba y la presión en mi entrepierna se volvió insoportable.

La piel del rostro de los allí congregados se estiró de diversas partes como empujada por un dedo, hasta quebrarse y asomar por la herida resultante una larva que se agitaba de forma violenta.

Mi corazón enloqueció. Ilsa se acercó al hombre atado, que después de la agonía, sufrió un desmayo. Se sacó el guante derecho e introdujo un dedal con el extremo afilado en el dedo índice. A continuación lo hundió en el vientre del desgraciado mientras le decía con voz dulce que despertara, porque el trabajo no había concluido. Extrajo el dedal con una sacudida, lo depositó en los labios y lamió la sangre.

Fui testigo de aquellos horrores en Past Grove. Y pese a que siempre había rechazado cualquier tipo de violencia, me sentí atraído por la bestialidad de la mujer. Seguimos viéndonos durante semanas. Las entrevistas se convirtieron en enseñanzas de una maestra a un discípulo.

Expresó con convicción que las personas vulgares y débiles están en una zona de confort donde el bien y el mal mantienen su eterna lucha dentro de la conciencia humana. Muchas personas quieren decantarse por una u otra posición, pero los hace vacilar su debilidad mental y una conciencia moldeada por los intereses de otros. Insistía en que los dirigentes del mundo necesitan ovejas para pastorear; la mansedumbre siempre es fácil de manipular. Ella había optado por moldearse a sí misma porque amaba la fuerza y detestaba la debilidad. Según Ilsa, las personas desean cosas, pero sus pobres conciencias les impiden actuar,

como si ésta fuese un sensor que limita la acción, arrojando toda una serie de culpabilidades. El bien se había presentado astutamente al mundo como algo beneficioso, pero ella se preguntaba qué había de beneficioso en el deseo insatisfecho, en una vida siempre bajo las mismas emociones. ¿Qué hay de malo en comprender otras sensaciones?, ¿cómo sabemos que son incorrectas si no las experimentamos y comprendemos?

Ilsa Ferguson había encontrado en el mal la fuerza necesaria para adaptarse y abandonar cualquier situación sin remordimientos de conciencia. Sobre todo, había encontrado la capacidad de satisfacer cualquier apetito personal, bien sea sexual o vengativo. Había visto apagarse de vida los ojos de sus enemigos y disfrutado con ello. Su vida estaba plena de satisfacciones y no mostraba reparo a la hora de tomar decisiones complejas. Prefería golpear antes que ser golpeada. Me preguntó, mirándome a los ojos, a quién conocía yo que disfrutara de tales libertades. Lo habitual era ver a personas fracasar, esclavos de su pobre mansedumbre; a gente que envidiaba el éxito de otros por no saber cómo lograrlo y lamentarse por esto constantemente. No rebatí sus palabras. En mi opinión, el bien y el mal no son más que valores culturales y modificables, por tanto, en la constante evolución social. Conceptos censurados anteriormente podrían estimarse apropiados más adelante. Y, en cualquier caso, las leyes hacían de límite allí donde no lo hacía la moral.

Guardó silencio y me miró a los ojos. Me sentí examinado. Entonces empezó a revelarme fragmentos de su vida personal. Aunque como antropólogo prefería el estudio del culto, en un caso como éste y sintiendo profunda admiración por Ilsa Ferguson, decidí no interrumpirla. Me sentía privilegiado al saber que ella no contaba nada personal a cualquiera.

Había sido criada dentro de los muros del orfanato Hermanas Castas, situado en los campos al oeste de Jasper. No había conocido a sus padres, pero tenía referencias de ellos. Pasó la mayor parte de su infancia acompañada de más niñas abandonadas, aunque nunca se sintió verdaderamente unida a ellas. Algunas mañanas, las huérfanas de más edad salían a recoger leña y las pequeñas como Ilsa ordeñaban vacas para obtener la leche del desayuno. A las horas de patio, Ilsa se sentaba en un rincón viendo cómo las demás saltaban a la comba y cantaban. En otras ocasiones, las veía saltar sobre cuadrados garabateados en el suelo con tiza. A la edad de ocho años, adoptó la costumbre de levantarse de la cama durante la noche y acudir a la biblioteca en busca de libros, cuyos personajes pronto se convirtieron en sus amigos. Conoció al tío Tom, el esclavo, y entró en su cabaña próxima a los campos de algodón sureños. Aprendió que las desgracias podían fortalecer a las personas, y con el tiempo reunió madera suficiente para construir su rudimentaria cabaña, desmantelada poco después por las instructoras del orfanato. Se vació de lágrimas, agazapada en el rincón de siempre mientras las otras niñas realizaban carreras de sacos. Las instructoras argumentaron que el patio era demasiado pequeño para contener la cabaña y, por otro lado, había empezado a levantar celos en las otras niñas. Y no sería justo permitirle tener una cabaña y no hacerlo con las otras niñas. Con los años, Ilsa advirtió que el haber estado sola había hecho que no sintiera necesidad de permanecer en compañía de nadie.

Ilsa dejó de hablar. Supuse que aquellos recuerdos la habían conmovido de alguna forma. Su semblante era menos sugerente y manifestaba cierta franqueza. ¿Estaría ante la verdadera Ferguson, sin máscaras de maldad ni violenta sensualidad?

Nota 4.

Durante las semanas de mi pertenencia al culto de Past Grove, fui testigo de los hechos más extraños e inenarrables. Trataré de recopilar los hechos lo mejor que mi deteriorada cordura me permita.

A lo largo de los días, experimentaba cómo algo dentro de mí iba cambiando, tanto física como mentalmente. Lo que siempre había sido para mí una actitud violenta o censurable, pasó a quedar fuera de mi juicio y evaluación; me limitaba a aceptarlo sin más. Mi estado de salud parecía deteriorarse en algunos momentos, sintiendo malestar en el vientre. Era similar a retortijones. Sin embargo, más agudo y profundo, como si alguna criatura se desplazaba por el tracto intestinal.

Cuando le consulté a Ilsa sobre mis temores, ella me recompensó con una noche de su exquisita cosecha sexual. No era la primera vez que manteníamos relaciones, pero sí fue la primera donde me permitió introducirme dentro de ella. Las anteriores consistieron en una extraña sodomía a la que yo no estaba habituado y me resultó desconcertante en el mejor de los casos.

Algunas culturas antiguas estimaban el sexo como algo sagrado. Y aquello fue lo que Ilsa me mostró en las contadas ocasiones que mantuvimos coito. Estar con ella no era una mera banalidad carnal, sino toda una compleja ceremonia sexual. En dicha ocasión, nos encontrábamos en una estancia acondicionada con velas rojas cercando una cama situada en medio. En las esquinas de la habitación descansaban pesados incensarios arrojando volutas aromáticas. Frente a la cama, se alzaba un altar cubierto con un velo rojo y encima había toda una serie de objetos. Un cáliz de plata y una daga cuya empuñadura estaba decorada con dibujos ritualistas. Dos velones negros a cada lado del altar, y un cuenco cerámico con hierbas. Como emergiendo de la pared del cuarto, se erguía una estatua marmórea. Una túnica aportaba anonimato a sus repugnantes formas masculinas. Se mantenía en pie sobre multitud de tentáculos que brotaban bajo la túnica. Enseguida entendí que era una divinidad. En mi afán por comprender más allá de lo académico, había hallado a una mujer que bien parecía pertenecer a una época remota. Permanecí solo en la estancia durante el tiempo que Ilsa desapareció dentro de un diminuto habitáculo semejante al vestuario de una tienda. Minutos después apareció desnuda y su piel marcada con pintura ritual. Sobre su cabeza lucía una media corona, un brazalete se aferraba a su brazo izquierdo como una garra. En cualquier otro momento habría reído, sorprendido por el extraño comportamiento de ella, pero no mostré falta de respeto, porque era lo que había ido a buscar a Past Grove. Y lo había encontrado. Ilsa me llevó al altar y cogió la daga. Aplicó un corte en uno de sus dedos y procedió de igual manera con mi dedo índice. Las gotas se precipitaron dentro del cáliz, mezclándose con las raíces que previamente había preparado. Lo cogió, lo meció mientras recitaba palabras ininteligibles y lo bebimos. Ilsa asintió, viéndome tomar mi parte de sangre, y vi un oscuro y descarado orgullo en sus ojos. A

continuación, la mujer inició una danza a mi alrededor, se movía con tal suavidad y elegancia que hacía pensar en humo. Sin embargo, pronto los movimientos se aceleraron hasta liberar la depravación, que culminó en un frenesí sexual como el que mi hombría jamás había experimentado. Aquella bestia copuló sobre mí sin descanso hasta que grité despavorido. Mi miembro estalló cuando reparé en los ojos de la mujer. Algo había cambiado en ellos, por un segundo, creí verlos encenderse con una diabólica fluorescencia verdosa. Jamás le mencioné el asunto, porque pensé que se debió a mi estado mental.

En las siguientes reuniones, realizamos danzas rituales. No entendía el propósito, pero ya no me importaba. Había pasado a ser parte del culto y contemplaba todo con aceptación. Como he hecho notar anteriormente, había perdido mi juicio personal, y mi visión de lo correcto e incorrecto estaba fracturada. Los candidatos se mecían como bestias hambrientas bajo el influjo de los cánticos de Frances, Ferguson y otros miembros. Algunos hacían sonar tambores y mis propias piernas se vieron forzadas a seguir el ritmo tribal. Aunque traté de oponerme, el frenesí invadió mi cuerpo hasta tal punto que perdí el control de mis sentidos. Me dejé llevar por una euforia primitiva. Dancé con el resto de animales de piel humana el tiempo que duró el cántico de Ilsa, puesto que era su voz la que me controlaba. Como ocurría durante las sesiones sexuales con ella, los movimientos se violentaron y pronto la danza degeneró en un desequilibrado y hambriento frenesí de carnalidad. Mi entrepierna dio muestras de su fortaleza y mi anillo comenzó a vibrar violentamente. Entonces reparé en que el tamaño de la piedra había aumentado.

Unas ceremonias eran más devastadoras que otras. En una ocasión, el decorado guardaba parecido con las entrañas del infierno. Del techo del sótano de Frances Nevis pendían cadenas con restos de carne humana. El suelo era un baño de sangre sobre el que pisaban nuestros pies desnudos. Todos nos manteníamos inmóviles mientras una víctima rugía de un dolor incalculable. El silencio del sótano realzó los gritos. Se encontraba atado bocabajo de una de las cadenas. Ferguson lanzaba su fusta contra la piel del desgraciado, con cada golpe vi cómo la cara de ella reflejaba el enorme placer del dolor. Sin duda, aquella mujer no mostraba piedad a quien no la complacía. Pero yo me hallaba tan perdido dentro de aquella pesadilla que no reaccioné. Los alaridos habían comenzado a ser una terrible apetencia, el fruto prohibido del relato bíblico; o quizá había perdido el juicio. No obstante, con juicio o sin él, advertí cómo los ojos de Ilsa adquirían de nuevo el tono verdoso que vi la vez que copulamos. Luego empezó a reírse del sufrimiento del miserable cadáver que se mecía con el sonido quejumbroso de las cadenas. El tipo había dejado de chillar, incluso así, Ilsa parecía desquitarse con la fusta. Los chasquidos llenaron el silencio en ecos de tormento.

Sin embargo, todo aquello me resultó poco importante cuando bajo la piel de mi cara empezó a deslizarse algo. Comprendí que eran los gusanos que todos tenían dentro de sus cuerpos. Entonces fui yo quien gritó. Mi grito se volvió en terror al abrirse las heridas en la mejilla. Me sentí invadido y hastiado. No pude más que salir corriendo del sótano. Ilsa no se volvió, prefirió seguir azotando al muerto con el placer de una sacerdotisa.

Bruce apartó las notas de su vista, espantado.

—Santo cielo —murmuró, comprendiendo que apenas había estado al corriente de toda la abominación que resurgía en Past Grove.

Cogió una de las últimas notas y siguió leyendo.

Nota 5.

Me hallaba en grave peligro. Evité a Ilsa Ferguson durante dos días y ella empezó a sospechar. Su astucia era tan grande como su destreza para manipular a los hombres. Sobre todo, a los pobres soñadores que van en busca de viejas civilizaciones. Lo que encontré desata la máxima expresión de locura. El tiempo apremiaba y no fui capaz de reunir todas mis notas. Llené la maleta con lo que pude y abandoné la pensión.

Algo ocurre en Past Grove, y su culto naciente dista de los vistos por mí hasta la fecha. Las formas grotescas y zoomorfas de las estatuas que representan a las divinidades me sugieren que el culto data de los inicios del paleolítico. Sin embargo, sin más datos, me es difícil asegurarlo. Los utensilios usados por Ilsa en nuestros encuentros sexuales son más modernos, pero son los anillos lo que siempre me desconcertó. Cuando recibí el mío, la piedra apenas era visible, y semanas después era como el hueso de una oliva. El crecimiento es debido al dolor que asimila la piedra, compuesta en su mayor parte de magnetita.

No he podido averiguar más secretos al respecto, y sé que nunca lo haré; el peligro que amenazaba mi vida me obligó a huir de la influencia de aquella mujer maldita.

—Magnetita —murmuró Bruce.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lloyd, al tiempo que dejaba el vaso sobre la mesa.

El reloj de la sala de estar le anunció a Bruce que había estado una hora leyendo.

—Nada —contestó. Había visto a Lloyd acudir en dos ocasiones al cuarto de invitados y Bruce le preguntó por el estado de Suzie.

—Duerme. En mi opinión, parece que ha mejorado su forma de respirar.

Bruce suspiró de alivio.

—Menudo infierno por el que pasó su hermano.

—Cierto. El infierno. No comprendo por qué se obsesionó tanto por esa miserable secta de chalados.

—Supongo que Ilsa le tenía bien amarrado —apuntó Bruce.

—Imagino que fue eso, o imagino que perdió la cabeza.

Bruce buscó entre las notas que había estado leyendo.

—Pero estas notas no mencionan nada de los viejos mapas —señaló—. ¿De dónde los sacó?

Bruce cogió el mapa y lo examinó detenidamente. Los garabatos marcaban zonas conocidas. Algunas estaban señaladas con nombres. Jointer Avenue, las viejas escuelas antes del incendio. La estatua del fundador del pueblo y el llamado Bosque del Miedo. Reparó en las minas de carbón, aunque frunció el ceño cuando leyó minas de magnetita. Con interés acudió a las notas del hermano y vio su mención a la composición de la piedra negra.

—Hummm… Aquí hay algo interesante. Siempre pensé que las minas de Past Grove eran de carbón. Es curioso que el mapa indique que son de magnetita. Y más curioso que las piedras negras también sean de este mineral.

—Me temo que no le sigo. Está tratando una materia que desconozco.

—No importa —dijo Bruce, pensando que con entenderlo él, bastaba. Se reprochó por no haber actuado con mayor rapidez en lo referente a los informes de Troy. Probablemente hubiesen arrojado luz a las tinieblas que envolvían los anillos. Al volver a fijar su atención en la estatua del fundador, recordó que había reunido algunas notas cuando investigaba junto a James Denker. Conocía los rumores que lo señalaban como libertino y dueño de la mansión que se erguía sobre la colina. Como profesor de Historia, Bruce guardaba datos concretos en sus cuadernos y algunas menciones en los libros de su biblioteca particular.

Se levantó de la silla. Le dijo a Lloyd que deseaba ver cómo evolucionaba la enfermedad de Suzie, y se encaminó por el pasillo. La muchacha yacía sobre la cama meciéndose de un lado a otro. La piel rezumaba un sudor hediondo. El cabello graso le cubría parte de la cara. Las manos se cerraban sobre la manta con tal fuerza que Bruce pensó que la desgarraría. Lo peor fue escuchar los gemidos.

—Dios mío. ¡Lloyd, trae toallas húmedas!

Se sentó junto a ella y le colocó sobre la frente la toalla que de

inmediato trajo el viejo. Levantó la gasa de la herida y observó que por lo menos el aspecto de las perforaciones era menos desagradable. Las grietas que rodeaban cada herida se habían empapado de alcohol. Cambió la gasa por una nueva. Se pensó dos veces si despertarla para que tomara el tercer frasco. Pero cuando Suzie abrió los ojos, se evaporó cualquier duda. Abrió uno y se lo hizo beber.

Ella reflejó una vez más el mal sabor.

—Tenía una pesadilla.

—Yo también estoy viviendo una pesadilla. No me sentiré bien hasta que te vea recuperada del todo.

—Eh, tío, puedo zurrarte con mi mejor arma —dijo, señalando el bate apoyado en un rincón, pero el esfuerzo la agotó y dejó caer el brazo sobre la cama.

—Evita hacer esfuerzos inútiles.

—Oh, sí, papá —dijo con visible ironía, y seguidamente cerró los ojos.

El profesor se levantó. Se acercó a la puerta lleno de sensaciones extrañas, de las que destacaba la enorme responsabilidad que sentía para con la muchacha, y lo reconfortante que era verla siempre con su buen humor. Apoyó una mano en la jamba y volvió la mirada.

—Descansa, valiente; pronto regresaremos a Past Grove para culminar nuestra venganza.

Capítulo 42

Bruce pasó el resto del día contemplando el viejo mapa y cavilando acerca de si la mina era en verdad de magnetita y de por qué ya no existía la estatua del fundador. Cuando alcanzó la fatiga mental, cerró los ojos y se dejó caer en un profundo sueño.

Durante la mañana del sábado lo despertó una caída aparatosa procedente de la habitación del hermano de Lloyd Bowers. Bruce abrió los ojos encontrándose bajo una fuerte pesadez, como si su cuerpo necesitara más horas de descanso, pero el gemido que vino después del ruido lo espabiló definitivamente. Haciendo un esfuerzo por mantener los párpados arriba, corrió por el pasillo seguido de Lloyd, quien había salido de la cocina con una taza de café.

Al abrir la puerta, ambos vieron a Suzie tumbada en el suelo al tiempo que se frotaba la cadera. Volvió la mirada hacia ellos, con los ojos rebosantes de lágrimas.

Bruce experimentó su pecho hundirse en un vacío devastador.

—¿Qué pasa?

—No puedo estar aquí mientras mi madre aún no ha sido vengada. No tengo paciencia para estar tanto tiempo en la misma postura. No sirvo para estar enferma.

—Maldita sea, cría del demonio. Al final voy a sufrir un infarto —masculló Bruce dirigiéndose hacia ella. La levantó del suelo y Suzie dijo:

—Yo hacía esto con mi madre, tío.

—Túmbate en la cama hasta que estés recuperada del todo, no quiero que tengas una recaída.

—¿Recaída? Mis padres están muertos. ¿Qué recaída voy a tener a estas alturas de mi vida? —protestó mientras se echaba sobre la cama.

Lloyd no pudo evitar perfilar una sonrisa.

—Parece que está mucho mejor. Esas energías no son de una persona enferma.

Bruce advirtió que estaba en lo cierto. La cara de la muchacha había sustituido los restos de fatiga de la fiebre por una enérgica necesidad de imponer su criterio.

—Y tengo hambre, tío.

—Enseguida traeré café para todos —apuntó Lloyd de buena gana.

—No me gusta el café —replicó.

—¿Qué te pasa esta mañana, maldita sea? —quiso saber Bruce.

—Tengo que explotar por alguna parte. Soy una adolescente a la que le han robado a sus padres…, y que está furiosa.

—Tranquilízate un poco, ¿quieres?

Suzie sonrió fingiendo mansedumbre.

—No se te da bien hacer de entrenador, ya te lo he dicho. Ni de padre. A mi madre nunca le contaba mis problemas, ¿por qué iba a hacerlo contigo?

Bruce enmudeció comprendiendo su posición.

—¿De verdad te encuentras mejor?

Suzie fijó la vista en el techo.

—Sí, sí.

—Es importante para mí, y es una buena noticia.

Suzie lo miró con solemnidad.

—Gracias por haber estado aquí este tiempo.

—No hay de qué.

Al cabo de unos minutos, Lloyd entró con una bandeja con dos tazas de café y una de chocolate.

—Tal vez, prefieras un poco de chocolate.

Bruce abrió un cuarto frasco del contenido amarillo, y Suzie negó con la cabeza mientras su rostro se retorcía en repugnancia.

—Ni lo sueñes. Paso de eso.

—Esta mañana pareces una mezcla entre rebelde y consentida —declaró—. Será mejor que permitas que este milagro se acumule en tu organismo para evitar una recaída.

—Espero que sea la última vez —repuso ella, y desvió la vista hasta la mesita, donde únicamente quedaban tres frascos—. No se me da bien estar enferma, lo siento.

—Está bien, no pasa nada. Y luego cámbiate de ropa.

Suzie bebió el contenido.

Bruce reunió todo lo necesario para partir de casa de Lloyd ese mismo día. Metió los mapas de Past Grove en una bolsa que le entregó el viejo. No lograba comprender por qué Suzie había sobrevivido, mientras que la madre y el hermano de Lloyd habían muerto. Estimó la posibilidad que se debiera al tipo de mordedura o a la clase de criatura que les había atacado; luego se dijo que tal vez era por la juventud y fortaleza.

Abrió la portezuela del coche, arrojó la bolsa y cerró con estrépito. Le había asaltado la urgencia por abandonar Jasper y reencontrarse con la mujer que había dejado atada dentro del maletero. Como integrante del culto, probablemente sabría quién tenía los informes de Troy Rowland; incluso con un poco de insistencia, pensó contemplando su revólver, podría hacerla confesar acerca de otros asuntos importantes. La mujer podría ser

una buena ventaja en el juego.

Siguió reuniendo cosas que no necesitaba; mantenerse ocupado era vital. Estar sentado viendo pasar las horas hasta que Suzie se recuperara del todo le crispaba los nervios, y su ansiedad sería capaz de enfermarlo. De hecho, los diez minutos que se había sentado a beber el zumo, que Lloyd le ofreció mientras él tomaba otra copa de coñac, le resultaron tan molestos como permanecer sobre una multitud de clavos. Tras agradecerle el zumo, se levantó y casi experimentó el deseo de manosearse el trasero en busca de las heridas de los clavos. Abrió un millar de veces la puerta para cerciorarse de que la muchacha descansaba. En una de las ocasiones, la escuchó murmurar algo de Past Grove, y Bruce sintió dolor en el pecho. Aquella pobre chica debería estar disfrutando de su etapa como adolescente, las primeras experiencias con los chicos, el desamor, y todas las vivencias que encaminaban a una persona hacia la madurez. Ella había sido forzada a madurar antes de lo previsto. Bruce cerró la puerta sabiendo que tenía parte de culpa.

Después de compartir con Lloyd tiras de *bacon*, patatas fritas y pastel de frambuesa, salió a tomar el fresco. Necesitaba desquitarse de cualquier remordimiento, y pensó que las manos invisibles del aire renovador acudirían a extirparle todo mal. Cerró los ojos y se dejó llevar por las primeras caricias cuando la puerta se abrió de pronto.

—Es la hora.

Bruce se volvió reconociendo el tono urgente de Suzie Denker. Portaba los viejos jeans. Lloyd había tenido la consideración de darles una fregada y lucían decentes pese a presentar sobre el muslo dos agujeros deshilachados. Le había prestado una camiseta amarilla y un chaleco tejano dos tallas más grande. Su rostro había recuperado parte de vigor y los cortes en la mejilla le proporcionaban el aspecto de una delincuente juvenil. El cabello rubio estaba coronado por una gorra negra. Por lo visto, la generosidad de Lloyd había encontrado en la muchacha a alguien a quien atender. Aun con el cambio aparente, supo que era Suzie cuando blandió su bate de béisbol.

—Es la hora de ganar este partido, tío. —Entornó los ojos, alzó la cabeza levemente en gesto de entereza y perfiló una sonrisa que ansiaba la victoria.

Bruce asintió. Se acercó al viejo y le estrechó la mano.

—Gracias por todo, Lloyd.

—Ha sido un placer aportar mi granito de arena.

Bruce se dirigió al Lincoln sonriendo. A fin de cuentas, aunque Lloyd no era sinónimo de valor, había sido cortés y Suzie caminaba de nuevo por sí sola con su habitual soltura.

Tomaron la salida que los condujo a la carretera secundaria. Las fábricas volvieron a dibujarse en el horizonte, silenciosas, grisáceas y sumando su nota melancólica. A medida que se agrandaban, Bruce hundió el acelerador, cuyo sonido era el único que se escuchaba. Suzie mantenía un concentrado silencio que hacía pensar en la final de las grandes ligas. Se internaron por la vía de acceso. El hedor a hollín entró por la ventanilla cuando pasaron bajo las sombras de los grandes robles. Detrás del tendido de ramas como cables se adivinaba el Plymouth negro. Aunque Suzie no sabía qué habían ido a hacer a las fábricas, no mostró inquietud y no preguntó nada. Su silencio era sólido como un muro.

Bruce frenó en seco.

—Espera aquí.

Se apeó y avanzó por la senda. Pisó una rama seca, se detuvo y, después de lanzar un gemido de censura, continuó hasta el maletero. Antes de abrirlo, con las llaves que había tomado prestadas durante horas en la mano, escuchó. Supuso que Paige había agotado todas sus fuerzas gritando y estaría dormida o probablemente había desfallecido. Cuando abrió el maletero, la halló despierta, con ojos de búho y, de no seguir atada, habría saltado sobre el profesor Morton como una fiera.

—Buenos días —dijo Bruce, como primera ocurrencia a la confusa situación.

Paige se agitó en uno de sus numerosos esfuerzos por poner a prueba las ataduras.

—Cerdo, lo pagarás caro.

—Necesito tu ayuda.

—Y yo necesito estrangularte con mis manos.

—Creo que hemos empezado con mal pie.

—Desátame, cerdo. ¡Socorro! ¡Está loco! ¡Estoy en peligro!

—Silencio, no estás en peligro. Sólo quiero información. —Bruce se apresuró a taponarle la boca con la mano, momento en que fue mordido—. ¡AH! No es necesario que hagas esto.

—¡Suéltame, cerdo!

Bruce decidió probar suerte formulando la pregunta.

—¿Quién tiene los informes de Troy, el profesor de biología?

—¡No sé de qué hablas!

Bruce desenfundó el revólver y lo aferró por el cañón a modo de martillo.

—Habla ahora mismo —dijo, con máxima firmeza.

Detrás se escucharon los pasos de Suzie.

—Es la mujer de la carretera.

—Exacto —dijo Bruce—. La retuve aquí por si nos servía de ayuda.

—¡Estáis locos! ¡Los dos!

—Cuando me digas quién diablos tiene los informes te soltaré —mintió Bruce. Iba a preguntarse si había sonado convincente, pero al reparar en la expresión de incredulidad de la mujer, supo que no.

—Suéltame —masculló Paige Connor. Bruce vaciló y la mujer lo advirtió y relajó su semblante—. Por favor. Llevo aquí mucho tiempo y me duele todo el cuerpo.

Bruce enfundó el arma, se inclinó sobre la caja de herramientas, situada en un extremo del maletero, y cogió una navaja multiusos. Volvió el cuerpo de la mujer. Cuando tuvo delante las muñecas enrojecidas, cortó la cuerda y la arrojó al suelo.

—¡Cuidado! —exclamó Suzie.

La mujer saltó encima del profesor y ambos cayeron al suelo mientras ella le arañaba la cara. La navaja se desprendió de las manos del profesor cuando ella le golpeó. Rodaron sobre el terreno. Las hojas quebraban bajo el peso de los cuerpos. Goteó sangre. Bruce logró cogerla por las muñecas para frenar su intento por apoderarse del arma, que se había caído de la pistolera.

—¡Ya basta, maldita sea!

—¡Lo pagarás! —La cara de la mujer se agujereó, aparecieron gusanos retorciéndose de forma espantosa y deslizándose por la piel.

—¡Eh, tía, deja de incordiar! —Suzie dirigió un certero golpe a las costillas de la mujer, que la envió a un arbusto cuyas ramas le dibujaron heridas en brazos y cara.

Paige apartó la maraña de ramas y farfulló maldiciones. Luego tiró torpemente de las ligaduras de los tobillos.

Bruce se puso en pie y pasó su mano por la cara contribuyendo a que la sangre quedara convertida en un borrón desde la mejilla izquierda hasta la nariz. Recuperó el revólver y lo enfundó. Se detuvo delante de la mujer y le propinó tres bofetones que la desconcertaron.

—Será mejor que te calmes —le dijo mientras acariciaba la culata. Ella llevó una mano a la mejilla colorada—. Y ahora, dime quién robó los informes.

Paige arrancó varias hojas del arbusto y se las arrojó como último intento de defenderse.

Bruce desenfundó a una velocidad que ni él hubiese creído posible.

—Quieta de una vez, maldita sea.

La cara de Paige volvía a tener la tersura de una mujer joven que apenas había entrado en la treintena.

—No sé nada.

Bruce amartilló el arma.

—Dime quién robó los informes de Troy.

—¡No sé nada!

—No grites.

—A lo mejor dice la verdad —intervino Suzie, y le entregó la navaja al profesor.

—Quiero marcharme —dijo la mujer.

—No te irás —dijo Bruce, sin dejar de apuntarle—, eres nuestro rehén.

—¿Qué?

—¿Por qué diablos nos seguías?

—Me lo dijeron.

—¿Quién?

—La mujer —dijo, esforzándose por recordar—. Nevis, la señora Nevis.

—Está bien. Vendrás con nosotros y nos explicarás todo.

—Apenas sé nada.

Bruce la aferró por la muñeca con la mano libre y la obligó a levantarse. Aplicó el cañón del arma sobre la sien.

—Si tratas de hacer alguna tontería, dispararé. ¿Entendido?

—Sí, joder.

—Andando.

La encañonó hacia el Lincoln.

Suzie caminaba a su lado.

—Has mejorado como entrenador, tío.

—Cierra el pico —graznó Bruce—. Estoy cansado de todo esto.

Suzie enmudeció, tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Al ver Bruce el anillo en el dedo de Paige, la detuvo y la giró sin miramientos.

—¿Qué haces? —replicó ella.

—Espera —ordenó. Le arrancó el anillo del dedo y, un segundo después de sentir las vibraciones, lo lanzó al suelo, donde Suzie lo atizó con el bate repetidas veces.

Paige se abalanzó contra Bruce, pero éste le golpeó en el mentón con el revólver. La mujer retrocedió bajo un estado de confusión al tiempo que cubría con las manos el lugar del impacto.

—¡Devuélveme el anillo, cerdo!

—Cállate o te daré yo, tía. —Suzie se había erguido y mantenía el anillo bajo la suela de su zapatilla. Golpeaba el extremo del bate contra su palma, sonriendo abiertamente.

El rostro de Paige manifestó una impotencia animal. Su respiración se enronqueció al ver el cañón del arma apuntándola.

Bruce le entregó el revólver a Suzie y le dijo que se sentara detrás con ella. Le reiteró que no la perdiera de vista bajo ninguna

circunstancia.

Capítulo 43

Después de que Bruce ocultase el Plymouth dentro de una de las fábricas, subió al Lincoln y enfiló la carretera en dirección a Past Grove. Suzie, acatando la orden del profesor, se sentó al lado de la mujer y la apuntó con el arma. Paige Connor pegó su rostro al cristal de la ventanilla y no dejó de farfullar letanías ininteligibles. Parecía haber perdido la cordura en pocos segundos. Sus manos se retorcían en posiciones imposibles, poseída por una repentina artritis. La piel fue adquiriendo un tono amarillento, la textura rugosa del pellejo empezó a desprenderse.

—Mi anillo, necesito mi anillo.

Suzie, quien no apartaba la vista de ella, advirtió el extraño fenómeno.

Bruce sostenía el volante con visible ansiedad, debido a todas las leyes que había pasado por alto desde que se embarcó en aquella locura. Rumiaba su propia letanía pidiendo que Duncan se encontrase lejos de su camino. El rememorar que Suzie tenía orden de presentarse en comisaría para declarar lo transportó a una nueva definición de ansiedad. Un pálpito horrible se inició en sus cervicales, similar a golpes de martillo.

Suzie seguía siendo testigo del deterioro de la mujer. Sobre los hombros descansaban los mechones que había perdido. La ropa hacía bolsas revelando una súbita delgadez.

—¿Por qué ayudas a esa gente? —inquirió la muchacha.

—Mi anillo, por favor. Necesito mi anillo. No quiero morir. No he hecho nada malo.

La voz sonó tan desgarradora que Suzie no supo cómo proceder y no advirtió que el revólver le temblaba en las manos. Cuando estuvo a punto de resbalársele, volvió en sí y lo cogió con determinación.

—Te he hecho una pregunta.

Paige había mantenido durante todo el viaje el rostro pegado al cristal y, al mirar por encima del hombro hacia Suzie, ésta retrocedió su cuello como un cisne, espantada.

—Mierda, tío.

Un lado del rostro de la mujer continuaba en el cristal como el esbozo de un dibujo, las fibras carnosas se estiraron en su afán por seguir fijadas a la calavera. Las cuencas estaban encharcadas de sangre y finos ríos corrían por el saliente del hueso del pómulo. La

sonrisa se rompió contribuyendo a que los labios se desprendieran en jirones de carne. Fue lamentable contemplar aquella sonrisa que la muerte le había arrebatado parcialmente.

—¡Mierda, tío!

—¿Qué pasa ahora, maldita sea? —dijo Bruce, quien mantenía su atención en la calzada.

—Le pasa alguna cosa a la mujer.

Las facciones del lado que conservaba la cara se contrajeron en un intento por pedir ayuda; el lado opuesto permanecía inmóvil en su horrible calavera.

—Necesito recuperar mi anillo. —La voz sonó pastosa, debido a que la sangre había inundado la garganta.

Bruce dirigió una mirada al retrovisor. Entonces frenó empujado por el terror cuando la boca de Paige vertió sangre. Las ruedas patinaron.

—Maldita sea. —Sus ojos se abrieron e iluminaron como los faros de un camión.

Paige extendió los brazos para encaramarse al cuello de la muchacha, que abrió fuego. El estampido la transportó a un silencioso mundo de luz blanca. Al volver en sí, reparó en que el cuerpo de la mujer se había doblado por la mitad, como si la columna no hubiese soportado el peso por más tiempo.

Bruce se apeó del Lincoln, abrió la portezuela del lado de Paige. Vio la pegatina de carne desprenderse del cristal como una loncha de embutido y forzó a sus pulmones a vaciarse con un alarido. Cuando pensó en decirle a Suzie que saliera del coche, ésta ya se encontraba a su lado y apuntaba a los restos de la mujer descompuesta.

—¿Qué le hace ese pueblo maldito a la gente?

—¿Los desintegra? ¿Se los come? —En el momento que perdió la esperanza por hallar una respuesta aproximada, agregó—: ¡Les roba la vida, tío!

Bruce alzó las cejas hasta unirlas con la línea del cabello y guardó silencio. No deseaba saber nada más de temas paranormales, lejos de valores constatados por la ciencia. Necesitaba tener en sus manos los informes de Troy para aferrarse a algo palpable.

—Ya basta de magias y sueños. Vamos a por Frances Nevis. Recuperaremos los informes.

—Bien —dijo Suzie con entusiasmo. Le entregó el arma al profesor, rodeó el coche hasta la portezuela por la que había salido y cogió el bate. Gateó encima del asiento y, con el extremo del bate, empujó el cuerpo de Paige hasta arrojarlo fuera.

Bruce se apartó en cuanto el cadáver colisionó contra el asfalto. Reparó en que la parte intacta de su rostro aún parecía suplicar que

se le diera el anillo.

—¿Qué haces? No podemos dejar el cuerpo aquí.

—Sí que podemos —dijo Suzie, que había salido del coche y lo rodeaba a paso rápido. Cogió a Paige por los tobillos y, cuando hizo el intento de arrastrarla, el tronco se desprendió de la parte inferior con un sonido viscoso y quebradizo—. Qué asco.

Bruce aspiró el repentino hedor que brotó del cadáver, similar a una oleada de calor corrupto. Centenares de gusanos partieron del estómago abierto en todas direcciones. Suzie pisó multitud de ellos.

Bruce sacó un trapo grande del maletero del Lincoln, lo rasgó en cuatro partes y le tendió un par de pedazos a la chica.

—Úsalos para agarrar el cuerpo.

Suzie asintió y, con las manos enrolladas en los trapos, cogió la parte inferior y la arrastró hacia la cuneta, donde dejó que se precipitara. Los gusanos siguieron abandonando el cuerpo. Bruce obró de igual manera con los brazos y el tronco; la cabeza se había separado y dormitaba en mitad de la calzada. La muchacha se le adelantó al profesor y le propinó una patada, enviándola junto al resto de partes del cuerpo.

—Será mejor marcharse de aquí —dijo Bruce.

Cuando el vehículo aceleró, el corazón del profesor lo hizo también, y él añadió mentalmente otro delito a su larga lista. Mientras reflexionaba sobre qué decisión tomar, atisbó de soslayo a la muchacha. Suzie mantenía los ojos cerrados y respiraba pausadamente. La visera de su nueva gorra casi cubría toda su cara.

—¿Estás bien?

—Seh.

—¿Estás segura?

—Seh.

Bruce pisó el acelerador y el coche rugió enojado. En pocos minutos dejaron atrás la gasolinera donde había adquirido las botellas de agua. Al cabo de un rato, donde únicamente se podía oír el ronroneo del motor y la respiración de la muchacha, Past Grove hizo su aparición en el horizonte, recortando el cielo de la tarde con los edificios más altos. Pronto se alzaron las primeras granjas, un tendido de caminos conducía a diferentes puntos del pueblo. Sin embargo, Bruce había tomado la decisión de ir hasta la iglesia baptista. Viró a la izquierda por una senda pedregosa y rodeada de pastos. El espacio se cerró de pronto con los campos de trigo de los Paulson. Bruce sintió la falta de aire. Dirigió de nuevo la vista hacia la muchacha, que seguía con su respiración pausada, y se preguntó si se esforzaba por contener su cólera. Por encima de la línea de trigo, asomó la torre de la iglesia picando el cielo con su aguijón.

Luego la edificación creció ante la retina de ambos.

Suzie rompió su silencio.

—¿Por qué vamos a la iglesia?

—Tengo una conversación pendiente con el pastor McDougall.

No dijeron nada más y el silencio se espesó al punto de poder apartarse con las manos. Se adentró por el camino de acceso y frenó en seco. El pastor regaba un puñado de flores diseminadas en el costado derecho de la iglesia. Se encontraba inclinado en una posición que a Bruce le sugería un fuerte dolor de lumbago en pocas horas, y cobijado por la sombra de los robles. Cuando el profesor se apeó, el Pastor se irguió lentamente, como si evitara que las vértebras crujieran.

Bruce, tras cerrar la portezuela con fuerza, avanzó por el sendero mientras el pastor McDougall caminaba hacia el portón de la iglesia.

—Espere, tengo que hablar con usted.

—¿Qué más desea, señor Morton? —Miró por encima del hombro del profesor, hacia el Lincoln—. Ya tiene a la chica.

—No he vuelto a ver a Marjorie.

El pastor meció la regadera para cerciorarse de cuánta agua quedaba.

—Ella se encuentra en casa, atendiendo sus obligaciones.

—Así que era ella quien huía en la camioneta.

—Los motivos de su repentina partida son asuntos internos del comité. Asuntos que desde hace veinte horas ya no me atañen. Lo dejo, señor Morton. No tengo nada más que decirle a usted. Ya no formo parte del Comité de Profesores.

Cuando el pastor hizo el gesto de volverse para entrar en la iglesia, Bruce lo aferró por el hombro.

—¿Por qué?

—Estoy viejo, y una nueva generación de fieles debe hacerse cargo del mando.

—Marjorie —espetó Bruce.

—Sí, sin duda la señorita Cox es la mejor candidata que tengo. De hecho, me temo que es la única. Stephen Peacock y Ben Kaplan ya no están disponibles como imaginará.

Bruce frunció el ceño.

—¿Una mujer al mando? No parece propio de personas como usted. Tengo la sensación de que les agrada mantener a las mujeres por debajo de los hombres.

—Me siento fatigado para imponer mi criterio, señor Morton. Pero le diré que Marjorie Cox es capaz de levantar un digno Comité de Profesores. Es decidida y recta.

Entonces se escuchó una ventana cerrarse. Bruce giró sobre sus

talones hacia la casa donde en una ocasión vio a Marjorie salir.

—¿Está en la casa?

—¿Qué más le da? Ha recuperado con vida a la muchacha. Está satisfecho y yo también —dijo el pastor, y cuando vio el revólver en la funda, añadió—: ¿Qué piensa hacer ahora?

—Atender mis asuntos.

—¿Por qué no se marcha del pueblo?

—Tengo algo pendiente. Luego nos marcharemos la chica y yo —declaró, y le dio la espalda al pastor.

—Será mejor que se marchen, señor Morton… Antes de que Past Grove despierte.

Bruce estiró la comisura derecha en gesto irónico.

—No sé qué quiere decir con eso, pero antes de marcharme dejaré solucionados algunos asuntos personales.

—Como quiera —dijo el pastor con voz abatida.

Bruce se alejó por la senda de acceso con una sola idea en mente.

Veinte minutos después, Bruce y la muchacha se apeaban del coche y cruzaban la calle hacia la armería de Jeff Holland. La idea de comprarle un arma a Suzie rondaba su cabeza desde que había perdido la suya en la noche del secuestro. Y aunque la veía satisfecha con el bate, pensó que le vendría bien tener una pistola para defenderse a distancia.

Jeff mantenía una conversación con Palmer, un hombre panzudo cuya cara estaba cubierta por una frondosa barba. La conversación terminó cuando los vieron entrar. Jeff dibujó una sonrisa mientras se centraba su corbata mal anudada. Bruce se adelantó y pidió ver varios modelos de armas de calibre pequeño. Suzie se mantuvo detrás del profesor, atisbando con inquietud a Palmer. Éste se había distanciado de ellos en una clara actitud de rechazo, lo que había hecho sospechar a la muchacha. El tipo se manoseó la barba como si cavilara sobre una decisión importante; escondía la mano izquierda a la espalda.

—Le recomiendo esta *Beretta* —dijo Jeff, exponiendo con admiración todas las cualidades del arma—. No se arrepentirá, Morton. Es rápida, eficaz y siempre deja satisfecho. ¿Sabe de lo que hablo? —El dueño amplió su sonrisa de media luna.

Bruce pasó por alto el comentario y le mostró el arma a Suzie, quien la aceptó como buena, al tiempo que veía a Palmer abandonar la tienda tras un gemido repulsivo.

—Deberíamos irnos ya, tío —dijo ella, y se aproximó a la puerta, apartó el cartel de abierto para contemplar al tipo cruzar la acera de forma aparatosa y detener a una mujer de aspecto decaído y famélico. Mantuvieron una conversación con tono de urgencia.

Palmer blandía sus brazos como un niño mimado. La mujer se limitó a asentir cada palabra. De cuando en cuando, ambos miraban en dirección a la tienda. Suzie experimentó la repentina necesidad de encontrarse lejos de la armería—. Creo que tenemos problemas.

—El arma que acaba de comprar es capaz de solucionar cualquier problema, Morton. Le acompaña la pequeña repartidora de periódicos, por lo que veo.

Suzie se volvió de pronto apuntándole con una mirada feroz. Jeff, desconcertado, guardó el arma en el estuche correspondiente, aceptó el dinero de Bruce y volvió a lucir su sonrisa de comerciante feliz.

Cuando la muchacha puso su atención en la pareja de conspiradores, reparó en que partían en direcciones opuestas. Palmer caminaba con paso de hipopótamo, atisbando por encima del hombro hacia la tienda. La mujer cruzó de acera y se detuvo frente a la puerta. Escudriñó a Suzie a través del cristal con un rostro perturbado. Su blanca cara hacía pensar en la falta de descanso. No mostraba el más mínimo reparo en mantener a la vista su anillo de piedra negra. Un vestido amarillo pendía, como una percha, de sus hombros huesudos hasta los tobillos.

Suzie lanzó un chillido al ser sorprendida por la mano del profesor sobre el hombro.

—¿Qué te preocupa?

—Past Grove.

Bruce reconoció a la señora Reeves, amiga íntima de la esposa del alcalde. Estaba siempre dispuesta a proclamar a los cuatro vientos la opinión de su amiga a cualquier precio. Aunque al ver el anillo en uno de los dedos, se preguntó si la relación se habría erosionado.

—Salgamos de aquí.

Suzie recibió la noticia como un preciado regalo. La mujer se hizo a un lado cuando ellos salieron.

—Buenos días, Reeves, ¿cómo se encuentra la señora del alcalde?

—¿En serio le importa? —inquirió ella, y se alejó con aires de suficiencia.

—Andando —le dijo a Suzie, quien dirigió la vista hacia el final de la calle.

Palmer, empequeñecido por la distancia, se afanaba por entrar en el escaso espacio de la cabina telefónica. Sin percatarse de que Suzie lo miraba, descolgó y marcó el número de la Institución Morris, con la intención de hablar con la directora Ferguson.

Capítulo 44

Suzie sopesaba la *Beretta* que había recibido. La caja de munición descansaba sobre la guantera. Sacó el cargador, lo dejó entre sus muslos y abrió la caja de munición. Mientras introducía una bala tras otra, el Lincoln se detuvo en la esquina del edificio de apartamentos donde vivía Bruce. Sólo levantó la vista cuando el silencio dentro del automóvil se prolongó durante un largo minuto.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella.

Bruce, con un gesto de cabeza, le señaló el coche patrulla que había estacionado enfrente del postigo del edificio. Paul Carson se apoyaba sobre la portezuela del acompañante. Duncan mantenía una conversación exaltada con un vecino.

—Duncan se ha tomado muy en serio que te presentes a declarar en comisaría.

—El gordo ha avisado a alguien —dijo ella, e introdujo el cargador con un golpe seco.

—Muy probable. Nos tienen bien vigilados. No tardarán en echar en falta a Paige.

Duncan despachó al vecino con varios estufidos. Bruce vio al ayudante de policía, Paul Carson, sonreír y cruzar los brazos. Duncan fijó su atención en el Lincoln cuando se volvió.

—Me temo que acaba de vernos. Guarda la pistola por ahora, no creo que le guste que vayas armada.

Suzie metió la caja de munición y la *Beretta* debajo del asiento con aire distraído mientras Bruce seguía hablando de cosas pasajeras. Duncan creció ante los ojos de la muchacha, quien halló por primera vez su presencia realmente molesta. Apreció las manchas de sudor que adornaban la camisa del uniforme, las ojeras que amenazaban con precipitarse y su boca abierta, como si hablara solo.

Bruce se apeó y lo saludó. Suzie lo imitó, pensando que de este modo no sentiría la tentación de registrar el coche.

—Señor Morton, sus vecinos son de poca ayuda a la hora de encontrarle —dijo Duncan en tono tajante—. Hola, Suzie. Deberías estar en comisaría declarando. ¿Puedo saber a qué se debe tu actitud? Comprendo que estás pasando por un mal momento, pero…

—La culpa es mía.

—Usted cállese —escupió el policía, apuntando a Bruce con un

dedo de acero—. Ahora sólo me interesa ella, ¿de acuerdo? Estoy al tanto de sus investigaciones, pero eso se lo dejo a esa zorra de Ferguson. Se las verá con ella si no deja de husmear en la mierda. —A continuación se volvió hacia Suzie—. Ahora tú y yo nos vamos a la comisaría. Vas a ser buena chica, ¿de acuerdo?

Suzie asintió con una sonrisa radiante, sin mencionarle que la definición de buena chica hacía días que no la retrataba.

—Bien, vayamos al coche patrulla. Carson nos espera.

Cuando Bruce hizo gesto de acompañarles, Duncan le presentó delante de la cara una mano abierta.

—Usted no hace falta, Morton. Ella regresará en un par de horas. No se preocupe.

—Está bien —dijo Bruce, viéndose en la obligación de ser prudente.

Suzie se inclinó la gorra, aprovechando el anonimato de la sombra que proyectaba la visera. Abrió la portezuela y cogió el bate. Duncan se lo arrebató y lo dejó donde estaba. Ella mantuvo su radiante sonrisa y avanzó resueltamente al lado del policía, con la sensación de ser una delincuente juvenil, pero sin que esto la incomodara. Introdujo las manos en los bolsillos traseros de los tejanos y experimentó el vacío de no tener nada con que defenderse.

—Debería haberme dejado traer mi bate, tío.

—Guarda silencio —espetó Duncan—, no necesitas defenderte de nada. Ése es mi trabajo.

Suzie gruñó. Paul le abrió la portezuela y le señaló que entrara. Ella extendió aún más su sonrisa y empezó a notar molestia en la mandíbula.

—Hola, Paul.

—Hola, Catapulta Romana. A ver si solucionamos esto pronto y te vemos en el partido.

Los ojos de la muchacha llenaron su cara. Había olvidado por completo la liguilla local. Cayó en la cuenta de que mañana era domingo y se reanudaba el partido suspendido la semana pasada por la muerte del señor Barrett.

—Tal vez podamos arreglarlo enseguida, ¿verdad, Duncan?

—Bah, no creo que Tom pueda jugar con la pierna malherida —apuntó ella.

El coche patrulla se hundió cuando Carson tomó asiento. Suzie se encontró con la mirada de él sobre el retrovisor. Expresaba su descontento porque ella se había empeñado en llevar una pistola y usarla contra un muchacho de doce años.

—¿Qué te dije de las armas de fuego?

—Lo siento, Paul, pero la necesitaba para quitarme de encima a

Tom y su pandilla.

—Dejadlo por ahora —ordenó Duncan—. Habrá tiempo en comisaría de aclarar esto. Con una disculpa, tal vez, el señor Paulson decida quitar la denuncia. ¿Te parece bien?

Suzie se dejó caer en el asiento y cruzó los brazos. Pedirle disculpas a Tom por ser agredida no era la mejor forma de justicia que conocía.

—Fue en defensa propia, tío —masculló, enojada. Echó un vistazo por la ventanilla. Mientras el automóvil rodaba por Jointer Avenue, de nuevo tuvo la impresión de ser examinada. Como en otras ocasiones, experimentó la pérdida de intimidad y se vio desnuda ante unos ojos invisibles.

En la comisaría la sentaron a una mesa, con un vaso de agua y un plato de galletas. Apretó los labios por ser tratada como una niña pequeña. De buena gana habría golpeado la mesa con el bate como protesta. El ladrillo gris revestía la estancia, un rectángulo de vidrio opaco permanecía sobre la pared como un ojo avizor. El silencio se extendió durante minutos contribuyendo a que la expectación se volviera dolorosa. Duncan hizo acto de presencia, luciendo un rostro de paciencia fingida. Suzie adivinó por sus manos sudadas que estaba deseando cerrar el asunto por algún motivo. Tomó asiento arrastrando la silla y depositó el informe en la mesa.

—Bien, veamos. Según esto, estabas en las tierras del señor Lancaster el martes veinticinco de noviembre y le disparaste a Tom en la pantorrilla.

—Sí, pero…

—Silencio, si no esto nos llevará todo el día, y tengo asuntos urgentes que atender.

Suzie aferró una galleta y la masticó como recurso para aplacar su rabia. El otro método, saltar sobre la mesa y morderle la oreja, quedaba descartado.

—Tom afirma haberte saludado amablemente aquel día, al verte repartiendo los periódicos por la zona.

—¿Amablemente? —logró articular. La galleta se había convertido en una pasta horrible e inmovilizaba su boca.

—Por Dios, Suzie, no hables hasta que te dé paso. ¿De acuerdo? —El policía continuó leyendo el informe—. Ha presentado a varios muchachos como testigos.

Suzie se levantó de la silla, colocó las manos sobre la mesa y estalló.

—¡Tío, esos cabrones me habían tendido una emboscada para rodearme! ¡Querían atarme al tronco de un árbol y…, y querían manosearme! —Descargó sus pulmones después de las palabras, y

sintió un vacío que hasta entonces lo había ocupado la rabia.

Duncan enmudeció.

—¿Manosearte?

—¡Sí! ¡Y golpearme la mano con la que lanzo!

—Ésa es una acusación muy grave, pequeña.

—¡Es la verdad! ¡Y deja de llamarme de esa forma, tío!

—De acuerdo, pero siéntate.

La puerta se abrió y la presencia de una mujer sonriente captó la atención de ambos. Lucía un elegante vestido negro que resaltaba su figura. Una pamela le concedía un aspecto sombrío y enigmático.

—Hola de nuevo, deliciosa fierecilla.

—¿Ferguson? ¿Qué hace aquí? —Duncan se levantó como un muelle de la silla.

—Ya lo sabe. —La mujer cerró la puerta. Y cuando se encaminó a la mesa, su arrogante taconeo fue acompañado por el balanceo del bolso que traía.

Hizo a un lado a Duncan.

—Aleja tu mediocre presencia de mi vista. Deja que los temas de mujeres sean tratados por mujeres. —Al finalizar la frase, le dirigió una mirada seductora a la muchacha, y sumó a su sonrisa un guiño falsamente amigable—. No me parece que llamarla pequeña sea adecuado. ¿Estás conmigo, Suzie?

—Ya te dije que no.

La mujer se sentó en la silla con dramática coquetería, al tiempo que agitaba la mano hacia Duncan como gesto de que se marchara. Cuando él salió de la sala de interrogatorios, Ilsa se acomodó en el respaldo.

—He decidido tentar a la suerte por segunda vez —dijo, y comenzó a tirar de las puntas del guante izquierdo para quitárselo —. Me encantan las tentaciones. Sobre todo dejarme llevar por ellas. Te invito a que lo hagas. Déjame ser tu tentación.

Ilsa extrajo del bolso un anillo con una piedra negra diminuta, se inclinó hacia delante como una serpiente sigilosa y lo depositó en la mesa.

Suzie experimentó un colapso en el corazón cuando la mujer lo empujó hacia ella. El anillo quedó en medio de la mesa, pero la muchacha tuvo la certeza de que éste podría haber continuado avanzando por cuenta propia.

—Mi regalo. Tú lo mereces más que la mayoría de los que están a mi lado.

Suzie vio agitarse la llamita verde en el interior de la piedra. Recordó el día del partido, estando en la cola de entrada al campo de béisbol. Ilsa se encontraba entre las personas y lucía su anillo.

Ella quedó cautivada por la danza hipnótica de la llama. En el presente, Suzie desvió la vista hacia un punto cualquiera de la estancia. Se fijó en el recuadro opaco y se preguntó si Duncan estaba al otro lado.

—No aceptaré ningún anillo de ésos. Le hacen cosas malas a la gente.

Ilsa dejó escapar un gemido de impaciencia. Cerró los ojos y esperó los segundos que le hicieron recuperar la calma.

—Escucha. No suelo humillarme por nadie. Hago esto porque creo que tú lo mereces. Perdiste a tu padre, ahora has perdido a tu madre. Sé que estás sola. Yo estuve sola cuando mi madre me abandonó de pequeña en los campos de trigo de los Paulson. Siento ser tan directa y sincera. También sé que eres fuerte. Las mujeres como tú y como yo nos formamos a nosotras mismas. Somos el futuro de esta débil civilización que se tambalea. —La directora Ferguson aprovechó que la muchacha había apoyado los brazos sobre la mesa, para estirar su mano de largas uñas y acariciarle el antebrazo—. ¿Caminarás a mi lado?

Suzie continuaba con la mirada en la pantalla opaca.

—Conozco las leyendas de tu madre, Amanda Ferguson. Era malvada.

Ilsa retiró la mano unos centímetros.

—Mi madre hizo lo que quiso, no se lo reprocho. Quizá, si no me hubiera abandonado a mi suerte, no sería la mujer que soy a día de hoy.

—Me da igual, no quiero tu anillo.

La mujer cerró la mano tan fuerte que varias gotas de sangre cayeron a la mesa.

—Testaruda.

—Soy una chica que se ha formado a sí misma, como tú has dicho. —Suzie la miró a los ojos y pintó una sonrisa maliciosa.

Ilsa apartó la mano de la mesa seguida por un reguero de sangre. Se irguió con autoridad y se levantó de la silla.

—Siempre consigo lo que me propongo, Suzie. Cuando veas morir al estúpido señor Morton, y veas cómo a ti se te perdona la vida, vendrás a mi lado comprendiendo que mi petición es sincera. Porque créeme cuando digo que morirá. Ya me enfrenté a otro estúpido profesor, al que le entregué mi honestidad. Desde entonces sólo escojo mujeres. Nosotras sabemos lo que queremos.

—Si tuviera aquí mi bate te golpearía con él.

—No cambies nunca, mi fierecilla —dijo Ferguson. Giró sobre sus tacones y avanzó hacia la puerta. Se movía con un descarado contoneo de caderas—. Duncan, abre la puerta. —Antes de salir, añadió—: Nos volveremos a ver. Te lo prometo.

—Te humillarás por tercera vez.

—La próxima vez que nos veamos será para aceptarte como alumna de la Institución Morris… Y como mi hija.

La muchacha recibió una sacudida en el pecho. Decidió no replicar de nuevo, sabía el peligro que tenía jugar con esa mujer. Cerró los ojos, reconociéndose a sí misma que por un segundo había vacilado. Tal vez… sólo tal vez, esa mujer podría realizar las llamadas necesarias a los entrenadores más importantes y ser aceptada en un equipo femenino de béisbol. Entonces dejó caer la lágrima que se había atascado en la comisura del ojo derecho.

Capítulo 45

Bruce estacionó el Lincoln y extrajo la llave del contacto con una insólita sensación que no pudo precisar. Se apeó. Guardó la bolsa de tela que le había entregado Lloyd Bowers en el maletero. Luego metió la llave en un bolsillo de su americana. Avanzó por la acera hacia el postigo del edificio, y cada pocos pasos miraba por encima del hombro. Los vecinos de siempre, inmiscuidos en sus asuntos de siempre; la señora Boris saludaba de nuevo al cartero, quien siempre le concedía su mejor y más radiante sonrisa. Eran muchos los que se aventuraban a augurar que aquellas sonrisas pronto desembocarían en adulterio. Bruce nunca lo habría creído posible. No obstante, la parte de escepticismo que siempre habitó en él se había ido desintegrando a medida que conocía más secretos del pueblo. Algo nuevo y devastador se erguía en silenciosa invisibilidad y sólo unos pocos parecían conscientes de ello. Bruce concluyó que eso era lo que lo inquietaba, que estuvieran enfrentándose a algo más que a un grupo de chiflados provistos de anillos. ¿Qué había querido decir el pastor McDougall con sus palabras?

Será mejor que se marche, señor Morton… Antes de que Past Grove despierte.

Continuó observando todo cuanto le rodeaba. La anciana Tate, cuya espalda estaba tan curvada como un arco, abrió el buzón inmediatamente después de marcharse el cartero. Los ojos de la vieja parecieron rejuvenecer y Bruce se preguntó qué habría recibido. Dos chicas caminaban resueltamente, con aquella inocente sensación de que podrían conseguir cualquier cosa. Ninguna llevaba anillos, y Bruce pensó que por lo visto Past Grove aún no había echado el anzuelo sobre la nueva generación. El señor Copley fumaba un cigarrillo, apoyado sobre la repisa de la ventana de su vivienda. Lanzaba bocanadas con aire reflexivo, lo que hacía pensar en que aún no había encontrado trabajo.

Bruce introdujo la llave en el postigo, empujó la puerta y entró sin deshacerse de la impresión de estar siendo vigilado. La impresión se transformó en certeza al entrar en el apartamento. Una pestilencia vaporosa extendía sus tentáculos por toda la casa.

—¿Qué demonios…? ¿Hola?

Desenfundó el revólver y reparó en la oscuridad del pasillo cuando apuntó hacia ella. Dio un paso y alcanzó el interruptor. La

iluminación reveló huellas arenosas sobre el suelo. Entraban y salían de cada habitación y continuaban por el pasillo hacia el comedor. Bruce las siguió, esperando sorprender al responsable del asalto. La cocina apenas había sobrevivido. Mesas y sillas volcadas sugerían una rabia desconcertante. El suelo se encontraba sepultado de vasos y platos reducidos a añicos. Algunas puertas de los armarios habían sido arrancadas de los goznes y arrojadas al suelo.

—Maldita sea. Deben de haber sido ellos.

El dormitorio lucía también bajo los devastadores efectos de una mente desequilibrada. Excrementos de varios tamaños y pertenecientes a diferentes especies estaban reunidos en el centro. Los cajones y sus objetos, tirados por el suelo. El armario vaciado de ropa y de pertenencias personales. No sólo sugería que habían estado buscando algo, sino un desquite colérico. ¿Qué podrían querer si ya tenían los informes de Troy?

Avanzó por el pasillo y, al entrar en el comedor, su semblante se derrumbó. Los muebles habían sido volcados sobre la mesa. Los libros, cuyas hojas habían sido arrancadas en su mayor parte, estaban amontonados en el centro como listos para ser quemados. El sillón de lectura emitía un insultante olor a orina que ni siquiera el fresco que irrumpía por la ventana rota lograba mitigar.

—Malnacidos.

Entonces vio la nota clavada en la pared. Se abrió paso por entre los libros y la cogió.

Suzie es nuestra. Past Grove la reclama. Será convertida en una preciosa criatura sedienta de sangre. Tú no eres del interés de nadie, y te aconsejamos que salgas del pueblo cuanto antes. Si no atiendes nuestra petición, sufrirás las consecuencias.

Se escucharon pasos y una respiración forzada procedente del cuarto de invitados. Bruce dejó que la nota se desprendiera de su mano y salió al pasillo. Una figura encapuchada se dirigía hacia la puerta de entrada.

—¡Eh! ¡Alto!

Haciendo caso omiso, la figura abrió la puerta. Bruce levantó el arma en el preciso instante en que la figura abandonaba el apartamento con un portazo.

—Maldita sea —masculló, y corrió en su persecución. Abrió la puerta y, desde el rellano, vio al encapuchado precipitarse escaleras abajo a una velocidad infernal. El profesor Morton enfundó el arma e inició el descenso aferrándose a la barandilla. Sintió su corazón saltar hacia la garganta. Su cuerpo reaccionó y el sudor empapó axilas y rostro.

Pensó en pedir ayuda a cualquier vecino que encontrara, pero en cuanto salió a la calle, sus expectativas de éxito se vieron reducidas

a meras fantasías. El cartero desapareció por la esquina. El señor Copley cerró las ventanas con un estruendo que llenó el silencio. La calle se vació de pronto como si fuese a tener lugar un duelo. El fugitivo huía en dirección este, hacia la misma carretera que había tomado él para ir a casa de Frances Nevis. ¿Sería ella?

El profesor aceleró la carrera. Quienquiera que fuese, respondería a todas las preguntas que se le antojara. Al fin y al cabo, un delito de agresión apenas resaltaría en su hinchado expediente.

El encapuchado, sin aminorar la marcha, torció a la izquierda. Cuando Bruce llegó a la carretera custodiada por una hilera de árboles, se detuvo con las manos en las rodillas y resollando como un desquiciado. Experimentó la sensación de tener el corazón en la boca. Los pulmones parecían no poder contener todo el aire que Bruce aspiraba.

La figura se alejaba y, en el momento que se asemejó un borrón en la distancia, tomó Bowel Street.

—No puede ser Frances, esa mujer no puede correr tanto. Aunque sea quien sea, se dirige hacia su propiedad.

Retomó la carrera. Al dejar atrás las primeras travesías, su cuerpo dio muestras de desfallecer de un momento a otro. Las piernas se tornaron tan pesadas que creyó que no eran suyas y que no podría dirigirlas por mucho tiempo más; y se desviaría de su ruta como un vehículo conducido por un borracho y chocaría contra los árboles.

Un coche creció en el horizonte. El conductor mantenía su atención en la guantera, y a punto estuvo de abalanzarse sobre Bruce, de no ser porque giró en el último instante.

—¡Hágase a un lado! ¿Ha perdido la cabeza, idiota?

Bruce, sin embargo, escuchó aquellas palabras desde un mullido mundo de sueños. La fatiga le proporcionó un efecto sedante que lo alejó de la realidad. La carretera pasó a ser de pronto un itinerario velado por sombras. Los árboles que discurrían a lo largo del flanco derecho de la carretera, aflojaron sus raíces y caminaron sobre éstas en pos de Bruce, quien sólo fue consciente de que la propiedad de Frances se recortaba en el cielo de manera amenazante. En sus delirios, la casa representaba un halo de atrayente maldad. Por encima del tejado de pizarra, pendían jirones nebulosos que hacían pensar en una repentina tormenta. Las ramas de los árboles de alrededor golpeaban contra la fachada y un lateral con un ruido como de huesos.

Bruce se plantó delante de la portezuela del jardín, sobre cuya hierba parecían deslizarse miles de gusanos nerviosos en dirección a la casa. El profesor cubrió la distancia con el corazón atrapado

dentro de la caja torácica, cada latido parecía lastimarlo.

—Es este maldito pueblo. Está provocándome algún tipo de alucinación.

En su delirio, no obstante, pisó los cuerpecillos viscosos de numerosos gusanos. Se sacudió la americana para desembarazarse de los que saltaron desde la rama de un árbol.

Pasó por alto el timbre, dirigió el cañón del revólver al tirador de la puerta y apretó el gatillo. Seguidamente asestó un puntapié; quedó al descubierto el vestíbulo, reducido a sombras palpitantes procedentes de una lamparilla en mal estado encima de un mueble. Bruce entró con el arma por delante. Más allá del silencio sepulcral en que se hallaba la propiedad, logró escuchar un rasguño abriéndose paso en su dirección.

Buscó a tientas un interruptor que lo aliviase de sentirse atrapado entre el parpadeo luminoso. Accionó un saliente de plástico y la bombilla del techo lo cegó durante unos segundos, hasta que estalló convirtiendo su visión en un punto blanco.

—Maldición.

Al rasguño se había sumado un jadeo lastimero, ahora a escasos metros delante de Bruce.

—¿Frances?

El pasillo por el que avanzaba se llenó de rasguños. El pálpito luminoso abría hendiduras de luz en la negrura, haciendo visible porciones de carne escamosa.

—¡Dispararé!

Las risas de una mujer se oyeron en la lejanía, estridentes y tan chillonas que sugerían el efecto artificial de una feria del terror.

El profesor boqueó repetidas veces para acaparar el escaso aire. Tosió tres veces e, impulsado por la confusión, disparó. El ruido ocupó el mundo de Bruce. Al palpar de nuevo la pared en busca de luz, percibió una superficie gelatinosa.

—¿Qué diablos?

Se volvió hacia ese lado y apretó el gatillo. Los tímpanos le dolieron, y cuando se disipó el estupor, se vio en medio del silencio.

—¡Frances! ¡Sé que estás ahí tratando de asustarme! ¡No te dará resultado! ¡Sé que robaste los informes de Troy!

Alcanzó un recodo del pasillo. Probó suerte por tercera vez en su búsqueda de un interruptor y dio con uno basculante que iluminó aquella zona. Bruce quedó en medio de dos mundos en colisión, y su rostro se fragmentó en luces y sombras. Reparó en una puerta cerrada. En el silencio, la presencia de los latidos se acentuaba de manera espantosa.

Dio varios pasos hacia la puerta, accionó el tirador y la empujó. Las escaleras se perdían en el vacío que Bruce comenzó a descender.

Entonces la puerta se cerró a su espalda. Se aferró al pasamanos. Bajo las pisadas, los escalones estremecían la atmósfera con su quejido.

—Frances, será mejor que salgas de donde estés. Voy armado, te lo advierto.

El cordón de una bombilla golpeó contra su cara. La mano libre actuó como una tenaza hasta que finalmente atinó con el cordón. Una esfera de luz hizo visible el infierno.

La hediondez se manifestó de pronto, tornando inestable la estancia. Una criatura famélica, cuya espalda era forzada a curvarse por el techo bajo, se encontraba agazapada dentro de un círculo de ceniza. Los largos dedos de las manos golpeaban contra la dentadura de una boca sin labios, y alojados sobre un rostro carente de nariz y de toda identidad antropomorfa. El sonido resultante guardaba parecido con el choque de piedras. Dos globos oculares proporcionaban las ventanas que escrutaban a Bruce Morton, quien permanecía clavado al pie de las escaleras. La criatura parecía envuelta por su propia miseria; el cuerpo blanco tenía erupciones ulcerosas y jirones de piel desvelaban fibras musculares corruptas.

El resto de la estancia estaba ocupada por cadenas surgidas del techo, manchadas de sangre y con restos de carne. Sobre el suelo se extendían charcos sanguinolentos lamidos por las lenguas de un grupo de diminutas bestias mal formadas. En la pared que apuntaba al este había un saliente marmóreo sobre el que descansaban decenas de velones apagados y sepultados por sangre seca, así como larvas anidando dentro de las cavidades de un cráneo.

La criatura blanca se estremeció y lanzó un berrido ensordecedor. Bruce retrocedió dos pasos y chocó contra un pilar. Entonces se escuchó de nuevo la sarcástica risita femenina.

—¿Frances?

Bruce giró sobre sus talones y reparó en la presencia de la mujer, de pie junto a una pared y cubierta por la túnica negra. La iluminación de la estancia bosquejaba un rostro felizmente satisfecho.

—Posees algo que iba destinado para mí. Los informes de Troy. —Bruce apuntó al torso de la mujer—. Será mejor que terminemos esto con diplomacia.

—Me temo que la información que contienen no es de tu incumbencia —dijo Frances.

Bruce fortaleció los dedos en torno al gatillo.

—No tendré reparos en quitarte de en medio, como vosotros habéis hecho con pobres inocentes.

—He sido informada de lo que has hecho con Paige Connor —dijo, y con un sarcasmo horrible añadió—: Eres un mal hombre, no

me extraña que tu esposa te rechazara.

Bruce sintió una mano aplastando su corazón.

—Y tú eres una maldita zorra; todos vosotros sois un impedimento para la paz de esta comunidad.

El repentino frenazo de un vehículo le hizo desviar a Bruce la atención, instante en que Frances se lanzó contra él, con las manos crispadas en un intento por hundirlas en el vientre.

Cuando la criatura blanca trató de abandonar el círculo de ceniza, su brazo derecho sufrió varias quemaduras que la enfurecieron y arrojó un nuevo alarido atestado de odio.

—¿Qué demonios? —Bruce, bajo una fuerte confusión, apretó el gatillo.

La bala alcanzó a Frances en el cuello. Ahogó un grito y llevó las manos a la herida para intentar frenar el caudal de sangre.

—Por el amor de Dios, ¿qué es todo esto? —Bruce se desplazó dos pasos a la derecha para tener a tiro a Frances a la vez que a la criatura blanca—. ¿De dónde salen estas bestias?

Frances Nevis lanzó una risita rota e inundada de sangre.

Bruce saltó a las escaleras e inició el ascenso. Si aquello era el infierno, tal vez, las palabras del Pastor McDougall tuvieran sentido y el fuego purificador del Señor fuera de utilidad. Sin embargo, tenía el tiempo escaso para cumplir con su plan. Las voces furiosas de varios hombres sonaban dentro de la casa.

Capítulo 46

Justo después de marcharse la directora Ferguson, entró Duncan con un semblante sumiso. Siguieron hablando de Tom Paulson y su pandilla; estuvieron dándole vueltas al encuentro en las tierras del señor Lancaster. Suzie se vio forzada a rememorar toda la situación. Cada palabra sumó un nuevo estatus de rabia, al punto de estallar dando un golpe a la mesa.

—¡Ya basta!

Duncan abrió los ojos.

—Tuve que defenderme, Duncan.

—Está bien. Comprendo que estés nerviosa.

—¿Nerviosa? —Suzie sintió deseos de saltar sobre la mesa, lanzarse contra el policía y sonsacarle a golpes por qué aceptaba órdenes de una mujer como Ferguson. Sobre todo, qué decía la nota que aceptó el día del partido de béisbol. Sin embargo, aquella visión heroica no se materializó. Reprimió su rabia y la empujó al fondo de su mente, donde ya había reunido una buena cantidad de ella, bullendo como una olla a presión.

Finalmente Suzie abandonó la comisaría con la promesa de una segunda declaración al día siguiente. El cielo se había cerrado de nubes grises, el viento golpeó contra su cara. Y cuando miró arriba, comprendió que detrás de ese fenómeno estaba Past Grove. Cerró los puños, pero se limitó a caminar por el camino de acceso.

Ilsa Ferguson hablaba con los ocupantes de un coche.

—Acudid a la llamada de Frances. Acabad de una vez por todas con ese profesor.

—Quedará zanjado hoy mismo —sentenció un tipo, asomando una pistola por la ventanilla—. Nos dirigiremos a la casa de Frances.

Suzie, con los ojos muy abiertos y los labios formando un círculo de sorpresa, estaba escondida tras el muro bajo que discurría hacia la entrada de la comisaría. El automóvil desapareció a toda velocidad. Ella permaneció en cuclillas, resollando por no tener la bicicleta. Afortunadamente el tamaño del pueblo le concedía la posibilidad de llegar a la casa de Frances Nevis corriendo. Tan pronto como la directora Ferguson se encaminó hacia la Institución Morris, Suzie saltó el murete y forzó a sus piernas a moverse. Voló por Jointer Avenue.

El degradado de grises se cernió sobre Past Grove. Todo rastro

de luz desapareció. De pronto Suzie se vio avanzando por un escenario sombrío. Los árboles eran mecidos contra su voluntad, la ventana de la casa de la familia Griffin golpeaba contra la fachada. El ladrido de un perro restalló en el horizonte junto a los primeros relámpagos y seguidamente se precipitó la lluvia. Suzie experimentó el repiqueteo sobre su gorra. Evocó la *Beretta* —escondida bajo el asiento del Lincoln— que el profesor Morton le había comprado, justo cuando vio la amenazante propiedad de Frances. El coche que había partido desde la comisaría estaba estacionado enfrente. Aprovechó la puerta abierta para atravesar el jardín y entrar.

—Estoy loca —murmuró—. Soy una puta loca en medio de problemas de adultos.

Al entrar oyó voces masculinas recorriendo el pasillo. La casa había recobrado parte de la iluminación. Suzie pegó el cuerpo a la pared e inició el avance hacia la cocina. Lo primero sería apoderarse de un arma. Esperaba no toparse con las criaturas. Avanzó en dirección opuesta a las voces.

Por el pasillo se encaminaba hacia ella una mujer que presionaba su cuello con una mano, mientras con la otra sostenía una carpeta. El corazón de Suzie llenó su pecho.

—Joder.

La respiración de Frances era semejante a un ronquido animal. Se había deshecho de la túnica. El vestido austero cubría su cuerpo salpicado de sangre. Daba un paso tras otro con visible esfuerzo, en dirección a la salida, y haciendo uso de los escasos minutos de vida que le quedaban.

Suzie se preguntó si lo que aferraba la mujer con tanto empeño eran los informes del profesor de Biología.

En otra zona de la casa, se escucharon varios disparos que sobrecogieron a la muchacha.

—¡Bruce! —masculló.

Frances pintó una sonrisa triunfal. A continuación sufrió una sacudida en la pierna derecha, lo que provocó el mal paso que a punto estuvo de hacerla caer. Logró apoyarse contra la pared y recuperar parte de las fuerzas. Ambas mujeres estaban pegadas a la pared como trazos de un retrato y se contemplaban con un odio expectante. Suzie le saltó encima para quitarle la carpeta. Frances gritó. Suzie aterrizó su puño sobre el cráneo de la mujer, hundiéndolo unos centímetros. Aunque la mano seguía taponando la herida de bala, ésta se abrió y expulsó un torrente de sangre. Su piel se tornó amarilla de pronto, se llenó de agujeros de los que brotaron docenas de gusanos; descendieron por el cuerpo y corrieron por el suelo.

—Mierda —farfulló Suzie, y pisó todos los que pudo.

El cuerpo de Frances se deslizó a un lado y se derrumbó en el suelo. La piel bajo el vestido se cuarteó como tierra seca, se desprendió de la masa muscular y, al caer al suelo, quedó reducida a cenizas. Las fibras musculares se descompusieron en una sustancia viscosa, revelando los huesos, que a su vez iniciaron un horrible estado de fragmentación.

La chica se agachó, cogió la carpeta. Cuando reparó en dos gusanos agitándose dentro, los arrojó al suelo y los aplastó bajo la zapatilla deportiva. Luego retrocedió a la pared opuesta mientras observaba con espanto cómo lo que había sido una mujer pasó a ser una mezcolanza de sangre y ceniza borboteando bajo el vestido.

Suzie arrimó la carpeta al pecho y se alentó al saber que tenían información importante para dar un mazazo a Past Grove. Fue como hacer una carrera completa en un partido de béisbol. Su respiración creció por el entusiasmo; se aferró a dicho sentimiento con fuerza. El objetivo de destruir Past Grove estaba próximo.

Entonces se escucharon voces y golpes procedentes de la cocina. Suzie se encaminó hacia allí. Cuando entró vio a Bruce forcejeando con un tipo seboso; otro hombre yacía muerto en el suelo, con el agujero de una bala floreado en el pecho y multitud de gusanos acampando alrededor. El tipo gordo desplazaba a su antojo al profesor Morton, sin que éste pudiera evitarlo. Parecía un oso cuyas zarpas sostuvieran a su presa. El arma de Bruce dormitaba en el suelo. Suzie se lanzó a por ella. Tendida desde el suelo y experimentando la repulsión de los gusanos pululando a su lado, apretó el gatillo repetidas veces, pero sólo obtuvo el chasquido del percutor.

—Joder —Miró en todas direcciones. Se levantó de un salto. Abrió los cajones de la mesa, los cubiertos aparecieron como posibles armas. Cogió un cuchillo y, mientras el oso le condecía a Bruce el abrazo de la muerte, ella se colocó en la espalda y hundió el filo en su miserable carne. El gordo proyectó su peso hacia atrás y lanzó a la muchacha contra el armario. Los huesos de Suzie sonaron como madera.

El enorme tipo vociferó maldiciones cada vez menos impetuosas, pues la herida de la espalda manaba ríos de sangre. Tan pronto como el oso perdió parte de las fuerzas, Bruce tomó ventaja en la pelea. Sus brazos, hasta entonces pegados al cuerpo por el abrazo, empezaron a ejercer más fuerza.

Suzie saltó sobre la espalda y se pegó a ella como una garrapata. Extrajo el cuchillo y lo clavó repetidas veces por la espalda, el hombro derecho y finalmente el cuello. El tipejo liberó a Bruce del abrazo y lanzó golpes contra su espalda; sin embargo, Suzie ya lo había abandonado, de modo que el gesto resultó una desesperada

medida para escapar a la muerte. El suéter negro se empapó de sangre.

Bruce le asestó un puñetazo en el mentón. Al ver que no caía, envió una patada frontal a la rodilla. Tras el ruido quebradizo, la masa carnosa se desplomó pesadamente sobre el suelo. Decenas de gusanos brotaron de las heridas que abrían sus extremidades carnívoras.

—¡Qué asco! —exclamó Suzie, al tiempo que propinaba patadas a la cabeza del gordo.

—¿Qué es eso que hay en el suelo? —quiso saber Bruce.

—¿Eh? —Ella dirigió su mirada al punto que le señalaba el profesor. Había olvidado por completo la carpeta que había traído —. Se lo he quitado a Frances.

—Los informes —dijo Bruce con aire de victoria.

—La carpeta la tenía Frances cuando intentaba escapar.

—Buen trabajo —dijo, y se agachó e hizo suya la carpeta—. Por fin.

La sirena de un coche patrulla cobró vida en la parte anterior de la casa. Estallaron portezuelas y voces; una de ellas femenina, y anunciaba terribles amenazas si tenía lugar el fracaso.

Bruce y Suzie cruzaron sus miradas.

—Duncan —dijo él.

—Y la directora Ferguson. Está en todas partes últimamente.

—Eso parece. Vamos, sal por esa puerta.

—¿Y tú?

—Terminaré lo que tenía entre manos antes ser interrumpido por los dos matones.

—Gracias a ellos supe que estabas aquí —dijo ella.

—Luego me lo cuentas.

Capítulo 47

Cuando Suzie salió, Bruce se agachó dentro de la despensa, por donde una tubería de gas discurría a lo largo del suelo hasta una boquilla cerrada, aunque provista de abertura manual. En un rincón había un viejo calefactor de gas. La red de tuberías continuaba hacia la cocina. Aunque tenían en su poder los informes de Troy, dentro de la mente de Bruce todavía habitaban las imágenes vistas en el sótano. Cuerpos sumidos en la más atroz bestialidad retorciéndose unos contra otros. Y todo aquello debía arder, como diría Ben Kaplan, con las llamas purificadoras del Señor.

La boquilla se resistió durante algún tiempo, pero finalmente, ayudándose con una vara metálica hallada sobre una estantería de recipientes de miel, logró que cediera. La violenta emanación golpeó contra los orificios nasales de Bruce, provocándole una arcada. Se alejó de inmediato, se levantó y, aturdido, se apoyó en la pared. El gas enseguida inundó la despensa. Bruce atisbó de soslayo la figura de Suzie tras la ventana, le hacía gestos con la mano para que saliera.

Pasos y voces masculinas resonaban por el pasillo, en dirección a la cocina. Cuando Bruce alcanzó a ver el mechero dormitando sobre el calefactor de gas, lo cogió y abandonó la despensa. Miró en todas direcciones en busca de algo que prendiera.

—Apresúrate, tío. —Suzie sujetaba la carpeta sobre su pecho con una mano, mientras la otra sacudía el aire como las aspas de un molino.

Bruce cerró la puerta trasera después de salir de la cocina. Rasgó parte de su camisa, la redujo a una bola de tela y aplicó la lengua de fuego del mechero.

Esperó al momento justo, al instante preciso que determinaba el éxito de la misión. No sabía si la brutalidad contemplada en el sótano sucumbiría a la explosión, pero era la única idea que había tenido y se aferró a ella como al saliente de un precipicio. Sólo quería que pereciera el sótano con todas sus formas de existencia nefastas e imperfectas. Bruce Morton contuvo la respiración hasta que vio entrar en la cocina a un puñado de tipejos armados, sin duda, enviados por Ferguson. Entonces, adivinó que aquél era el momento que había estado esperando… Y unas pocas muertes más no harían vacilar a su conciencia encallecida.

La voz de Suzie aprobó la decisión.

—¡Lánzala, tío!

Bruce ordenó a la muchacha que corriese hacia la valla de madera. Él se alejó unos pasos con el Fuego del Señor en la mano levantada. La prudencia ante la explosión que tendría lugar le obligó a distanciarse más de lo que había pensado. Dudó de si sería capaz de acertar por el hueco de la ventana, cuyo marco se había reducido considerablemente.

Entonces una mano diminuta pero firme le arrebató la bola de fuego. Era la mejor *pitcher* del condado, y como si estuviera en la final soñada, estiró el brazo atrás como una catapulta, extendió una pierna al frente y lanzó como le había enseñado su padre.

—¡Past Grove! ¡Por mis padres!

La bola surcó el aire como un cometa hasta introducirse por la ventana. Bruce cogió a la muchacha por los hombros y corrieron hacia la valla de madera, segundos antes de que la explosión redujera a añicos la cocina y parte de la casa. Astillas, madera y cristales fueron despedidos por la onda expansiva. El humo veló el mundo, y cuando finalmente la brisa lo desplazó, se hizo visible la mordedura a la porción trasera de la propiedad, dejando al descubierto una cocina derruida y muros quebrados. Restos de cadáveres yacían sobre ladrillo y madera.

El servicio de bomberos de Jasper apareció y controló el fuego, que parecía obstinado en deslizarse hacia el resto de casas. Fueron hallados numerosos gatos calcinados; otros muchos corrían en busca de otro hogar. Puesto que el callejón junto a la propiedad de Frances Nevis desapareció devorado por el fuego.

Bruce y Suzie avanzaban con un caminar incierto calle arriba, por sendas flanqueadas de espigas de trigo. El rumor apacible del River Team no mitigaba la congoja que ambos experimentaban. Sobre todo, cuando la noche se atestó de sirenas en todas direcciones.

—Saben que hemos sido nosotros —dijo Bruce—. Nos estarán buscando.

El estupor en que se encontraba Suzie sólo le permitió asentir levemente.

La línea de apartamentos se recortaba en el pálido cielo lunar. Los coches que ocupaban la calle recibían parte de dicho resplandor. Las sombras de Suzie y Bruce se alargaron sobre la acera. El profesor seguía trastornado por las vejaciones vistas en el infierno particular de Frances Nevis y se preguntaba si habría más de aquellos nidos infectados de alimañas malditas. Empujaron el postigo y ascendieron las escaleras.

El apartamento permanecía cercado por un silencio inquietante. Lo que revelaban las luces del pasillo y del vestíbulo desconcertó a

Suzie.

—Hace horas, entraron y desordenaron todo —explicó Bruce—. Coge sólo lo imprescindible. No marchamos de Past Grove. La *Beretta* y el bate están en el coche. Y también la mochila.

Esto, sumado a los informes de Troy, hizo entender a Suzie que no necesitaba nada más. Bruce cubrió la distancia hasta el dormitorio. Sacó una maleta y empezó a llenarla con pertenencias personales. A continuación cargó con ella y apresuró el paso cuando el exterior se atestó de sirenas y chirridos de ruedas.

—Ya están aquí.

—Nos cogerán —masculló Suzie.

—Descenderemos por las escaleras de incendio.

Salieron al rellano. Abajo, el postigo sufrió un fuerte embate y resonaron los primeros pasos. Las luces de las escaleras iluminaron el rostro fatigado de Suzie. Bruce la empujó hacia una puerta metálica que daba a un espacioso rellano. El taconeo de las botas del profesor restalló en el aire. Suzie apretaba la carpeta contra el pecho.

—Nos oirán.

—Tu nuevo estado negativo no ayuda nada —bufó Bruce.

Tras cruzar otra puerta, alcanzaron las escaleras de hierro, que descendían a la noche. Los ruidosos pasos del profesor se fusionaron con los latidos de su corazón y el jadeo se tornó insoportable.

El Lincoln continuaba donde lo había dejado, afortunadamente, lejos de cualquier foco de luz que los delatara.

Suzie sintió una semilla de dolor brotar en su interior. Las palabras de Nina Holbrook acudieron a su cabeza.

Quiero cartearme contigo cuando te vayas.

Te lo prometo.

¿Una promesa de hermanas?

Una promesa de hermanas.

Esto hizo nacer una lágrima que se atascó en la comisura del ojo derecho.

Había dos coches de policía cuyas luces rotatorias se reflejaron en su rostro cuando subió al coche.

—Duncan ha traído al sheriff del condado —rumió Bruce—. Esto ya va en serio.

El Lincoln retrocedió despacio y viró por la siguiente calle.

A la mañana siguiente, los periódicos de Past Grove acusaban a Bruce Morton del asesinato del Troy Rowland, un respetado profesor de biología. Ilsa Ferguson presionó a Duncan a usar las huellas halladas en el laboratorio de la escuela elemental para incriminarlo y echarle todo el peso de la ley. Y aunque la directora estaba disgustada por no haber logrado persuadir a Suzie Denker a

permanecer con ella, se apaciguó cuando le confirmaron el envío de una nueva camada de estudiantes para la Institución Morris.

Epílogo

La situación me fuerza a añadir este epílogo cuyo propósito no es otro que aclarar posibles dudas entre los lectores. Se puede deducir que el hilo de esta historia continuará en otro volumen de la colección *Past Grove Stories* donde, evidentemente, se desvelará qué son los anillos de Past Grove; o qué destino les depara a Suzie Denker y al profesor Morton; o qué contienen los informes de Troy Rowland; incluso qué papel desempeña Ilsa Ferguson y la Institución Morris.

Es la complejidad de este universo literario lo que me obliga a proceder de este modo. Sin embargo, a lo largo de la colección se irán disipando todas y cada una de las cuestiones que se van presentando. De hecho, detalles sumamente sutiles, como el espantapájaros que custodia los campos de trigo de la familia Paulson, también tendrán respuesta. Así como la mansión Cadman, en cuyo portón de acero se detiene Suzie Denker en el primer capítulo de este volumen, tiene un propósito bien definido.

Cada pieza, por insignificante que parezca, irá destinada a exponer la verdadera naturaleza de Past Grove.

Así pues, mis queridos lectores, si creen que *Past Grove Stories* merece de su atención, nos veremos en el cuarto volumen.

1 de febrero de 2017
1 de mayo de 2018

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

El retrato de Mary Rose.

Semillas de codicia.

Rabia en Woodhills.

Secreto Heredado.

Berenice.

La habitación del candado. (Past Grove Stories)

Crímenes olvidados. (Past Grove Stories)